

Selección RNR



El destino tiene
OTROS PLANES

Nuria Rivera



Romance Actual

El destino tiene otros planes

Nuria Rivera



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Nuria Rivera

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-750-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi familia, por el tiempo robado.
A mis amigas, por las risas compartidas.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Nota de la Autora

Agradecimientos

Promoción

Capítulo 1

Dicen que cuando una puerta se cierra, otra se abre. En mi caso ocurrió algo parecido. La puerta se cerró, pero en todas mis narices.

Hasta el momento en que el cajero se tragó mi tarjeta no supe que estaba en números rojos. Indignada, llamé al banco para preguntar qué ocurría. Hacía unos días que había cobrado mi sueldo de administrativa en Telecomunicaciones Müller. Me atendieron muy amables, y con tranquilidad me informaron de que se habían retirado todos los fondos aquella mañana. Exactamente quedaban veinte euros en la cuenta.

Entré en pánico.

Lo primero que pensé fue que habían pirateado mi cuenta. Pero al decirme que la operación se había realizado desde un cajero, apareció Rubén en el centro de mis sospechas. No quería ser desconfiada, pero aquella idea me atormentó.

Era la una de la tarde y tenía una hora para comer. No lo dudé, me dirigí a casa para hablar con él. Deseé que aún estuviera bajo las sábanas. Era lunes y él había trabajado la noche anterior. Sin embargo, estaba muy despierto cuando llegué.

Lo encontré en el sofá, en pelota picada, con Mari, mi compañera de El Ruedo, la discoteca en la que los fines de semana servía copas en la barra y en la que Rubén era uno de los porteros. La mesa estaba llena de polvo blanco y los dos parecían estar pasándose muy bien. No sé ni cómo no me los cargué. Con toda la rabia que pude les lancé una figura horrorosa que ella misma nos había regalado el día que reinauguramos la casa, porque él se venía a vivir conmigo.

—¡Dani! —bramó el muy cerdo y esquivó el golpe.

—¡Y mi dinero!

No contestó. Soltó una carcajada de suficiencia y farfulló que tenía deudas.

Entre gritos le dije de todo y él, muy digno, me dijo que era una reprimida y una frígida y que él necesitaba otras cosas que yo no le daba. Se rio con ganas y le estampé un bofetón en la cara. Me miró con los ojos llenos de cólera. No sé de dónde saqué el coraje para enfrentarlo y reculó al instante. Ella se vestía a toda prisa y rehuyó, todo lo que pudo, mi mirada de asco. Él también se vistió y muy chulo salió por la puerta, con ella pisándole los talones.

Espetó algo así como que volvería a por sus cosas. No le di opción, corrí al armario y lancé su ropa por el balcón que planeó como si fuera un avión de papel. Cuando llegaron a la portería sus calzoncillos, camisas, camisetas y tejanos cubrían gran parte de la acera de la Gran Vía.

Llamé al trabajo y dije que me había surgido un problema personal y no podía ir aquella tarde. Me derrumbé en el sofá y lloré de rabia e impotencia. Llevábamos dos años, medio viviendo juntos. ¿Desde cuándo me la pegaría con Mari? De pronto la idea de si me habría engañado con otras me doblegó y me sentí una mierda. A la media hora concluí que la autocompasión no me ayudaría y empecé a pensar en cosas prácticas del estilo: ¿Cuánto dinero tenía para pasar el mes? ¿Recurría a mis padres para que me ayudaran? Tenía que decidir si escondía la cabeza bajo tierra y esperaba un golpe de suerte o me levantaba, me lavaba la cara y reorganizaba mi casa y mi vida. Empecé por lo último.

Limpié la mesa y en el suelo descubrí mi cartilla del banco. Había sacado el dinero con ella. Respiré tranquila cuando llamé a un cerrajero para que cambiara el bombín de la puerta. La tercera llamada que hice fue a Mauro, mi encargado y jefe de El Ruedo. Nos conocíamos desde hacía años y se había convertido en un amigo. No le gustó cuando supo que salía con Rubén, opinaba que era un fanfarrón, pero yo no hice caso. Ni a él, ni a nadie que me dijera que éramos muy distintos. Y ahora me avergonzaba tener que darles la razón. Le expliqué que dejaba el trabajo. Me preguntó por qué, después de tres años, era así de impulsiva y le conté lo que me había pasado con Rubén y Mari. No quería volver a ver a ninguno de los dos. Él, gay hasta las cejas, me dijo que la vida me daría otra oportunidad. Agradecí de corazón que no me soltara

aquello de «te lo dije» y se despidió entre sollozos y besos.

Tras una noche en la que no pegué ojo, me levanté con la idea de que tenía que cambiar de vida, pero necesitaba ganar más dinero. Había hecho números y no me alcanzaba para todo lo que yo quería con mi sueldo de mileurista. ¡Me acababa de comprar un coche, joder! Un *Citroen Cactus* rojo, que era más un capricho que una necesidad, y me faltaban muchas cuotas por pagar. Tenía que eliminar gastos. Rubén se había llevado mis ahorros, solo dejó lo que guardaba en un billetero viejo. Supongo que porque no lo encontró y eso me obligaba a apretarme el cinturón. Ni siquiera me planteé denunciarlo. No conseguiría nada.

Los días de fiesta hasta la madrugada habían terminado para mí. Al alejarme del mundo de la noche podría centrarme en otras prioridades. Sin quererlo le acababa de dar una alegría a mi familia. Ellos nunca aprobaron que trabajara en El Ruedo.

Mis padres eran una pareja peculiar, funcionarios los dos, maestros para ser exactos. Llevaban una vida tranquila fuera de Barcelona y cada vez que tenían unos días libres se lanzaban a descubrir partes del mundo. De niña me arrastraban y de ellos aprendí a empaparme de la cultura, las costumbres y lo más emblemático de los sitios que visitaban. Hacer de turista es una ardua tarea. Habían querido que estudiara alguna carrera, incluso durante años me insistieron en lo bueno que sería sacarme una oposición a la Administración del Estado o a la Generalitat, pero no lograron convencerme. Aunque gracias a la influencia positiva de Anabel, mi mejor amiga desde el instituto, y a la obstinación de mi madre por los estudios, me matriculé en un centro de estudios financieros y me saqué un título de administración. No era economista ni nada parecido, pero se me daba bien lo que hacía. Eso me abrió las puertas para entrar en el apasionante mundo empresarial y tras varios contratos infructuosos entré en Telecomunicaciones Müller, hacia un año, de la mano de mi amiga. Compaginar los dos trabajos me permitía tener la liquidez que mi ritmo de vida requería: clases de danza, yoga e idiomas para no perder el tren laboral y, sobre todo, mi magnífico piso en el *Eixample* de Barcelona. Me

resistía a perderlo. Antes vendía el coche o hablaba con mis padres para que me ayudaran. De lo único que estaba segura era de que algo tenía que perder.

Me metí en la ducha con la idea de que tenía que darle un nuevo rumbo a mi vida y pensé en todas las cosas que no había hecho, dejé de hacer o renuncié porque a Rubén no le gustaban. No sé en qué momento me perdí y mi autoestima se condicionó a lo que otro pensara de mí. ¿Dónde había escondido a la chica divertida y segura del instituto? Me di un toque mental para no caer nunca más en eso. Si yo había dejado de perseguir mis sueños y me había acomodado, era solo error mío. Algunas elecciones son nuestras, aunque culpemos a otros.

Al salir a la calle me había convencido de que una nueva Daniela podría resurgir de las cenizas.

Entré con seguridad en las oficinas que estaban en la avenida Diagonal, muy cerca de *Francesc Macià*. Al llegar a mi puesto, Anabel ya estaba en el suyo. Aunque, como era habitual en ella, enfrascada en un juego con su móvil.

—Un día de estos te van a pillar —le anuncié muy seria.

—Hola... Oye, ¿dónde te metiste ayer?

Dejé el bolso en el archivador que había detrás de nosotras y tragué saliva. Me había prometido no soltar ni una lágrima más por lo ocurrido. Con una calma que me sorprendió hasta mí se lo expliqué. No me salté ni un detalle. Sin embargo, no pude evitar que mis ojos se humedecieran cuando relaté lo que me dijo y mi autoestima se fue al traste.

—No se te ocurra pensar que la culpa es tuya —intervino Anabel, sabía que podía pensar algo así. Empecé a tener problemas con el sexo al poco de salir con Rubén, me costaba llegar al final y él solía enfadarse—. En los problemas de cama son dos los implicados. Creo que, en el fondo, tú sabías que no era lo que querías, no era Rafa, pero seguiste con él porque era mejor que estar sola. Te retiraste y te conformaste con lo siguiente que apareció.

Entendí qué quería decir. Recordar a Rafa me hizo sonreír, fue mi noviete en el instituto. Nuestra relación había sido intermitente, tiempo después, y aún teníamos algo pendiente. Pero era cierto, nunca luché por lo que quería.

—Eres genial, Dani, solo tienes que creer un poco más en ti. Mírate, eres guapa, tu pelo es perfecto, no como el mío que he de domarlo, y con un cuerpo que escondes, ¿por qué? Porque a ese no le gustaba que te mirasen, ni siquiera te ponías tacones para no ser más alta que él. Te falta mala leche —concluyó.

—Algo tengo.

—Es cierto. Fuiste capaz de tirar sus cosas por la ventana. Bravo —se rio con ganas a la vez que aplaudía—. Me hubiese gustado verle la cara.

—Aunque no lo creas, estás delante de la nueva Daniela.

—No me creo que hayas dejado El Ruedo —dudó y guardó su teléfono—. Me he quedado sin copas gratis.

—¡Vaya! ¿Eso es lo que te preocupa? —dije molesta.

—No, tonta. Me duele que estés mal, aunque lo disimules se te nota —me aclaró. Anabel era muy perspicaz—. Solo espero que no le des ninguna oportunidad, ni te creas lo que dijo. Ya sabes que Rubén no era santo de mi devoción. Mucho músculo, pero cerebro pequeño.

Juntó el índice y el pulgar de su mano derecha con un mínimo espacio entre ellos y me lo mostró. Eso me hizo reír.

De pronto uno de los jefes apareció con una mujer. Más bien ella le seguía los pasos. Nosotras, al verlos pasar por allí, cuadramos los hombros. No pasaron desapercibidos para nadie. Discutían.

—Lo intentaré, Raúl, pero se está convirtiendo en misión imposible.

—Remueve cielo y tierra. Ofrece lo que sea o nos volveremos todos locos —concluyó el jefe antes de desaparecer en el ascensor.

La mujer dejó caer los hombros, casi con expresión derrotada, y se metió tras él.

Eso fue lo más emocionante de aquel día. El siguiente lo pasé entre listados de proveedores, facturas, albaranes y respondí por lo menos treinta correos. Pero no podía quitarme de la cabeza que necesitaba ganar más dinero. Me preocupaba perder mi piso en la Gran Vía, que aunque fuese de renta antigua se llevaba un buen mordisco de la nómina, sin alguien con quien partir los

gastos. Me replanteé que tal vez debía mudarme a otro más económico o peor aún, compartirlo. Y esa era una opción que no pensaba repetir.

Reorganizar mis gastos pasaba por abandonar alguno de mis *hobbies*. Pero no sabía qué sacrificar. Anabel me decía que la danza era lo más prescindible y tenía razón. Empecé a ir porque Rubén bailaba en un grupo y creí que compartir aficiones nos uniría más. Imaginé que un día yo también podría hacerlo. Menuda ilusa, lo que se reirían de mí. Ahora que lo pienso con calma, no sé cómo no me di cuenta de lo que ocurría entre él y Mari, que también bailaba en el grupo, y siempre se le juntaba mucho. Pero no hay más ciego que el que no quiere ver y Rubén y yo no pegábamos ni con cola, como decía mi madre, pero nunca quise hacerle caso.

Taché danza de la lista.

A la semana el agobio era ya bastante grande. Tenía que tomar decisiones drásticas, así que sin pensarlo demasiado corté por lo sano. Lo dejé todo. Incluso la escuela de idiomas. La secretaria, una mujer encantadora que conocía hacía años, me aseguró que podría recuperar el importe de la matrícula del trimestre que estaba a punto de empezar. Tuve suerte en eso.

El siguiente paso era buscar otra cosa o mejorar lo que tenía. Mi contrato era de auxiliar administrativa, si por lo menos tuviera una categoría más alta, como Anabel, mi sueldo aumentaría. Entré en la página de *Infojobs* e introduje mi *currículum*. Se me ocurrió que en casa me abriría una página en uno de esos portales donde la gente cuelga su historial profesional y sirve de lanzadera para que otros te conozcan y te tengan en cuenta.

—Sabes que cuentas conmigo —afirmó Anabel, le sonreí agradecida—. Yo puedo prestarte lo que necesites.

—Lo sé, pero quiero intentar resolverlo por mí misma. Tampoco quiero recurrir a mis padres. Si no lo consigo eres mi segunda opción —dije con una mueca tensa y ella me dio un pequeño empujón que me hizo reír.

—¿Por qué no subes a personal? —preguntó Anabel—. Podrías pedir que te subieran la categoría o el sueldo, ya llevas tiempo aquí. Total, por preguntar...

No era mala idea. En Telecomunicaciones Müller me sentía a gusto. Se respiraba un buen clima entre los compañeros. La mayoría rondaba la treintena. Era una empresa joven, filial de otra que estaba en Suiza y, esta, la dirigían tres socios.

Me levanté decidida ante los ojos de sorpresa de mi amiga.

—¿Voy bien? —pregunté alisando mi camiseta.

—¿Adónde?

—A personal.

Vestía unos tejanos claros, pitillo, y una camiseta con el cuello ancho que me caía por un hombro y por el que se veía la tira del sujetador. Anabel me miró de arriba abajo e hizo un mohín, me dedicó una sonrisa de cariño, como si yo fuera un perrito abandonado.

—Tendrá que valer —intentó transmitirme ánimos—. Ponte brillo en los labios y suéltate el pelo.

Me quité la goma y la coleta se deshizo. Sobre mis pechos cayó mi melena de color castaño. Por suerte era manejable, la ahuequé con mis manos y me puse un mechón detrás de la oreja derecha. Saqué el brillo de labios que tenía en el bolso, era un cacao con sabor, y Anabel me pellizcó los mofletes como solía hacer mi madre para darles un poco de color.

La miré descarada, ella lucía impresionante, era el modelo de ejecutiva. Con carácter serio en el trabajo, pero divertida y muy leal con sus amigos. Sus ojos eran grandes, negros, y destacaban en su cara redonda. Lucía siempre su melena rizada negra, muy cuidada e hidratada. Anabel era ese tipo de mujeres que sabían qué ponerse para cada ocasión. Vestía con falda, tacones, e iba maquillada con estilo, sin pasarse. Yo, sin embargo, optaba por la comodidad y prefería botas planas y pantalones. Pero en el fondo sabía que había adaptado mi forma de vestir a la de Rubén. Eso tendría que cambiar.

Con paso decidido me dirigí hasta el ascensor para subir a la planta donde estaba Recursos Humanos. Me hicieron esperar un rato y, cuando pensaba que se habían olvidado de mí y dudaba si marcharme, me hicieron pasar.

—Disculpa... ¿cómo te llamas? —preguntó la mujer que había visto con el

jefe unos días antes.

—Dani... Daniela Ramos.

—Ah, sí. De facturación. Dime.

La mujer me miró seria, sin disimulo examinó mi apariencia y me hizo sentar.

—Verá, yo venía por —empecé a decir y me dio apuro pedir un cambio de categoría, llevaba un año y me habían dicho que la modificarían cuando llevara dos—... Quería saber si hay posibilidad de cambiar de puesto o hacer más horas.

—¿No te sientes bien dónde estás? —preguntó la jefa de Recursos Humanos—. ¿Has tenido algún problema con alguien?

—No, no... nada de eso. —No quería dar muchas explicaciones, pero fui sincera—. Es que necesito ganar más.

—Lo siento, Daniela, pero ahora mismo no tenemos ningún puesto libre. Tal vez más adelante.

Supe que la conversación había terminado. Sin darme cuenta me pasé las manos por los muslos. Me levanté del asiento ante la mirada escrutadora de la mujer, que me incomodó. Era como si me dijera: «Vas muy mona, pero para salir de copas, no para venir a la oficina». Ella llevaba un vestido que le quedaba impresionante. Capté la advertencia.

—Bueno, tal vez pueda pensar en mí si surge algo. Me adaptaría a lo que fuera. Gracias por atenderme.

Me giré decepcionada. Iba a ser difícil encontrar algo rápido y no quería dar marcha atrás a las decisiones que había tomado. Puse la mano en el pomo de la puerta y cuando iba a salir, la mujer me llamó.

—¡Espera! —Me volví con sorpresa y le di tiempo a que hablara, ella hizo un gesto con la mano para que me acercara—. Siéntate.

Cerré la puerta y obedecí. Ella empezó con el tercer grado.

—¿Sabes inglés?

—Sí, y alemán.

—¿Alemán? Bien, bien. —Parecía entusiasmada— ¿Te manejas con bases de datos, Excel, procesadores de texto? ¿Dominas la informática?

—Sí, claro —contesté extrañada.

Me miró pensativa y al cabo de unos segundos me explicó.

—Puedo ofrecerte un puesto. —Vi el cielo abierto, pero ella me hizo un gesto para que la dejara hablar—. Quedó vacante hace unos días. Serías la asistente de Oskar Müller, uno de los directivos. No sé si sabes que es el socio mayoritario. ¿Podrás hacerlo?

—Supongo que es hacer de secretaria, ¿no?

En aquel momento mi corazón se expandió. En el fondo me daba igual el trabajo, aprendía rápido. Había una posibilidad que me permitía seguir con mi vida y no iba a desaprovecharla.

—Sí, pero no cualquier secretaria. El señor Müller es muy exigente. Llevarás sus asuntos. Bueno, los que él te permita. Es muy suyo y suele tener bastante control en algunas cosas. Además, tendrías que firmar un acuerdo de confidencialidad. Pero es mi deber informarte que no es por mucho tiempo, unos meses. La dirección se está reestructurando. Él regresará a *Technologie Müller*, la sede central, que está en Zúrich. Ocupará su puesto en presidencia —explicó casi de tirón, hizo una pausa y continuó resignada—. Y hay tres aspectos que él reclama de su personal: vestimenta adecuada, disponibilidad para viajar y disponibilidad de horario.

De todo lo que había dicho solo me preocupaba una cosa.

—¿Qué pasará cuándo se marche? ¿Podré regresar a mi puesto?

—Boris y Raúl, los otros dos directivos, no pondrán objeción —aclaró—. Aunque están muy interesados en que se cubra el puesto. Necesitan a alguien de enlace con la sede central cuando Oskar se marche, y que dirija un poco el departamento. Están saturados. Tendrás mucho trabajo y si te comprometes, una buena proyección de futuro.

Me comentó que el tal Boris estaba en Madrid porque allí había una oficina y habían tenido problemas con la fábrica, pero que regresaría en breve. Raúl se encargaba de casi todo, mientras Müller no regresara.

Lo pensé durante todo un segundo y contesté.

—No hay problema. Me adaptaré. Además, no tengo responsabilidades a mi cargo. Soy disciplinada en el trabajo.

—He de confesarte que la disponibilidad de horario significa que si él te llama a las tres de la madrugada porque está trabajando, espera que acudas a esa hora. Y si de pronto decide marcharse a su casa de Zúrich y trabajar desde allí, tendrás que ir con él. —La mujer parecía cansada, se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes—. Si aceptas estoy autorizada a doblarte el sueldo, que además ya es mayor del que tienes ahora, solo por cumplir estas exigencias.

Parecía una oferta fabulosa; sin embargo, pensé que había gato encerrado.

—¿Dónde está el pero?

—No te entiendo.

—¿Cuál es el problema con el puesto?

La mujer me miró con los ojos muy abiertos. Como si hubiera dicho algo inapropiado y soltó exasperada.

—¡Él! ¡Él es el problema! Es insufrible. —Al darse cuenta de lo que acababa de decir se disculpó—. Perdona, pero es que desde que se jubiló su secretaria hace dos meses, ha tenido tres asistentes y las tres han abandonado sin terminar el periodo de prueba. Empiezo a estar desesperada —añadió con una sonrisa—. Piénsalo si quieres y me dices algo mañana.

Suponía todo un reto, por lo visto el jefe era una especie de capullo. La barra de El Ruedo me había curtido para tíos así. No le di más vueltas. ¿Qué podía perder?

—Una pregunta —quise asegurarme—. Dentro del concepto «vestimenta adecuada» no entran los tejanos, ¿verdad?

La mujer negó risueña.

—Me temo que no. Falda, vestido, pantalón de vestir, tacones, aunque no son necesarios. Elegancia sin pasarse. Ni muy llamativo ni demasiado sexy.

Lo que me temía. Tendría que mirar en mi fondo de armario y sacar mejor

partido a mi apariencia. Tenía una figura estilizada, el pelo con unas ondas naturales que recogía casi siempre para retirármelo de la cara. Si me maquillaba un poco los ojos, podría darle más profundidad a mi mirada. De pronto me animé a cambiar de estilo. Anabel tenía razón, me escondía, y si quería ser la nueva Daniela necesitaba un cambio de *look*.

—Voy a hablar con Raúl, querrá conocerte, y podrá resolver las dudas que tengas, él lo conoce muy bien. Creo que podrás adaptarte al puesto sin problemas, no tengo la menor duda y, si no te dejas avasallar, habrás superado la prueba. Empezarías inmediatamente, aunque Oskar, el señor Müller, querrá entrevistarte.

—Sí.

—¿Sí?

—Que sí, que acepto el puesto —sonreí ilusionada—. ¿Cuándo empiezo?

A día siguiente, Montse, que así se llamaba la jefa de Recursos Humanos, me dijo que el señor Müller me entrevistaría por vídeo conferencia, se encontraba en Zúrich, pero primero lo haría el señor Jiménez. Ante mi cara de interrogación me aclaró que se refería a Raúl. Subimos a la planta de dirección. Nos recibió una chica con una gran sonrisa. Luisa era la recepcionista del departamento y dijo que podría contar con ella para lo que necesitase. Montse me dio paso al despacho del Director General. Me presentó y se quedó con nosotros. La entrevista duró cinco minutos, exactos. No me preguntó nada sobre mi *currículum*. Sin embargo, se interesó por si era una persona paciente.

—¿Que si tengo paciencia? —pregunté con cara de sorpresa.

—Te lo diré sin tapujos —dijo el director—. Oskar Müller tratará de deshacerse de ti a la primera de cambio. Él cree que no te necesita, pero se irá y yo necesito que aprendas cómo funcionan las cosas. Tómatelo como una formación exprés. Tu labor es resistir. ¿Puedo contar contigo para eso?

—Lo intentaré —respondí con vacilación.

—Espero que lo consigas.

Montse me invitó a salir, dijo que era la hora. Me condujo a un despacho

enorme y por la placa que había en la puerta, supe que se trataba del de Müller. Estaba perfectamente ordenado y se respiraba tranquilidad. Un sofá destacaba en el mobiliario. Era un *chester* negro e invitaba a sentarse en él. La mujer encendió una pantalla que estaba colgada en la pared y tecleó en una *tablet* que había sobre la mesa. Apareció una imagen bucólica, un precioso lago se veía a través de unos enormes ventanales y a lo lejos podían adivinarse unas montañas nevadas. Me dijo que estuviera atenta porque él aparecería en cualquier momento. Me dio ánimos y salió. Me sorprendió su despedida.

Mi imagen se reflejó en uno de los cristales. Vestía una camisa blanca, con americana y falda, negra. Me lo había prestado, hacía tiempo, Anabel y lo tenía de fondo de armario, para las emergencias. Por inercia, y para calmar mis nervios, trate de alisar arrugas imaginarias. Me había costado mucho decidir qué ponerme. A Rubén no le gustaba que enseñara las piernas, ni las curvas de mis pechos que no eran grandes, pero pequeños tampoco, y eran difíciles de ocultar con ropa ajustada. Por eso prefería los tejanos y las camisetas holgadas. Me evitaba su mosqueo. Qué idiota, nunca más dejaría que nadie decidiera qué debía ponerme. Cuando quería molestarme decía que provocaba a los moscones. Pero este traje, que recordaba haber llevado al entierro del abuelo de Rubén, aunque no era muy favorecedor, me servía para dar buena impresión y se ajustaba a los requisitos exigidos. Hice una mueca a mi imagen del cristal. No me gustaba nada. Si sobrevivía a la entrevista del jefe ya me buscaría una nueva indumentaria, con lo que iban a pagarme podría destinarle un pellizco.

Llevaba el pelo suelto, pero no estaba acostumbrada. Tenía calor, la americana me sobraba. Empecé a sentirme insegura y temí no pasar la prueba. Inconsciente, hice un pequeño moñete con el pelo, cogí uno de los lápices que había en un lapicero y lo sujeté. Inquieta, esperé el pitido que me anunciara la vídeo conferencia. Me descalcé y paseé por la mullida moqueta. No era como la que teníamos en administración. Me senté en varios sillones, no sabía desde cuál se vería mejor la pantalla, así que probé. Tuve la impresión de que se

había movido la imagen, pero todo parecía igual. Decididamente se veía mejor desde el asiento del jefe. Estaba intranquila. Me levanté y cotilleé un poco. En una estantería había un par de fotos. Los tres jefes, supuse, cogidos por los hombros, vestidos de esquiadores. En la otra estaba con una chica. ¿Sería su mujer?

De pronto una voz surgió de la nada y supe que me habían pillado *infraganti*.

—Cuando usted quiera podemos empezar.

Por un segundo me quedé paralizada. Su voz me afectó. Sé que me puse roja por cómo me ardía la cara. Miré hacia la pantalla y el impacto que recibí me noqueó. Unos ojos azules me escrutaban. Eran de un color aguamarina. El hombre de la imagen era fuerte, atractivo y de mirada profunda. Ese tipo de hombres que saben el efecto que causan. Su pelo era negro. Se llevó la mano hacia él y lo enredó entre sus dedos, como si quisiera echarlo hacia atrás. No sé por qué razón pensé si sería tan suave y espeso como parecía. Por un segundo cerró los ojos en un gesto cansado. Estaba sentado, delante de aquellos fabulosos ventanales, vestido con una americana azul marino y camisa blanca, sin corbata. Llevaba barba de varios días y lucía espectacular, aunque en su cara se reflejaba una mueca de cabreo continuo que me sorprendió. Este hombre se reía poco. Todo en él proclamaba a gritos tres palabras que lo definían: seguridad, poder y arrogancia.

Sonreí a la imagen, para disimular la tensión que me provocó, a la vez que por el rabillo del ojo busqué mis zapatos. Estaban cerca de la mesa. Recé para que la cámara no captara toda la habitación y los viera allí, tirados. Me moví en dirección a la pantalla y me sitúe frente a ella. Puse cara de la perfecta asistente.

Empezó a hacerme preguntas. Edad, puesto anterior, estudios. Yo respondía como una autómatas a la vez que él confirmaba en un papel que tenía entre las manos y deduje que era mi *currículum*. ¿Para qué me preguntaba si tenía toda la información? Su cara no reflejaba ninguna expresión, pero era muy consciente del examen que me hacía.

—¿Por qué quiere el puesto? Esto es diferente a lo que está acostumbrada.

—Necesito un cambio. No me asusta el trabajo.

Durante unos segundos me observó con cara seria, como si me analizara. Al final dijo.

—Tome nota, por favor, voy a darle una dirección.

Tal vez fuera fachada, pero la mirada que me dedicó había conseguido su objetivo. Me quedé enganchada a ella y me costó reaccionar.

Estaba nerviosa. Me dirigí a la mesa. No sabía dónde encontrar un papel, los cajones estaban cerrados. Pero por suerte el cajón central, bajo el sobre de la mesa, estaba sin llave. Había un montón de folios en blanco, con su nombre en el membrete de la empresa.

—¿Está lista?

—Un segundo.

Saqué una hoja, fui a coger un lápiz del lapicero y mis dedos torpes tropezaron con él y cayó al suelo. Entonces fui consciente de que llevaba el lápiz en el pelo. Con disimulo lo cogí y sentí como mi pelo caía por mis hombros, hasta cubrir la mitad de mis pechos.

Él carraspeó y dijo en un tono que sonaba irritado.

—Está bien, señorita. Relájese... Y tome asiento de una vez, no quiero ver esos pies descalzos.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

La temperatura me subió dos grados. Me senté en su sillón y mordí el lápiz. Empezaba a sudar. Él clavó sus ojos en mí y me observó como si me analizara. Dijo algo, pero no supe qué.

Su voz hacía que abriera mis defensas, que me pusiera en guardia y estuviera alerta. Era como un instinto de supervivencia. Imposible relajarse ante su presencia. Aunque fuese virtual ese hombre me imponía.

—¿Preparada? No tengo todo el día.

Asentí con la cabeza y él me dictó la dirección. Tras unos segundos en silencio reinició sus preguntas.

—¿Tiene novio, señorita Ramos?

—No creo que eso importe.

—¿Lo tiene o no? —elevó la voz, molesto.

—Le repito que no creo que importe esa cuestión. —Me mantuve en mi posición, no creía que eso tuviera relevancia. Sin embargo, me arrepentí de mi arrebató porque podía perder la oportunidad del puesto.

—Eso es un no —concluyó sin mirarme, aunque yo no podía apartar mi vista de él—. Quiero tenerla a mi disposición a la hora que quiera y donde quiera —murmuró y clavó sus ojos claros en los míos. Sus palabras parecían que se referían a otra cosa—. No quiero excusas por problemas con novios, maridos o amantes.

Me observó con fijeza y esperó mi respuesta.

—No... no los habrá —titubeé.

De pronto se interesó por mis conocimientos de otros idiomas.

—¿Desde cuándo estudia alemán?

—Desde hace cuatro años. Nunca se sabe las puertas que te pueden abrir hablar idiomas.

Se quedó pensativo y creo que le agradó mi respuesta. Pero el muy cabrón siguió en alemán e inglés. Me costó seguirlo al principio, pero salí bien del paso.

Al cabo de quince minutos me dijo que me esperaba allí al día siguiente y que tendría noticias suyas por mail. Él tardaría en regresar a Barcelona.

—Una cosa más, señorita Ramos. La próxima vez que contacte por vídeo conferencia, esté preparada desde el inicio. Lo mismo que usted veía mi estancia yo la veía a usted.

Me dejó perpleja. Me había estado observando todo el rato y no dijo nada. Levantó las cejas en una mueca de suficiencia que me irritó, pero me tragué el orgullo y solo asentí.

Casi cuando iba a cerrar la conexión, me atreví a preguntar.

—Señor... ¿qué hago con esta dirección?

Creí ver un amago de sonrisa en la comisura de sus labios, pero descarté la idea. Ese hombre no se reía.

—Vaya y averígüelo. Tendrán instrucciones para usted.

Capítulo 2

Traspasé mis tareas a Anabel, aunque no dejó de quejarse. Dijo que se alegraba de que yo subiera de categoría, pero no de que la abandonase, porque se quedaba sola con los «sapiéntines». Me hizo reír. Así llamaba mi amiga a los chicos de contabilidad. Además, le tocaba enseñar a Miguel, de comercial, que me sustituía en el puesto. Regresé a personal y firmé mi nuevo contrato. Había pasado la prueba del jefazo.

Entonces fui a la dirección que me había dado. Podía ser cualquier cosa, desde el tinte para que le recogiera sus trajes como el despacho de un notario donde me entregarían unas escrituras. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré ante una boutique exclusiva de ropa femenina. ¿Era una broma?

Entré bastante desconfiada y me atendió una mujer mayor.

—Buenas tardes, me envía el señor Müller...

—Ah, sí. La estoy esperando. Soy Violeta —dijo amable—. ¿La señorita Ramos?

Asentí. Me dijo que tenía instrucciones de enseñarme algunas prendas. Entre ellas un conjunto de traje de falda y chaqueta negro. Debía escoger lo que más me gustase, además del traje.

Primero me sentí ofendida, pero después lo tomé como cuando te dan un uniforme. Me probé varias cosas y casi me asusté al ver las etiquetas de aquella ropa. Seleccioné una falda y dos blusas, no me atreví a más. El traje chaqueta no pude rechazarlo. Era muy bonito. Elegante y moderno, hasta me veía sexy. La mujer me enseñó varios zapatos tipo *stiletto* en color negro. Medí el tacón con los dedos. Sobrepasaba los cuatro dedos. Yo media casi uno setenta. Me vería muy alta con ellos. De pronto reaccioné y dejé de preocuparme. Me encantaban los tacones.

Salí de la tienda con varias bolsas y con la sensación de que eso no era normal. ¿También les había comprado un vestuario a las otras tres asistentes?

Llegué a casa y me probé las cosas. Me encantaban. La nueva Daniela empezaba bien, renovando el ropero.

Abrí mi correo y tenía varios del jefe. En ninguno hacía referencia a la ropa. El primero decía que todo lo que enviara a la sede central tenía que estar en alemán o en su defecto, inglés. Así que me iba a tocar traducir la mayoría de los informes. Menuda lata. Con él podía comunicarme en el idioma que eligiese. El segundo era para que tramitara unos documentos y el tercero, más que una demanda era una orden. Me pedía que instalara *Skype* en mi ordenador personal de casa, si no lo tenía, porque podía comunicarse conmigo por esa vía.

En mi móvil también tenía un mensaje. Rubén pretendía venir a recoger las cosas que le quedaban en casa. Le contesté que podía hacerlo cuando quisiera, lo encontraría todo en una caja en el rellano. Después bloqueé y borré su número. Antes de acostarme metí los pocos bártulos que habían de él en unas bolsas. Ni me molesté en buscar algo de cartón. Lo cierto es que nunca se instaló del todo porque no encontré demasiadas cosas. Lo dejé en el rellano y pensé que si tardaba en recogerlas los de la limpieza las tirarían.

A la mañana siguiente dediqué un tiempo precioso a arreglarme. Iba a recoger mi melena, pero la dejé suelta, aunque cogí una pinza por si no lo aguantaba. Me coloqué la falda nueva, tenía un poco de vuelo y llegaba por encima de las rodillas y una blusa de talle corto. Reconozco que ante la pinta que tenía frente al espejo, sonreí. Me gustaba. Me calcé los zapatos de tacón y salí a mi nueva vida.

Las bolsas seguían allí, en el rellano, deseé no encontrarlas al regresar a casa.

Me instalé en el despacho del jefe, era lo más cómodo. A las diez de la mañana contactó conmigo, vía *Skype*. Tuve la impresión de que estaba más serio que el día anterior, pero su mirada era más brillante. Lo primero que quiso saber era si me había instalado la aplicación en casa. Asentí. Me pidió mi número móvil y me dio el suyo. No me hizo mucha gracia, me sentí controlada, pero pensé que era algo lógico. Luego me cargó de trabajo para

las siguientes diez horas. Al finalizar la conversación, me soltó.

—Veo que le gusta mi sillón.

Lo miré con los ojos muy abiertos y le sonreí. Con cierto atrevimiento le dije que era un lugar cómodo y práctico para comunicarme con él.

—Espero que no se molestara en que eligiera por usted, su gusto es pésimo para vestir. Y a mí me gusta rodearme de cosas bellas. No vuelva con aquel traje.

Había empezado bien, pero su comentario sobre mi forma de vestir me irritó.

—¿Disculpe? —pregunté con extrañeza—. Tengo buen gusto. Pero yo decidiré qué ponerme, siempre que siga las directrices de vestimenta adecuada —enmarqué las últimas palabras con unas comillas en el aire.

—Puede que crea que lo tiene. Pero ayer parecía que el traje que llevaba no era suyo. ¿De quién era, de su madre? —Me miró desafiante y añadió con ironía—. Mejor siga mi consejo.

Me sentó fatal su explicación. ¿Quién se creía que era para hablarme con tal desfachatez?

—No puede hablarme así, es desconsiderado y poco cortés —respondí enfadada—. Vestiré correcta, aunque como yo quiera.

Me sentí ofendida y me recordó a mi ex. No iba a volver a pasar por eso. No consentiría que nadie me dijese qué podía y qué no ponerme. Y menos a mi jefe. ¡Era el colmo! No medí el tono, pero quise dejarle algo claro.

—No quiero faltarle al respeto, seguiré su *dress code*, pero no piense que será usted quien me ordene qué ponerme. No pienso pasar por ahí.

Lo observé con desafío. Me sostuvo la mirada y me pareció que cavilaba su respuesta. La soltó en un murmullo.

—En su tiempo libre puede vestir como le plazca, pero aquí usted se pondrá lo que a mí me dé la gana. —No fue una demanda, sino una exigencia que escupió como una orden.

Me dejó con la palabra en la boca porque cortó la conversación.

Al día siguiente me coloqué el traje de americana y falda negra de Anabel, con una camiseta rosa, debajo. Me hubiera gustado tener una de esas que proclaman el derecho de la mujer a decidir: «Es mi cuerpo, yo decido». Me miró con indiferencia cuando me conecté a *Skype*, me retó con la mirada, pero no dijo nada.

Me sumé un punto. El resto del día tuve mucho trabajo. No solo con lo que él me daba, sino con aprender el funcionamiento y organizar el departamento, además de ayudar a Raúl en lo que me pedía.

Al salir del trabajo, le pedí a Anabel que me acompañara a casa. Cuando le conté lo que había hecho con las cosas de Rubén se rio con ganas, pero a mí me preocupaba que me estuviera esperando. La duda de que hubiera ido a recogerlas, me agobiaba. No tenía ningunas ganas de verlo y menos de encontrármelo sola. Salíamos distraídas del ascensor, envueltas en una conversación sobre lo estirado y exigente que era mi nuevo jefe, y nos encontramos con mi vecino de al lado. Es bombero. Se lo presenté a mi amiga, que le faltó poco para babear. Me dijo que había echado a mi novio de la escalera, golpeaba mi puerta sin cesar y se fue muy enfadado con unas bolsas y maldiciendo porque no había podido entrar. Le conté que lo habíamos dejado y me encogí de hombros en una mueca de indiferencia. Soltó una carcajada que nos hizo reír a nosotras también.

—Se fue cabreado, pero no creo que regrese por aquí —explicó—. De todas formas, si tienes algún problema no dudes en llamarme.

Me guiñó un ojo y bajó por las escaleras. Anabel se quedó mirando el vacío por el que había desaparecido y empezó a bromear con que me había salido un guardaespaldas del calendario de los bomberos.

Durante dos días no supe de mi jefe, se ponía en contacto conmigo su secretaria de Zúrich en *Technologie Müller*. Una mujer muy poco simpática y muy práctica. Me dijo que él estaba resolviendo unos asuntos personales. Sentí curiosidad por saber qué tipo de asuntos, pero no me atreví a preguntar.

Cuando al tercer día me llamó por *Skype*, hasta me hizo ilusión. Estaba serio, como enfadado, pero no me importó, lucía impresionante y eso alegraba

la vista.

—¿Todo bien? —le pregunté con una sonrisa a la espera de saber.

Me sorprendió su repuesta. Me miró durante unos segundos y su rostro se fue relajando.

—Todo bien, Daniela. Tienes ojos curiosos.

Me avergoncé de que se diera cuenta de cómo lo había mirado, pero él hizo una mueca simpática y la tensión se disipó.

Los siguientes días establecimos un modo de trabajo peculiar. Solía bombardearme a mensajes, llamadas o vídeo conferencias, a cualquier hora del día, en las que me indicaba cosas que con un simple email hubiera acabado antes. Por las noches también lo hizo, aunque me di cuenta de que respetó el horario y lo hacía, como muy tarde, poco antes de la medianoche.

Yo acampaba por su despacho. Nada más entrar me descalzaba, me gustaba el tacto de aquella moqueta en mis pies, y cuando él me llamaba procuraba estar impecable. Sin embargo, el concepto de impecable con seguridad no era el mismo para mí que para él. Vestía de manera formal, pero nada de ropa ajustada que marcara mis curvas y, muy consciente, evitaba la ropa que él me compró. He de reconocer que me gustaba provocarlo y más de una vez me pilló con los malditos zapatos quitados. Aunque creo que él también me buscaba para sorprenderme. Lo hacía a propósito, decía que se conectaría a una hora y lo hacía a otra. Me hablaba bastante por teléfono. Y yo, sin darme cuenta, esperaba esas llamadas solo por oír su voz. Pero claro, cuando estaba en plan borde lo detestaba.

Un día, después de unos mails que no terminé de interpretar bien, me llamó. Pero yo estaba en un pisolabis improvisado con Anabel y pasé de cogerle el teléfono. Pensé que dejaría un mensaje de voz. Fue insistente, al final atendí y me habló con un tono que indicaba lo molesto que estaba.

—Señorita Ramos, mi tiempo es muy valioso para que me hagan esperar.

—Lo siento, no podía atender...

—Sí, vale. ¿Qué es lo que no entiende? —sin dejarme hablar, continuó—.

Traduzca, señorita, y si no lo entiende, métase en *Google* y averigüe.

Me colgó sin otra explicación. Anabel soltó una enorme carcajada al ver mi cara de susto.

Después de una tarde angustiada por hacer bien mi trabajo, comprendí las cláusulas y preparé un buen informe. Eso me llevó más horas de la cuenta. Tuve que traducir del alemán al inglés y así pude enterarme bien. No tenía la intención de que me despidieran por aquella estupidez. Salí casi a las nueve, pero con la sensación del trabajo bien hecho. Le envié el documento y me marché a casa. Al llegar descubrí que tenía un *wasap* de él. Lo leí y me quedé algo confusa.

«No vuelvas a hacerme esperar. No lo soporto. Me has privado de verte hoy».

¿Se disculpaba o estaba coqueteando conmigo?

La siguiente vez que se conectó no pude dejar de mirarlo, con disimulo. Quería y a la vez no quería hacer alusión a su mensaje. Aunque él, por supuesto, no hizo ninguna referencia. Todo el rato me llamó de usted y consiguió que mi cerebro se colapsase en un intento de averiguar qué significaba aquel mensaje. Sin embargo, oculté muy bien mis emociones y yo también hablé con distancia y creo que hasta sobreactué en mi papel de mujer fría.

—¿Tiene alguna pregunta, algo que no entienda? —preguntó y estoy convencida de que lo hacía con doble intención—. ¿Necesita que le aclare algo?

—No, nada...

—Una cosa más —añadió con buen humor—. ¿Por qué no usa aquellas prendas? ¿No le gustan? Lucía mejor.

El tono y la voz que puso me erizó el vello. No sé de dónde me salió un orgullo tonto y repliqué.

—Quiero recordarle que usted es mi jefe y yo su empleada y no quiero malos entendidos.

—¿Malos entendidos? No creo que hayas entendido mal, nada. Eres lo suficientemente inteligente para leer entre líneas. Es muy simple lo que te pedí.

Me retó y le contesté. No podía morderme la lengua.

—No le permito que me hable así. Merezco un respeto. Usted no pidió nada, más bien ordenó. Y yo no soy ninguna muñequita suya para que me diga según qué cosas.

—Ni tengo, ni quiero muñequitas, en todo caso mujeres. Madure —contestó seco. ¿Me acababa de decir que era una niña?—. Y dos cosas más, señorita: la primera es que cuando yo la llamo, no hay nada más importante que eso. ¿Entendido? Y dos, gasté bastante dinero en esas prendas que no usa. Es una desagradecida. Si quiere que la respeten, respete primero.

—Yo no le pedí que las comprara. ¿También lo hizo con las otras?

En aquel momento me di cuenta de que me había molestado que me hiciera ir a aquella boutique, engañada. Me había sentado peor la situación de lo que pensaba y lo provocaba con cierto orgullo.

—No voy a darle explicaciones —dijo muy irritado—. Si le interesa el puesto será con mis condiciones. Si no puede cumplirlas, mejor que no regrese mañana.

De pronto lo entendí, me retaba y provocaba. ¿Quería que abandonara? Era un juego para él. Pues iba listo. Pensaba estar al día siguiente y al otro, tal como él quería: vestida para sus ojos.

Al día siguiente cuando llamó por *Skype*, me encontraba sentada en su sillón, al más puro estilo de ejecutiva, con la ropa de la boutique. Me había puesto el traje negro que él eligió para mí. Eso sí, coloqué un pañuelo muy colorido alrededor de mi cuello y le hablé con toda la distancia que pude. Era infantil, lo sé, pero quería dejarle claro que no mandaba en mí. Él respondió como si nada y la entrevista fue fría, seria y distante, pero me anoté un tanto.

El sábado fui a ver a mis padres, viven en un pueblo cerca al *Montseny*, en Sant Celoni. Les expliqué que había roto con Rubén y que había cambiado de puesto de trabajo. A mi madre no le hizo gracia el tema de que tuviera que viajar, pero que me deshiciera del novio, le encantó. No pudo disimularlo. Me animó mucho cuando les conté los motivos y que por esa razón había dejado El Ruedo.

—Dani, estoy por abrir una botella de cava. Creo que te has quitado un lastre de encima. Si te soy sincera nunca te vi muy ilusionada. Algo mejor está por llegar a tu vida, ya verás.

Mi madre era única enviando mensajes positivos. Mi padre, sin embargo, fue más práctico y me preguntó si necesitaba ayuda para hacerme cargo de las cuotas del coche o para el alquiler. Me alegró decirle que me las apañaba bien. Me habían subido el sueldo.

Al llegar la noche me despedí. Dije que al no traerme el ordenador, podía tener trabajo. No les mentí al comentar que mi jefe era muy exigente. En el fondo estaba nerviosa por si se había querido poner en contacto conmigo por vídeo llamada. Aunque no contactó conmigo en todo el día.

El sonido del teléfono me despertó en mitad de la noche. Mi primer pensamiento fue si a mis padres les había ocurrido algo. Ni siquiera miré de quién se trataba, respondí adormilada y asustada. Una voz que me perseguía en sueños me terminó de despertar.

—¿La he despertado?

—Sí, tengo ese vicio tan feo de dormir —contesté con burla. Eran las dos de la madrugada de un domingo. ¿Qué podía ser tan importante?

—¿No sale por la noche? ¿No la distrae un amigo especial?

Me estaba tocando la moral, así que lo corté seca.

—¿Qué necesita?

—Conéctese —ordenó.

Encendí el portátil y me conecté a *Skype*. Me recibió con una cara seria. Lo noté diferente, probablemente porque iba sin camisa y tan solo llevaba una camiseta de manga corta. Se le notaban los músculos bien definidos. Ese hombre se machacaba en el gimnasio, no podía ocultarlo.

Empezó a darme datos para que los contrastara con otros que me había enviado el viernes. No vi la urgencia del asunto, pero no me quejé. Hacía silencios largos, algo que me desesperaba, y se golpeaba los labios con el dedo índice. Supongo que porque analizaba las cantidades o la información

que me transmitía, pero me desconcentraba. No podía evitar que mis ojos se fueran a sus labios.

—¿Así duermes? —preguntó de pronto y me desconcertó.

—¿Así, cómo?

—Con eso —señaló la pantalla.

Me miré con desgana y de repente noté que las mejillas me ardían. Llevaba una camiseta de tirantes muy cómoda, pero con bastantes lavados. Se me marcaban los pezones y además iba en bragas. Por suerte para mí estaba sentada y no podía verlas. No había sido un invierno frío y me había acostumbrado a dormir así, bajo el nórdico y con la calefacción a veintidós grados.

—No lleva sujetador.

¡Joder! Cubrí mis pechos con mis brazos. Qué perspicaz y qué ojo tenía el tío a miles de kilómetros. Mi portátil era normalito, pero el suyo seguro que tenía cámara de rayos X.

—Lo siento... —balbuceé, no sabía dónde meterme de la vergüenza.

—No se lamenta, es toda una sorpresa verla así, tan... tan relajada. Siempre parece estar en tensión, seguro que es por mi culpa. Pero creo que debería cubrirse un poco. Así no puedo pensar.

¿Qué quería decir con eso?

—Cierre los ojos.

—¿Pretende que juguemos a algo? —murmuró y su voz me llegó a lo más hondo—. ¿Quiere que también me los tape?

—No quiero que me vea —dije tranquila, pero por dentro estaba encendida. Me parecía que sus palabras querían decir otras cosas.

Dijo un de acuerdo casi en un susurro y los cerró. Antes de que se cubriera la cara con las manos, me deleité mirando sus facciones. Era atractivo, muy atractivo. Llevaba barba de varios días. Sus ojos eran mi perdición, esos que ahora tenían tapados, de color aguamarina. Me sobresaltó con un suspiro y me levanté de un salto. No me reí de milagro. La situación era surrealista.

Corrí a mi cuarto, me puse una sudadera de la UB encima de la camiseta y busqué unos tejanos. Al ponérmelos, antes de cerrarlos acaricié el tatuaje que tengo en la pelvis, junto a la ingle. Un pequeño duende del bosque. Ya era vergonzoso que me hubiera visto en ropa de dormir, con que pensar que me veía el tatuaje al transparentarse las braguitas, me torturaba. Terminé de colocármelos y salí disparada hacia el comedor, donde tenía el portátil. Seguía con la cara tapada en una postura un tanto divertida.

—Ya está.

Se destapó los ojos y me observó en silencio. Al fin dijo.

—Por supuesto me gustaba más antes, pero sigamos con lo que estábamos.

Sus comentarios sutiles y sus miradas intensas me provocaban fuegos que tenía que apagar a cada rato. Me reñí a mí misma y justifiqué los calores que me entraban con la excusa de que era mi mente la que me hacía ver esas cosas. A veces pensaba que él coqueteaba conmigo, pero luego me decía que eran imaginaciones mías. Era un borde la mayoría de las veces.

Durante una hora me tuvo allí sentada. Entonces me pidió que le diera un momento y se levantó. Iba en pijama. Un pantalón de cuadros azules y blancos que se le caía por las caderas. Regresó con un café humeante y me dijo que si quería uno me daba tiempo para que lo trajese.

—Así tomamos algo juntos.

Asentí, fui a la cocina y me hice un té. Cogí un poco de chocolate y lo llevé a la mesa.

—Es golosa, lo tendré en cuenta. —sonreí tímida.

Nos tomamos aquel tentempié improvisado y en realidad sentí que compartíamos un momento íntimo. Para mi sorpresa me confesó que tenía problemas de insomnio y que lo aprovechaba para trabajar. Lamentaba arrastrarme en esos instantes y se disculpaba para cuando ocurriesen. Pensé que las otras asistentes no llevaron bien esa cuestión, pero descubrí que a mí no me importaba tanto. Después seguimos con cosas de trabajo y al cabo de un buen rato me dijo que le había entrado sueño y que iba a aprovechar para dormir un poco.

—Gracias por tu tiempo, Daniela.

Acarició mi nombre y cortó la comunicación. Me di cuenta de que en algunas ocasiones me tuteaba y me gustaba. Se fue a dormir, pero yo no conseguí pegar ojo en lo que restaba de noche. Tumbada en mi cama imaginé aquel lugar desde el que me hablaba. Había un lago y tenía pinta de hacer frío, pero en su casa debía estarse muy calentito, iba en camiseta. Suspiré al recordar su cuerpo musculoso y fibroso. Joder, me ponía mi jefe y había sido una videoconferencia, cuando lo tuviera presente no sé cómo iba a llevarlo. Entre su voz que me tenía seducida por completo, y ese cuerpo de anuncio, estaba excitada. Tenía que ser porque llevaba muchos días sin sexo.

No me di cuenta entonces, pero el rey del control y la arrogancia había bajado la guardia aquella noche.

Los siguientes días establecimos una especie de rutina. Me llamaba por *Skype* por la mañana, sobre las nueve y media, y a la noche también, cerca de las diez. Y siempre nos tomábamos algo juntos. Al principio fue casualidad que me encontrara con una taza entre las manos y poco a poco se fue estableciendo por costumbre. Alguna madrugada me despertaba, pero intercambiábamos impresiones y cortaba rápido. En alguna ocasión le sorprendí, antes de que me pidiera algo yo se lo presentaba. Sé que mi iniciativa le gustaba y que hacía bien mi trabajo. Pero le era imposible abandonar su exigencia y necesidad de control. Podía pasar de estar tranquilo, mientras comentaba un aspecto a querer zanjarlo rápido y dejarme a medias en una conversación. Un mediodía me llamó mientras estaba en un bar, era mi hora de la comida y había bajado tarde. Estaba con un compañero. Se molestó cuando le dije que no estaba sola y me colgó. En ocasiones me despistaba esa variabilidad emocional. Parecía bipolar.

Al cumplir mi primer mes, salí a celebrarlo con Anabel. Fuimos a comprarme ropa apropiada. No quería ir siempre con lo mismo. Después nos fuimos de copas. Casi le conté mis sensaciones. Pero Anabel es intensa y quiso hablar de todo menos de trabajo, así que callé y me dejé llevar.

Cada día que pasaba me sentía más cómoda en el puesto. Mi jefe y yo

habíamos encontrado una fórmula de no agresión en la que podíamos trabajar. Cuando él estaba especialmente borde, me limitaba a recoger sus demandas. Pero había momentos en los que bajaba la guardia y entonces me apetecía compartir con él un café. Eran ratos en los que parecía hasta simpático.

Raúl apareció por el despacho y me pilló descalza, como era mi costumbre, pero no fue eso lo que lo sorprendió, sino que estaba por el suelo. Estaba rodeada de papeles. Ordenaba toda la información que había recogido de una empresa que le interesaba a mi jefe. Incluso hice una tabla señalando sus escasos puntos fuertes y la mayoría, débiles, para facilitarle la lectura y así, con un simple vistazo, vería una síntesis de lo principal a tener en cuenta. Aunque según los datos que había averiguado si no se daba prisa no habría empresa que comprar.

—Hola, ¿qué tal? ¿Todo bien por aquí?

Me levanté casi de un salto con algunos documentos en la mano. Le sonreí, avergonzada.

Cogió uno de los papeles y le dije que preparaba una estrategia financiera. Creo que lo impresioné. Le hice un resumen de mis impresiones y me aconsejó que redactara un informe y se lo explicara bien a Oskar, para que tuviera clara la información. Me hice una nota mental para escribirlo y añadir mis conclusiones.

—Parece que resistes. Te has adaptado bien y el departamento parece otro.
—Me sonrió y me devolvió el papel—. Estuve con Oskar hace unos días y me dijo que trabajas bien, está contento. Le sigues el ritmo.

—No creo que pueda mantenerle el ritmo, pero aquí sigo —bromeé.

—Es muy quisquilloso, pero ¿quién no lo es?

Quise preguntarle si sabía cuándo vendría, pero me mordí la lengua. Sin embargo, respondió a mi pregunta no formulada.

—No creo que tarde en regresar, Heidi ya está bien.

Con esas palabras enigmáticas, se marchó.

Anabel vino a recogerme para salir a comer. Hacía un tiempo primaveral

estupendo. Comimos en un japonés, pero el *sushi* no me sentó bien, y me subí al despacho a descansar un poco. Hasta que vomité y mi estómago se vació no me deshice de aquella sensación tan mala de tener el cuerpo revuelto. Me tumbé en el formidable sofá *chester*. Era muy cómodo y cabía completamente estirada. Como era mi costumbre me quité los zapatos y también me saqué la camisa de la falda, para estar más a gusto. Casi me había adormilado cuando un ruido extraño me descolocó, toqué la pantalla de la *tablet* que tenía conmigo, por si recibía algún mensaje, pero sin ser muy consciente y seguí en mi duermevela. De pronto una voz conocida y añorada que se me colaba por todos los poros de la piel, me sobresaltó.

—Vaya, ¿no estará durmiendo una siesta?

Del brinco que pegué me caí al suelo. Creo que le mostré mis bragas en todo su esplendor. Oskar se mantenía serio en la pantalla y casi deseé que se congelara la imagen. Me calcé con prisa y alisé mi blusa.

—Lo siento señor, es que...

No pude continuar, tuve que salir corriendo al baño y volví a vomitar, mientras escuchaba a mi jefe gritar que qué demonios me pasaba. Cuando salí, mi aspecto no era mucho mejor que antes.

—¿Se encuentra bien?

—No mucho, no me ha sentado bien el *sushi*.

—Eso parece, estás pálida. No te va ese color —dijo y lo vi sonreír por primera vez, pero yo no estaba para bromas—. ¿Por qué no te vas a casa?

—No, estoy bien. Tengo los informes. ¿Se los paso por mail?

—Vete a casa. Hablamos mañana.

Me animó con un gesto y cortó la comunicación.

A la noche recibí un *wasap* un poco desconcertante.

«Espero que un buen caldo le arregle el cuerpo.

Cúrese pronto, la echaré de menos».

Necesité una semana para recuperarme.

Apenas supe de él y me sentí rara. Era algo extraño, la relación que

mantenía con mi jefe era lo más excitante que me había pasado en mucho tiempo. Esperaba que me despertara en mitad de la noche con algún encargo, solo por escuchar su voz. Me conecté al mail y me sorprendió encontrar algún mensaje suyo, pero solo me decía que me mejorase y descansara. Nada de bombardearme a trabajo o sugerencias. Tampoco me habló por *Skype*. Reconozco que lo eché tremendamente de menos.

Capítulo 3

El día que decidí regresar a mi puesto de trabajo llovía a cántaros. Como cada mañana cogí el metro, era lo más rápido, pero para mi desgracia olvidé el paraguas en un asiento al salir de él y me esperaba una buena caminata. Pensé que encontraría una de aquellas tiendas que empezaron con el «todo a cien» y que ahora eran de los chinos o quizás a alguna de esas almas caritativas que van vendiendo paraguas en mitad de la lluvia. Pues nada, no encontré nada. Llegué a las oficinas hecha una sopa. Estaba tan empapada que si me detenía un tiempo se hacía un charco a mis pies. Las chicas de la recepción de la entrada me riñeron y dijeron que la alfombra se iba a estropear, pero ¿qué pretendían que hiciera?

Subí en el ascensor, se hizo el charco en el suelo. Resignada, me miré en el espejo y al ver mi pelo me asusté, parecía una loca. Estaba chafado y pegado a mi cara. Intenté ahuecarlo y sin demasiado sentimiento de culpa, lo escurrí y dejé caer un chorro de agua. De perdidos, al río. Al llegar a la planta, Luisa, la chica de recepción, me hizo gestos para que me detuviera, pero no lo hice. Seguro que quería contarme algún chisme, era evidente que no estaba yo para eso en aquellos momentos. Con un gesto le dije que lo dejara para luego. Tenía que quitarme aquella ropa si no quería enfermar.

Seguí mi camino, crucé la antesala del despacho y entré en él. Cerré la puerta detrás de mí. Me quité la fina chaqueta que llevaba. Estaba estropeada del agua que le había caído encima. Jamás quedaría bien. Desabroché mi blusa con prisa, a la par que me deshacía de los zapatos. La tela se me pegaba al cuerpo y casi tuve que arrancármela. Me palpé los pechos, el sujetador era blanco, de raso y encaje y también estaba húmedo. Menudo desastre. Pensar en la pinta que debía llevar por la calle no me gustó, era una imagen bastante desastrosa. Por suerte el baño estaba surtido de toallas. Podría secar un poco la ropa con ellas. De un tirón bajé la cremallera de la falda y esta cayó al

suelo, con un movimiento de caderas.

De pronto, en mi campo de visión, una sombra me hizo dar un respingo y me tapé como pude con mi ropa, hecha un ovillo.

—Muy buenos días, señorita Ramos —el señor Müller, Oskar, mi jefe me saludó entre sorprendido y divertido. Yo me quería morir, me quedé petrificada unos segundos hasta que salí corriendo hacia el baño. Debí acercarse a la puerta porque lo escuché hablar. ¿Ese hombre no tenía piedad? —. Veo que ya se encuentra bien, muy bien diría yo. ¿Necesita algo? ¿Le seco la espalda?

Muy gracioso.

Me sequé con una toalla todo lo que pude. Escurrí la blusa y quedó arrugada. Me volví a vestir, tenía un aspecto lamentable y todo estaba húmedo. Si no moría de vergüenza lo haría de una pulmonía. No me atrevía a salir del baño. Quería quedarme a vivir allí dentro. Enrollé el pelo, con otra toalla, para eliminar el exceso de agua y lo sequé con brío. Me peiné con los dedos. Era lo único que tenía arreglo. Bueno, y las medias que conseguí secar a base de estrujarlas en la toalla. No sé el tiempo que estuve encerrada, pero cuando reuní el valor para salir, él picó con los nudillos.

—Si abre un poco podré darle algo que han traído. No se le ocurra ponerse esa ropa mojada otra vez.

Abrí apenas una ranura y él me pasó una percha de la que colgaba un vestido, dentro de una funda de plástico. Durante un buen rato miré aquella prenda. Era de mi talla. ¿Cómo la sabía? Al final me lo puse. Era bonito, sencillo y elegante a la vez, de un color rosa pálido, sin mangas y con una chaqueta a juego. Necesité unos cuantos minutos más para salir de aquel baño. Metí bastante papel en los zapatos para que absorbiera el agua y decidí esperar para ponérmelos. Salí descalza, con gran reparo. No recordaba otra situación más embarazosa que aquella.

Me esperaba a unos pasos de la puerta. Se me acercó y me dedicó una media sonrisa. Creo que lo que quería era reírse con ganas, pero agradecí que no lo hiciera. Estiró su mano, firme, y dijo.

—Empecemos de nuevo. —La estreché. Me sorprendió echar de menos su barba. Se había afeitado—. Tenía ganas de conocerte, en persona, Daniela Ramos.

Lo primero que me vino a la mente fue que era más alto que yo, mediría un metro ochenta y cinco o noventa, por lo menos; pero me di una torta mental y me concentré.

—Gracias, señor Müller. Es muy amable —dije y miré el vestido. No me soltaba la mano y al notar el contacto cálido de su piel las piernas me empezaron a temblar y la sensación que nació en mi vientre se hizo más intensa. De repente sentí que me sobraba la chaqueta, incluso el vestido, y que hacía un calor sofocante. Pero disimulé todas aquellas sensaciones y me limité a sonreír y recuperé mi mano—. Gracias por el vestido. Me ha salvado de coger una pulmonía.

—Yo solo he realizado una llamada. Violeta ha hecho el resto. A ella debe agradecerle la elección y envío de la prenda. Aunque pensé que no lo necesitaría, y que se quedaría para siempre en ese baño. —Rio con su comentario y en vez de mortificarme, me reí también. Eso me ayudó a sentirme menos estúpida. Él añadió—: En el paquete también venía esto.

Se acercó a su mesa y sacó un par de zapatos de una caja. Se colocó de rodillas frente a mí, levantó mi pie izquierdo, lo posó sobre su muslo y con suavidad lo calzó, tal cual hizo el príncipe con Cenicienta.

Este hombre exigente, malhumorado a veces y arrogante casi siempre, podía ser tierno cuando se lo proponía. No hizo leña del árbol caído y no soltó ningún comentario mordaz para avergonzarme.

Tuve que hacer un esfuerzo por controlar mi imaginación y no verme rodeada de sus brazos y con su lengua explorando mi boca. Dios, qué necesitaba estaba. Era mi jefe, por favor.

Luisa apareció con un par de cafés y se marchó. Me ofreció uno y me invitó a sentarme. Durante un momento observé cómo se detenía en mi cuerpo y, atrevido, miraba mis curvas. Me sonrojé por su descaro, pero ni se inmutó. Yo traté de que no se me notara la incomodidad y bebí un sorbo de café. Empeoré

la situación al pasar la punta de mi lengua por el labio inferior y acabé mordiéndolo. Sus ojos brillaron y tuve la sensación que sus aguamarinas se le oscurecieron un poco. Eran muy bonitos, destacaban en su cara enmarcada por el pelo negro en un perfecto despeinado. No quería pensar en lo que significaba aquella mirada, aunque mi cuerpo sabía que no era nada inocente. De pronto pensé cómo sería besarlo, sentir sus manos sobre mi piel y deslizar mis dedos por esos músculos que escondía tras un traje de marca, carísimos, y que con probabilidad debían costar un riñón de los míos. Nunca me había sentido así, y menos con un superior, pero me gustó lo que me provocó con aquel examen. Ese hombre representaba un peligro para mí, y fui muy consciente de que coqueteábamos sin decirnos nada.

Hablaba casi en murmullos y tardé más de la cuenta en descubrir que me estaba explicando algunas cosas sobre el documento que había revisado hacía unos días. Por un minuto me perdí en las cosas que me gustaría hacer con él, si tuviera la oportunidad. Las probabilidades eran escasas, era mi jefe, pero supongo que por eso dejé volar mi imaginación y me vi con sus labios recorriendo mi cuerpo y yo, dispuesta a todo lo que él quisiera.

—Señorita Ramos, ¿dónde está?

Me sentí descubierta, de pronto. Él sonrió con suficiencia y me ruboricé. Entendí que sabía el efecto que me había causado.

—Disculpe, pero... ¿qué tal si me llama Dani o Daniela? —pregunté para disimular, no sabía de qué me seguía hablando.

—A mí también me gustaría. Lo haré si usted me llama Oskar.

—Me parece justo.

El resto del día no fue tan intenso como aquellos primeros momentos, sino banal. Incluso incómodo cuando me dijo que le había pasado un informe incorrecto sobre la empresa que le interesaba adquirir y muy serio me lo mandó repetir.

Después de eso, que me molestó sobremanera —yo no solía equivocarme—, pasó mucho tiempo reunido con Raúl y yo ocupé la que, en realidad, era mi oficina. El despacho que estaba en la antesala del suyo. Echaría de menos

el *chester* y andar descalza por la moqueta.

Anabel subió tras la comida, y entre risas nos hicimos un *selfi* juntas. Le expliqué el encuentro y la bronca velada que me había echado mi jefe. Me aconsejó hablar con Manu, que trabajaba en Hacienda. Tal vez él podía echarme una mano y pasarme alguna información que podría utilizar para apuntalar mis impresiones.

Sobreviví a la primera semana con mi jefe, a veces Jekyll a veces Hyde. Aunque no me pasaron desapercibidas las miradas que me echaba. Yo también le daba un buen repaso cuando no me veía y es que tenía un carácter un tanto variable, pero su presencia y su cuerpo me afectaban.

La segunda semana fue distinta. Todo empezó como un juego, para él, supongo. Al llegar me encontró en mi mesa muy concentrada y al pasar por mi lado, a su saludo, le sumó un susurro en mi oído que me desarmó. Me pidió que le llevara un café. Su voz se me coló en lo más hondo y creo que me desintegró por dentro. El aroma de su colonia se me metió tan profundo que casi lo saboreé en mi boca. Me estremecí y él no evitó reírse del efecto que me había causado. Eso me irritó, mucho.

—Yo no llevo café —dije muy digna.

—¿Ni siquiera a mí? —preguntó con una sonrisa en los labios.

Negué con la cabeza y, lejos de molestarse, alargó su mano y me rozó el brazo al coger el teléfono, tecleó una extensión.

—Luisa, por favor, podrías tráenos dos cafés, a la señorita Ramos y a mí... Gracias, eres un encanto. —Colgó y me dedicó una mirada de suficiencia—. Entre, tenemos que hablar.

Fue una mini reunión, Luisa trajo los dos cafés y nos dejó. Pero entonces sonó su teléfono personal y atendió. Hablaba con una mujer de lo bien que lo habían pasado. Hice ademán de irme, pero con un gesto me pidió que no. Pretendía que escuchara cómo coqueteaba con la otra. Me senté en el *chester* a esperar y observé mi manicura con desgana. Al levantar las pestañas, lo miré. Decía que le gustaba fuerte. No sé de qué puñetas estaba hablando, pero me tensé. Ella debió darle respuesta y él continuó muy serio. Dijo que no tenía

idea de lo intenso que le gustaba. Se rio del comentario que la mujer le hizo. Hablaba con ella, pero tenía los ojos clavados en mí. Me entraron los sudores de la muerte. Me levanté y me fui.

A los dos días hubo otro episodio que me descolocó, ese hombre me buscaba. Coincidimos en el ascensor, para mi mala suerte la luz se fue y quedamos unos minutos atrapados. Me inquieté, no me gustan los espacios cerrados. Él se acercó mucho y puso su mano en mi hombro, debió intuir que estaba nerviosa. Me habló suave, al oído, y al sentir el roce de su aliento me olvidé de dónde estábamos. Una sensación me recorrió el estómago y tambaleó mi cuerpo.

—No podrás aguantar mucho tiempo esa indiferencia que pretendes mostrar —dijo muy seguro de sí—. He visto cómo me miras.

—¿Cómo le miro? —casi tartamudeé.

—Con deseo, como yo a ti.

Se me acercó más de lo lógicamente correcto entre jefe y empleada. Apoyó sus manos en la pared de la cabina, a la altura de mi cabeza, y me encerró en el hueco que quedaba entre su cuerpo y la pared. Aquello no estaba bien. Se aproximó tanto que sus labios rozaron los míos. Me tenía tan seducida que lo único que deseaba era que me besara de una vez y apagara el fuego que se prendía en mi pecho, que me estrechara en sus brazos e hiciera conmigo lo que quisiera. Dios, me había encendido con su proximidad y actitud de chico malo. Pero el ascensor dio un pequeño vaivén y se puso en marcha. Me separé de él como si tuviera la peste y cuando las puertas se abrieron salí disparada hacia la calle.

Me costó dormir aquella noche. Casi nos habíamos besado, y fui yo quien lo apartó. Puse distancia con él los siguientes días. Aquel juego no traería nada bueno, al menos para mí. Él se mostró como si no hubiera ocurrido nada y eso me desquició.

Anabel solía venir a buscarme para salir a comer, a veces íbamos con algún compañero de administración, aunque generalmente íbamos solas. No le conté lo que me pasaba con mi jefe, no sabía qué decirle y eso que era

bastante sencillo: mi jefe me traía loca. En el sentido más erótico-festivo del término. Pero me negaba a reconocerlo, y menos en voz alta. Quedamos en salir el fin de semana. Me pareció buena idea, necesitaba divertirme, despejarme y, además, empezaba a pensar en tener sexo más de lo que me atrevía a confesar. Había llegado el momento de surfear esa ola, de nuevo. No iba a aguantar mucho tiempo más con los calentones que tenía por mi jefe.

El viernes, Oskar estaba especialmente malhumorado. Me reclamaba continuamente y por sus prisas, y mis nervios, me había equivocado más de lo que me hubiera gustado y me lo mandaba repetir, como si estuviera en el colegio. Había conseguido redactar de nuevo aquel informe que me pidió rehacer el primer día. Manu me había facilitado una información muy buena. A las siete me despedí de él y se lo entregué junto a la documentación que tenía. Lo miró con desinterés y lo dejó en una bandeja con papeles para revisar. Me sorprendió su actitud, después de ignorarme, y machacarme, durante todo el día, preguntó curioso.

—¿Tiene planes?

Cuando estaba de malas o quería provocarme, me llamaba de usted. Esa era una de las pocas cosas que averigüé, aquellas primeras semanas con él rondando por el despacho, las oficinas y mi cabeza.

—Sí, los tengo. Pensaba salir de copas con una amiga.

—¿Y si la necesito?

De pronto caí en aquel requisito de la disponibilidad de horario. Mierda, ¿no iba a poder salir con libertad? El fin de semana anterior no me había llamado.

—¿No descansa nunca? —intenté poner mi mejor sonrisa. No quería que me fastidiara la salida y solté con sarcasmo—. Tal vez un *hobby* le vendría bien.

—Por supuesto que descanso y muy bien, por cierto, aunque no siempre. Sin embargo, no sé si debo entender que me va a proponer un pasatiempo. —Volvíamos al juego y él lo dominaba mejor que yo. Era un experto—. También podría proponérselo yo.

Su voz se tornó un murmullo. Jugaba con fuego y me iba a quemar, así que no contesté.

—¿Le gusta jugar, Daniela? Me refiero con alguien —soltó de pronto como si me preguntara por el café, mi cara debió transformarse—. Ya sabe a lo que me refiero, no me haga creer que es una mojígata.

—No lo soy, pero no creo que sea asunto suyo.

Él no debía de opinar lo mismo porque ante mi cara de alucine me preguntó si pensaba acostarme con alguien aquella noche.

—Yo, puede que lo haga —concluyó.

—Vaya, parece que estamos en la hora de las confidencias —dije con burla—. Entonces le diré que tal vez sí, puede que lo haga.

Repetí sus palabras con toda la intención y él me sonrió de medio lado. Era una sonrisa ladina.

—¿Le sirve cualquiera?

Sonreí con suficiencia.

—No siempre.

—Tiene razón, para algunas cosas no sirve cualquiera. Es importante que sepa leer el cuerpo y dar justo lo que gusta en el momento preciso. Alguien con quien gozar de todo el placer de los sentidos.

Sabía seducir con las palabras y casi me tenía a sus pies. Quería que él fuese ese alguien para mí, pero con un poco de chulería respondí.

—Será mejor que me marche. No creo que encuentre ese hombre aquí.

—Podría discrepar. Tal vez lo que le pasa es que no sabe reconocerlo y elija a alguien equivocado, alguien que no sepa despertar los sentidos. —Me miró a la espera de que refutase su respuesta, pero me había dejado sin palabras, continuó con una mueca sátira—: Yo tampoco creo que usted sea esa mujer para mí. Además, ya he visto la mercancía y no es para tanto.

La sonrisa condescendiente que me lanzó me dejó K.O. No contesté, aunque lo fulminé con la mirada. No porque no pudiera, sino porque si lo hacía tal vez acompañaría a mis palabras un tortazo con toda la mano abierta.

Salí de su despacho sin decir nada. Ese hombre sacaba lo peor de mí. Me llevaba al límite de la seducción y luego me dejaba caer.

Al llegar a casa la sangre aún me hervía. ¿Cómo se había atrevido a decirme aquellas cosas? ¿No conocía los límites? Claro que los conocía, pero disfrutaba saltándoselos. Como estaba guerrera quise vestirme para salir de caza. Elegí una falda de Desigual, medias negras, zapatos de tacón y una camiseta negra muy ajustada. Guardé lo necesario en un bolso pequeño, que crucé en mi cuerpo bajo una cazadora. Dentro llevaba lo justo: el billetero, el móvil, las llaves y unos condones.

Anabel me esperaba en Rambla Cataluña. Tomamos unas copas en una de sus terrazas, cenamos unas tapas y luego nos fuimos a una discoteca del centro. Evitamos El Ruedo, ni borracha quería ir allí.

Nada más entrar, Anabel se tropezó con un chico y empezaron a tontear, yo acabé en la barra. A medianoche ya estaba algo achispada por los *gin-tónicos*, pero también por la complicidad con el camarero. Un morenazo que debía pasar su vida despierta en la sala de musculación de un gimnasio. En un momento se acercó peligrosamente y me susurró al oído que le sonaba mi cara. Lo cierto es que costaba escucharse por el volumen de la música. Le dediqué una sonrisa. Había dos posibilidades o me reconocía porque alguna vez había sido yo quién le había servido las copas o es que era su manera de entrarle a las mujeres. No le di mayor importancia. El tío estaba cañón, me hacía ojitos y yo estaba necesitada. Así que me dejé regalar el oído.

Miré a la pista para controlar a Anabel. Bailaba con el chico de antes y se daban el lote como si fuesen adolescentes. El camarero me hizo un gesto y no me lo pensé, me senté en el rincón que me señalaba y seguí mi tonteo con él. Lo tenía muy cerca, estaba apoyado con los codos en la barra y de pronto me dijo al oído.

—Creo que te suena el móvil. —Su voz era casi un susurro, pero no era lo que esperaba escuchar.

Saqué el teléfono del bolsito, que descansaba junto a mi copa. No sé por qué, pero me entró la risa al pensar que tenía un oído igual de fino que el de

los perros.

Miré la pantalla y se me cortó el rollo por completo. Ahí estaba mi jefe. No atendí y me hice una nota mental para ponerle una música especial y así saber cuándo me llamaba. Con asombro descubrí que era la quinta vez que lo hacía. ¿Qué quería? Sabía que salía esa noche, no dijo que tendría trabajo. El sonido del teléfono me sorprendió con él en las manos y por inercia respondí. Apenas saludé, me espetó.

—¿Dónde estás?

—Con un amigo —contesté chula—. ¿Qué quieres?

—Quiero que me digas dónde estás. —Su voz sonó irritada, pero no contesté, no me atrevía. ¿Podía preguntarme algo así?—. ¿Y bien? Estoy esperando, señorita.

Con el cerebro en cortocircuito le dije el local en el que estaba y colgué. Se iba a enterar de cómo tratar a una mujer. Pero de pronto me asusté, pensé que tendría algún problema con los documentos con los que había estado trabajando por la tarde. Me acababa de meter en un lío. Esperé otra llamada, pero no llegó.

Anabel se acercó con una sonrisa de triunfadora y compartimos unas copas en la barra.

—Ya veo por qué no bailas —dijo con burla al echar una mirada al camarero.

Levanté las cejas y me reí. Tiré de su brazo y la llevé a la pista donde la música se metió en mi cuerpo y nos desmelenamos. Pero al rato vino su conquista y rodeó su cintura, apretándola contra su cuerpo. Ella suspiró muy teatral y cuando él le susurró algo al oído, levantó su mano en señal de «te llamaré» y entendí que se marchaba con él.

Volví a la barra, donde Andrés, el camarero, me preguntó si quería acompañarlo al almacén. Le sonreí en una clara declaración de intenciones y lo seguí. Pero de repente sentí que alguien me sujetó del hombro y me sobresalté.

—Será mejor que no se te ocurra.

Aquella voz me desquició. ¿Qué hacía allí?

De pronto las manos que quería por mi cuerpo eran las suyas, pero me escrutaba con cara de cabreo. Lo miré con desafío, de arriba abajo. Iba de negro absoluto. Desprendía un aroma que decía cómeme y me embriagó.

—No quiero líos con novios —dijo Andrés a la defensiva. Menuda conquista, se separó de mí como si tuviese la peste.

—Él no...

—Perfecto, colega —respondió Oskar sin dejarme aclarar la situación. Andrés volvió a la barra.

Oskar tiró de mi mano y me acercó a su cuerpo, me rodeó por la cintura y me apoyó en una columna. Me balanceó en un movimiento que seguía el ritmo de la música, pero en el que nuestras caderas estaban unidas y me permitía sentir lo que escondía bajo sus pantalones. Me miró con descaro y con una lentitud premeditada se acercó a mi oído y susurró haciendo que me estremeciera.

—¿Sientes lo que me provocas?

Besó la fina piel que queda bajo el lóbulo y la sensación que me generó tuvo conexión directa con mi corazón, se saltó un latido.

—Yo puedo ser ese cualquiera —volvió a susurrar y me miró con los ojos entornados.

Rozó mis labios con los suyos. Me dominó con la mirada y no fui capaz de moverme. Dejé que él llevara todo el control y siguiera en su juego de restregarse conmigo. Mil sensaciones me atravesaron el cuerpo. De pronto no era yo, sino él, el dueño de mis sentidos.

—Me vuelves loco, pequeña, desde que te vi descalza paseando por mi despacho con aquel aire inocente y curioso.

Dijo antes de que su lengua cruzara la barrera de mis labios y conquistara mi boca.

Fue un beso morboso que buscaba seducir. Su cadera y la mía seguían unidas, pero un poco más pegadas.

—Sabes a ginebra, me gusta —murmuró y volvió a besarme con ímpetu.

Sometió mis labios a los suyos y todo mi ser tembló. La respiración se me quedó cortada y el corazón se disparó de una forma atronadora. Latía como un caballo desbocado. Su beso era rabioso, con furia y ganas. Joder, era lo más placentero que había sentido en meses. Muchos meses. Ningún beso de Rubén me supo así, jamás. Oskar mordisqueó mis labios, los chupó y otra vez su lengua invadió mi boca y me impuso su voluntad. Sus labios fieros obligaban a mi cuerpo a responder a su deseo. Nubló mi mente y solo pensé en complacerle, en abandonarme a la lujuria que me prometía. Sentí mi cuerpo desfallecer y mis huesos convertirse en gelatina. Languidecía en sus manos, al tiempo que mi piel ardía por sus caricias. Me entregaba en esos besos con los que avasallaba mi cuerpo y mi alma. Podría hacer conmigo lo que quisiera si le dejaba continuar. Tenía que pararlo... pero no podía.

Me enredé en su cuello. Quería que me tocara por todas partes, sin embargo, sus manos se detuvieron. Enmarcaron mi cara mientras su pelvis se balanceaba hacia mí en un baile tortuoso.

—Sácame de aquí —murmuré embriagada sobre sus labios.

Tiró de mi muñeca y al momento la brisa de la calle me golpeó la cara. Sentía mi cuerpo arder. La adrenalina facilitaba que el oxígeno llegara a mi corazón que bombeaba de una forma atropellada. Me sujetó la mano con fuerza, me gustó aquella posesión y lo seguí hipnotizada.

Llegamos a un coche negro. Sería su color. Me pareció que era un *Porsche* y me hizo entrar. El rugido del motor no dejó que mi sangre se enfriara.

A los diez minutos estábamos en mi portal. Sin permiso, como todo lo que él hacía, metió las manos en mi bolso y sacó el manojito de llaves y el sobrecito característico de un condón apareció entre sus dedos. Me lo mostró y su sonrisa se volvió perversa. Se lo guardó en un bolsillo trasero del pantalón. Abrió el portal y nos metimos en el ascensor. Se abalanzó sobre mí y volvió a besarme. Cómo me gustaron aquellos besos desesperados. No le había dicho mi calle, ni el número, ni el piso. Lo sabía todo.

Abrió la puerta de casa. Mi pensamiento lo ocupaba la sensación de calor

de sus labios y su cuerpo al rozarse con el mío. Lo agarré. Quería tocarlo, sentir sus manos recorrerme entera. No aguantaba más. No podía resistirme a la atracción que ejercía en mí. Era como la luna en el mar. Sus dedos rozaron mi cuello y bajaron provocadores siguiendo la forma de mi pecho. Tenía la piel de gallina y mi respiración se escapaba entrecortada.

—Estamos locos, esto no debería pasar —dije nublada por sus caricias.

Me miró con fijeza, su mano me sujetó por la cintura atrayéndome hacia él.

Me apreté contra su cuerpo, busqué satisfacer ese hormigueo doloroso que me torturaba entre las piernas.

—Dime que pare y lo haré, aunque creo que tú quieres esto igual que yo.

Tenía razón y estaba desesperada por sentir más. El deseo viajaba por mis venas y era una oportunidad de sentir, sabía que con él podría alcanzar las nubes. Estallar en un orgasmo que hacía mucho no vivía. Mordí mis labios a la vez que miraba los suyos con hambre. Había perdido el juicio, pero en vez de detenerlo me lancé a su boca y nuestros labios y dientes chocaron como en una colisión. Su lengua se deslizó por la mía de una manera ansiosa y brutal. Nunca, nadie, me había besado con tantas ganas, con tanta furia.

No sé qué pasó por su mente, pero de pronto su intensidad cambió. Frenó su impulso. Se controlaba. Se separó de mí e intuí que iba a marcharse. Yo estaba encendida.

—No me dejes así —supliqué, drogada por el deseo.

—¿Así, cómo?

—Como una moto. Como tú me has puesto.

Me miró satisfecho y tardó una eternidad en decidir qué iba a hacer. Si salir por la puerta o devorarme. Optó por lo segundo y agarró mi nuca para atraerme hacia él y me besó con ansia renovada.

—Esto es atracción, nada más que la atracción que sentimos —dijo como si quisiera aclararme algo.

Bajó sus manos por mi cuerpo, incendiando cada centímetro por el que pasaba hasta llegar a mis muslos, entonces metió las manos bajo la falda. Me

removí inquieta al anticipar lo que venía. Abrí un poco las piernas para facilitarle el acceso. Levanté mis brazos y le rodeé el cuello, a la vez que enredé mis dedos en el pelo de su nuca. Su cuerpo se cernía sobre el mío. Me sentí pequeña a su lado. Gemí al notar su mano subir hasta el pedazo de piel que no cubría las medias. Con lentitud dolorosa estiró sus dedos hasta rozarme el sexo. Se aventuró dentro de mis braguitas y exploró a placer.

Me tenía controlada con su mirada. Mientras indagaba entre mis pliegues, sus ojos se clavaron en los míos y leían todo lo que me provocaba. Mordí mi labio inferior cuando introdujo un dedo y me pareció que se le escapó un jadeo al buscar sus labios con los míos. No sé cómo podía comportarme así, desinhibida y descarada. Jamás había sido tan explícita, me consideraba más bien vergonzosa y Rubén siempre se quejaba de que no tomaba mucho la iniciativa, pero con Oskar algo me hacía mostrarme abierta y reclamarlo.

—¿Esto es lo que quieres, Dani?

—Sí, no pares, no pares.

Sus dedos acariciaban mi intimidad de una manera rítmica mientras su lengua se apoderaba de mi boca y la saqueaba sin tregua. Gemí. Cerré los ojos y sin pudor me dejé arrastrar por lo que sentía, me mecí descarada contra él y con todos mis sentidos en alerta para no ponerme a gritar como deseaba. Me estaba consumiendo de gusto.

—Quiero escucharte —hundió un dedo más profundo y jadeé—. Quiero que grites hasta que no puedas más.

Su voz en mi oído, sus dedos en mi interior, su aliento sobre mis labios. Todo era muy intenso. Clavé mis uñas en su hombro y seguí meciéndome al ritmo que me marcaba. No iba a aguantar mucho más. Él sabía lo que hacía porque rozó el centro de mi placer y no pude soportarlo. Estallé y grité totalmente extasiada.

Me dedicó una sonrisa malvada y sacó sus dedos de mi interior. Dio un paso atrás ante mi mirada estupefacta. Tardé un poco en recuperarme y ser consciente de lo que había pasado. Me pegué a él, mimosa. Esperaba que nos acostásemos y volver a sentir sus manos sobre mi cuerpo, sin nada que se

interpusiera entre nuestra piel.

—¿Quieres más, Dani?

Asentí.

Sus ojos me miraban con deseo, pero se coartaba.

—Tienes razón, esto no debía pasar.

Su voz sonó firme, no lo entendí, pero algo había cambiado en la atmósfera.

—Pero... —empecé a decir, sin embargo se separó despacio y no hice por retenerlo

—Buenas noches, Daniela.

Salió de mi casa sin mirar atrás.

Capítulo 4

No supe de él en todo el fin de semana. El sábado me levanté a mediodía con una jaqueca considerable. Quise hacer como los avestruces y esconder la cabeza bajo tierra al recordar la escena con mi jefe. Aunque mentiría si no dijese que me deleité al evocar la pasión con la que me besó y sus caricias sobre mi cuerpo. Me había convertido en una adicta a él y aún no lo sabía.

El domingo visité a mis padres, tenía la vana idea de que si me mantenía distraída no pensaría en él, pero me engañé a mí misma. Fue un día muy largo. El lunes tardé en arreglarme, me avergonzaba verlo. Pero tuve que enfrentarme a la realidad, no podía esconderme. Me coloqué la máscara de aquí no ha pasado nada y me fui a trabajar.

Para mi tranquilidad no estaba. Al llegar encontré un e-mail en el que me daba algunas instrucciones y me informaba de que regresaría el miércoles. Yo solo lo imaginé en brazos de la tal Heidi.

El martes me llamó. Me pedía que fuera a su casa, había olvidado un documento que tenía en el escritorio de su portátil y lo necesitaba. Su demanda me alteró. El portero me daría una llave de su dúplex y quería que me la quedara. Dijo que la clave para entrar en su ordenador la encontraría en una tarjeta que tenía dentro de una cartera que guardaba en el cajón de su mesilla de noche. Tenía que supervisar el documento y enviárselo lo antes posible. Antes de colgar, añadió.

—Dani, confío en su discreción.

Me quedé con cara de tonta. Eso me lo pedía un hombre que, hacía un par de noches, había tenido metidos sus dedos en mi cuerpo, mientras me besaba de una manera morbosa y desesperada.

Recogí mi bolso y salí del despacho, le dije a Luisa que tenía que hacer algunas gestiones y que recogiera los mensajes y llamadas que entraran. Cogí un taxi y fui hasta la avenida Pearson. La fachada del edificio ya me dejó

impresionada. Aquello eran viviendas de lujo. Entré en el vestíbulo y al presentarme en portería el conserje me entregó un llavero con dos llaves. Me informó que una era de la entrada a la finca, la otra, de la casa del señor Müller que se encontraba en la última planta. Al entrar en sus dominios el silencio y la luz inundaban todo el lugar. Traté de imaginar a Oskar por aquel espacio. El parquet era oscuro e invitaba a pisarlo descalzo. Los tonos de las paredes eran de piedra y combinaba con los muebles. En el salón destacaba un sofá enorme, en piel blanca. Casi daba apuro sentarse. Busqué su habitación. No tenía intención de curiosear, pero tuve que abrir unas cuantas puertas hasta que di con ella. Se encontraba en el piso de arriba. Era muy espaciosa, con un gran ventanal y una panorámica a la avenida.

El portátil, un Macbook Pro, descansaba sobre una mesa de cristal negro. Lo abrí y di a encender, entonces recordé que tenía que buscar la clave. Miré hacia la cama, era grande y tenía un cubrecama negro con almohadones blancos y negros. Imaginarlo allí me excitaba y enternecía a la vez. Estaba en su lugar más íntimo. Pensé a cuál de las dos se refería al decir su mesilla. Me aventuré en la derecha. Al abrir el cajón supe que no me había equivocado, pero su contenido me dejó alucinada. Lo que menos me sorprendió fue una caja de preservativos, sin embargo los juguetes sexuales me hicieron ruborizar. Había varios vibradores, un pañuelo rojo, otro negro. No pude evitar tocar aquellos objetos. Los pañuelos eran muy suaves. Nunca había visto un *dildo* y reconozco que me entró curiosidad por saber los efectos que causaba. Cogí uno. Era de color morado y al darle a un botón de la base, vibraba. El otro era algo más pequeño. De repente me subieron unos calores por la espalda. Sentí que invadía su intimidad y lo dejé todo. Aunque me molestó pensar con quién usaría aquellas cosas.

Me centré en lo que me había pedido, pero no vi ninguna cartera como había dicho. Metí la mano en el cajón y la encontré en el fondo. Rebusqué en sus compartimentos la dichosa tarjeta con la clave. Tenía una foto de la mujer con la que también posaba en la fotografía de su despacho. En el dorso, en letras mayúscula, estaba escrito lo que supuse era la clave: HEIDIOSKAR.

Guardé todo como si nunca hubiera abierto aquel cajón.

Volví al Mac, escribí la clave y en un santiamén la imagen del lago apareció ante mí. Recordé que era la misma imagen bucólica que se veía al fondo, cuando hablábamos por vídeo conferencia. Sería un lugar importante para él. Su casa de Zúrich.

Abrí el documento y lo supervisé. Comprobé que los números fueran todos correctos y modifiqué alguna errata. Cuando lo tuve listo lo guardé y entré en el navegador para enviárselo por e-mail. Me aseguré a través de un *wasap* de avisarle que se lo enviaba. Recibí su respuesta casi en un instante. Me daba las gracias, pero al momento llegó un segundo mensaje.

Dani, no toques nada. Si sientes curiosidad espera a que yo esté ahí. Resolveré todas tus dudas.

Me subieron los calores. Intenté pensar algo atrevido, pero no se me ocurrió. Así que como respuesta le envié la cara de un demonio rojo y nada más. Que pensara lo que quisiera.

Tenía planes con Anabel para el fin de semana. Habíamos quedado con unos amigos de otros tiempos, la antigua pandilla del instituto. Solíamos hacerlo con frecuencia, la mayoría de veces en El Ruedo. Con el tiempo se sumaron las parejas. Marga incorporó a Carmen y Esteban a Sonia. Luego estaban Manu y Rafa. Anabel y yo habíamos salido con ellos, pero de aquello hacía muchos años y quedaba una bonita amistad. Rafa y yo lo habíamos vuelto a intentar varias veces, la última antes de que Rubén se cruzara en mi vida. Nos gustábamos, pero nunca le dimos el tiempo necesario para que aquella relación creciera. Me gustaba salir con el grupo porque nos reíamos mucho, pero esta vez me excusé. Les solté una burda mentira, que tenía que ir a visitar a mis padres sí o sí. En el fondo lo que pretendía era estar libre para cuando Oskar regresara, creía que me propondría quedar, después de aquel mensaje tan sugerente y nuestro primer encuentro.

El viernes él ya había regresado y estaba encerrado en su oficina. Yo en la mía tecleaba al ordenador y no dejaba de pensar en aquellos objetos de su cajón. Hasta había soñado con ellos. Pero él se había mostrado frío y distante.

Eso me desquiciada. Sin darme cuenta se apareció a mi lado y me sobresalté. Debió hacerle gracia porque esbozó una ligera sonrisa. Nos miramos durante unos instantes y el mundo se paró. Me entregó unos papeles y al ir a cogerlos rozó la cara interna de mi muñeca derecha. Un calambre se extendió por mi cuerpo. No podía evitarlo, respondía a su sola presencia de una forma abrumadora y estoy convencida de que él sabía el efecto que causaba en mí. Me volví torpe y patosa y los papeles cayeron al suelo. Me agaché a recogerlos y él me ayudó. Nuestras miradas se engancharon y no hacían falta palabras para decirnos que queríamos continuar lo que habíamos empezado noches atrás. Pero la magia del momento se rompió al escuchar un taconeo irritante que se acercaba a nosotros. Nos levantamos del suelo y de pronto una mujer rubia que desconocía estaba frente a nosotros.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería, estaba colgada del cuello de mi jefe. Aquella escena me revolvió el estómago. ¿Tenía novia? Lo único que pude escuchar, al tiempo que entraban en su despacho, fue como él la llamaba Úrsula.

A la hora de comer aún no habían salido. Estaba inquieta porque no sabía quién era la mujer. Además, me sulfuré conmigo misma. Me estaba comportando como no lo había hecho nunca. Parecía una jovencita a la espera de que el chico popular del instituto la mirase y se dignara a decirle alguna cosa. Tenía que centrarme, como la mujer de veintiocho años que era, irme a comer, porque estaba perdiendo el tiempo y se me pasaba la hora, y olvidarme de mi jefe y sus juegos. Cuando estaba decidida a no seguir con aquella espera, salieron. Ella sonreía. Él se detuvo en mi mesa, me miró con asombro y me preguntó por qué no había ido a comer. Le mentí, le contesté, casi sin mirarlo, que quería terminar unas cosas. Él me observó con fijeza y yo le dediqué una cara de póquer para que no viera la rabia que sentía y los celos que me carcomían, por mucho que me los negara, y sobre todo que no vislumbrara que aquello me afectaba. Tenía que parar aquel juego que se traía conmigo. Me hacía perder la cabeza al imaginarme cosas que luego no ocurrían. Quise darme una torta en toda la cara a ver si despertaba y dejaba de

pensar que entre él y yo pasaría algo. Había jugado, solo eso.

—Estaré fuera toda la tarde.

Fue su despedida. Pasaron delante de mí y él le colocó la mano al final de la espalda. Esperé a que desaparecieran por el pasillo del ascensor y entonces llamé a Anabel y le dije que contara conmigo para la cena.

Nos encontramos en La Pomarada de Paseo de Gracia. Teníamos mesa reservada en uno de aquellos comedores en los que estábamos solo nuestro grupo. Aunque pasara el tiempo había costumbres que se mantenían y todos respetábamos los lugares en los que siempre nos sentábamos. Yo, entre Anabel y Rafa. La cena fue distendida y entre risas nos contamos cómo estábamos. Explicué que había roto con Rubén hacía un par de meses y que dado cómo lo encontré, dejé también El Ruedo. Todos lo entendieron y lo pusieron a parir en clara solidaridad conmigo. No había hablado mucho del tema, solo con Anabel y mis padres, pero intuía que no había rastro de pena en mí. Me cuestioné qué había hecho con mi vida si tras una ruptura había pasado página tan pronto. Escuchar a Anabel decir que había encontrado algo mejor y que era la asistente de unos de los jefes de la empresa me dio qué pensar. Tal vez el encaprichamiento que sentía por Oskar había ayudado. Rafa se me acercó al oído y me dijo que le gustaría hablar conmigo, la sonrisa que me dedicó despertó emociones dormidas desde hacía tiempo.

Marga contó que estaba embarazada. Miró hacia Carmen con una cara llena de amor y esta le dio un toquecito en la nariz, lo que provocó que riésemos todos. Querían tener un hijo y habían recurrido a la inseminación artificial.

—Hemos triunfado a la primera inyección y estamos de tres meses —dijo una feliz Carmen que agarró la mano de su mujer.

Todos nos alegramos por la feliz pareja que tuvo que luchar con sus familias para poder estar juntas y casarse.

Esteban y Sonia nos sorprendieron. Se habían casado hacía dos años, pero su anuncio nos llenó de pena. Iban a separarse. Se habían dado cuenta de que seguían juntos por inercia. Cada uno quería cosas diferentes de la vida. Esteban quería ser padre, algún día, y Sonia había descartado la maternidad.

Quería irse de voluntaria a una ONG con la que colaboraba, a Madagascar, a trabajar con niños. Estaba claro que los niños le gustaban, pero no los suyos. Entre los dos decidieron que era mejor separarse y seguir cada uno su camino que continuar juntos y acabar con el cariño que se tenían. Se les veía felices, éramos el resto los que teníamos caras tristes.

Manu me preguntó si me había servido la información que me facilitó y me hizo jurarle que no desvelaría su nombre en ningún momento, no quería problemas en el trabajo. Aunque dijo que era información pública, solo había que saber dónde buscar y eso era algo que no todo el mundo conocía. Animado por el grupo nos habló de sus conquistas. Una chica nueva cada semana. Anabel levantó su copa y brindó con él y entre risas proclamó que así nunca se rompía el misterio. Eran igualitos en ese aspecto, sin ataduras ni promesas. Y Rafa... Rafa dijo que se marchaba a vivir a Londres. Había encontrado trabajo allí, con un amigo, y ahora que estaba libre era el momento de intentarlo. Lo miré con pena, que se fuera me afectó.

Tras la cena decidimos ir de copas, propusieron El Ruedo, pero yo les pedí buscar otro sitio, no quería encontrarme con Rubén. Rafa habló de Luz de Gas y a todos nos pareció genial. Me dijo si quería ir con él en su moto y acepté encantada.

—¿Me dejarás llevarla? —pregunté con cara de pilla.

Siempre me habían gustado sus motos, le había conocido varias, y en alguna ocasión me había dejado conducir. Su padre era un forfofo, y se las arreglaba él mismo. Influenciada por él, como en tantas cosas, entre ellas el tatuaje, le pedí a mi padre una *vespa*. Pensé que aquella sería una moto más de chica, pero mi padre me contestó muy frío que el chasis sería yo y que me olvidara del asunto. No le hacía gracia que me montara con Rafa, pero consideró que era mi responsabilidad. Esta era una *Suzuki*, una *Intruder C 1800 R*. Se la había comprado a un amigo de su padre y entre los dos la habían arreglado. Parecía sacada de fábrica, toda reluciente y limpia.

—Si eres buena, a lo mejor —contestó en un murmullo.

De pronto me vi como cuando era jovencita, deseosa de emociones y

aventuras, algo que ahora no era. Sacó del porta equipajes un casco y me lo entregó. Nos montamos en la moto y coloqué el bolso que llevaba cruzado hacia atrás. Decidimos que daríamos un paseo por las calles de la ciudad antes de llegar a Muntaner y reunirnos con los demás en Luz de Gas. Al principio me costaba poner mis manos en su cintura, pero en un semáforo él me cogió los brazos e hizo que se la rodeara con ellos y me pegara más a él.

—No quiero perderte en una curva.

Se detuvo en una calle poco transitada y me hizo poner delante. Él se colocó detrás de mí y posó sus manos sobre las mías. Pude sentir como se estiraron sus músculos y se pegó a mí. Me dio algunas instrucciones y me permitió conducir la moto. La adrenalina me subió hasta el cerebro. Al final de la calle frené y solté un grito. Él reía a carcajadas a mi espalda.

Nos bajamos para intercambiar los sitios, pero entonces puso la pata de cabra, me quitó el casco que colgó del manillar y me hizo sentar. Él también se lo quitó, lo puso en el otro lado y se colocó al revés, de cara a mí, con los pies anclados al suelo.

—Quiero decirte una cosa, Dani, y es ahora o nunca.

Me hizo reír con el comentario.

Sus manos se posaron en mis muslos y las paseó por ellos de una forma muy poco amigable.

Llevaba un vestido de vuelo corto, con botas y una cazadora tejana. Sentí un cosquilleo y me preparé para escuchar algo que ya sabía.

—Me has gustado siempre —confesó—. Tú estás libre ahora y yo también. Podemos retomar lo que tuvimos, sé que puede funcionar.

Sus manos se adentraron bajo la falda y yo no lo detuve.

Rafa era guapísimo. Tenía una mirada profunda de ojos negros y el pelo peinado un poco a lo macarra, que le daba aspecto de chico malo, pero yo sabía que poseía un corazón dulce. Había estado loca por él toda mi adolescencia y después, también, pero ahora solo sentía un cariño especial, aunque en aquel momento yo quería que me gustara. Su cara estaba cada vez más cerca de la mía y sus labios carnosos me incitaban.

Dejé que me besara, que su lengua se rozara con la mía y me estrechara entre sus brazos. El beso que se inició tímido fue ganando en intensidad. Nuestros cuerpos se encendieron, sus manos se perdieron bajo mi falda, fue hasta mis nalgas y me acercó hasta él. Me elevó un poco hasta empotrarme contra su pelvis, pasé mis piernas sobre las suyas y mi cuerpo casi convulsionó al sentir cómo los dedos de ambas manos jugaban entre mis bragas. Mi respiración se alteró, aquel momento me transportó a otra época. Solo podía gemir sobre su boca y devorar sus labios.

Pasé mis brazos por su nuca y estiré mi cuerpo, pegué mi pecho al suyo mientras sus pulgares rozaban ese botón mágico del placer.

—Dani —susurró en mi oído—, he venido porque quería verte. Vamos a algún lugar, quiero estar contigo.

Me miró con los ojos cargados de deseo y por un momento no supe qué decir. No sé por qué mi jefe se cruzó en mi pensamiento, la imagen de cuando me tenía contra la pared en mi casa, me sorprendió. Rafa no era él.

—¿Hay alguien? —preguntó ante mi duda.

—No, no sé —contesté con vacilación.

No había nadie real, no estaba con Oskar por mucho que yo lo deseara. La única realidad que caía por su peso es que era mi jefe y yo estaba colada por él. Que me había besado y toqueteado a su antojo y ahora estaba con otra haciendo lo que yo quería que hiciera conmigo. Y yo estaba con un hombre que me deseaba a rabiar, que me decía que siempre le había gustado y no sabía si irme con él.

—No soy tonto, Dani, lo pillo rápido —me miró entristecido—. Parece que siempre hay otro que llega antes que yo.

Sacó las manos de debajo de mi falda y mi sexo se contrajo. No quería quedarme a medias, eso me iba a pasar factura. Quería saborear lo que era tener a Rafa una vez más. Sé que era egoísta y que podía hacerle daño, pero no lo pensé.

—Podemos ir a mi casa —dije muy cerca de su oído. Él me sonrió con cara pícara.

Se abrazó a mi cintura y me besó con intensidad. Sus manos subieron a mis pechos y los rozó con sutileza. Aquel gesto, que nada tenía de inocente, me revolucionó.

De pronto una musiquilla se abrió paso en mi cerebro y me separé de golpe.

«Era Él».

—He de atender —dije nerviosa. Saqué el teléfono del bolsillo superior de mi cazadora y respondí lo más tranquila que pude—. Diga.

—Ven, te necesito en casa. —Ni un hola ni nada, solo su imperativo.

—¿Ahora? —debía de ser casi la una o más. Me iba a cortar el rollo. Este hombre era como el perro del hortelano...

—Sí, ahora. Deje lo que está haciendo.

—Estoy ocupada —dije molesta por cómo me hablaba, con despotismo, y para provocarlo añadí— ... con un amigo.

—Le doy quince minutos, si no está aquí en ese tiempo, no hace falta que vuelva.

Colgó y me quedé mirando el teléfono como una tonta, luego empecé a despotricar.

—¿Qué ocurre?

De la forma más normal que pude, le expliqué que tenía que ir al trabajo. Mi jefe me requería. Le conté los acuerdos a los que habíamos llegado y que por eso me pagaba un plus muy suculento.

—No suena muy bien tal como lo dices —dijo con burla. Le di un manotazo en el brazo.

—¡Rafa! Es adicto al trabajo y suele trabajar mucho de noche —justifiqué y no sé por qué añadí—. A lo mejor son solo un par de horas.

Él sonrió y aunque con poca ilusión, dijo que me acercaba, luego se iría a Luz de Gas.

El calentón ya se nos había bajado cuando se detuvo justo en la puerta del edificio. Silbó al mirarlo. Antes de dejarme marchar me dio un beso intenso y

me dijo que si no acababa tarde, lo llamara.

El portero de noche me abrió con cara adormilada. Dijo que el señor Müller había dado instrucciones de que subiera. Encontré la puerta entornada, supuse que le había avisado de que llegaba. Entré y me sorprendió verlo en el salón, sentado a la mesa frente al portátil y medio desnudo.

—Veo que has decidido venir —afirmó arrogante sin tan siquiera mirarme.

No contesté, me quité el bolso y la cazadora tejana. Tenía calor.

—¿Qué necesita de mí?

Entonces levantó la vista y me clavó sus ojos, me escudriñó de arriba abajo. Se levantó y tuve que controlar las sensaciones que me recorrían el cuerpo. Era verlo y encenderme. Era pura tentación para mí.

Llevaba tan solo un pantalón deportivo negro y los pies descalzos. Apenas tenía vello en el torso y una fina capa se adivinaba en sus piernas que casi no me atrevía a mirar. Se me acercó mucho y yo retrocedí un paso, tenía que pasar el aire entre nosotros si no quería quemarme. Me ponía nerviosa y él lo sabía.

—Si yo trabajo por la noche, tú también —dijo autoritario. Dio un paso y volvió a estar a escasos centímetros de mí. Yo retrocedí. Así me llevó hasta que choqué con el respaldo del sofá. Sus ojos brillaban, le divertía la situación—. Si algo no te gusta puedes marcharte. Entenderé que no puedes seguirme el ritmo.

Me aparté de su lado, su cercanía era peligrosa para mí. Me acerqué al portátil, me siguió y se colocó a mi espalda. Cogió un mechón de mi pelo y susurró en mi oído.

—¿Para quién te has vestido así?

—Para mí.

Me agarró del brazo y me giró para quedar frente a frente, sus ojos echaban chispas.

—¿Cómo de íntimo es ese amigo con el que estabas? ¿O era un don nadie como aquel camarero?

Se rio y me hubiese gustado darle un rodillazo en sus partes, pero no quería que me despidiera. Era masoquista y aquel juego que él dominaba tan bien me gustaba. Por eso lo provoqué.

—No, en realidad este es muy íntimo. Ya sabes, de esos con los que pasas un buen rato.

—¿Es quién te ha traído? No me gustan las motos —dijo con suficiencia, me miró con fijeza y debió leer la sorpresa en mi cara—. Sí, pequeña, yo lo sé todo.

Apenas pude reaccionar. De pronto sus manos estaban en mi cintura, las bajó despacio hacia los muslos y las metió bajo la falda. Me retó con la mirada.

—¿Por qué me provocas?

No podía hablar, estaba seducida. No sé por qué tenía ese poder sobre mí.

—Cuando cierro los ojos te veo suplicar por mis caricias y eso me enloquece. No sabes cómo te deseo. Pero... no puedo. Esto no puede ser y sin embargo no pienso en otra cosa que en poseerte.

Sus palabras me dejaron noqueada. En un segundo sentí las palmas de sus manos en mis nalgas y me acercó a su erección. Joder, hacía apenas veinte minutos que Rafa me había tocado ahí mismo. Mi madre diría que era una fresca.

—Estás jugando conmigo y no me gusta —me quejé lo más digna que pude.

—Sí te gusta —afirmó arrogante. Su mano me apretaba el culo y se colaba entre las piernas. Su tacto conectó con aquello que Rafa había iniciado, pero que él avivaba en mí con solo escucharlo hablar—. ¿No piensas en las cosas que viste en mi cajón? Sé que lo haces, estoy seguro.

Me revolví contra su cuerpo.

—Dime qué quieres de mí. ¿Por qué me has hecho venir? No creo que me necesites para enviar unos e-mails. —Puse distancia con su cuerpo, si lo dejaba continuar con sus caricias me iba a correr. Mi mente nos imaginaba tumbados en el sofá y esa idea no me dejaba pensar con claridad.

Toqué con la punta de mis dedos el *trakpack* del portátil y la pantalla se activó. Había un documento abierto.

—Repásalo y envíaselo a Boris, lo espera a primera hora de la mañana — dijo serio y me dio la impresión de que se serenaba—. Incluye esos gráficos tan buenos que haces y las tablas donde se vea con claridad la evolución del mercado.

Se separó un poco, pero volvió sobre sus pasos. Deslizó su mirada por mi cuerpo con descaro.

—¿Por qué te has vestido así? ¿Para salir con ese tipo? —preguntó enojado y me desconcertó. Escondió su cara en mi pelo y se apretó mucho a mi cuerpo — ¿Qué tienes, Daniela Ramos? ¿Por qué no puedo alejarme de ti?

De pronto me sujetó por la barbilla con dos dedos y se acercó muy despacio, sus ojos solo miraban mis labios y yo me moría de ganas porque los besara. Gemí cuando nuestras bocas chocaron. Dejé que la saqueara y noté cómo su excitación se pegaba a mí y palpitaba. Estaba segura de que debajo del pantalón no llevaba nada.

Me apoyó en la mesa y me embistió un par de veces, se rozó conmigo a la vez que sus labios me devoraban y anhelé lo que sería sentirlo dentro. Empezaba a necesitarlo. El ardor se concentró en un punto de mi anatomía y de ahí se fue extendiendo. Mi cuerpo se incendió y languidecí con aquel beso, con aquel contacto.

—Dani...

Quise tocarlo, sentirlo. Metí mi mano entre nuestros cuerpos y la deslicé por su miembro. Gimió en mi boca.

Por unos segundos floté en mi nube de color. Nos habíamos fundido en un beso interminable y estaba preparada para lo que iba a venir. Lo deseaba tanto. Pero antes de que mis manos llegaran a traspasar la cinturilla de su pantalón, me sujetó por las muñecas y se separó, muy despacio. Parecía aturdido. Se alejó unos pasos y en su mirada pude ver algo que hasta unos minutos después no fui capaz de interpretar. Desapareció el seductor y apareció el jefe.

—¿Crees que podrás terminarlo?

Asentí con vacilación. Estaba tan acalorada que notaba arder mis mejillas... y otras zonas de mi cuerpo.

No sé cómo fue, un extraño escalofrío me recorrió entera. Tal vez fue la expresión de alarma de su rostro, que por una milésima de segundo no pudo esconder, pero me puse en alerta. Supe que no estábamos solos. Al levantar la vista vi a la mujer rubia que nos observaba desde lo alto de las escaleras. La tal Úrsula. Todo el ardor que sentía se convirtió en hielo. Di un paso atrás, desconcertada, y lo miré con severidad. Me sentí engañada. Tenía a la otra esperándolo. Pero como si no fuese con él, toqueteó el portátil y guardó los cambios que había escrito en el documento. Luego me observó distante. Era un buen actor y yo tuve que reprimir las ganas que tenía de llorar porque me había utilizado. Si las miradas matasen hubiese caído fulminado en el acto. Un cúmulo de emociones pasó por sus ojos, a saber qué pensaba, sin embargo fuera lo que fuese, se lo calló.

—¿Te has despertado? —le preguntó como si nada.

Vestía un pequeño camisón que insinuaba más que dejaba ver. En mi vida había lucido una prenda como aquella, sencillamente era precioso. No sé si lo que vi en su cara era asombro o indiferencia. Él me dedicó una mirada y quise ver turbación en sus ojos, pero tan solo era frialdad.

—¿Alguna duda?

—Ninguna, todo me queda muy claro —afirmé con irritación. No sabía si se refería a la tarea que me había encomendado o a la presencia de la rubia, pero mi respuesta iba bien para las dos cosas.

—Por Dios, Oskar. Has hecho venir a tu secretaria —exclamó la mujer con incredulidad—. ¿Es que no puedes dejar el trabajo a un lado? Ven, vuelve a la cama.

Aumenté la distancia que nos separaba, y me tragué el daño que acababa de causarme. Retuve las lágrimas que estaban a punto de salir y comprendí que jamás sería para mí. Él solo quería jugar conmigo.

—Cuando termine se puede marchar —dijo y me sentí tan humillada que me

hubiera ido en aquel justo instante. Nunca supe por qué no lo hice.

Se encaminó hacia la escalera, donde la mujer esperaba, y por fin recuperé el coraje y la cordura.

—Señor Müller —me obligué a llamarlo, él se giró, serio—. No vuelva a pedirme que venga. Si necesita que envíe un correo o redacte de nuevo un informe puede decírmelo por mail e incluso por *wasap*. Así ninguno pierde su tiempo.

Me escudriñó con los ojos encendidos, pero yo lo ignoré. Aunque no pude evitar que los míos se humedecieran más. Cuadré mis hombros y me senté frente al portátil. Empecé a leer el documento sin ver prácticamente nada de lo que ponía.

Aparenté la tranquilidad que no tenía. Jamás me había sentido peor. Quizás con Rubén, cuando lo encontré con Mari, pero ni siquiera ese día me había dolido tanto el corazón. ¿Por qué mi maldito jefe me afectaba tanto? No éramos nada y sin embargo me había hecho mucho daño. La culpa era mía yo me había creído lo que no era: un cuento de flores y corazones de color rosa, cuando tan solo era un pasatiempo para él.

Creí que había desaparecido y de pronto su voz sonó firme desde lo alto de la escalera.

—Señorita Ramos, lamento haberle hecho perder su cita.

Y desapareció de mi vista. En el momento en que una lágrima rodó por mi mejilla supe que tenía que salir de allí. No aguanté ni cinco minutos más en aquella casa. Me reenvié el documento a mi dirección electrónica y le escribí uno nuevo que dejé en el escritorio:

Señor Müller.

Sé que llegué a este puesto y tuve que adaptarme. He trabajado duro y creo que lo he conseguido. Soy disciplinada en mi trabajo y no dejo nada al azar. Aprendo rápido y si doy mi palabra, la cumplo. Pero no soy de usar y tirar, ni una muñequita con la que jugar. Usted es mi jefe, yo su empleada. Mejor será no equivocarse esos términos.

El señor Boris tendrá la documentación antes de primera hora. Lo pondré en copia.

Daniela Ramos.

Al salir de allí las piernas me temblaban. Pensé en llamar a Rafa, pero no quería cometer otro error. Él se marcharía en unos días y tal vez era mejor así. El portero me llamó un taxi y durante todo el camino a casa pensé que sería buena idea que la tierra me tragara. Al llegar me puse cómoda y me hice un café. Resignada, me senté frente al ordenador y analicé el texto, añadí lo que me pidió e incluí las tablas dinámicas. Me di cuenta de que había olvidado las conclusiones y estuve tentada de enviarlo así, pero estaría incompleto, así que las redacté. Eso me llevó un buen rato más, porque tuve que revisar bien todos los puntos. Al final quedé contenta con el resultado. Le di un formato serio, pero atractivo, y lo envié a las cinco de la mañana.

Me fui a la cama con la cabeza hecha un lío. Estaba cogiendo el sueño cuando el timbre de un mensaje en mi móvil, me desveló. Era un mail de mi jefe.

Querida señorita Ramos.

No le miento cuando le digo que está siempre en mi pensamiento, esté con quién esté. Permítame decirle que si no nos hubieran interrumpido los dos sabemos cómo habríamos acabado y esa fantasía me impide dormir. Sin embargo, y aunque no me guste, creo que ha sido lo mejor. Tendré en cuenta su recomendación.

Le agradezco que haya incluido las conclusiones. Buen trabajo, no esperaba menos. Le prometo que cuando haya que exponerlas será usted quien lo haga. Será en Madrid a final de semana. Prepare el viaje. Me gusta hospedarme en el Villa Magna o en el Wellintong

Le deseo dulces sueños. Descanse.

O. Müller.

Al terminar de leer el correo en mi móvil las lágrimas volvieron a salir.

¿Cómo podía ser tan insensible? Tenía que cortar esa situación. Me cuestioné qué hacía trabajando para él. Estaba claro que me había enamorado y era un imposible. El salario era un buen incentivo, pero ¿hasta cuándo aguantaría?

Sin embargo, a pesar de lo mal que me había sentido en su casa, no era capaz de renunciar al puesto. Joder, me había seducido mientras tenía a otra en su cama. Era el colmo. Tenía algo que me atraía, como la luz a las polillas. Estaba claro que era masoquista de las duras.

Capítulo 5

Cuando llegué el lunes a la oficina, él ya estaba en su despacho. Fue un encuentro bastante incómodo, al menos para mí. Se mostró como el dueño del mundo que era. Arrogante y distante. Como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Evité todo lo que pude mirarlo a la cara, aunque él me echaba miradas profundas, con las que se me comía con los ojos. Procuré mantener el tipo y no enviarlo a la mierda. Intercambiamos algunas ideas en cuanto a la presentación y reorganizamos la agenda para los siguientes días. Quería tenerla libre toda la semana.

A mediodía Raúl apareció. Tenían reunión, quise avisarle, pero me lo impidió. Se sentó en el sillón que había tras mi mesa.

—¿Cómo te va con el jefe? No te has quejado y eso me tiene intrigado.

—No tengo queja. Me pagan muy bien —respondí cordial.

Él acercó su silla más a la mesa en un gesto de confianza, inclinó su cuerpo hacia delante y dijo bajito.

—Lo conozco desde hace diez años. Sé cómo puede llegar a ser. ¿Sabes que fundó esta empresa porque se cabreó con su padre y le hizo la competencia desde España? De buenas es genial, pero de malas... Yo no lo quiero como enemigo. —Se rio con una gran carcajada y al serenarse continuó—. Aunque tú, parece que no te has dejado intimidar.

Sonreí por no soltarle alguna lindeza de su amigo, como que había olvidado decir que era egocéntrico, pedante y sinvergüenza.

—Debes gustarle cuando sigues aquí —comentó y me sorprendí—. No lo ha pasado bien en los últimos meses y estaba insoportable, pero en el fondo es un buen tipo.

—Ah, pero puede estarlo más. Lo de insoportable, digo —dije con sarcasmo y él volvió a reír.

En ese momento la puerta de su despacho se abrió y Oskar salió con unos

papeles en la mano.

—¿Ya estás aquí, Raúl? —Me miró y añadió seco—. No me han avisado.

—Yo no la dejé, quería charlar con ella —contestó Raúl y me sonrió pícaro—. Me has interrumpido justo cuando iba a invitarla a comer.

—Me temo que no podrá ir —respondió por mí—. La necesito, quiero que busque información sobre Weber y su empresa.

—¿Al final vas a hacerlo? —preguntó Raúl con curiosidad y se levantó de su asiento.

—Sí, le tocaré el bolsillo. Seguro que eso le duele. Klaus Weber va a saber quién soy yo.

Lo miré sin saber a qué se refería, pero los ojos de mi jefe se habían vuelto turbios de rabia. Colocó su mano en mi hombro, con posesión, y me pasó los papeles que portaba. Ese gesto me descolocó y no supe cómo reaccionar.

—¿Puedes hacerme un listado de las propiedades que aparecen aquí? Me interesa conocer todo lo que hay a su nombre.

—Sí, claro.

Clavó sus ojos en los míos y por un segundo intuí que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Lo último que escuché, antes de que cerraran la puerta, fue que Raúl preguntaba por Heidi.

Tardaron dos horas en salir. En ese tiempo pude hacer varias cosas. Compré los billetes de avión, vía Internet, y reservé habitaciones en el Villa Magna. El listado lo acabé rápido. Solo tuve que detallar cuatro propiedades. Sin embargo, Internet fue una herramienta muy útil para obtener información. Encontré bienes que no aparecían en aquellas hojas.

El tal Weber era alguien bien posicionado socialmente. Su familia tenía un castillo. La propiedad no quedaba clara, pero entre lo que decían las hojas que me entregó Oskar y lo que averigüé por la red descubrí que estaba en Hannover y que se lo disputaba a su hermana. Disponía de un ático en Ginebra, un edificio de viviendas y varios locales de oficinas, y en Múnich una casa, aparte de acciones en algunas empresas. La imagen que me mostró

Google era la de un hombre triunfador. Alto, rubio, muy rubio, y con un *hobby* caro, coches de carreras. Había patrocinado un coche de fórmula uno y había perdido bastante dinero. Encontré varias fotografías acompañado por mujeres, casi siempre la misma, pero en las últimas entradas, por una más joven.

En otro enlace se hablaba de su divorcio. Era un link de una revista sensacionalista. Había sido todo un escándalo meses atrás. La revista contaba con todo lujo de detalles que había dejado a su mujer, embarazada, por una chica de veintidós años y había echado a la esposa de la casa familiar. La mujer había tenido un accidente de coche al marcharse, en el que perdió al niño que esperaba y se especulaba con la idea de que no fuera un accidente, sino un intento de suicidio. El artículo dejaba bastante mal al hombre y se apiadaban de la pobre Heidi Müller que se recuperaba en un lugar desconocido.

De repente aquel nombre resonó en mi cabeza. Revisé las fotografías y pude reconocer a la mujer que posaba junto a Oskar en la foto que había en su despacho. Era su hermana.

¡Joder! Su hermana había perdido al niño que esperaba en un accidente del que dudaban si era un intento de suicidio hacía unos meses y nunca había hecho mención alguna. Pude entender su mal humor, sus cambios emocionales, incluso su estancia en Zúrich todo aquel tiempo. Hasta justifiqué su arrogancia.

Entonces, esa curiosidad malsana me hizo teclear su nombre en el buscador y entré en las imágenes. Quise ver si aparecía con mujeres. Mi sorpresa fue mayúscula.

Destacaban dos. Una señora de pelo blanco, con un corte muy moderno, y cara de buena persona que resultó ser su madre y la mujer que ahora conocía como su hermana, Heidi. Nada de modelos y chicas diez como esperaba. Fotos con su padre, que había muerto hacía pocos años, Boris y Raúl con los que compartía la dirección de la empresa española, y con otras personas en diferentes celebraciones. También se le veía en la sede central, un edificio ultramoderno en Zúrich.

Escuché la puerta abrirse y salí de la página. Me apliqué en el documento que había preparado y lo imprimí. Raúl se marchó y me guiñó el ojo ante una cara severa y malhumorada de Oskar.

Le expliqué lo que había encontrado y me felicitó por el trabajo. Creo que se sorprendió. Tras muchas dudas le conté que al buscar información por Internet había descubierto lo de su hermana. Me observó con fijeza, diferentes emociones le cruzaron la mente y esperé a que quisiera compartir alguna.

—No quiso suicidarse —dijo al fin—. Pero casi se muere y eso es culpa de él.

Distraído se sentó frente a mí, en un sillón, y me contó cómo habían sido las cosas. El divorcio fue muy rápido y Klaus usó lo del accidente en contra de Heidi. Alegó que había perdido al niño para vengarse y dejarlo sin heredero y en su defensa afirmó que no la había echado de la casa familiar, pero se calló que había instalado a la otra allí y la convivencia se había hecho insostenible. La perjudicó económicamente al ocultar propiedades. Oskar quería proteger los intereses de su hermana. Tenía información con la que demostrar que él había evadido dinero al fisco al ocultar bienes en un entramado de empresas y eso le daría algo con lo que ponerlo contra las cuerdas. Heidi tenía su propio dinero y acciones de Müller, pero él no iba a dejar que su ex cuñado no pagara por lo que había hecho.

Aquella charla espontánea de algo tan personal me conmovió, noté el gran cariño que sentía por su hermana. Con humor dijo que ella era dos años más pequeña que él, aunque parecía que era al revés. Ella siempre había sido más sensata. En aquel momento no era el hombre arrogante y distante que solía mostrarse, sino alguien preocupado por el bienestar de su familia.

Pese al malestar que me había producido la noche en su casa, me sentí cómoda con él, pero de pronto vi aparecer a Rafa, con una sonrisa pícaro en su cara y el casco de la moto en la mano. Caminaba tan tranquilo hacia mí, como si recorriera ese camino todos los días. Oskar se levantó al verlo y lo observó con curiosidad, yo salí de mi mesa a recibirlo y Rafa, sin ningún tipo de pudor,

me agarró de la cintura y me plantó un beso en todos los morros.

—¡Rafa! —exclamé incómoda—. Mi jefe...

—Siempre quise hacer algo así —murmuró sobre mis labios—. He venido a buscarte para comer.

Nerviosa, miré a Oskar, que nos dedicaba una mirada sombría y se dio media vuelta para meterse en su despacho. Ni siquiera se despidió.

—No puedo, Rafa, mañana salgo de viaje y tengo mucho que hacer.

—Bueno, pero me debes una, en el *finde* ¿vale? —susurró seductor y me atrajo hacia él otra vez, pero yo lo esquivé con la excusa de que estaba en mi trabajo. Sonrió descarado y, a regañadientes, se marchó.

A los cinco minutos el teléfono interior sonó. Me ordenó que fuera a su despacho. Estaba sentado tras su escritorio y me miró con cara seria, demasiado seria.

—Señorita Ramos, que sea la última vez que ocurre algo parecido —censuró con los ojos fijos en mí. Yo me retorcí las manos, nerviosa, pero entonces recordé la escena del viernes en su casa y me envalentoné.

—¿Es que no puede visitarme un amigo?

—¿Es el de la moto? —preguntó con ironía, le respondí con una mueca—. Ya veo. Merece algo mejor.

—Él jamás me utilizaría —contesté con dardo envenenado y, crecida, añadí—. Y preocúpese por sus historias, tal vez también merezca a alguien mejor, pero yo no me meto en eso.

—Si lo dice por Úrsula, es cierto, pero me da unos polvazos increíbles —soltó con arrogancia, me miró molesto y continuó—: Aunque, claro, yo solo juego y disfruto. No creo que usted tenga buenos polvos. En todo caso, sucedáneos.

Lo miré indignada. ¿Quién se creía que era para decirme algo así?

—No deben de ser tan buenos cuando la deja en la cama y busca seducir a la secretaria.

—La secretaria, como dice —contestó pedante. Habíamos entrado en una

batalla dialéctica—, está deseando que le enseñe lo que es follar de verdad.

—¿Eso es lo que cree? Está muy equivocado —solté con una mueca de desagrado y añadí muy digna—: Le recuerdo que no soy nada suyo, solo una empleada y no puede hablarme así.

Se levantó del sillón y en unas zancadas se colocó delante de mí. Me observó con dureza, parecía que buscaba las palabras para continuar con la pulla. Al final su rostro se relajó y dijo casi en un murmullo.

—Me ofuscas y me haces decir cosas que no siento. Tienes razón, no soy más que tu jefe y no tengo derecho sobre ti —se me acercó al oído y susurró—. Pero si lo tuviera... Te ibas a enterar.

Me dejó sin palabras. Me di media vuelta como si no me hubiera inmutado. No le gustó mi desplante.

Me agarró del brazo y en un momento me tenía aprisionada bajo su cuerpo, encima del sofá y yo luchaba contra él para que me soltara. Sus labios recorrían mi cuello y buscaban mi boca con desesperación.

—Vas a volverme loco —soltó fuera de sí.

—¡Suélteme! —grité con rabia. No estaba dispuesta a ser su juguete, otra vez. Ya no.

—Me deseas tanto que te duele —dijo arrogante y metió sus manos bajo mi falda en busca de la tierra prometida.

—No le deseo. Es un creído pedante y un sinvergüenza.

—Estoy seguro de que si meto mis dedos descubriré lo mojada que estás por mí. ¿Cómo te gusta hacerlo, Dani? ¿Eres de las que lo hacen lentito o te conviertes en una fiera y lo quieres salvaje?

Se apoderó de mi boca y no pude luchar más, me aprisionaba y su mano me tocaba con deleite. Evité gemir, mi cuerpo tenía vida propia. No quería que supiera que me gustaba lo que hacía. Yo sí que me iba a volver loca. Era una tortura luchar contra lo que mi cuerpo pedía y mi razón se negaba. Se removió para acomodarse entre mis muslos y se rozó conmigo. Sus besos eran apasionados y yo respondí a ellos con ansia.

—Tócame, necesito sentirte —murmuró con voz ronca. Me tenía ida. Mi mente se nubló y respondí a su ruego. Introduje una mano entre nuestros cuerpos y acaricié despacio el bulto con el que me rozaba. Escucharlo suspirar me excitó. Se movió sobre mí y volvió a besarme, desesperado—. Quiero tenerte, saciarme de ti y así, este deseo que me invade...

Sus palabras resonaron en mi cerebro y algo se movió en mi cabeza. No podía permitirle hacer conmigo lo que quisiera. No tenía derecho sobre mí.

No sé de dónde saqué la fuerza, pero lo empujé y cayó al suelo. Me levanté de un salto, al igual que él, y le grité en la cara con toda la rabia que sentía.

—¡Basta! ¡No puedes hacerme esto! —Di un paso atrás y me arreglé la ropa con rabia, a la vez que él también lo hacía—. Deja de perseguirme, déjame en paz de una maldita vez. Fóllate a tu rubia mil veces, pero yo no soy ninguna putilla del tres al cuarto con quien distraerte.

Se quedó lívido con mis palabras.

—Está bien —trató de serenarse, pero dijo amenazante—. Te lo diré muy claro. Estás tan dentro de mi cabeza que haces que me olvide de dónde estoy y con quién. Consigues que pierda el control. ¡Joder! Yo nunca pierdo el control. Esta obsesión tiene que terminar. Y si para volver a tener el control he de despedirte y alejarte no me temblará la mano.

—¡No necesitas despedirme... renuncio yo!

Sus ojos me miraron desesperados, fue a decir algo, pero abatido se derrumbó en su sillón.

Los gritos debieron alertar a Raúl porque al momento estaba allí.

—¿Qué pasa aquí?

Ninguno se atrevió a decir nada, pero tenía que parar aquello.

—Me voy, Raúl. Lo dejo. No lo soporto más.

Salí del despacho ante la atenta mirada de los dos. Ninguno fue capaz de detenerme. Cogí mi bolso y hui. Raúl me alcanzó en el ascensor. Ni siquiera iba a llorar por lo ocurrido. Todo era un asco.

—¿Qué ha pasado, Daniela? ¿Te... te ha hecho algo?

Procesé lo que me decía. Lo miré seria, pero no pude evitar que se humedecieran mis ojos. Negué con la cabeza.

—Algo ocurre entre vosotros y debes decírmelo.

Solo podía negar, no era capaz de decir nada. Al abrirse las puertas del ascensor me metí y me fui a mi casa. Tenía que reflexionar lo que acababa de hacer. Sabía que si no lo hacía así no sabría ponerle límite.

Al cabo de dos horas seguía en mi sofá, tirada como una colilla y sin las respuestas que buscaba. El sonido estridente del timbre sonó sin descanso. No pude obviarlo y enfadada fui a abrir. Raúl estaba tras mi puerta.

—¿Puedo pasar?

Dudé un momento y accedí.

Me siguió hasta el salón y le pedí que se sentara. Dijo que quería hablar conmigo. Me explicó que Oskar se sentía avergonzado por nuestra discusión, pero que no le había querido explicar nada. Él lo conocía, sabía que estaba dolido, pero también confundido. Suponía que entre nosotros había algo que no queríamos aceptar, pero eso era cosa nuestra. A él le preocupaba la oficina. Me rogó que no me fuera de la empresa. Alabó mi trabajo y eso me gustó. Me dijo que Oskar se marchaba a Madrid al día siguiente. Si no estaba en el aeropuerto al mediodía, entendía que renunciaba, pero me pidió que lo pensara. Si era mi deseo no tendría que volver a trabajar con mi jefe, sino con él.

Lo despedí en mi puerta y me sorprendió con lo que me dijo.

—Una vez, por no arriesgarme, perdí a alguien y te aseguro que me arrepiento todos los días.

—Entre Oskar y yo no hay nada.

—Ya...

Pasé una noche fatal. No sabía qué hacer.irme de Telecomunicaciones Müller no era fácil para mí. A pesar de la situación con Oskar, él se marcharía y yo tenía una buena oportunidad en la empresa.

No fui al aeropuerto. No era capaz de enfrentarlo, pero a media tarde me

arrepentí de todas y cada una de aquellas decisiones. Hablé con Raúl que me dijo que si todavía estaba interesada me personara a las nueve de la mañana en el Hotel Villa Magna, en recepción. Él hablaría con Boris y lo pondría en antecedentes para que no me sintiera incómoda con Oskar.

Antes de colgar, Raúl añadió.

—Dani, él no es así. Si no quieres estar sola con él, avisaré a Boris. —Negué, no quería que pensara lo que no era. Aunque estaba confundida tenía que admitir que yo también era responsable de lo que había pasado. Lo último que dijo me dejó perpleja—. Está sometido a mucho estrés, pero es distante y separa las cosas; sin embargo, nunca lo he visto tan nervioso por una mujer como lo está contigo. Eres fruta prohibida.

Colgó entre risas y yo me quedé mirando el teléfono alucinada.

Llamé a Anabel y le dije que tenía que salir de viaje y necesitaba algo de ropa. Quería lucir bonita. Las mujeres a veces somos así de duales. Será la histeria que es muy mala. Me pidió que a cambio yo tenía que acompañarla a un sitio. Pensé que si hablaba con ella me ayudaría a salir del embrollo que tenía en la cabeza. Pero al verla no fui capaz de explicarle nada. Ella no hacía más que hablar de Pablo, el chico que había conocido noches atrás en la discoteca. Trabajaba en una agencia de publicidad y habían quedado en un bar, cerca de su trabajo. No paró de hablar de él. De lo bueno que estaba y de lo bien que habían congeniado. Creo que se había pillado y pensé que lo iba a pasar mal porque siempre se colgaba de los chicos inadecuados. Pero quién era yo para juzgarla.

Anabel es un poco desastre y no recordaba el nombre del lugar, así que entramos en varios bares, en su busca. Por suerte el chico nos acabó encontrando. Pasé un buen rato con ellos y me sorprendió lo enganchados que estaban, los dos. Verla tan animada con el chico me dio esperanzas y pensé en Rafa. Tal vez si me centraba en él me olvidaba de mi jefe. Además, le debía una llamada.

No sabía muy bien qué iba a decirle, pero él se me adelantó. Me pidió disculpas por presentarse sin avisar en mi trabajo. Deseaba verme, pero al ver

cómo hablaba con mi jefe, quiso provocarlo.

—Se nos pasó el momento, Dani —dijo resignado—. Creo que si tu jefe no hubiera llamado la otra noche, tú y yo estaríamos hablando de otras cosas, desde otro lugar. ¿Es él, verdad?

—Sí, no puedo engañarte —respondí sincera—. Pero era cierto que fui a su casa por trabajo. No ha pasado nada entre nosotros, aparte de unos besos, pero está en mi cabeza y no puedo estar con nadie, ahora.

Me contó que se iba en unos días y que el sábado hacían la despedida. Esperaba verme allí. Aún tenía esperanza.

—Rafa... —La voz se me cortó y las lágrimas salieron sin poder retenerlas.

—No llores, Dani. Sabes que nunca sé qué hacer cuando las mujeres lloran —dijo con burla—. Yo estaré siempre que me necesites. Eres muy importante para mí.

Cuando colgué no fui capaz de dejar de llorar. No sabía si hacía bien al dejar pasar esa oportunidad o era un error querer intentar algo que ya antes no había funcionado. Solo el tiempo me diría si tomaba la decisión correcta.

Esa misma noche me fui a Madrid en el puente aéreo. En el hotel me consiguieron otra habitación porque la reserva se había anulado, aunque me dijeron que el señor Müller estaba hospedado allí.

A las nueve en punto de la mañana del miércoles, estaba en recepción. En mi vida había estado tan nerviosa. Había desayunado deprisa y estaba lista con mi portátil y toda la información que iba a necesitar. Me había puesto un vestido azul celeste, ajustado, con una chaqueta corta a juego. Llevaba bolso de mano y zapatos altos, de talón abierto. Me costó decidir si me recogía el pelo o lo dejaba suelto y opté por lo primero. Lo recogí en un moñete desenfadado y dejé algunas greñas sueltas que enmarcaron mi cara. Estaba contenta con el resultado. Quería parecer muy profesional y por eso no dejé nada al azar.

Oskar apareció con otro hombre. Me miró con sorpresa y pensé que Raúl no le habría dicho nada.

—Daniela —dijo con vacilación. Se me acercó y me saludó con un beso en la mejilla. Susurró en mi oído que lo sentía y me dio las gracias por estar allí. Yo no fui capaz de sonreír—. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche, en el último vuelo —respondí sería. El hombre que lo acompañaba era alto, como él, y su pelo de un rubio oscuro. No nos quitaba la vista de encima, parecía que no perdía detalle de lo que pasaba entre mi jefe y yo. Lo miré y Oskar se dio cuenta.

—Es Boris Dalmau —miró a su amigo y dijo muy serio—. Es mi asistente.

—Sí, lo supongo —y me sonrió—. Estaba deseando conocerte. Raúl ya me ha pasado referencias. —Miró a Oskar y añadió—: Habrá que hacerle un monumento.

Estiré la mano para saludarlo y obvié la cara que puso mi jefe ante el comentario que me hizo esbozar una sonrisa.

—Señor Dalmau, mucho gusto.

Pero él no me la estrechó, me dio dos besos sonoros y empezó a reír.

—Boris, lo prefiero. Señor Dalmau es mi padre.

Salimos hacia la calle donde nos esperaba un coche negro, con un chofer. Boris se sentó delante y atrás íbamos mi jefe y yo. Me sentí un poco incómoda, aunque el coche era bastante espacioso. Un mercedes de gama alta. En un momento en que mi mano descansaba sobre el asiento, Oskar la rozó con la suya y sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. No quería darle muestras de que me afectaba la cercanía. Iba guapísimo, con un traje gris marengo y camisa azul clara, parecía que nos habíamos puesto de acuerdo con el color. Lo miré seria y él la apartó. Giró su cabeza hacia la ventanilla y yo hice lo mismo. Boris llamó mi atención y me preguntó si conocía Madrid. Le dije que no, era la primera vez que venía.

—Entonces, y ahora que tu jefe no nos oye, prepararé un circuito para mostrártela. Tal vez mañana tengamos tiempo, si no, de noche es muy bonita.

Mi jefe no dijo nada, pero observé, por el rabillo del ojo, que fruncía el ceño.

Llegamos a las oficinas que estaban en la otra punta de la Castellana y estuvimos reunidos hasta después de comer. De allí, Boris nos llevó a una fábrica, a las afueras de Madrid, donde se fabricaban algunos de nuestros dispositivos. Regresamos al hotel pasadas las siete. Cuando subíamos en el ascensor, Oskar me preguntó si quería cenar con él. Le dije que no. Era lo mejor, no sería capaz de soportar su cercanía, a solas.

—Te pido perdón si te ofendí. No soy así, un asco de hombre, como creerás por cómo me he comportado. Tampoco te veo como dijiste. Eres importante para mí y te respeto. Es que me desarmas. Pierdo la cabeza si estás cerca —dijo serio y yo disimulé, pero no daba crédito a lo que escuchaba. Aunque no iba a sentir pena por él, ni disculparlo.

Las puertas del ascensor se abrieron y descubrí que era mi planta, me bajé inquieta.

—Hasta mañana, señor Müller. Buenas noches.

—Daniela... —dijo antes de que las puertas se cerraran.

Pasé una noche entre sueños extraños, me desvelaba a cada rato. Aquel comportamiento ambiguo sí que desarmaba a cualquiera.

El día siguiente fue más de lo mismo. Tuve que exponer las conclusiones del proyecto que Telecomunicaciones Müller presentaba. Oskar me cedió la palabra y me dijo al oído que estuviera tranquila que lo haría bien. Solo escucharlo hablarme de esa forma íntima, me alteró y necesité hacer un gran esfuerzo para no desmontarme. Me centré en un punto al final de la sala y hablé distribuyendo mi mirada a un lado y otro, para incluir a todo el mundo. Sin darme cuenta mi turno acabó y él volvió a tomar la palabra. Me felicitó con una amplia sonrisa. Tras la comida, los clientes con los que estábamos reunidos insistieron en que nos invitaban a cenar en una sala donde se hacían espectáculos. Al día siguiente lo teníamos libre y regresaríamos a casa por la tarde.

La cena era a las ocho y tuve poco tiempo para arreglarme. Elegí un vestido negro, ajustado, que Anabel se había empeñado en que comprara y que yo había traído por si me atrevía a ponérmelo. Era lo más adecuado que tenía

para la cena. Lo acompañé con un pañuelo colorido y me dejé el pelo suelto.

Oskar me envió un mensaje en el que me decía que me esperaba en recepción. Pensé que Boris estaría con él, pero estaba solo. Me sonrió al verme.

—Estás muy guapa.

—Gracias, no sabía si esto era apropiado.

—Estás espectacular, Daniela. No te preocupes —sonrió sincero—. Quiero felicitarte. Lo estás haciendo muy bien.

Agradecí aquellos halagos, no por si estaba guapa sino por el trabajo. No estaba en mi zona de confort, yo era de números y preparar informes se me daba bien, pero otra cosa era defenderlos. Salimos a la calle y nos esperaba el Mercedes.

—Mañana podríamos visitar la ciudad si te apetece —me dijo en voz baja.

—No sé, ya veremos.

—Dani, me gustaría que hiciésemos una tregua y esta noche lo pasáramos bien —dijo acercándose—. No quiero que me malinterpretes, pero no te alejes de mí, ¿vale? No me fío mucho de adónde nos lleva esta gente.

Lo miré sorprendida y él me tranquilizó con una sonrisa. He de reconocer que todo él me afectaba, pero sentir que me protegía y cuidaba me descolocaba. No estaba acostumbrada, tampoco pensaba que lo necesitara. Sabía defenderme, pero no le dije nada. Solo asentí.

La sala de fiestas se llamada *Tutto*. Éramos seis personas, cuatro hombres y dos mujeres. Oskar hizo que me sentara entre él y Boris. Era un reservado circular desde donde se veía bien el espectáculo. Mientras cenábamos, a base de pescado y marisco, un cuarteto de cuerda animaba la velada. Casi a los postres el espectáculo cambio. Apareció un pintor y una pareja de baile que hizo una *performance*. La pieza era un poco subida de tono y mientras ellos bailaban el pintor captaba la escena y la reflejaba en su lienzo. Me sentí un poco incómoda, aquello subía la temperatura. Oskar me rozó la mano por debajo de la mesa y me preguntó si estaba bien, su tacto me quemó. Con disimulo retiré el brazo y lo apoyé en la mesa, pero le sonreí lo más natural

que pude.

Boris hizo un comentario gracioso sobre el pintor y los bailarines, algo así como que eran un trío extraño y todos reímos, pero al girarse hacia mí se acercó más de la cuenta.

—Si no fueses fruta prohibida tú y yo podríamos acabar la noche de otra manera.

Me quedé un tanto sorprendida y él sonrió con ironía. Había utilizado las mismas palabras que Raúl y me dio qué pensar. No sé si quería ligar conmigo o molestar a Oskar, que lo miró con mala cara.

Tras esa actuación apareció otra pareja que representó una escena mucho más erótica. Acabaron desnudos y simulando hacer el amor sobre una mesa.

El cuarteto de cuerda cerró la representación, supongo que el público necesitaba relajarse después de aquellas escenas tan sugerentes.

Durante un buen rato, Boris, acaparó mi atención. Me explicó que llevaba en Madrid un par de meses porque habían detectado algunos productos con deficiencias y se había visto comprometida la calidad de la marca. Iban a tener que hacer una buena campaña publicitaria y de imagen.

—Cuando regrese a Barcelona tendremos ocasión de salir —dijo risueño—. Me gusta tocar el saxofón, tal vez podamos quedar para escuchar una *jam session* de blues.

Coqueteaba conmigo de una forma peculiar. Me ponía nerviosa porque sabía que Oskar no nos quitaba ojo.

Al acabar el espectáculo propusieron ir a tomar unas copas. Yo decliné la idea, estaba cansada y quería irme al hotel. Oskar se empeñó en acompañarme y para mi sorpresa, Boris lo secundó en que no podía irme sola.

Capítulo 6

En el trayecto de vuelta mi jefe trató de ser amable. Bromeó sobre el espectáculo y los clientes.

—Son unos salidos, la última vez que estuve aquí nos llevaron a una sala de *streptase* —dijo con una sonrisa divertida—. Espero que no hayas estado demasiado incómoda, aunque he de decir que la actuación me ha gustado.

—Sí, ha sido... diferente —contesté sin saber qué responder.

El chófer paró en la puerta del Villa Magna y Oskar bajó conmigo.

—No hace falta que me acompañes, puedo ir yo sola. Te estarán esperando.

—Que esperen —dijo sin que le importara que eso ocurriese—. Quiero asegurarme de que llegas bien a tu habitación.

Por un lado, quería que se diera la vuelta y me dejara allí, en el vestíbulo, pero por otro me moría por estar unos minutos más con él. No me entendía.

No solo me acompañó hasta el ascensor, sino que insistió en subir hasta mi cuarto. A medida que el ascensor se acercaba a mi planta mis nervios fueron en aumento. Saqué del bolsito la tarjeta que activaba el mecanismo de entrada y jugué con ella entre mis dedos. Oskar me miraba en silencio. Al llegar a mi puerta no supe qué decir. Me costaba decirle adiós.

Él se acercó a mi mejilla y me dio un ligero beso, cerré los ojos y degusté el instante. Al separarse se quedó muy cerca de mí.

—Lo siento, Dani. Siento lo que hice. Cómo me comporté. Debes de creerme, me ofusqué y no tengo disculpa. Sé que no has renunciado, me alegro. —Se disculpó y parecía atormentado. Me agarró de una mano, pero no pude soportar el contacto y me solté. Él continuó con voz baja—: No he luchado nunca tanto conmigo mismo por sacar a una mujer de mi cabeza. Pero contigo no puedo. ¿Qué tienes, Daniela? Cuando estoy contigo parezco hechizado y cuando no, te sueño dormido y despierto y solo pienso en escuchar cómo suplicas por mis caricias y tenerte bajo mi cuerpo.

Casi me da un pasmo. No había ni una pizca del hombre arrogante y engreído que me había mostrado.

—No me digas estas cosas —dije, pero la voz me traicionó. Mi cuerpo se derritió con esas palabras. Aunque mi mente se empecinaba en recordar lo que me había hecho, en aquel momento lo olvidó.

—Dime que a ti no te ha afectado ese espectáculo —preguntó sin despegar sus ojos de los míos—. Te deseo, Dani, te deseo igual que tú a mí. No te resistas, yo ya he dejado de hacerlo.

Estaba muy pegado a mí y yo seguía con la tarjeta en la mano. Posó dos dedos bajo mi barbilla y la inclinó hacia él. Después me besó. No pude evitar perderme en aquel beso, lo deseaba con todo mí ser y se me nubló el pensamiento.

Alguien pasó por nuestro lado y carraspeó. Oskar se separó de mí con brusquedad y me arrancó la tarjeta de las manos, abrió la puerta y me empujó dentro de la habitación. Me aprisionó contra la pared y siguió su incursión en mi boca. Fuera de ojos indiscretos dejó liberar las ganas que me tenía y yo me entregué a él, sin resistencia.

La piel me ardía por el calor de su cuerpo pegado al mío. Besó mis labios, bajó a mi cuello y siguió por encima del vestido. No sabría explicar el poder que ejercía en mí. Volvió a apoderarse de mi boca, sus besos eran un elixir, uno que hacía que olvidara que era un entretenimiento para él. De repente se detuvo. Se alejó unos pasos y clavó sus ojos en los míos. ¿Se lo estaba pensando? Me iba a dejar así, encendida y frustrada. En aquel momento no podía dejar de pensar que tenía muchos números de repetir lo de las otras veces. Ser su juguete por un instante. Cogería de mí lo que quería y después actuaría como si nada. Pero no quería pensar, solo sentir. Era tan fuerte el influjo que tenía sobre mí que perdí la dignidad.

—Por favor, no te vayas —rogué, lo necesitaba.

—No pienso irme, pequeña —susurró y besó mis labios—. Pero quiero desnudarte, descubrir tu cuerpo y que tú lo hagas con el mío. Pienso degustarte entera.

Iba a pasar de verdad. Lo deseaba y no quería considerar las consecuencias que aquello podría tener. Era mi jefe y liarme con él no era la mejor idea del mundo.

Se quitó la americana y la tiró de cualquier modo sobre un pequeño sofá. Reclamó mis labios a la vez que se estiraba de la corbata para quitársela.

—Quiero verte.

Me dio la vuelta y entendí a lo que se refería. Bajó la cremallera del vestido y dejó que cayera al suelo. Me giré despacio y busqué sus ojos que me miraban con hambre. Llevó sus manos a mis pechos y los masajeó, ávido de sentirlos entre sus dedos. No llevaba un conjunto muy seductor, pero era bonito. Me alegré de que me viera con él porque me quedaba muy bien.

—No sabes la de veces que te he imaginado como aquel día de lluvia, cuando te desnudaste ante mí, despreocupada, sin saber que alguien te miraba. He soñado que lo hacías mostrándote, sin vergüenza, entregándome tus secretos más íntimos y poder comerte entera.

Su voz me tenía enganchada, acercó sus labios a mis pechos y los chupó por encima de la tela. Luego volvió a mis labios y yo llevé una mano a uno de los botones de su camisa y empecé a desabotonarlos, me miró mientras lo hacía. Conseguí abrirla del todo y contemplé aquel torso musculoso y con apenas vello. Quería besarlo, pasear mis manos por encima de él y no me quedé con las ganas, luego descendí hasta su pantalón y lo desabroché. Él se los terminó de quitar junto a los zapatos y los calcetines. Se quedó con unos bóxers negros y yo me bajé de los tacones.

Tiró de mi mano y en un segundo me tenía aprisionada entre sus brazos, en la cama. Tuve que frenar los pensamientos contradictorios que me sacudían la mente. Por un lado, el deseo, por otro la sensatez que me decía que debía parar aquello. Pero no podía. Tenía un poder sobre mí demasiado fuerte y quería vivirlo. Una sola vez, me decía, mientras sus manos acariciaban mis brazos, viajaron ávidas hacia mi espalda y con gran pericia se deshizo de mi sujetador. Oskar acercó sus labios a mi piel, repartió pequeños besos que me enloquecieron y degustó mis pechos todo lo que quiso, parecía que le

gustaban, y a mí las sensaciones que me provocaba me tenían extasiada. Bajó con su lengua por mi vientre, jugó con mi ombligo y cogió la cinturilla de mis braguitas para quitarlas. Pero cuando apenas las había bajado un poco, se detuvo.

—¿Pero qué es esto? —preguntó con sorpresa. Y sus dedos resiguieron mi tatuaje.

—Es mi pequeño duende del bosque —respondí con burla.

Posó sus labios sobre él, repartió algunos besos y sentí cómo su lengua lo humedecía.

—Tú sí que eres una pequeña duende, ahora sé por qué me tenías embrujado.

Me besó con ganas y luego terminó de quitarme las braguitas y se deshizo de sus calzoncillos. Su erección salió disparada de su prisión. Se apoderó de mi sexo y me saboreó con todas aquellas ganas que decía que tenía de mí. Me llevó al cielo, pero yo lo quería dentro. Estaba impaciente.

—No me hagas esperar.

—Oh, sí. Vas a esperar, pequeña duende —dijo con burla—. Quiero saciarme de ti. Cierra los ojos y déjate llevar.

Quise disfrutar del momento por si me dejaba llevar del todo. Yo no solía tener más de un orgasmo. Así que me dispuse a vivir mi experiencia religiosa con mi jefe. Por fin podría saciar las ganas que tenía reprimidas. Mañana sería otro día.

Noté cómo se separaba y se bajaba de la cama. Por un instante desapareció de mi vista, pero al regresar abrió la palma de su mano y me mostró algo que reconocí enseguida.

—Guardo esto desde aquella noche. —Era el preservativo que sacó de mi bolso enredado en mis llaves—. Me gustaría que me lo pusieras.

Se arrodilló delante de mí, en la cama, y yo se lo coloqué despacio. Me hizo reír por las caras que ponía, dijo que lo estaba matando en venganza. Al terminar cayó sobre mí y me penetró con suavidad, sin dejar de mirarme. Los

dos gemimos al contacto y el fuego que llevábamos en el cuerpo nos dominó. Yo esperaba que se moviera rápido y salvaje, pero fue todo lo contrario. Sus acometidas eran suaves, lentas, dulces y deliciosas. Me hacia el amor, despacio. Mis gemidos llenaban la estancia y pronto me tuvo en la cresta de la ola.

—Me gusta escucharte —susurró en mi oído.

No sé si en alguna ocasión anterior lo había hecho de una forma tan tierna, pero aquella primera vez, Oskar me sorprendió. Estuvo muy pendiente de mí y solo cuando exploté se dejó ir.

Quedamos tumbados, el uno junto al otro, hasta recuperar el aliento. Ninguno habló. Él se quitó el condón y fue al baño, al regresar se tumbó de lado, junto a mí y pasó sus dedos por el tatuaje.

—Me encanta.

Me sentí extraña. Había tenido mi orgasmo y seguía con ganas. Eso no era habitual en mí. Cuando terminaba de hacer el amor, solía caer rendida y evitaba un segundo encuentro. Tal vez era porque sabía que no conseguiría alcanzar otra vez el placer y acababa cansada y frustrada.

No sé ni cómo fui capaz de subirme sobre Oskar. Pero sin pensarlo mucho me coloqué a horcajadas y jugué con su erección.

—Pareces una amazona —bromeó.

—Y tú un dios vencido.

—Dame un minuto y te vas a enterar de lo vencido que estoy —dijo divertido. Rozó el duende con sus dedos y subió sus manos a mis pechos.

Acaricié su miembro y en un momento me ensartó en él. Me moví seductora, adelante y atrás, posó sus manos en mis caderas y no dejó que llevara el control. Con un movimiento rápido me tenía debajo de su cuerpo.

—Esta vez va a ser un poco más rápido. Dime si te gusta.

Sujetó mis manos por encima de mi cabeza y dominó mi cuerpo y mi alma. Sus besos eran letales y sus acometidas rápidas y ardientes. Iba a conseguirlo, iba a llegar otra vez al final. Grité su nombre al sentir de nuevo un orgasmo

que se formaba en mi vientre y él sonrió de suficiencia sobre mi piel. Alcanzamos juntos el clímax y se dejó caer sobre mí. Al instante rodó de mi cuerpo y quedó a mi lado.

Estaba alucinada. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto. Era una pena, porque ahora ya nunca sería igual. Entonces me di cuenta de que lo habíamos hecho sin condón. No me preocupaba un embarazo, tomaba pastillas, pero sí las enfermedades venéreas, el papiloma, esas cosas con las que te puedes encontrar por hacerlo sin cabeza.

Observé que Oskar se levantaba de la cama y pensé que iba a vestirse y marcharse, pero mi sorpresa fue cuando lo vi aparecer con una toalla y dijo que quería limpiarme. Sentí un poco de vergüenza.

Posó con delicadeza la toalla sobre mi sexo. Estaba caliente y limpió nuestros fluidos, con cuidado. Creo que jamás he tenido un momento tan íntimo con nadie. Después soltó la toalla en el suelo y besó mi tatuaje.

—¿Puedo quedarme? —preguntó con vacilación.

Casi lloro al escucharlo, me emocionó.

—Me gustaría.

Se colocó a mi espalda, nos tapó con una colcha y apagó la luz.

Nos quedamos en silencio. Casi cuando me estaba quedando dormida, dijo.

—Lo hemos hecho sin protección. ¿Es un problema para ti?

—Tomo pastillas, pero no sé con cuántas te acuestas.

Creo que se molestó y dijo que él tampoco sabía con quién lo hacía yo.

—Eres el primero en casi tres meses —confesé molesta.

—Entonces, así, solo contigo.

No era lo que esperaba, pero me distrajo apretándome contra su cuerpo.

Me desperté sola en la cama. Se había marchado. Sentí decepción porque no se había despedido. No es que esperara romanticismo, era mi jefe, pero me dolió no encontrarlo al despertar. Me metí en la ducha y todas las imágenes de la noche cruzaron por mi mente. No quise analizar que era su secretaria y que

esto no iba a acabar bien. Estaba apostando mi trabajo, uno que me gustaba, por vivir una aventura. Una experiencia loca, pero es que no era capaz de resistirme y alejarme. Así que decidí que viviría lo que tuviera que ser. Tal vez esa noche era todo lo que iba a tener con él. *Carpe diem*, entonces.

Me sequé el pelo y lo recogí en una coleta. Me puse los tejanos, un jersey de punto calado en azul celeste y las bailarinas. Era lo mismo con lo que había viajado. El vestuario perfecto para hacer de turista. Cuando me estaba maquillando picaron a la puerta.

Abrí y me encontré a Oskar con tejanos negros, un polo blanco y una americana azul oscuro. Detrás, venía un camarero con un carrito de desayuno.

—He creído que necesitarás reponer fuerzas —dijo con una sonrisa cómplice. Advertí que en la mano traía unos papeles. Pero los guardó con disimulo en el bolsillo interior de la americana.

El camarero dejó la mesa auxiliar y se despidió. Oskar llenó dos tazas de café y sin preguntarme echó un poco de leche en la mía.

—¿Te gustaría visitar Madrid? —preguntó y me hizo un gesto para que me sentara junto a él y me entregó la taza, yo cogí un croissant—. Tenemos el día libre.

—Sí, hay muchos sitios que me gustaría visitar.

—Te propongo dos cosas —sonrió—. Damos un paseo y luego vamos a un sitio.

—¿Dónde?

—Es una sorpresa, solo tienes que decir que sí a todo lo que yo te diga.

—¿A todo?

—A todo, pequeña duende. Me llamaste sinvergüenza, entre otras lindezas. Tienes que compensarme.

Me hizo reír. Se le veía contento y pensé que no sería tan grave concederle mi confianza. Acepté sin tener idea de los planes que tenía para mí.

Cuando bajamos a recepción esperaba encontrar a Boris, pero Oskar dijo que iríamos nosotros solos. Resolvió algunas gestiones en recepción y salimos

a la mañana cálida de Madrid.

Caminamos por el Paseo de la Castellana en dirección a La Cibeles. Pero antes de llegar a la Plaza de Colón lo llamaron por teléfono y estuvo hablando bastante rato. Era Raúl y me sorprendió escucharlo bromear muy distendido. Mi objetivo era llegar hasta La Puerta de Alcalá. Había mirado un plano en el hotel y era un paseo considerable, pero con sitios emblemáticos por el camino. Sin embargo, cuando colgó recibió una segunda llamada. Fue un mensaje corto en el que apenas intercambié algunas palabras. Al guardar su teléfono me cogió la mano y dijo que nos habíamos quedado sin tiempo y que debíamos irnos. Me quejé con un puchero, no había podido ver nada, pero me dijo que me gustaría su sorpresa. No me convenció, pero me conformé por el beso que me dio. Volvimos sobre nuestros pasos y cogimos un coche que nos esperaba cerca del hotel.

Al no conocer Madrid tardé bastante en descubrir que salíamos de la ciudad. Él se encargó de distraerme con su charla hasta que me di cuenta de que entrábamos en la zona del aeropuerto.

—¿Vamos al aeropuerto? —pregunté con curiosidad. Me desilusioné de golpe, volvíamos a la realidad. Pero me asusté de pronto—. ¡Mi equipaje! Está en el hotel.

—Lo llevamos en el coche, al salir alguien lo ha preparado y está en el maletero.

Me quedé sin palabras.

Salimos y me cogió de la mano, el chófer se despidió de nosotros con amabilidad y nos entregó las pequeñas maletas. Cada uno cogió la suya y me dirigió por aquel espacio como si fuera su casa. Cuando fuimos a facturar descubrí que no regresábamos a Barcelona.

—¿A Zúrich?

—¿Lo conoces?

Negué con la cabeza, me dijo que me gustaría. Se le veía tan animado que no me atreví a decirle que yo había quedado el sábado, con mis amigos, porque Rafa se marchaba a Londres. Decidí que lo llamaría cuando llegara.

Aquel Oskar me tenía sorprendida, era un hombre muy distinto al que conocía.

Sobre las seis llegábamos al aeropuerto internacional de Zúrich donde un coche nos esperaba. La temperatura era agradable y me emocioné cuando me dijo que íbamos a su casa.

Lo miraba todo desde la ventanilla como si nunca hubiera salido del pueblo. Oskar me explicó que la ciudad estaba bañada por dos ríos, el Limmat y el Sihl, y que el lago tenía forma de media luna y era navegable. En días claros la corona de los Alpes podía verse y eso daba una perspectiva impresionante a la ciudad. Sobre todo en invierno cuando el lago se helaba.

Se le veía entusiasmado al hablar de aquel lugar. Casi sin darme cuenta entramos por una calle donde las casas eran verdaderas mansiones que contrastaban con algunos edificios ultramodernos que habíamos visto. El coche se detuvo frente a una verja, al cruzarla me quedé sin habla. Al final de un pequeño sendero había una casa que parecía sacada de un cuento. Tuve la impresión de que flotaba en el lago.

—Ya hemos llegado —dijo animado.

Lo miré con cara alucinada.

—¿Esta es tu casa?

Él asintió con una gran sonrisa. Estaba contento y me gustaba verlo así.

—Espero que te guste.

No tuve ninguna duda.

Me llevó de la mano por casi todas las estancias. Desde el salón se veía el lago a través de unas bonitas vidrieras. Supuse que desde allí se conectaba a *Skype* cuando hablábamos vía Internet. La casa tenía cinco habitaciones, la suya era una gran suite con su baño completo, en la planta de arriba. Al entrar en él, pensé embobada que podría perderme en la bañera con hidromasaje. Junto a su habitación había dos dormitorios, pero solo uno de ellos equipado. El otro podía servir para cualquier cosa, estaba vacío y compartían el baño. Su despacho estaba abajo, junto al salón, otra habitación y un baño. La cocina estaba muy bien equipada, era el sueño de cualquier amante de los fogones. Un jardín rodeaba la casa, y en la zona posterior, unas escaleras bajaban hacia un

pequeño embarcadero, y al lago, donde había un velero, no muy grande, con las velas replegadas.

Me contó que era su residencia principal. En aquel momento me di cuenta de lo diferentes que éramos. Nunca había hecho mucho caso a eso de las clases sociales, pero todo a mi alrededor me decía que debía prestar atención a aquel dato. Yo solo tenía una residencia y era de alquiler. Mis padres tenían su casa en Sant Celoni y vivían bien, el único lujo que se permitían era los viajes que realizaban una vez al año. No quise hacer caso de las alarmas que empezaron a asaltarme en mi interior. Eso, lo que fuera que fuese lo que había entre nosotros, no duraría mucho. Barrí el pensamiento de mi mente y me centré en el *Carpe diem*, como mi mantra de autoengaño. Lo iba a pasar fatal cuando todo se acabara.

Regresamos a la cocina, abrió una botella de vino y sirvió dos copas. Luego se quitó la americana y sacó una quesera de la nevera y en unos minutos tenía preparado un pica-pica a base de quesos, a cuál más delicioso. Llevamos todo hacia el sofá del salón y nos sentamos.

—Me encanta este lugar —confesó—. He sentido el impulso de traerte.

—Te pega este sitio —sonreí.

Lo recordé con su taza de café humeante, aquella noche en la que compartimos un café virtual. Pude ver dónde estaba sentado exactamente.

Comentamos algunas cosas triviales de la oficina mientras comíamos el queso y bebíamos el delicioso vino. En un gesto inconsciente me descalcé y doblé las piernas bajo mi cuerpo. Él me observó risueño.

—Ponte cómoda —dijo con burla.

Se descalzó también y dijo que le gustaba sentir la madera bajo sus pies.

—Sé que a ti también te gusta andar descalza —comentó en un murmullo—. Es un gustazo, ¿verdad?

Di un sorbo a mi copa y él me la quitó de la mano y la depositó en la mesita central. Luego se acercó muy despacio hasta mis labios, se detuvo casi rozándolos. Sentí el aroma del vino filtrarse en su aliento. Cerré los ojos a la espera de que se apoderara de mi boca, pero al notar que sus labios seguían a

escasos milímetros, los abrí. Me miraba tenso. Me pareció que pensaba si se me iba a comer o no. Decidió darse el festín, me besó con ganas. No fue un beso tierno, sino ardiente, de esos que te incendian por dentro.

—Creo que te daré algunas lecciones.

—¿Lecciones? —pregunté descolocada.

—Sí, lecciones. La primera es que tendrás que aprender a tener paciencia. Solté una carcajada.

—Te aseguro que contigo la tengo.

—Mi pequeña duende —dijo seductor y se acercó mucho a la comisura de mis labios. Solo con escuchar la voz que puso me derretí por dentro—, yo te enseñaré a tener paciencia. Estás muy equivocada si crees que la tienes. Te enseñaré a disfrutar de los sentidos y a gozar de todo el proceso. Tú solo estás pendiente del orgasmo y te pierdes todo lo demás.

—Me pierdo lo demás —repetí hechizada, pero noté cómo me subía el calor por las mejillas y agaché la cabeza de inmediato. Pensé en cómo habían sido mis relaciones con Rubén. Rápidas, un pim-pam-pum y ya estaba todo. Sin preliminares apenas. Con suerte llegaba al orgasmo y nunca repetíamos—. Yo... a veces me cuesta llegar.

—No sientas vergüenza. Solo quiero que saques a la mujer pasional que tienes dentro, esa que por un momento me mostraste en el hotel. Esa que me reclamó aquella noche —contestó con una mirada matadora—. ¿Te gustaría aprender?

—¿El qué?

—Lo que te gusta, conmigo. Yo quiero enseñarte todo lo que puedes disfrutar, a desinhibirte, a jugar. Que te dejes llevar y no tengas prisas. Porque me encantaría sentir a la Daniela que goza de verdad.

No pude contestar, su boca ya se había apoderado de la mía y su mano se abría paso por mis muslos. Con la destreza de un carterista, abrió la cremallera de mi pantalón y metió su mano entre mi ropa interior. Hasta entonces mi vida sexual había sido normalita y muy tradicional. Sin

demasiados juegos previos. Oskar sabía encender la llama del deseo con una mirada y su voz tenía conexión directa con mis instintos más primitivos.

—Ves, ya estás lista para mí. Eso me enloquece —susurró, pero se separó un poco y con sus ojos clavados en los míos preguntó serio—. ¿Serás una buena alumna? Esta mañana me has dicho que me dirías a todo que sí.

Por mi mente cruzaron imágenes de él en posición dominante que no me gustaron. Pero como me tenía seducida no controlé bien el filtro de mis pensamientos y mi boca.

—¿No pensarás atarme y darme latigazos?

Él me miró con una cara muy seria.

—¡Ay, madre! ¿Es eso?

No sé qué pasó por mi cabeza en unos segundos. Oskar solo me miraba, clavó sus ojos en mí y no supe qué era lo que cruzaba por su mente. Me asusté.

—¿Por eso me has traído aquí?

Dejé libre mis prejuicios. Eso no era para mí. Esa gente era rara. Sentir dolor, por favor. Yo no iba a poder darle eso, si era lo que esperaba de mí. Casi de un salto me levanté del sofá, arreglé mi ropa y paseé nerviosa por delante de él.

—Mira, eres mi jefe y soy discreta, mucho. Esto es sexo y lo entiendo, pero yo... yo no puedo con eso. Así que ya lo sabes.

Se levantó despacio, parecía un tigre a punto de atacar a su presa. Se me acercó mucho y me cogió por las muñecas. Fue un intento para que me calmara, pero me disparó el corazón.

—No sé qué película te has hecho en tu cabeza, pero puedo imaginármela —reprimió una carcajada y pude relajarme—. Esto es sexo, cierto, y hay juegos con los que podemos disfrutar mucho. Atarte puede ser toda una experiencia para los dos y no descarto tenerte a mi merced para hacerte lo que quiera y oír cómo suplicas que te calme. Pero jamás he puesto una mano encima a una mujer de esa manera que insinúas para sentir placer. Tampoco es lo mío. Solo te pido que confíes en mí, si no, no podré enseñarte lo que quiero.

—¿Qué quieres? —pregunté con la voz tomada. Su discurso me había calentado bastante.

—Que te liberes, que te entregues a mí sin pensar qué somos o qué pasará después. Que accedas al juego que te propongo y disfrutes del sexo. Déjame decidir a mí, me gusta sentirte rendida.

Su mirada se fue encendiendo a medida que decía esas cosas.

—Jugaré a tu juego, pero si algo no me gusta se acabará la partida, señor Müller.

Me ofreció su mano para que la tomara, lo hice deseosa de que empezara la diversión. Tiró de mí, me pegó a su cuerpo y me besó con fuerza.

—Vamos, quiero desnudarte.

Subimos a su habitación y me quitó la ropa. Me dejó en sujetador y braguitas y se desnudó frente a mí. No apartó sus ojos de los míos en ningún momento. Yo esperaba que se lo quitara todo, pero me dejó con las ganas. Se quedó en bóxers. Tiró de la colcha y abrió la cama. Unas sábanas negras de seda nos recibieron. Me hizo tumbar, nunca había probado unas sábanas tan suaves. Se colocó a mi lado. Besó mi cuello, mi barbilla y cuando estaba ya rendida y esperaba que atrapara mis labios, me miró con una sonrisa ladina.

—Acaríciame —pidió.

No era tímida en la cama, pero sí me había costado tomar la iniciativa en muchas ocasiones. Imaginé qué pretendía y traté de no vacilar. Posé mi mano sobre su pecho e hice círculos lentos sobre él. Bajé muy despacio y me entretuve en sus abdominales y su tableta de chocolate, perfecta. Miré su erección que crecía bajo los calzoncillos, no me pidió que se los quitara y no lo hice, pero le acaricié por encima y él se estremeció. Eso me dio seguridad. Seguí acunándolo en mi mano. Un hormigueo placentero creció en mi vientre, me moví un poco. Él me observaba, creo que sabía leer mi cuerpo mejor que yo el de él, pero aprendía rápido y sentí que le gustaban mis caricias.

—Enloquéeme, Dani. Haz que solo quiera hacértelo de una forma salvaje.

Seguí con mis caricias y me aventuré a meter mi mano bajo sus bóxers, pero él negó con la cabeza. Lo sentía palpar bajo la tela, pero fuera de eso no

sabía que más hacer. Él me observaba tumbado boca arriba, no me tocaba, aunque yo me moría porque lo hiciera. Si le gustaba el control, ¿por qué no lo tomaba, ahora? Entonces pensé que era una de sus lecciones. Tenía que descubrir qué le gustaba. Cerré los ojos y me atreví a fantasear. Me imaginé excitándolo, llevándolo a un punto en el que me suplicaba. Me investí de valor, quise provocarlo. Cubrí la mitad inferior de su cuerpo con la sábana. Me miró con duda, pero no se movió, sin embargo su sonrisa me incitó. Instigada por unas ganas desconocidas de seducirlo, me subí a horcajadas sobre él. Me apoyé con fuerza sobre las rodillas, elevé mi cuerpo sobre el suyo e inicié un balanceo sutil, como si danzaré por encima de su pelvis, en un baile sinuoso y delicado en el que, en movimientos calculados, me rozaba con él, ayudada por la suavidad de las sábanas. Se mordió los labios y se los humedeció. Me incliné sobre él y se los lamí. Rocé con la punta de la lengua la comisura de su boca y luego chupé su labio inferior. Lo oí gemir y me quedé satisfecha. Sentí su sexo palpitar bajo el mío y seguí con un balanceo lento y ondulado mientras me flexionaba y con mis pechos rozaba el suyo. Su respiración se hizo más trabajosa y quise perderme en sus besos, pero quería hacerlo sufrir un poco, que me deseara tanto que no fuera capaz de dejarme marchar. Sus ojos brillaban y la tensión de su rostro me decía que no era indiferente a mis caricias. Con posesión colocó las manos sobre mi cadera y me incorporé de golpe.

Negué con la cabeza, al tiempo que extendía mis manos sobre las suyas y se las retiraba. Se rio, pero la tensión de sus ojos me decía el control que estaba haciendo.

Me acaricié un pecho con una mano, luego la llevé a mi boca y chupé un dedo como si fuera un polo. Parecía una mala actriz porno, aunque la chispa y el brillo de sus ojos me decían que no lo hacía tan mal. Seguí con mis balanceos sobre su erección y mis roces disimulados, al tiempo que llevé mi dedo húmedo hasta uno de mis pezones y lo acaricié por encima de la tela del sostén. Estaba muy excitado y me embistió desde abajo, me hizo saltar sobre él. Apoyé mis manos en su vientre y lo detuve. Paseé mis uñas de un lado a

otro de su cadera, por encima de la suave seda, y gimió. Notar que mi tacto tenía un efecto en él me animó. Mi propia actuación me tenía encendida. Su juego me gustaba y él lo sabía.

Su respiración se escapaba entrecortada, cerró los ojos un segundo y supe que estaba al borde de suplicar. Me sentí poderosa, entonces modifiqué el movimiento de mi cadera sobre él. Sin pensarlo inicié un pequeño baile de una rutina de mis clases de danza. Su mirada ardiente me devoraba y en un espasmo involuntario, se acopló de nuevo en mí. Ese acto envió un calambre directo a mi cerebro y me moví más rápido. Si no me controlaba sería yo quien suplicase. El hormigueo de mi vientre se había convertido en una presión fuerte en mi entrepierna y con descaro bajé una de mis manos y me acaricié. La metí por las braguitas y suspiré al notar mis dedos en mi lubricado sexo.

Sus ojos echaban chispas. Movié sus manos, quería tocarme, pero sabía que no debía. Las colocó a cada lado de su cuerpo, pero noté cómo con sus pulgares me rozaba las piernas. Sonreí ante sus caricias, disimuladas. Me moría porque fueran más intensas. Su mirada me controlaba, bajó a mis labios entreabiertos y siguió la danza de mis manos.

—Dios, me estás matando —escucharlo hizo que me sintiera genial.

En un rápido movimiento me levantó y me tumbó a su lado. Mientras se deshacía de sus bóxers, yo me quité las braguitas y el sujetador. Entonces él colocó su mano en mi sexo y lo acarició despacio, de una manera pausada que me incendiaba por dentro, pero siguiendo el ritmo de un diapasón imaginario. Hipnotizada, hice lo mismo con él. Nos mirábamos a los ojos mientras nos dábamos placer, el uno al otro, con nuestras manos y los ojos enlazados, como si con aquellos gestos nos dijéramos miles de palabras de lo que sentíamos. Necesitábamos explorarnos, tocarnos, seguir el lenguaje silencioso de nuestros cuerpos.

—Me muero por estar dentro de ti.

No esperó más. Con un ágil movimiento se colocó encima de mí y me penetró de un empujón. Nuestros cuerpos ya estaban agitados. Perdí el control

que me había dado. Él me dominó, me agarró las manos por encima de la cabeza y chupó mis pechos, con ansia.

Aquella posición me aceleró, tenía todo el poder sobre mí. Sentí cómo me lubricaba cada vez más. Hasta creí escuchar nuestros fluidos al chocar los cuerpos.

—Me encantas empapada y caliente para mí. Apriétame, pequeña.

Rodeé con mis piernas su cintura y lo sentí más dentro. Sus ojos destellaron y su boca se aplastó contra la mía y allí ahogué mi orgasmo, duro y salvaje.

—Cada vez es mejor —dijo cuando se deslizó por mi cuerpo y quedó tumbado junto a mí. Su respiración se fue normalizando y yo también apacigué la mía. Parecía que había corrido una maratón.

—Aprendo rápido —dije como una niña aplicada. No sentía vergüenza, ni tampoco pensé que era mala en la cama, sino que acepté una verdad, yo siempre había estado algo contenida y él me pedía que me soltara.

Me acurruqué a su lado y al momento sentí que los párpados me pesaban. Pasé mi brazo por su pecho, en un gesto inconsciente, pero él lo quitó con suavidad, se levantó y salió del dormitorio. Abrí los ojos de golpe.

«Esto es sexo y no caben los sentimientos».

Con ese pensamiento me dormí.

Capítulo 7

A la mañana siguiente me desperté sola en la cama. Pensé que no había dormido conmigo, pero un simple vistazo a su lado me dijo que sí. Olí su almohada. Parecía tonta, pero el rastro de su aroma en las sábanas y en mi cuerpo me gustó. Sin embargo, al recordar la extraña sensación de verlo salir de la habitación, tras hacer el amor, me dolió. Parecía desorientado, como si algo le molestase. Quizás se arrepentía de haberme llevado a su casa, a su refugio. Era un hombre muy ocupado y yo un entretenimiento. Saberlo no ayudaba demasiado a aceptarlo.

Busqué un reloj, en su mesilla uno me anunció que eran las nueve. A esa hora yo solía llevar dos horas en pie. Supuse que el cansancio del viaje y la maratón de sexo me habían afectado.

Me levanté y descubrí mi teléfono en la mesilla de mi lado. Oskar lo habría traído, porque recordaba que estaba en mi bolso y no lo veía por la habitación. Me sorprendió ver dos llamadas perdidas y un mensaje de Rafa en el que me pedía que lo llamara.

No lo pensé demasiado, no quería posponer más esa llamada. Quería decirle yo misma que no estaría en su fiesta. Me sentí incómoda, desnuda, y me coloqué la camisa de hombre que yacía en el suelo.

Rafa me reclamó que me había llamado dos veces y no atendía. Le recordé que era sábado, entre risas, y se calmó, pero al escuchar que no podía ir a su fiesta se enfadó. Muy deprisa le expliqué que seguía de viaje por trabajo, no quise confesar que mi jefe, por el que estaba loca, me había traído a su casa de Zúrich. Pero fue insistente y quiso saber dónde estaba, según él en unas horas podía estar de regreso en Barcelona. Tuve que confesarle que estaba en Suiza y mentí al decirle que tenía que visitar las oficinas centrales.

—Está bien, Dani, lo entiendo —aceptó resignado—. Es solo que pensé que podíamos terminar lo que empezamos y hablar de nosotros.

—Rafa...

—Ya sé lo que dije y que lo hemos intentado varias veces. Además, yo me marcho un tiempo, pero regresaré. Si me esperas regresaré lo antes posible.

—No puedo hablar esto ahora, por teléfono.

—Lo sé, yo tampoco, pero te quiero Dani, no quiero perderte otra vez.

Sus palabras me dejaron helada. Había soñado tantas veces escucharlas que me dolió que lo dijera así, por teléfono, y en un momento en el que ya no tenían efecto en mí. Llegaban tres años tarde. Desde los dieciséis habíamos tonteado y lo nuestro parecía un juego del ratón y el gato, pero hacia tres años que nuestras vidas tomaron rumbos distintos, yo acabé con Rubén, él tenía otra. Rafa creía que estaba libre, pero no podía decirle que me había liado con mi jefe, y que aunque sabía que me partiría el corazón, quería vivir con él esta aventura. Ahora era otra Daniela. No quería volver atrás.

—¿Sigues ahí? —preguntó con vacilación.

—Sí, sí... es solo que no me esperaba escuchar esto —respondí nerviosa —. Tú me gustas, Rafa, pero... es complicado.

Me volví con la sensación de una presencia a mi espalda. Oskar estaba apoyado en el quicio de la puerta, tan solo llevaba un pantalón deportivo. Me lanzó una mirada seria, molesta, con el ceño fruncido. Cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó allí, a la espera de que terminara mi conversación. No pensaba darme ninguna intimidad. Pero yo no podía hablar con él delante.

—Hablamos cuando llegue, lo prometo.

—No quería asustarte, pero tenía que lanzarme —dijo con burla, supuse que estaba nervioso y a mí me iba a dar algo. Oskar no me quitaba ojo, quise que la tierra me tragara.

Me despedí de forma atropellada, él me interrumpió y como no quería justificarme, con un seco adiós corté la llamada. Miré a mi jefe con una sonrisa nerviosa. Antes de que pudiera decir nada, me preguntó.

—¿Quién es Rafa?

—Un amigo. El que vino a verme. Se va a Londres un tiempo, hoy es la

fiesta de su despedida. —No sé por qué, pero le di demasiadas explicaciones.

—El de la moto. ¿Tenéis algo?

—Sí... ¡No! —le aclaré, no quería que pensara que tenía algo con él—. Sí, es el de la moto. No, no tenemos nada. Salimos hace tiempo.

—Ese quiere algo contigo —respondió irritado.

Me reí, tal vez por no llorar.

—Venga ya —me burlé.

—Tú también lo sabes. Lo vi besarte, ¿recuerdas? —Parecía molesto. Recorrió, con la mirada, mi cuerpo hasta mis piernas desnudas y añadió—. Soy suficientemente listo para saber cuándo alguien está interesado en otra persona. Además, te has puesto roja al verme, al sentirte descubierta mientras lo escuchabas. Algo te decía que no quieres que sepa. Tu cuerpo lo dice. ¿Quieres contármelo?

Negué con la cabeza y dije que no era nada, que éramos amigos. Pero algo saltó en mí y dije con chulería.

—No eres tan listo.

—Si tú lo dices.

Abrió un cajón y sacó ropa interior limpia y se metió en el baño. ¿Estaba enfadado? Me quedé allí con la mirada clavada en la puerta. Estaba claro que no me invitaba a compartir la ducha. ¿Qué le pasaba? Su comportamiento empezaba a preocuparme. No lo conocía muy bien, aunque había presenciado sus cambios de humor más de una vez y desquiciaban a cualquiera. Era mandón, controlador y malhumorado. Bueno, tal vez era eso. Estaba de mal humor. Me relajé y bajé a la cocina.

Encontré un desayuno preparado: café, tostadas, muesli. Había hasta zumo recién hecho y se me partió el corazón. Menudo detalle. Cogí una taza de café, tenía un poco de leche, como me gustaba, y salí al salón. Miré por los ventanales al exterior.

Había guardado el móvil en el bolsillo de la camisa de Oskar y sonó en ese momento. Lo miré recelosa. Era mi madre.

—Hola, mamá.

Se quejó, como siempre, de que no la llamaba y me dijo que me esperaban en el *finde*, que harían barbacoa.

—¿Cómo te ha ido por Madrid?

—Bien, pero... pero sigo de viaje. No iré a veros, estoy en Zúrich. —Lo solté de golpe y esperé el chaparrón por no avisarla antes —. Todo fue muy rápido.

—¿En Suiza?

Escuché pasos detrás de mí. Al girarme vi a Oskar vestido con unos tejanos y una camisa azul oscura, se remangaba las mangas y me miró con cara de sorpresa. Pensaría que era adicta al móvil.

—Sí, mamá —enfaticé esa palabra para que supiera con quién hablaba. Alcé mis cejas y le hice una mueca simpática. Él sonrió sincero—, en Suiza.

—¿Y qué haces ahí?

—¿Qué hago? ¿Qué quieres que haga? —Mi mente empezó a pensar algo que la convenciera y pudiera colgar—. Estoy trabajando. Hemos venido a las oficinas centrales. Estoy con mi jefe.

Dios, metí la pata porque empezó a preguntarme cosas, pero me escabullí con la excusa del trabajo.

—Mamá, te dejo. Es que me esperan para salir. Aquí son muy puntuales. Ya sabes, como los relojes.

Mi madre rio con el chiste y se despidió, no sin antes pedirme que le trajera un reloj de cuco. Por lo visto era la ilusión de su vida.

—Tu madre —dijo divertido.

—Sí, a veces es una pesada. Quería saber qué hago aquí. No sé si me ha creído.

—Le has dicho que estabas con tu jefe, que tenías trabajo.

—Claro, no podía decirle que me acababa de levantar de la cama de mi jefe, que me ha preparado el desayuno y que no sé qué le ha pasado, pero creo que se ha molestado por algo porque no me ha invitado a ducharme con él —

solté sin pensar.

Oskar me miró con los ojos muy abiertos, parecía pasmado y entonces procesé lo que acababa de soltar por mi boquita. Sonreí con tensión y él dijo con naturalidad.

—La mía también es pesada y curiosa. Creo que así son las madres. Y es cierto, no creo que tu madre quiera escuchar que hemos follado como locos esta noche y que pienso repetirlo.

Dejé escapar una sonora carcajada y me tranquilicé al ver que estaba de mejor humor. Su variabilidad me desconcertaba en ocasiones, pero no le di mayor importancia. Teníamos el día por delante y quería disfrutarlo.

—¿Has pensado qué quieres hacer? Si te apetece podemos pasar por las oficinas.

—No sé. Es tu ciudad, tú decides. Soy tuya hasta la medianoche.

—¿Solo hasta la medianoche? —preguntó seductor y se acercó con bastante peligro hasta mí. Me rodeó con un brazo la cintura y con la otra me acarició una nalga desnuda—. Espero que no te conviertas en calabaza o en sapo, no sé, nunca se me dieron bien los cuentos. Pero seguro que algo se me ocurrirá.

Me dio un cálido beso en los labios y me dejó con ganas de más.

—Me encanta cómo le queda mi camisa, señorita Ramos —susurró en mi oído—. Pero será mejor que vaya a ducharse o se la arrancaré ahora mismo y no podrá salir de aquí.

Me apremió para que me diera prisa y dijo que tenía media hora.

Corrí ante su cara de sorpresa y soltó una risotada al escucharme gritar.

—¡Es poco tiempo! ¡Es poco tiempo!

Pero al parecer cuando una está motivada aprovecha el tiempo al máximo. En treinta minutos estaba lista y preparada para que me llevara a donde quisiera.

Al salir de la casa encontré un todoterreno negro y me abrió la puerta, muy educado, para que entrara. Se sentó al volante y arrancó.

—Dejaremos el coche en un aparcamiento y daremos un paseo a pie, luego

comemos en algún sitio bonito y si quieres vamos a las oficinas y las ves.

—¿Tú quieres ir?

—Soy tu guía por hoy. La señorita puede elegir.

—Entonces en otra ocasión, no quiero que me pille el jefe. Es muy exigente con los horarios y tal vez me ponga a trabajar.

—Eso no lo dudes.

El mediodía llegó rápido y Oskar dijo que era hora de ir a comer.

—Pero si es muy pronto —me quejé, distraída. Miraba relojes de cuco para mi madre en una bonita tienda de la calle *Bahnhofstrasse*.

—Aquí no tenemos los horarios de los españoles —se justificó.

Terminé de elegir un reloj que pagué con mi Visa. No tenía ni un solo franco suizo y no quería que Oskar pagara nada más. Estaba siendo muy amable conmigo y se hacía cargo de todo. Cuando fui a discutirlo, al entrar en una tienda donde me encapriché de un pañuelo para el cuello, me dijo muy bajito, y con esa voz que me derretía, que era su invitada y que ya se lo cobraría.

Me llevó a un restaurante del centro, en pleno casco histórico. Dijo que así me empapaba de más datos. Se había reído al hacerle comprar una pequeña guía en la que explicaba los sitios más emblemáticos de la ciudad y que yo pretendía visitar. Vimos alguno, aunque casi a la carrera. Demasiadas cosas para visitar y poco tiempo.

El Kaiser's Reblaube, situado en un precioso edificio del medievo, me cautivó con su jardín interior. Oskar tenía un lado romántico que me mostró al escoger aquel restaurante. Mientras comíamos los exquisitos platos del chef, no pude evitar pensar qué éramos. No pretendía que me declarase su amor, yo era la tonta que estaba colada por él, pero necesitaba darle un nombre a eso que teníamos. En vez de preguntar por lo que me moría por saber, le interrogué si pensaba regresar a Zúrich pronto.

Me miró muy fijo y se tomó su tiempo para responder.

—Regresaré en algún momento. Eso ya lo sabías. ¿Qué es lo que realmente

quieres preguntar?

Sí, lo sabía, pero eso no hizo que doliera menos. Disimulé y me encogí de hombros al sentirme descubierta.

—Dani, sin promesas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, perdona, es que... —Me tragué el nudo de emociones que amenazaba con inundar mis ojos de lágrimas y bebí un sorbo de vino—... No sé qué pasará cuando volvamos.

—No anticipemos, ya iremos viendo. Es sexo, nada más. No te hagas películas.

No quería escuchar que era sexo, pero él no dejaba de recordármelo. Sonreí y me repetí mi mantra. «Carpe diem».

Sin querer observar me di cuenta de que desde una mesa cercana una pareja nos miraba, me empecé a sentir incómoda. Así que le pregunté con discreción.

—Nos están mirando, ¿los conoces?

Se giró distraído y de pronto su expresión cambió. El hombre se levantó con una sonrisa y la mujer también. Se acercaron, mientras Oskar parecía que no sabía dónde meterse.

—No sabía si eras tú. No esperaba encontrarte por aquí y menos en tan buena compañía —dijo el hombre risueño.

La mujer se mostró seria.

—Te dije que era él —añadió ella con burla al hombre, luego se dirigió a Oskar y soltó arrogante—. ¿Cita de enamorados? Nunca imaginé que podría encontrarte aquí.

Se levantó y saludó con una sonrisa al hombre, sin embargo le lanzó una mirada de hielo a la mujer.

Se pusieron a hablar como si yo no estuviera. Me sentí excluida, sobre todo porque ni siquiera me había presentado y además, hablaba en alemán. Era lo normal allí, pero me molestó. De pronto la mujer le dijo con ironía.

—¿Es que no vas a presentarnos a tu amiga?

Me miró con cara arrepentida, creo que se dio cuenta en ese momento y yo

sonreí ante su mueca.

—*Sie ist Daniela* —dijo en alemán, luego se dirigió a mí y añadió en castellano—. Es mi buen amigo Roger y ella es... es Hilda.

Aquel titubeo me indicó que no era cualquier mujer, pero no dije nada, solo sonreí a modo de saludo.

—Es española —afirmó con un gritito. Yo asentí con una mueca forzada—. Parece que al final sí que te van las relaciones.

Me sonó a pulla intencionada, Oskar la miró ceñudo.

—Hilda...

Los hombres hablaron unos minutos entre ellos, pero no presté mucha atención. La mujer no me quitaba el ojo de encima y eso me incomodaba. Era como si me analizara. Oskar cortó pronto el encuentro, estiró su mano para que la cogiera y me acercó a él. Ese gesto me sorprendió y agradó a partes iguales. Sin embargo, tuve la impresión de que a la mujer no le gustó tanto. Roger se despidió de mí con cortesía, mientras que ella lo hizo un poco altiva, aunque yo no dejé de sonreír y me despedí en alemán para que supiera que lo entendía. Ella me dedicó una mirada de sorpresa, respondí con una sonrisa. No me gustó nada esa tal Hilda.

—¿Me he perdido algo? —pregunté curiosa, una vez se habían marchado y nosotros volvimos a sentarnos a la mesa.

—No, nada.

Levanté las cejas en un gesto de incredulidad.

—De acuerdo. Es tu ciudad, tus normas. Pero te equivocas si crees que soy tonta.

Soltó una carcajada.

—Me encanta eso de «mis normas» —dijo con una sonrisa traviesa. Y yo que creía que se reía poco, tenía guardadas todas esas expresiones y las sacaba cuando estaba de buen humor.

Terminamos de comer envueltos en una conversación sobre sus amigos y su situación. Me contó que Roger y él se conocían desde antes de la universidad,

era el abogado de su hermana. Fue un buen apoyo cuando murió su padre y tuvo que hacerse cargo de la empresa. Pero de Hilda apenas dijo nada y yo lo respeté. Me explicó que llevar las dos direcciones era duro, sobre todo por los viajes, y aunque Boris y Raúl controlaban bien, a él le costaba desligarse. Sin embargo, cada vez tenía más presión. Me sonó a una advertencia. Me pareció que sin decir me decía que la despedida llegaría pronto.

Al salir nos dirigimos hacia la catedral. Guía en mano, leí en voz alta la descripción que de ella se hacía. Las diferentes reconstrucciones y añadidos por los que había pasado a lo largo del tiempo, pero que a la vista del bello monumento, tan bien pensados, no rompían su unidad. Las torres que la identificaban fueron añadidas alrededor de 1490, mientras que las hermosas vidrieras eran octogonarias. Seguimos caminando hasta llegar a una calle peatonal bastante transitada. En un gesto inconsciente me tomó de la mano al pasar muy cerca de mí varios chicos en bicicleta que me asustaron y ya no me soltó. Callejamos sin rumbo hasta llegar a la orilla del Limmat, pero volvimos sobre nuestros pasos. Él reía de mis comentarios y me pareció que aquel tipo de paseo era algo nuevo para él. Por lo menos quería pensarlo así para no hacerme daño. Quise fantasear con la idea de que era la primera vez que veía su ciudad con los mismos ojos con los que yo la veía. Me dio miedo pensar que me enamoraba de aquel entorno a la vez que de él. Oskar Müller despertaba en mí algo que no comprendía. No recordaba haber sido una romántica empedernida, y ahora lo estaba siendo. Reconozco que me gustó.

Propuso un descanso y acabamos sentados en unas escaleras frente al lago. Me sorprendió la gente que había por los alrededores, era una zona de ocio y actividades deportivas que recordaba a algunas zonas de playa de la costa catalana. Oskar me dijo que en los meses de verano el agua estaba muy apetecible, aunque la temperatura era algo más fría a la que podía estar acostumbrada. Decidimos seguir un sendero que rodea el lago y me señaló una zona en la que dijo que estaba su casa, la zona residencial era exclusiva por el tipo de casas que se divisaban.

Salimos del sendero y seguimos nuestro paseo por las calles. No sé cómo

empecé a hablarle de mis padres. Le conté que vivían en un pueblo cercano a Barcelona y que era hija única. Le hablé de Anabel, la primera persona que conocí en mi primer día de clase en el instituto de La Salle en Barcelona, lugar al que mi madre me matriculó cuando a ella le ofrecieron un puesto de profesora de lengua. Yo venía del pueblo y se me notaba y ser la hija de una de las profesoras no era muy buen *currículum*, pero Anabel me lo puso fácil y me incluyó en su grupo. Le hablé de El Ruedo y de pronto me escuché decirle que hacía meses había pillado a mi novio con una amiga en casa, desnudos en mi salón, y que él robó mi cartilla del banco y se había gastado mis ahorros en coca. No quise darle más importancia a aquel hecho, así que para quitarle hierro al asunto añadí con burla.

—Y como necesitaba un cambio en mi vida, ese es el motivo de que tuvieras una nueva asistente a la que podías despertar de madrugada para enviar un e-mail.

—Me encantaste con aquella camiseta de tirantes y tus braguitas blancas.

—¡Miraste! —exclamé.

—Culpable. Eras una tentación.

Esperaba que tras mi charla me contase algo de él, pero no lo hizo. Me atrajo hacia su cintura y me plantó un beso en la boca con descaro y ganas. Dios, qué bien sabían sus besos y cómo me gustaban.

—Y ahora ya está bien de pasear, tengo en mente otra actividad —susurró en mi oído y yo casi me derretí al notar su aliento rozarme el lóbulo y esa voz profunda que conectaba con algo en mi interior.

Volvimos a pasar por la calle en la que habíamos hecho las compras y cuando creía que íbamos hacia donde tenía el coche aparcado, me dijo que me faltaba un lugar por visitar. Paramos frente a una pastelería y explicó con orgullo que era la más antigua de Zúrich. Entramos y compró unos chocolates que me regaló. Eran un verdadero pecado, pero no pude resistirme a darle un mordisco a uno de aquellos excelentes bombones y gemí sin darme cuenta.

—Me encanta escucharte —dijo en mi oído—, pero solo para mí.

Se rio al ver cómo mi cara se ponía roja de la vergüenza.

—Me encantas.

Llegamos al coche, exhaustos. Al sentarme en el asiento me di cuenta de lo cansada que estaba. Oskar propuso pasar a cenar algo antes de ir a casa. Los horarios guiris no se parecen en nada a los españoles y es difícil acostumbrarse, pero asentí. Me llevó a un restaurante cercano al lago, no tan espectacular como el del mediodía y en el que esperaba no encontrar a nadie conocido. Pidió una *fondue* de quesos que estaba buenísima. Nunca había sido muy fan de los quesos, pero con él me aficioné. Mientras me decía que era imposible ver todo en un día y que tenía que dejar algo, si quería volver, yo pensaba que no sabía si regresaría. Moje distraída un trocito de pan en el queso y lo lamí con la punta de la lengua. Quemaba, soplé y lo volví a lamer hasta que despacio lo introduje en la boca. Al levantar mis ojos hacia él vi cómo se mordía el labio inferior y lo dejaba escapar de sus dientes.

—Me estás provocando. Antes con el chocolate y ahora esto. ¿Quieres decirme alguna cosa? —preguntó divertido.

Mojé otro pedacito de pan en el queso y esta vez se lo ofrecí. Él lo probó con su lengua y lo metió en su boca con rapidez.

Así iniciamos un juego provocador que me hizo sentir una presión deliciosa entre mis muslos al tiempo que él me dedicaba una sonrisa descarada.

—En casa me lo voy a cobrar.

Al llegar al coche, nada más entrar, tiró de mí y se apoderó de mi boca. Sabía a vino y a queso y a algo más intenso. Me besó con las mismas ganas que yo tenía de él y nos imaginé devorándonos con nuestras lenguas y bocas hasta gritar de placer. De pronto reflexioné que yo jamás había pensado tanto en el sexo como lo hacía desde que lo conocía. El beso se hizo más profundo y necesitado y gemí en su boca. Me encantaba la forma que tenía de besarme y cómo acunaba mi cara entre sus manos y me miraba como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Gracias, Oskar.

—¿Por besarte?

—También —sonreí y me puse seria—, pero más por este fin de semana.

Es increíble, hasta me siento querida, y eso que tú y yo no somos nada.

Al ser consciente de lo que acababa de decir me puse roja y traté de justificarme, pero él me dedicó una de esas sonrisas que me deshacían y murmuró.

—Somos tú y yo y funcionamos bien, no hay que darle más vueltas. No toda la gente conecta bien en el sexo y a nosotros se nos da estupendo.

Sonó frío, aunque él no quisiera.

—Yo busco el amor, pero lo que encuentro es sexo. Quiero ser importante para alguien y que ese alguien lo sea todo para mí. El sexo que tenía antes de ti era normalito, tirando a malo —bromeé al darme cuenta de que había abierto demasiado el filtro de mi pensamiento—. No sé cómo voy a seguir después de este fin de semana.

Me miró con los ojos entornados, pero no dijo nada. Le había abierto mi alma y lo único que hizo fue poner el motor en marcha. Cuando ya no esperaba que hablara, tocó mi rodilla y la acarició.

—El sexo no es amor —dijo casi en un murmullo—. Es lo único que puedo darte, ahora.

Aquel «ahora» llenó mi mente de corazones y me hizo soñar con más. No quise hacer caso a las alarmas que se me encendían y me señalaban que en realidad éramos él y yo. Él mi jefe, yo su asistente y podía cansarse pronto de mí. Volví a repetir mi mantra que me ayudaba a no angustiarme. «Carpe Diem».

En un intento de romper la atmósfera ñoña que se había formado con mi confesión, dije con ironía.

—Me encanta el sexo que tenemos.

Me dedicó una sonrisa abierta.

—Y a mí me encanta tu cuerpo y estar enterrado en ti y llevo muchas horas sin hacerlo.

La temperatura de mi cuerpo subió unos cuantos grados.

Capítulo 8

Al entrar en casa el deseo que habíamos reprimido todo el camino se desbordó.

Nada más cruzar la puerta, Oskar la cerró de un portazo, dejó las bolsas en el suelo y me atrajo hacia sí con fuerza, mi bolso cayó de mi hombro. Me aprisionó contra la pared y pude sentir su erección que me reclamaba. Hundió su lengua en mi boca, con ganas, mientras sus manos acariciaban todo mi cuerpo e incendiaban la piel que tocaba.

—Me muero por ver al pequeño duende —susurró en mi oído.

Me sujetó una pierna y la alzó para que le rodeara la cintura. Clavó su erección en mí, por encima de la ropa, y me empujó para que pudiera sentirlo. No íbamos a aguantar mucho, así, subida en sus caderas y empotrada en la pared.

Me tenía desquiciada. Yo también me moría por tenerlo dentro. Pero, a pesar de lo nublada que tenía la mente, pude ver algo que se movía a sus espaldas.

Enfoqué la vista y dejé que Oskar siguiera con sus besos lascivos por mi cuello y me magrara los pechos. Una mujer joven nos observaba. Para mi vergüenza no estaba sola.

—Oskar, para —dije en su oído, pero él no se detuvo y buscó mis labios, yo me retiré y tiré un poco de él.

—¿Qué pasa? —preguntó besando la comisura de mis labios. Bajé las piernas de su cintura y eso lo detuvo. Me miró extrañado.

—No... no estamos solos.

La otra mujer, bastante más mayor, carraspeó. Oskar cerró los ojos un segundo. Al abrirlos, los clavó en mí, que estaba muerta de vergüenza y tensa como un palo. Pude apreciar cómo desaparecía de su rostro todo el deseo y tomó el control. Para mi sorpresa, me sonrió con ternura y, antes de volverse

hacia la visita inesperada, me susurró que estuviera tranquila.

—*Hallo Mom, Heidi.*

«¡Su madre!».

Me hubiera gustado tener su aplomo y actuar como si no me hubieran pillado casi sin bragas, pero lo único en lo que podía pensar era en que la tierra me tragara. ¡Y él estaba tan fresco! Traté de recomponer, con disimulo, mis ropas y apenas me moví del sitio donde Oskar me había empotrado.

—Ya nos íbamos —se excusó la madre, con apuro.

—Hemos estado con Roger, dijo que estabas por aquí —explicó la joven sin quitarme los ojos de encima, al igual que la madre—. Nos extrañaba que no nos hubieras avisado de tu llegada.

Se sonrió con picardía. No vi la cara de Oskar, tan solo lo escuché decir que ya hablaría con su amigo. Se giró hacia mí y estiró la mano para coger la mía y que me desplazara de donde estaba, pero mis pies se habían enganchado al suelo de una forma extraña. No podía moverme. Ni mirar a ninguna de aquellas mujeres a la cara. Tiró de mi mano y consiguió sacarme del estupor en el que había caído, con una sonrisa tranquilizadora.

—*Sie ist Daniela.*

Era la segunda vez en el día que me presentaba con un: Ella es Daniela.

La mujer mayor esbozó una gran sonrisa, limpia y abierta. Yo no supe qué decir.

—Dani, son mi madre y mi hermana.

Asentí y pensé que debía parecer tonta o algo parecido. La impresión que daba era pésima, no me salían las palabras. Me obligué a razonar y me salió una voz débil, abochornada.

—Señora Müller, encantada de conocerla —dije con mi mejor alemán, miré a la joven y añadí—. ¿Heidi, verdad?

—Nada de señora Müller, soy Marianne. Y yo también me quedaba sin palabras cuando su padre me agarraba así. ¡Qué ímpetu!

—¡Mamá! —exclamó la joven—. No la avergüences.

Oskar preguntó qué hacían allí y ellas dijeron que habían tenido una reunión con Roger que le había informado de las propiedades que su exmarido había ocultado. Me sorprendió escucharle decir que había sido yo quién le había ayudado y cerré los ojos al imaginar lo que estarían pensando de mí. «Liada con el jefe».

—Trabajáis juntos —dijo Heidi y no era una pregunta, lo afirmaba como si fuera lo más normal del mundo ver a tu hermano casi metido en faena con una mujer y luego descubrir que trabajaban juntos y, claro, el jefe era él. No podía ser de otra manera.

La sonrisa que me dedicó la mujer mayor me relajó.

—Yo conocí a mi marido en el banco, era mi superior. El hijo del dueño.

¡Ah!

—Bueno, ya vale —cortó no demasiado amable—. ¿No tenéis que marcharos?

—No entiendo cómo lo soportas —se quejó Heidi, mirándome.

Me encogí de hombros.

—Puro masoquismo.

Ellas soltaron una carcajada ante la mirada atónita de Oskar y me hicieron reír a mí también. La risa fue catártica porque la tensión que acumulaba se evaporó.

—Se nos hace tarde —dijo la madre, se me acercó y tomó mis manos—. Espero que la próxima vez tengamos más tiempo para hablar. Tal vez, este cascarrabias que tengo por hijo te lleve a Baden a comer.

No pude evitar darle dos besos a la mujer, no me conocía y ya me había invitado a su casa. Me hizo sentir bien, muy bien. Me despedí también de Heidi. Él dijo que las iba a acompañar y que regresaba en un rato. Entendí que las llevaba.

Subí al dormitorio y me metí en la ducha, necesitaba relajarme y eliminar el cansancio del día. Hacer de turista es agotador. Me coloqué un camisón corto y unas braguitas de algodón blancas y me tumbé en la cama a esperarlo. Me

había dicho que tardaría alrededor de una hora. Pero a los diez minutos me fui acurrucando, el agotamiento me venció y caí en brazos de Morfeo.

Desperté de madrugada. Oskar dormía junto a mí, en bóxers. Miré el reloj y marcaba las dos y diez. Me levanté despacio para no despertarlo. Tenía sed.

Bajé a la cocina y llené un vaso de agua, fui hasta el salón y bebí un poco, con la mirada perdida en el lago, que se veía no muy lejos. Unas luces de posición enmarcaban el jardín. Fuera reinaba la paz. El fin de semana se acababa y no había pensado cómo iba a ser mí día a día, viéndonos a cada rato en la oficina y si este Oskar que me había mostrado: amable, tierno, hasta cariñoso y sobre todo tremendamente sexy y seductor iba a estar allí también o se evaporaría como el humo. ¿Cuánto iba a durar esto? No sé por qué esa pregunta me obsesionaba tanto. Bueno, sí lo sabía. Temía que se acabara nada más aterrizar en El Prat. También estaba la cuestión de ocultarle al resto del mundo que había algo entre nosotros. A Anabel se lo tenía que contar, porque si no lo hacía, acabaría descubriéndolo.

Escuché unos pasos a mi espalda, me giré y me sonrió somnoliento. Llegó hasta mí, me quitó el vaso de las manos, bebió el líquido que quedaba y lo posó sobre una mesa auxiliar.

—Cuando llegué dormías plácidamente —rodeó mi cintura y besó con suavidad mis labios—. Moría de ganas por tenerte, pero me dio pena despertarte.

Ya me tenía a la expectativa, aunque cambié de tema.

—¿Qué te dijeron? —pregunté con vacilación.

—No sé si se ha dado cuenta, señorita, pero a mí no me dice nada nadie —contestó arrogante.

—¡Ah, sí! Es verdad. Es el jefe y está por encima de todos, hasta de su madre —dije con burla.

—Por mi madre no te preocupes, le has gustado.

—Pues casi me pillan sin bragas. ¡Qué vergüenza!

Se rio y me giró entre sus brazos, me encaró hacia el ventanal y él se

colocó a mi espalda, apoyó su barbilla en mi hombro y me rodeó la cintura. Se estaba de maravilla. Aquella vista irradiaba paz.

—¿Así que me soportas por puro masoquismo? —se burló—. Voy a tener que enseñarte a tenerme más respeto.

Me apoyé en su pecho y sentí cómo crecía su erección pegada a mi trasero, me moví con intención y él besó mi cuello con un beso húmedo y me apretó más a él.

—Enséñame lo que quieras, aprendo rápido.

—Eres muy tentadora. ¿Es una invitación?

Mi cabeza hervía por las ganas que tenía de sentirlo dentro, de que me besara y me llevara a ese paraíso de placer que me había mostrado. Pero no me funcionó bien el filtro del pensamiento y pregunté.

—¿Hasta cuándo?

—¿Hasta cuándo, qué?

—Esto, tú y yo. —Miré hacia el ventanal, nuestros cuerpos se reflejaban con el contraste de luces. Sus labios recorrían mi cuello con pequeños besos y yo incliné mi cabeza para darle más acceso.

No sentí ni un solo músculo de su cuerpo tensarse. Respondió sincero. Eso era algo que siempre le agradecí. No mentía y decía lo que pensaba.

—No sé... Hasta que alguno de los dos quiera otra cosa.

Hizo que girara mi cara y lo mirara. Supe que lo que iba a decirme me dolería.

—Tú quieres una relación y yo no puedo dártela. Disfrutemos de esto hasta que me vaya. Entonces todo se acabará. El amor no existe, Dani, lo inventamos. —Su afirmación me dejó tocada—. La gente se empecina en el amor cuando lo que quiere es sexo. Soy honesto contigo, me encanta el sexo que tenemos. No me pidas otra cosa.

—¿Y qué pasará en la oficina?

Bufó, intuí que mi interrogatorio lo agobiaba.

—Trabajaremos y por las noches follaremos como locos, aprovechando

hasta el último minuto, porque seguro que me pondrás como una moto y estaré deseando ver al pequeño duende, como ahora. No perdamos parte del tiempo que nos queda en discutir, ¿vale?

Sujetó mi barbilla con dos dedos y atrajo mi cara hasta su boca. Chupó mis labios y su lengua salió al encuentro de la mía. Mi corazón se desbocó con aquella descripción de lo que iba a pasar todos los días.

—*Carpe diem* —pensé en voz alta.

—*Carpe diem*, pequeña.

Apoyó sus manos en mis caderas y las bajó hasta llegar al borde de mi camisón al tiempo que acariciaba mi cuello con sus labios y repartía besos sin descanso. Me estremecí y sonrió sobre mi piel. Muy despacio, deslizó hacia arriba la sedosa tela y sentí la yema de sus dedos en cada partícula de piel que rozaba. Inició un camino de fuego que prendió en mi vientre. Retuve la respiración y no fui consciente de que me pegué más a su cuerpo y a su erección. Me rocé con descaro, en busca de su calor.

Oskar no se detuvo, exploró el borde de mis bragas, me hizo cosquillas por todo el vientre con sus dedos. Con ansia esperé a que se abriera camino hacia mi sexo. Separó, con una lentitud agonizante, mis labios y soltó un pequeño jadeo al encontrarlo húmedo y caliente para él.

—Me gusta que estés lista para mí —susurró en mi oído con la voz tomada y la calidez de su aliento me erizó la piel.

Me dejé llevar por aquel juego, extasiada. Noté cómo introducía un dedo en mí a la vez que con su pulgar rozaba, con deliberación, ese lugar mágico de placer. Oskar era mi maestro, me conocía demasiado bien, empecé a gemir en el instante en que sopló en el lóbulo de mi oreja derecha. Dejé caer mi cabeza en su pecho y me entregué al escuchar su voz.

—Cierra los ojos, déjate llevar, Dani. No retengas el orgasmo. Prometo que te daré otro con mi boca y luego otro sobre este sofá. Vas a sentirme tan dentro de ti que no sabrás cuándo acabas tú y empiezo yo.

Casi llego al orgasmo con sus palabras, me abandoné a sus caricias. A sus deliciosas y torturadoras caricias. En aquel momento cualquier cosa que me

hubiera pedido, la habría hecho, porque estaba hechizada por su voz y por un deseo que me nacía desbocado y me empujaba a mostrarme lujuriosa, a demandar más, a gritar que me diera más.

Sus dedos se introdujeron con más profundidad en mí y solté un gemido alto y me dejé ir. El orgasmo fue tan intenso que las piernas me temblaron, pero él me sujetaba con fuerza por la cintura con su brazo izquierdo. Me sentí floja, como si mis piernas fueran de gelatina. Oskar se apoderó de mi boca y me apoyó en el respaldo del sofá. Lo miré con una sonrisa en los labios y él se llevó los dos dedos que habían hecho magia en mi interior a la boca y los chupó.

—Deliciosa —dijo sin apartar sus ojos de los míos.

Ese gesto, que en otro momento me hubiera parecido asqueroso, fue algo lascivo y removi6 las brasas del orgasmo que acababa de tener. Estiré mi mano y toqué su erección, por encima de los bóxers, la rocé con mis dedos y él gimió.

—¿Cuál fue la primera lección, Dani? —preguntó en un murmullo.

—¿La paciencia?

—Sí, pequeña. Esta noche yo decido cuándo y cómo —respondió y en sus ojos brillaba un deseo voraz—. Mañana podrás decidir tú.

Me llevó al sofá, me besó con dureza antes de quitarme el camisón y dejarme desnuda ante sus ojos. No fue un gesto rudo, sino que deslizó los tirantes por mis hombros y dejó que cayera sobre mis pies. Con una mueca me dijo que saliera del charco de seda que formó y me contempló de arriba abajo. Pellizcó un pezón y luego su lengua lo relajó con su humedad. Dios, ya estaba empapada otra vez.

—Túmbate y abre las piernas.

Repasó con un dedo el tatuaje, esbozó una sonrisa lobuna. Le encantaba, lo sabía y a mí me seducía aquel gesto antes de poseerme. Todo era parte de su juego, me seguía calentando, no dejaba que los rescoldos de mi orgasmo se esfumaran.

Me miró con descaro, sus ojos miraban mi sexo y subían a mis pechos que

vibraban por la respiración acelerada que no podía refrenar. La antigua Dani estaría muerta de vergüenza, pero con él no sentía ninguna. La forma en la que me observaba me excitaba. Miré su erección y se la tocó.

—Quiero que grites mi nombre cuando llegues al segundo y entonces te daré el tercero.

Me acomodó a su gusto, era un sofá muy ancho y cabíamos los dos a la perfección, estirados, uno junto al otro. Pero él se metió entre mis piernas y enterró su boca en mi sexo que ardía. Un diluvio de sensaciones me atravesó y gemí muy alto, mi espalda se arqueó y él jadeó de gusto. Eché mi cabeza hacia atrás y enredé mis dedos en su pelo. Me rendí al placer que me daba. Su lengua no dejó un rincón por explorar, me penetraba con ella a la vez que yo me removía embriagada y jadeaba cada vez más alto.

Me sujetó por las nalgas y me alzó. Clavó sus dedos en mi carne para mantenerme quieta, pegada a su boca. Mi sangre hervía y el cerebro me iba a arder. Mi cuerpo estaba en alerta, se preparaba para explotar y entonces grité. Grité su nombre con todas mis fuerzas.

—¡¡Oskar!!

Mi orgasmo se derramó en su boca como me había prometido y entre la nube en la que flotaba, escuché cómo me llamaba.

—Eso es, cariño, di mi nombre.

Tiró de mí y me incorporó. Se pasó el dorso de su mano por los labios, pero yo en un acto que nunca había hecho, le retuve el gesto y posé mi boca en la suya, lo besé con tantas ganas que sentí mi sabor en su saliva.

—Vamos a por el tercero, me muero de ganas.

Aún me retorció con los espasmos del éxtasis, cuando me levantó y me apoyó en la mesa. Lo observé quitarse los calzoncillos y su erección salió disparada, enérgica y dispuesta para mí, con unas gotas que brillaban en la punta. Pensé lo delicioso que sería chupar esas gotas y tenerla en mi boca.

Me penetró desde atrás y solté un chillido de sorpresa, al sentirlo tan profundo. Él también suspiró. Sus manos se apoderaron de mis pechos, los amasaron y jugó con mis pezones entre sus dedos. Susurró en mi oído lo que le

gustaba tener su lengua entre mis piernas. Mis jadeos empezaron a elevarse y los gemidos que soltaba se mezclaban con los suyos. Sus palabras me excitaban, él lo sabía y no paraba de decir lo que le gustaba estar dentro de mí y de describir lo que acababa de hacerme. La piel me tiraba, me ardía el cuerpo y sus movimientos me arrancaban alaridos de placer. De pronto salí de mí y me volteó, me besó con ardor mientras sus dedos volvían a mi sexo y seguía con sus caricias. Era una locura lo que provocaba en mí. En mi vida había sentido tanto como esa noche.

Oskar me llevó al sofá y se tendió sobre mí. Me penetró de un empujón y empezó a moverse desbocado y yo, con él. Me agarró con fuerza un muslo y supe lo que quería. Abracé su cintura con mis piernas y lo sentí más hondo. Sacó su longitud y volvió a enterrarse en mí y cada vez que lo hacía yo aclamaba pidiendo más.

Me iba a romper, pero moriría de placer. Me llenaba tanto que me sentí completa y de pronto ese temblor conocido se apoderó de mí y chillé, agarrada a sus hombros.

—¡Oskar!

Desenredé mis piernas de su cintura, nunca había sentido tres orgasmos seguidos y parecía que encadenaría con un cuarto. Siguió empujando, acelerado, con estocadas rápidas y fuertes. No podía más. De pronto me invadió un temor desconocido porque aquello se acabaría. Para él era un juego, solo sexo, pero para mí ya era más. Aunque eso nunca se lo diría.

Sus labios rozaron mi oído y me estremecí.

—Dámelo, Dani, dame otro.

Susurró al tiempo que me dio un cachete en la nalga que conectó con mi interior y grité enloquecida mientras explotaba en un cuarto orgasmo. Solo entonces se derramó dentro de mí con un alarido de placer.

Cayó sobre mi pecho y yo lo encerré entre mis brazos. No sé el rato que pasamos así, luego él se escurrió y se acomodó a mi lado. No hubo palabras que estropearan el momento y solo cuando ya éramos dueños de nuestros cuerpos, señaló.

—Alucinante.

Capítulo 9

Sentí a Oskar a mi espalda y sus dedos, acariciar mis pechos, a la vez que su aliento rozaba mi oído. La luz del día se filtraba con descaro por el ventanal. Me removí entre sus brazos y quedé frente a él.

—Bueno días —dije.

Me dedicó una sonrisa somnolienta y encantadora.

—Bueno días, pequeña. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, debe ser esta cama que es muy cómoda.

—¿Crees que es la cama? —preguntó divertido.

Bajó su boca hasta mis pechos y pasó su lengua por la aureola de uno de ellos y luego atrapó el pezón y lo mordió con sus labios. Me hizo gemir. Repitió la acción con el otro y no necesité mucho más para desearlo.

—Me vas a convertir en una adicta a ti —confesé.

—No es mala idea —se burló—. Es la última lección.

Lo miré con cara de interrogación.

—Te dije que hoy decidirías tú. Tienes que conseguir que grite tu nombre, como yo hice contigo.

—Eso es fácil —lo provoqué y bajé mi mano por su vientre. Acaricié su erección que ya estaba preparada para la acción, pero me aventuré y agarré otra cosa—... solo tengo que apretarte las pelotas.

—Recuerda que a ninguno de los dos nos gusta el *sado* —dijo con los ojos abiertos, y los dientes apretados, casi asustado.

Su comentario me hizo reír.

Lo solté y pensé qué era lo que me gustaría. De pronto recordé la flamante bañera que tenía y de un salto me levanté.

—¿Piensas dejarme así? —preguntó con ironía—. No sabía que eras una cobarde.

Me asomé por la puerta del baño y musité, seductora.

—Dame unos minutos y verás.

Abrí el grifo y dejé que se fuera llenando la pila, revisé los geles que tenía en una repisa. Cogí uno de lavanda que me pareció espumoso y vertí un buen chorro. Me acerqué al lavamanos y me lavé los dientes. Me recogí el pelo con una pinza y al mirarme en el espejo descubrí unas marcas rojas en mis muslos y nalgas. Recordé sus dedos clavados para pegarme a él. Me estremecí al evocar las sensaciones que su lengua me provocaba al recorrerme los pliegues de una forma desesperada. Yo también iba a llevarlo a ese estado.

Cuando la bañera estuvo llena como yo quería, me metí en ella. Me cubría el cuerpo y mis pechos sobresalían, espumosos. Lo llamé. Apareció en un segundo.

—¿Quieres que mire cómo te bañas? —preguntó con una voz grave, seguro que el hecho de que pasara mis manos por mis pechos en dirección a mi vientre lo excitó, el espasmo de su erección me lo anunció—. Me gusta mirarte.

Hice un gesto con el dedo para que se acercara y luego di un golpecito en el ancho borde de la tina y le pedí que se sentara. Se metió dentro e hizo lo que le pedí. Sus ojos echaban chispas y su pene vibraba de la emoción. Me levanté y dejé que el agua y la espuma resbalaran por mi cuerpo y me arrodillé entre sus piernas, él me agarró del cuello y me atrajo hacia sí para besarme. Me dejé hacer. Sus besos eran narcóticos así que lo corté rápido. Coloqué mis manos en sus rodillas y observé su erección. Acerqué mis labios a su torso, lo rocé y se estremeció, pude notar cómo se le izaba el vello. Bajé con una lentitud, que hasta a mí me perturbaba, cogí su miembro y lo acuné en mis manos, jugué con mi lengua en su punta y me lo metí en la boca. Un suspiro profundo salió de su garganta. Lo rodeé con mi lengua a la vez que lo empuñaba y noté la tensión en sus músculos. Se agarró al borde de la bañera, como si fuera una tabla de salvación. Sus nudillos, casi blancos, mostraban la contención que tenía. Alcé mi vista con picardía hacia él y nuestras miradas se encontraron. Quedaron enganchadas mientras yo lo introducía en mi boca y

marcaba un ritmo que lo hacía jadear cada vez más agitado.

—Sí, pequeña, tu boca es puro pecado.

Incliné mi cabeza y no dejé de mirarlo. Me sentí extasiada, su cara reflejaba el placer que sentía y sus ojos estaban cargados de lujuria. Lo tenía enloquecido. Me agarró del pelo y soltó la pinza, dejó que mi cabello cayera sobre mis hombros. Metió sus manos entre mis mechones y me sujetó para controlar mis movimientos a la vez que elevaba su cadera una y otra vez, en un baile tortuoso, al sentir que mi boca lo abandonaba para introducirlo de nuevo.

—¡Ah, Dani...!

Salió de mí, precipitado, y se corrió sobre mi pecho con un grito de placer y deleite que le hizo pronunciar mi nombre, en un gruñido incoherente.

Me tumbé relajada hacia atrás y el agua borró su marca. Esboqué una sonrisa triunfal y observé cómo se recomponía su respiración, que soltaba en pequeños bufidos.

Me miró con una sonrisa de incredulidad, se metió junto a mí y se arrastró por mi cuerpo. Me envolvió con sus brazos. Me tuvo así un rato, en silencio, sin decir nada. Luego empezó, despacio, a besar mi pecho, acunó mi cara y sus labios subieron hacia los míos. Al final, su lengua me invadió y se entrelazó con la mía en roces acompasados. Era un beso tierno, sensual, erótico y apasionado.

Sus manos acariciaban mi cuerpo como el músico lo hace con su instrumento para sacar su mejor sonido. Al momento me tenía lista para él, igual que él lo estaba para mí.

—Llévame a la cama y házmelo allí —pedí borracha de ganas.

—A esa cama tan comfortable —contestó con sarcasmo—. ¿No te dormirás?

—De ti depende —contesté con burla.

No tuve que añadir más, salió de la bañera a la vez que yo me levantaba y se escurría el agua por mi piel. Cogió una toalla blanca de un estante. Se secó por encima y luego la pasó por mi cuerpo para quitar el exceso de agua. Me

cogió por debajo de las rodillas y me llevó en brazos a su cama. Apoyé mi mejilla en su pecho y me sentí como si fuera mi primera vez. Un sentimiento cálido se apoderó de todo mi ser. Estaba tonta de amor.

Repté por el colchón y me puse a horcajadas sobre él, quedé sentada en su regazo. Me apoderé de su boca y nos besamos con anhelo y hambre. Como si hiciese días que nos extrañábamos. Lo introduje en mí y soltó un jadeo, dijo que le encantaba y aquel comentario me embriagó. Sentirlo debajo de mí, ver cómo se deshacía por mis caricias, me dio un poder desconocido. Me agarró del culo y me pegó más a él. Aceleré mis movimientos. Estaba encendida de deseo, de pasión, de ganas de demostrarle que había aprendido sus lecciones y reclamaba lo que me gustaba. Acerqué mi pecho a su boca y lo succionó con desespero a la vez que estrujaba el otro con sus manos.

—Oh, sí... sí.

—¿Te gusta así?

—Sí... me gusta. —No podía dejar de gemir—... Me gustas tú.

Me besó con dureza y tomó el control. En un movimiento rápido me tuvo debajo de su cuerpo y siguió con sus empujones acelerados y empecé a gritar, a temblar, a pedirle que no parara. Le clavé las uñas en la espalda cuando el orgasmo me atravesó. Fue salvaje e intenso.

Pero él no se detuvo, siguió entrando y saliendo de mí, con deleite.

Modificó el ritmo, hizo más calmados sus besos. Se refrenó, pensé que iba a detenerse. Dejó que recobrará el aliento y él también se serenó. Clavó sus aguamarinas en mis ojos marrones y sentí una conexión muy fuerte. No podía alejar mis ojos de los suyos, con aquella mirada nos decíamos muchas cosas que en aquel momento escaparon a mi entendimiento. Cuando creí que iba a salir de mí, retomó el vaivén. Suave, despacio, sin prisa. Me lo hacía muy lento, para que saboreara todas y cada una de sus caricias, de sus besos. Y así, lentito, me llevó a la cresta de la ola, de nuevo. Sentí mi cuerpo vibrar, sobrecogerse y titilar como si fuera la llama de una vela y él me sorprendió con un jadeo quejumbroso, casi de dolor, al derramarse dentro de mí. Rodó por mi cuerpo y me colocó sobre su pecho. Caí vencida sobre él. Nuestras

respiraciones estaban descompasadas, su corazón parecía que se le iba a salir. No tenía palabras para describir todo lo que sentía. Era un momento mágico. Habíamos hecho el amor, con mayúsculas. Unos espasmos de temblor me recorrían el cuerpo. Jamás, nunca, había sentido nada parecido.

—Tranquila, cariño —dijo sin dejar de abrazarme—. Tú también me haces temblar, pero no te das cuenta.

Cerré los ojos un momento y cuando los abrí, Oskar estaba vestido y se movía por la habitación, con prisa.

—¿Oskar?

—Vístete, debemos irnos.

Algo había cambiado en el ambiente. Su voz era seca. Ni siquiera me miró antes de salir de la habitación y entendí su frase como una orden. Me levanté y fui al baño. Me arreglé en un tiempo récord y recogí mis cuatro cosas a la vez que trataba de poner un poco de orden. Vacíé la bañera. Había agua por el suelo, la toalla estaba empapada y la estiré en un secador. Guardé en mi pequeña maleta mi ropa, el reloj cuco de mi madre y el pañuelo que compré. Me costó cerrarla, pero lo conseguí. Después empecé a hacer la cama.

—Deja eso —ordenó desde la puerta, con fastidio—. Hay gente que se encarga de esto.

Lo miré molesta. Su tono sobraba.

—Me gusta hacer la cama cuando me voy de casa.

—Esta no es tu casa. ¿También hiciste la del hotel?

Me hubiese dolido menos si me hubiera dado una bofetada. Reprimí las ganas que me entraron de llorar y lo miré con desdén. Dejé lo que hacía y cogí mis bártulos.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Tengo hambre y hay que coger un avión —explicó. Debió darse cuenta de que se estaba pasando porque se acercó y me quitó el asa de la maleta de las manos con amabilidad—. Había pensado comer por el camino.

Asentí y lo seguí. Antes de salir por la puerta miré la cama a medio hacer.

Bajé las escaleras en silencio, cogí mi bolso del salón y de forma inconsciente me acerqué a los ventanales y miré a través de ellos. Pensé que nunca más volvería y quise impregnarme de aquel paisaje. Miré de reojo el sofá y traté de bloquear las imágenes que me surgían. Seguro que tenía material para mis fantasías con lo vivido en aquella casa.

—¿Estás lista? —preguntó en voz baja.

Asentí y salí delante de él. Entré en el coche que esperaba abierto y con el motor encendido.

Mientras abandonábamos la ciudad, lo miré un par de veces. Me estrujaba la cabeza por averiguar qué le pasaba.

—¿No hubiera sido mejor ir en taxi? —pregunté mirándolo—. ¿Qué harás con el coche?

—Vendrán a buscarlo más tarde.

Ni siquiera me miró y eso empezaba a mosquearme. Así que contraataqué.

—Es verdad. Olvidaba que tienes gente para todo. Aunque no sé dónde se meten.

Giré mi cara hacia la ventanilla y me empapé de aquel paisaje tan distinto al que yo conocía en Barcelona. De pronto se detuvo en un semáforo y posó su mano en mi rodilla. Lo miré sorprendida.

—Un matrimonio se encarga de mi casa —dijo conciliador—. Pero les pedí que no estuvieran este fin de semana. Quería que estuviéramos solos.

Asentí, y en mi fuero interno agradecí la explicación, aunque seguía molesta.

—¿Te apetece comer por aquí? —Su voz sonó suave.

—Eres tú quién tiene hambre —contesté seria.

Se metió por una callejuela y aparcó. Me hizo salir del coche y caminamos algunos metros. Eran algo más de las once de la mañana y por mucho que lo negara mi estómago reclamaba que ingiriera algo. Así que agradecí que entráramos en una cafetería en la que me sirvieron un café con leche y un trozo de pastel de chocolate. Él se tomó un zumo de naranja y un bocadillo de

salchichas.

Después de aquel desayuno tardío, el clima entre los dos se relajó, pero no volvió a los niveles de complicidad del día anterior, ni mucho menos al de aquella mañana, en el que lo había sentido tan cercano a mí.

En el aeropuerto esperamos un poco. Mientras él se dedicaba a leer el periódico en una mesa de una cafetería yo decidí darme un paseo por la zona comercial.

—Toma, por si te gusta algo. —Me ofreció dinero y lo rechacé incómoda —. No llevas efectivo en francos suizos.

—Seguro que no ponen pegas a mi tarjeta Visa.

Di un paseo corto, la zona era bastante grande y no quería perderme. Necesitaba alejarme de él y pensar. Entré en una tienda de recuerdos y compré varios imanes para la nevera, una revista para el vuelo y una cajita de chocolates. Con pena descubrí que había olvidado los que Oskar me había comprado.

Las cosas entre nosotros se habían desbordado un poco. Lo vivido el fin de semana no era el típico rollo con el jefe. Yo había implicado mis sentimientos y Oskar no sé, pero estaba raro desde por la mañana. El día a día iba a ser muy duro.

«Sin promesas».

Ni siquiera mi mantra del *Carpe diem* me daba la tranquilidad que necesitaba.

Regresé con él y fuimos hacia la zona de embarque. No habíamos facturado las pequeñas maletas y fue rápido entrar y salir del avión.

Casi sin darme cuenta estábamos en El Prat. Él se pasó casi todo el vuelo inmerso en la apasionante lectura de un diario económico, mientras yo miré las fotos de la revista y acabé medio adormilada y con la vista fija tras la ventanilla.

Un chófer lo esperaba.

Me acompañó hasta casa. Se despidió con un beso rápido en los labios y yo

quise salir corriendo de su lado porque estaba a punto de echarme a llorar.

Me desplomé en mi sofá y pensé que parecía que hacía un siglo que me había marchado y tan solo habían pasado cinco días. Fui a la nevera y la encontré muy vacía, cogí una lata de coca cola y me la bebí mientras deshacía el equipaje.

Como una autómatas hice las cosas. Cargué el móvil que se había quedado sin batería, guardé la maleta y puse una lavadora. Al cabo de una hora volvía a estar sentada en mi sofá, sin nada que hacer que me distrajera lo suficiente para que mi mente no volara a aquella cama y a aquel sofá. Decidí llamar a casa. Mi madre me echó la bronca porque no había dado más señales de vida y mi móvil estaba apagado. Le sirvió la excusa de que estaba sin batería. Me contó que mi padre la había sorprendido con unos billetes para un crucero, en agosto.

—¿Cuándo haces, tú, las vacaciones? —me preguntó.

—Pues no sé, tendré que preguntarlo. No sé cuándo se va Oskar, mi jefe.

De repente me entraron unas dudas terribles. Desde hacía varios años, Anabel y yo nos cogíamos unos días juntas. A Rubén le molestaba mucho y solo podía disponer de cuatro o cinco días, pero al romper con él, planeamos dos semanas en Ibiza. Tendría que hablar con ella y con mi jefe, porque no sabía si podría ir. Pero eso no era lo que me preocupó, sino que no me apetecía ir. Yo solo esperaba que él me necesitase.

Mi madre seguía hablando de planes para su crucero, la ropa que debía llevar para la cena con el capitán, las ciudades que visitarían y lo magnífico que era el barco en las fotos. Yo solo asentía con un: ajá. Y claro, ella al final se percató.

—Te noto distraída, ¿qué te pasa?

—Nada, estoy cansada.

—Venga, suéltalo y te sentirás mejor.

Dudé. Pero las madres son sabias y podía darme algún consejo.

—Es que... he conocido a alguien.

—Eso es bueno, ¿no?

—Es bastante complicado.

—¿Complicado porque él lo es o por la situación?

—Creo que por las dos cosas. Estoy hecha un lío.

—Acabas de salir de una relación, date tiempo. ¿Cuándo lo has conocido?

—No sabría decir, hace unos meses. Pero se acerca y se aleja con la misma rapidez.

—Es pronto. Además, ¿esa complicación no será que está casado? — preguntó con curiosidad.

—No, mamá —y me reí—. Solo es que... tiene... tiene...

—¿Tiene un hijo?

Empezaba a arrepentirme de contárselo. Mi madre no se conformaba con un pedacito de la historia, tenía que saberla toda.

—Tiene una casa espectacular... no habla mucho de sí, no cuenta nada de su pasado.

—¿Le has preguntado? —La tenía interesadísima y no sabía cómo zanjar el tema—. ¿Y qué es eso de la casa? La tuya es bien bonita. A ver si dejas de menospreciarte, Dani. Que vales mucho y no te das cuenta.

—No es eso, mamá... es que me gusta demasiado y tiene mucho dinero y me duele.

—Ah, ¿crees que no eres suficiente para él?

Empezaba a dar en el clavo. Y yo estaba cansada de su interrogatorio, así que simplemente confesé.

—Es mi jefe, mamá. Hemos estado en su casa de Zúrich, el fin de semana. Ha sido especial y raro a la vez. Pero nos hemos despedido como si no hubiera ocurrido nada entre los dos.

Se hizo un silencio. Un silencio que decía a gritos que se estaba controlando.

—Daniela, ¿pero es que no aprendes nada? —soltó enfadada—. Será mejor que te alejes de él. ¡Qué manera más tonta de perder un buen trabajo!

No contesté, me lo merecía.

—Perdona que sea dura, pero no quiero que sufras. No puedes irte al otro extremo, ahora que saliste de la relación con Rubén —dijo comprensiva—. ¿Qué te parece si un día de esta semana voy a verte y me acompañas a comprar esos vestidos que necesito? Así hablamos y me lo cuentas mejor.

—Sería estupendo, mamá —contesté sincera.

De pronto escuche la voz de mi padre que le preguntaba con quién hablaba tanto y ella solo dijo: «con la niña». Aproveché para despedirme y al colgar me tapé la cara con uno de los cojines.

«Eres tonta, Dani».

Mi siguiente llamada fue a Anabel. No cogió el teléfono y le dejé un mensaje en su buzón en el que le avisaba que ya estaba de regreso y tenía que hablar con ella.

Pasé el resto de la tarde tumbada en el sofá, sin hacer nada.

A las diez llamó Anabel.

Me contó que había quedado con Pablo. Recordé que la noche que se conocieron fue en la que Oskar me besó por primera vez.

La noté contenta, hablaba maravillas del chico y eso que Anabel no era de las que se dejaban deslumbrar demasiado, pero me gustó escucharla tan feliz.

—¿Y tú, qué? ¿Cómo te ha ido con el rarito?

Se refería a Oskar, según ella sus cambios de humor se debían a que era raro.

—No te lo vas a creer, pero no es tan rarito —dije entre risas—. Es amable y hasta simpático cuando sale de la presión del trabajo. De Madrid fuimos a Zúrich.

—¿A la sede central?

—A su casa...

—¡No!

No tuve que decir nada más. Pero pidió detalles y me hizo reír.

Necesitaba desahogarme, la charla con mi madre no me había dejado

demasiado bien y Anabel me escucharía sin juzgarme. Le conté todo, desde el principio: nuestras charlas por *Skype*, el primer encuentro, la discoteca, la visita a su casa y el encuentro con Úrsula. La discusión cuando renuncié y que Raúl vino a buscarme. El viaje a Madrid y sobre todo los días en Zúrich. Le expliqué cómo me sentía y lo variable que era él algunas veces.

—¿Por qué no me has dicho nada, antes? —preguntó curiosa—. Has debido de pasarlo mal.

—Lo intenté, pero no tuve ocasión —me justifiqué, no quería decirle que ella hablaba tanto de Pablo que no me atreví a cortarle su buen rollo con mis dilemas—. ¿Tú qué piensas? He metido la pata, ¿verdad?

—No sé, Dani, pero si solo quisiera acostarse contigo no hacía falta llevarte a su casa de Zúrich. Tal vez él está confundido también.

—Se marchará pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me dieron el puesto, Montse dijo que era temporal porque él regresaría a la sede central en unos meses. Está resolviendo temas y traspasando asuntos a Raúl y a Boris, que volverá a Barcelona en unos días.

—No le des vueltas entonces, que sea lo que tenga que ser. Vive lo que tengas que vivir y llora después, si tienes que hacerlo. Creo que lo que tenías que perder ya lo has perdido.

—¿El qué?

—El sentido común, bonita.

Y soltó una carcajada que me contagió. Quedamos para comer al día siguiente y me fui a la cama más animada.

Capítulo 10

Llegué a mi puesto puntual. Luisa me entregó un montón de mensajes y me dijo que todo estaba preparado. No supe a qué se refería, pero tampoco pregunté. Fui hasta mi mesa y me entretuve en introducir en la agenda las citas previstas, así hice tiempo a que él llegara. Me sorprendió ver programada una reunión a las doce de aquel día, no la recordaba, solo ponía Milansa. Era el nombre de la empresa en la que Oskar estaba interesado. Supuse que era a lo que Luisa se refería, tal vez él se lo había pedido y antes de avanzar negociaciones, aclararía la situación financiera.

A las diez empecé a preocuparme. No sabía nada de él desde la tarde anterior. Había revisado mi teléfono un montón de veces y no había ningún mensaje suyo, ni de texto ni de voz, incluso revisé mi conexión por si tenía problemas. Todo era correcto.

Entré en su despacho y dejé un documento sobre su mesa, de los que traduje en Madrid. Necesitaba su firma para poder reenviarlo. Mi corazón aleteó al escuchar pasos a mi espalda. Me tensé. Me sentía como una colegiala a la espera de su primer amor. Deseaba verlo y que me estrechara entre sus brazos. Solo así me sentiría segura y mis dudas se disiparían. Me giré con una gran sonrisa, pero se me quedó congelada en la cara. No venía solo. Lo acompañaba Úrsula. Nuestras miradas se cruzaron, pero no pude adivinarle nada en su cara de póquer.

—Buenos días, Daniela.

Fue un saludo frío y yo me puse también la máscara.

—Buenos días, señor Müller. Aquí tiene el informe del jueves, cuando lo firme podré enviarlo.

Pasé por su lado lo más digna que pude y antes de salir la mujer me paró.

—Eh, ¿me traes un café?

Miré a Oskar con los ojos encendidos y creí ver algo en los suyos, pero fue

una ilusión. Me tocó la moral aquella petición y no pude con ella.

—Si quiere un café puede ir a la máquina que hay en recepción. —Me giré con desprecio hacia mi jefe y dije para él—. Yo no traigo café, no es mi trabajo.

—Pero... ¿Oskar? —titubeó ella ofendida.

—Podrías traer dos cafés, por favor, Daniela —pidió él con voz amable—. Sería una excepción.

—Estoy ocupada, tengo mucho trabajo.

No esperé respuesta y salí de allí con la tensión por las nubes.

Me hubiera gustado desaparecer, pero tenía que quedarme allí, en mi puesto, y ponerme a trabajar. Era cierto que tenía mucho atrasado.

Al cabo de unos diez minutos vi venir a Luisa con una bandeja y dos tazas de café. No tenían pinta de ser de la máquina y supuse que había bajado a la cafetería a por ellos. Al pasar por mi lado suspiró y yo me encogí de hombros. Luisa entró en el despacho, pero para mi sorpresa, salió mi jefe.

—Que sea la última vez que te pido algo y no lo haces —me reclamó en voz baja.

—Que sea la última vez que me pides algo así —respondí con voz tensa y casi en susurro—. ¿Por quién me tomas? Si quieres café con tu amiga, hazlo tú.

—Dani...

—Ni Dani ni leches.

Luisa salió y nos sonrió. Él me entregó los papeles que llevaba en la mano, los revisé y estaban firmados. Antes de que se marchara le entregué algunos mensajes.

—¿Qué es esto?

—Hay que agendar estas reuniones. Cuando tengas tiempo le echas un vistazo.

Me lanzó una mirada reprobatoria y se metió en su despacho.

Apenas podía concentrarme, al cabo de un rato sonó mi teléfono interior. Rogué para que no me hiciera entrar.

—Reserva mesa en el San Bernandino para cinco. No, para seis. Te necesito allí.

—Imposible, tengo un asunto personal muy importante.

Hizo un silencio.

—Está bien. Luego hablamos.

A las once y media me ausenté de mi puesto, estaba de los nervios, desvié las llamadas a mi móvil y bajé a ver a Anabel. Le di el imán que había traído para ella y se rio. Era el típico *souvenir*. Charlamos un ratito, pero cuando quise darme cuenta había pasado media hora. Miré el móvil y tenía varios mensajes de Oskar.

¿Dónde estás?

Dani, tenemos una reunión importante. Te quiero allí.

—Joder, lo tenía en silencio —exclamé nerviosa—. Nos vemos abajo, ¿vale?

Salí corriendo y ni siquiera esperé el ascensor, subí por las escaleras las plantas que nos separaban. Llegué algo exhausta, con tacones no es lo mismo. Luisa me dijo que me esperaban en la sala de reuniones.

Era una sala acristalada, pero las cortinas estaban echadas y no pude ver quién había. Piqué con los nudillos y escuché que me daban paso. Entré sigilosa. Al primero que vi fue a mi jefe que me escrutaba con cara seria, el siguiente era Raúl que me dedicó una sonrisa y el tercero era Boris que se levantó de su asiento y me dio un abrazo más efusivo de la cuenta y al que yo respondí, un poco por fastidiar a mi jefe. La mujer rubia estaba en un sofá, jugaba con el móvil, ni siquiera alzó los ojos para mirarme. ¿Pero qué hacía aquí?

—Me han dicho que no nos acompañas a comer —afirmó Boris.

—No, tengo otro compromiso. Tal vez en otra ocasión —respondí, pero al notar que Oskar estaba pendiente de la conversación añadí—: No sabía que regresabas tan pronto.

—Ya ves, trabajo. ¿Y a cenar? ¿Te apuntas?

—Deja que me lo piense, ¿vale? —contesté con una sonrisa.

—Bueno, si os parece comenzamos —nos cortó Oskar y me dedicó una mirada de censura—. Sebastián no llega y no podemos esperarlo todo el día.

«¿Quién era Sebastián?».

Nos sentamos y la mujer se sumó al grupo con cara tensa. Se sentó junto a Oskar y yo enfrente de él. Boris a mi lado y Raúl al otro. La mujer entregó un pequeño dossier a cada uno. Al abrirlo me di cuenta de que era un acuerdo de compra. Telecomunicaciones Müller compraba una pequeña empresa llamada Milansa y que fabricaba dispositivos como los nuestros. ¿Esa empresa era de la rubia? Ya le tenía manía antes de conocerla, la de veces que había revisado sus datos. No creía que fuese un buen negocio, pero ellos sabrían.

—Mi padre quería que, si él faltaba, vosotros os hicierais con la empresa antes de que otra nos absorbiera —explicó la mujer y apretó la mano de Oskar—. Gracias a ti eso será posible. No entiendo por qué no está aquí Sebastián, pero seguro que opina como mi padre y como yo.

Aquel discurso sensiblero me molestó y me desconecté de él. Fui directa a la parte final del documento donde hablaba de los números en los que se encontraba la empresa. Empecé a leer el balance de situación mientras ellos recordaban al difunto. Algo no me cuadraba, después de repasarlo varias veces.

—¿Estos son todos los datos? —pregunté sin preocuparme si interrumpía.

La mujer asintió.

—¿Algún problema? —inquirió con sarcasmo.

—No, es solo que... lo siento. —No estaba muy segura, pero necesitaba revisar algo y me disculpé—. Si me permitís he de salir un momento.

Retiré mi silla hacia atrás. Miré a Raúl y luego a Oskar, con cara seria. Él captó mi mensaje y salió detrás de mí.

Fui hacia mi oficina y rebusqué entre la pila de papeles que tenía en una bandeja.

—¿Qué ocurre, Dani? —preguntó muy cerca de mí, me separé un poco, su cercanía siempre me afectaba.

—No sé.

—Quiero terminar con esto cuanto antes —dijo y yo apenas alcé mis ojos hacia él, estaba concentrada en otra cosa.

Saqué los papeles que buscaba y los releí. Era el mismo nombre de empresa, pero otros datos. Números rojos casi todos, los que conocía. Era uno de los primeros documentos con los que trabajé y que Oskar me pidió en mitad de una noche. Me había traído de cabeza hacerle un informe. Imposible olvidarlo.

—¿No me oyes? —se quejó—. No será esto una forma de decirme que estás celosa, ¿no? Déjate de juegos, ya sabes lo que había entre nosotros.

Sus palabras fueron dardos envenenados. A medida que hablaba la distancia entre nosotros se agrandaba, casi podía verlo, pero quería ser profesional. Las aparté a un lado. Ya me lamentaría después. Clavé mis ojos en los suyos.

—Solo necesito saber dos cosas, y una de ellas sé que no tengo derecho a preguntarla —dije dolida.

—Dispara.

—¿Qué es esa mujer para ti?

Me miró incómodo, sus ojos se oscurecieron.

—La verdad, por favor.

—Su padre era amigo del mío y tuvimos algo hace tiempo. —Se pasó la mano por el pelo, yo lo observaba a la espera. Tensó su mandíbula y al final afirmó—: Nos acostamos, pero eso ya lo sabes.

Encajé el golpe, pero no pude dejar de sentir rabia. No entendí qué había pasado, entre la mañana y la tarde del día anterior, para que tuviera que irse con ella, nada más dejarme en casa. Aunque podría significar otra cosa.

—¿Es tu novia?

—Yo no tengo novia... Ni la quiero —contestó arrogante—. A ver Dani, ¿a

qué viene este interrogatorio? ¿Qué tiene esto que ver con la reunión?

—Nada, solo quería saber por qué me has hecho esto. Ya sé que no había promesas entre nosotros, pero no entiendo por qué me perseguiste en Madrid, porqué me has dado ese fin de semana y al dejarme en casa te fuiste a buscarla y la metiste en tu cama —reclamé casi con lágrimas en los ojos y sentí rabia de mí misma por demostrarle el daño que me había hecho.

Evitó mi mirada. Obvié el dolor que crecía en mis entrañas y añadí con desprecio.

—Ahora entiendo que lo que buscabas era quitarte las ganas. Sacular tu obsesión al acostarte conmigo.

—Tú quieres cosas que yo no puedo darte —bufó y me miró ceñudo—. No es momento para reclamos. Hablamos más tarde.

—No necesito otro momento para decirte que me has decepcionado. No temas, no pienso reclamarte nada —afirmé segura—. Me queda todo claro... No importa, encajo bien las puñaladas. Espero que tú también.

Le pasé el papel y lo leyó. La expresión de su cara cambió a medida que procesaba la información.

—¿Qué significa esto?

—Significa que los datos que hay en el dossier que ha entregado no son ciertos. La empresa está en quiebra, con muchas deudas, ni siquiera creo que tengan el control ya —expliqué lo más expeditiva que pude, pero me calenté y el despecho me pudo. No supe morderme la lengua—. Por lo último que indagué iba a entrar en concurso de acreedores y si pensaras con la cabeza y no con la polla, lo sabrías. Pero tú sabrás el riesgo que corres con esa compra. No vale ni el precio de los zapatos que lleva la rubia. Claro, tal vez los polvazos que te da te compensan.

Sus ojos echaban chispas y me observó con dureza, con el puño cerrado por la cólera que le recorría. No le gustó mi contestación, pero se lo calló.

—¿De dónde has sacado esto?

—Una de aquellas noches tuyas de insomnio me lo pasaste desde Zúrich, no

tardé en descubrir que me diste los mismos datos en varias ocasiones — respondí. Estaba enfadada con él, pero no quería que pensara que no había hecho bien mi trabajo—. Recogí información de esa empresa porque estabas interesado. En Internet se encuentra de todo hoy día. Además, mi amigo Manu trabaja en Hacienda, él me comentó algunas cosas interesantes. Te las escribí todas en un informe. Aquel que no creíste y me mandaste repetir. Lo amplié con todo lo que sabía. Lo tienes, pero tal vez no lo has leído.

Entró en su despacho como una bala y salió con una carpeta, me la señaló y asentí. Revisó el contenido y su cara se contrajo de tensión.

—Todo lo que hay ahí es cierto —afirmé segura, pero mi tono era de desdén—. ¿De dónde sacaste, tú, la información?

—De ella. Esos informes me los dio ella.

—Pues miente muy bien o no sabe nada —concluí—. Tú eres el jefe, tú sabrás qué hacer. No sé qué pintaba yo en esa reunión, pero parece que sirvo para algo.

—¿Estás segura de esto? ¿No es una pataleta ni nada? Es algo muy serio.

—¿Me crees una niña que no sabe diferenciar las cosas? —respondí y le dejé ver mi enfado—. Puede acostarse con quien desee, señor Müller, usted y yo no somos nada. Solo jefe y empleada. Pronto ni eso.

—Dani... por favor. —Me agarró del brazo y yo rechacé su contacto—. Ven, vamos.

Entramos en la sala y hablaban distendidos. Raúl me miró serio y con un cruce de miradas nos entendimos. La rubia, ajena, esbozó una sonrisa gatuna a mi jefe.

—Cielo, Sebastián no vendrá. Ha tenido una urgencia —y como si fuera un chiste añadió—: Problemas de faldas, seguro.

Oskar se sentó en su sillón y adoptó su pose de jefe cabreado. Raúl y Boris lo captaron al vuelo, él les pasó el papel que yo le había entregado y Raúl con rapidez cotejó los datos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Úrsula con cara de preocupación.

—Que tu empresa no vale ni la décima parte de lo que pides —contestó serio, intentó controlar el enfado, pero no lo consiguió. Le lanzó la carpeta en la que estaba toda la información que yo había recabado—. Estáis en quiebra. ¿Pretendías engañarnos?

—Eso no puede ser, los números están limpios, mira. —Obvió la carpeta y nerviosa fue a la página del balance de su dossier. Me miró con cara arrogante—. ¿Eres tú la que dice que no son válidos estos números?

—No, no es ella —dijo Boris, levantó la vista de los papeles que había extraído del dossier que Oskar había soltado y explicó—: Lo dice este informe contable de tu empresa que está firmado por tu hermano y por ti. Aquí reconocéis que los pasivos exigibles son mayores que los activos y aceptáis la situación de insolvencia.

Cogió el papel de mala gana. Se excusó en la idea de que los datos eran de hacía un par de meses, pero Boris negó con la cabeza y Raúl también. La mujer se puso blanca por momentos y cogió su móvil, desesperada. Creo que llamaba al hermano. Seguro que él sí sabía la verdadera situación y le había dejado el marrón a ella.

—Tenemos esa información hace tiempo. ¿No se te ocurrió decir que teníais problemas? —preguntó Raúl muy serio.

—¿Significa esto que retiras tu oferta? —preguntó a Oskar.

—No podemos comprar algo que no tienes —respondió tajante—. Nos interesaba la fábrica, pero necesita mucho para reflotarla.

—¡No puedes hacer eso! —gritó—. ¿Por qué? Porque ella lo dice. Todos sabemos los motivos por los que dice esto.

—Parece que no entiendes la situación. Pídele explicaciones a tu hermano —alegó Raúl.

—Tal vez esa urgencia es que se está marchando, con el líquido que tuvierais, y te deja aquí con los problemas. No hay otra explicación para su ausencia hoy. Sabría que lo descubriríamos —añadió Boris—. Pero podemos pensarlo y la compra nos saldrá por una ganga cuando otros despedacen tu empresa.

—No pienso dejar esto así, ¿quieres llevarme a la ruina? —se dirigió a Oskar con voz temblorosa.

Él se mostró duro. Casi me dio pena la rubia.

—¡Ya lo estás! Has querido utilizarme y eso no voy a consentirlo —dio un golpe en la mesa y marcó su enfado. Nunca lo había visto así. Se levantó, posó su mano en el respaldo del asiento de ella y le habló muy pegado a su cara. Daba miedo—. Viste el informe en mi casa y me distrajiste con tus artimañas. —Se separó y puso algo de distancia, pero le habló con desprecio—. Por eso tenías prisa en que firmara un preacuerdo. Ayer tu urgencia era esta, no la discusión con tu hermano que me contaste. No querías que descubriera el engaño. ¿Creías que nadie se daría cuenta? Pensé que tu insistencia en que trajera una parte en efectivo era que querías joder a Sebastián y hasta me hacía gracia. Pero ahora veo tu verdadera intención. Tú y tu hermano os habéis cavado vuestra propia tumba. De lo único que me alegro es de que tu padre no vea esto.

Úrsula se levantó, arrastró la silla hacia atrás con tanta fuerza que esta cayó al suelo. Salió furiosa de la sala y desapareció dando un portazo. Los cuatro nos quedamos callados.

—Lo siento, no sé cómo no me di cuenta —se disculpó, su tono había bajado de intensidad, se dejó caer en el asiento, abatido—. Leí el informe desfavorable, pero no sé por qué no lo asocié. La información que me entregó era falsa y no me di cuenta. Creo que ha llegado el momento de centrarme en una sola cosa. No quiero que esto me vuelva a ocurrir. No puedo estar en dos sitios a la vez. Sabéis que nunca mezclo unas cosas con otras. No tengo explicación para este error.

Estaba enfadado más consigo mismo que con la situación.

—No ha sido tu error —lo apoyé, estaba dolida por su actuación conmigo, pero debía ser justa—. Los primeros datos eran los correctos, pero los últimos informes que reportaron eran falsos, como los del dossier. Por alguna razón yo retuve esa información e investigué. Bueno, porque me hiciste repetir un informe varias veces y copié los datos a través de vídeo conferencia, en mitad

de la noche. Esas cosas no se olvidan.

Boris y Raúl rieron por el tono que puse a mi último comentario.

—Joder, Oskar, no me extraña que no te duraran las asistentes —bromeó Raúl y más serio añadió—: No te culpes, yo conocía esa información, Dani se tomó muchas molestias en obtenerla, y no te comenté nada. Tan solo le pedí que escribiera un buen informe. Creo que se gana cada euro que le pagamos y no solo por aguantarte.

Volvieron a reír, y yo forcé una sonrisa. La tensión pareció disiparse.

Me sentía fatal por cómo se habían desarrollado las cosas, pero sobre todo por cómo me había sentido con Oskar. Yo quería creer que significaba algo para él, y no era así. Se deshizo de Úrsula sin compasión. Vale, la tía era una arpía y él se vengó de su engaño de la única forma que podía. Estaba claro que llevaba a la máxima expresión lo de «es solo sexo, nada de promesas». ¿Qué podía esperar yo? Todo aquello que dijo en su casa, de cómo iría nuestro día a día, era mentira. Aquella idea me hizo sentir peor.

—Si me perdonáis, tal vez queráis hablar de vuestros temas. Yo me marcho.

Me levanté y Boris también.

—Voy a quedarme por aquí, así que tenemos una cena pendiente. No dejes que este jefe que tienes te acapare todo el tiempo.

Quise molestar a Oskar, que me miraba con rigidez, pero no decía nada.

—Es mi jefe, no mi dueño —dije con sarcasmo. A él no pareció gustarle mi comentario y menos cuando añadí—: Solo jefe y empleada, así que soy libre como el viento, ya quedaremos. Ahora me marcho, tengo una cita importante.

Sonreí y salí disparada hacia el vestíbulo, Anabel me esperaba.

Capítulo 11

A la mañana siguiente cuando llegué al trabajo, Luisa me contó que Oskar se había marchado. Me sentí abandonada de golpe y pasé un buen rato en su despacho, sentada en el chester, como si esperara que su imagen apareciera en aquella pantalla como tantas otras veces.

Me descalcé y empecé a ordenar sus cosas. Guardé papeles en su cajón y lo cerré con llave. Lo dejé todo como a él le gustaba. Boris me sorprendió cuando salía.

—Te buscaba. ¿Podemos hablar?

—Sí, claro.

Lo seguí a su despacho. Estaba bastante desangelado, aunque había algunas cajas en el suelo que indicaban que ahí estaban sus cosas. Llevaba tiempo fuera y me sorprendía, a la vez que me intrigaba, que estuviera de repente de vuelta. ¿Cómo era posible que no me hubiera enterado de que regresaba?

Se sentó en su sillón y yo en el que quedaba tras la mesa.

—Verás Dani, habrá algunos cambios por aquí —empezó a decir—. Yo he de viajar a Madrid, hacer el traspaso a mi sustituto y regresar para hacerme cargo de esto. Para todo eso te necesito a ti.

—Yo... pero —de pronto me bloqueé y me encontré pensando en voz alta—. ¿Es que Oskar no va a regresar más?

Intenté sonar profesional, pero por la mirada que me dedicó Boris, creo que no lo conseguí.

—No habló contigo, ¿verdad? —Negué con la cabeza y dijo entre dientes algo no muy bueno de su amigo, luego me sonrió—. Lo hará en unos días, no te preocupes. No me hace gracia ser yo quien te cuente esto, pero debes saberlo. Le quedan unas semanas por aquí. Espero que en algún momento hable contigo. Me dijo que tú dominas todo esto tanto como él, así que recurro a ti. Espero que me ayudes a ponerme al día. Cuando él se marche definitivamente,

tú y yo llevaremos el departamento. Raúl ya tiene bastante y lo prefiere. Tal vez debamos reorganizarnos. ¿Cómo lo ves?

—Sí, bien. Creo que con una administrativa más las cosas irían mejor, se aligeraría el trabajo —respondí sin querer mostrar que lo que acababa de decir me había afectado—. Aunque podríamos servirnos algo más de Luisa, seguro que ella es una buena ayuda.

Hablamos sobre las reuniones que tenía Oskar y acordamos que unas las haría él y otras yo. Nos repartimos el trabajo y, entre risas, como prioridad nos marcamos arreglar el despacho. Dejó en mis manos el tema de contratar a alguien y pensé en hablar con Montse de recursos humanos, si no nos apañábamos solo con la ayuda de Luisa.

A la hora de comer salí con Anabel. Necesitaba hablar con alguien o me volvería loca.

—Se ha ido —le dije nada más verla.

Subimos por Diagonal y nos metimos en uno de los restaurantes de *Francesc Macià* a los que solíamos ir.

Le expliqué lo que Boris me había contado. Anabel tenía un punto de vista más práctico, para ella era lógico que Oskar regresara a Zúrich. Era un lío estar en dos sitios a la vez porque algo quedaba sin hacer.

—¿Has pensado por qué te duele esta situación? —me preguntó y pinchó en su ensalada como si acribillara a alguien.

—Claro, porque me dejé enredar en su juego y él está con otra y se ha ido sin darme ninguna explicación.

—No te creerás eso, ¿verdad? —respondió y bebió de su agua—. No sé si está con esa tía, o estaba, según cuentas no creo que continúen. Pero un hombre no se toma tantas molestias para acostarse con alguien y tú has roto las normas de enrollarse con el jefe.

Me entró la risa.

—No sabía que había normas. —Bebí de mi vaso y seguí con mi propia ensalada.

—La primera: no enamorarse.

La miré con los ojos vidriosos y ella no metió el dedo en la llaga.

—Dani, Dani... necesitas un poco de tiempo y verás con perspectiva — dijo como el que recita una verdad—. En un mundo perfecto de celuloide ese pedazo de hombre vendría a por ti. En el nuestro, pues no sé, a lo mejor eres tú quien debe dar el salto y buscarlo.

—Yo quería ser especial para él, pero se ha ido —concluí—. Creo que me voy a plantear muy seriamente alejarme del sexo masculino por un tiempo.

Ella se encogió de hombros, pero al final puso una mueca de asco que me hizo reír.

Cuando llegué a casa me sentía decepcionada porque esperaba ser alguien especial para Oskar y descubrí que no había significado nada para él. Me molestó su forma de marcharse, sin un adiós. No lo entendía. ¿Por qué ese fin de semana y luego se mostraba indiferente?

En el fondo yo quería ser el gran amor de alguien y creí que algo nos unía, como una fuerza que nos atraía el uno hacia el otro. Pero había confundido el rollo con el jefe con algo más.

Tal vez Anabel tenía razón. Era una enamorada del amor. Con seguridad la historia con Rubén me había dejado tocada y vulnerable, más de lo que pensaba y el encuentro con mi jefe me desquició. Coqueteaba conmigo y me dejé llevar. Sentirte deseada te da cierto poder y creo que me perdí en eso.

Él lo dijo claro. «Es solo sexo, nada de promesas». Fui yo quien rellenó, con fantasías de color rosa, el hueco que quedaba vacío entre esas palabras. Pero había ternura en sus gestos, en la forma de tratarme. Me llevó a su casa, a su refugio, paseamos como dos enamorados. ¡Joder! Si hasta me llamó cariño, dos veces... Todas esas señales no eran producto de mi imaginación. Me torturaba en pensar qué había ocurrido entre aquello de tu boca es puro pecado y tú también me haces temblar.

Me di cuenta de que yo solita me había comprado el billete al País de las flores y los corazones, donde todo era amor y cariño. Aunque reconozco que me asustó pensar que era el sexo lo que me tenía enganchada.

Me tumbé en el sofá y contemplé el techo, abrazada a un cojín, al tiempo que me echaba una bronca mental acerca de no creer en cuentos de hadas ni princesas. Pero el recuerdo del fabuloso polvo de nuestro último día en Zúrich se cruzó en mi mente y me concentré en repasarlo.

Todo había sido perfecto hasta llegar a él. El paseo por la ciudad, el juego en el sofá en la madrugada, donde me llevó a sentir varias caras del placer. Era impaciente, él lo sabía y me enseñó a controlar mi inquietud. Lo hacía tan fácil y placentero que me llevó al cielo sin dificultad, liberándome de mis propias ataduras. Y de ahí a despertar entre sus brazos. Sentir sus mimos y caricias. Darme el control y el poder de descubrirme y desinhibirme. Sacar a la mujer pasional que se escondía en mí y disfrutar con plenitud.

Le dije que me estaba convirtiendo en adicta a él y no mentí. Estaba con mono de él. Sin darme cuenta mi mano se había desplazado hasta mi sexo y al recrear aquellas imágenes de escenas vividas con él, me excité. En un segundo ya no eran mis dedos los que exploraban y reseguían mis pliegues. Eran los de Oskar que me decía que era su lengua la que quería tener allí. Gemí y me tensé, me retorcí de gusto y boqueé con los labios abiertos buscando una boca que no estaba. Aunque sus frases resonaban en mis oídos y subían mi temperatura. Más fricción, más calor. Grité su nombre cuando me alcanzó un orgasmo que me dejó bizca.

Me incorporé de golpe, ¿qué acababa de pasar? No recordaba el tiempo que hacía que no me tocaba. Había desistido hacía mucho porque nunca conseguía sentir nada. Claro, eso era antes de Oskar, porque después de él lo iba a tener más difícil todavía. Había dejado el nivel muy alto.

A la mañana siguiente, el despertador sonó cruel, sin piedad. Salí de la cama como una zombi en dirección a la ducha. El agua terminó de despertarme.

Elegí bien la ropa que quería ponerme, tal vez mi jefe estuviera de regreso y quería que me viese bonita. Incluso cuidé mi ropa interior. Necesitaba sentirme sexy para él, aunque todo hubiese acabado entre nosotros. Dios, era

patética. No tenía orgullo, ni dignidad.

El día se me hizo eterno y tedioso. Me vi obligada a ayudar a Boris a instalarse. Lo único que me animaba era la esperanza de que llamara en algún momento para hablar conmigo, no me importaba el tema. Me sentía mal por las palabras que nos habíamos dicho. No me entendía muy bien. Lo odiaba por cambiarme sin miramientos por la *Barbie* empresaria, porque el sexo era solo sexo para él y no veía que yo me entregaba y me rendía a él en cada beso, en cada abrazo, con cada carantoña. No sé en qué momento me perdí y me convertí en alguien sensible y endeble que dependía de lo que otro sintiese por mí. Necesitaba escuchar su voz, tanto como sus caricias. Pero esa esperanza se fue desvaneciendo a medida que pasaban las horas. Empezó a preocuparme el hecho de no saber nada de él. ¿No era su asistente, la persona que llevaba sus asuntos? Pregunté a Boris y solo dijo que Oscar era muy suyo y que estaría ocupado con otra cosa.

Al llegar a casa algo no iba bien. La llave no abría la puerta y me asusté. Una y otra vez intenté meterla en la cerradura, pero se negaba a entrar. De pronto fui consciente. Pretendía abrir mi puerta con la llave de casa de Oskar, aquella que me dijo que me quedara y yo guardé junto a las mías. El inconsciente me traicionaba, seguro que tenía una explicación.

Mi madre apareció para hablar, con la excusa de ir de compras pero, aunque pude desahogarme con ella, no le conté detalles íntimos. Hay cosas que una madre no debe saber. Tampoco me sacó de dudas, para ella Oskar tenía problemas de compromiso. Y me dijo una de esas cosas que dicen las madres.

—Date a valer, si le interesas te buscará.

Con eso zanjó el tema. Me tuvo media tarde de tienda en tienda por Diagonal y Paseo de Gracia, pero no encontró nada a su gusto y decidió volver otro día de la semana siguiente. No me iba a librar de ir de compras de nuevo.

A medida que los días pasaban, una pena se instaló en mí y me consumía poco a poco, no podía quitármela de encima. Ni siquiera Anabel con sus bromas lo conseguía. Decía que me había enfermado de amor. Supongo que en el trabajo se dieron cuenta. Todos eran muy amables conmigo y se ofrecían

para ayudarme, pero ninguno me dijo nada de él. Boris estaba muy pendiente de mí y me invitaba a cada rato a comer o cenar. Me hacía reír con sus insinuaciones. No creí ninguna. Era su manera de animarme y yo le seguí el juego. Raúl tenía otra forma de relacionarse conmigo. Me pedía ayuda en sus tareas y estar sobre ocupada me sentaba bien. Pero en el fondo solo quería esconderme debajo de mi almohada al acabar mi jornada laboral.

Los recuerdos me torturaban más de lo que era capaz de soportar. Tenía que olvidarlo, sacarlo de mi cabeza. Borrarlo. Eliminar la sensación de sentir su cuerpo junto al mío, su voz en mi oído, su mirada sobre mí al poseerme, al hacerme suya. Pero no podía, estaba tan dentro de mí que ni siquiera en sueños podía deshacerme de él.

El jueves apareció mi madre por la oficina. De nuevo iba a ser tarde de compras, aunque en mi estado de tristeza y decepción no estaba muy animada, pero tuve que disimular ante el entusiasmo que ella le ponía.

—Mamá, aún me queda un rato para salir, si quieres espérame en la cafetería que hay abajo —le pedí. Mi intención era que aceptase y así poder concluir mi tarea, tranquila.

—¿No puedo esperarte aquí? No molesto.

Asentí, resignada, y ella se sentó en un pequeño sofá que formaba una especie de salita de espera, cerca de mi mesa.

A los cinco minutos, agobiada por lo que me esperaba, llamé a Boris y le pregunté si podía salir un poco antes y me dijo que no había ningún problema. Recogí mis cosas, apagué el ordenador y cogí mi bolso que guardaba en un armario que había detrás de mi mesa. De repente la atmósfera cambió, unos pasos me alertaron y me giré despacio, como a cámara lenta. La imagen de Oskar me impactó. Vestía un traje oscuro y una camisa azul de finísimas rayas con una corbata roja. Llevaba la americana sobre el brazo y una cartera de documentos en la otra mano. Se le veía cansado, unas marcas oscuras bajo los párpados lo delataban, eso me hizo saber que no dormía bien. Me quedé inmóvil. Esperé que terminara de acercarse, parecía que había ralentizado sus pasos. O era yo que lo veía a otras revoluciones, para no perder ni un detalle

de él. La mesa me tapaba, pero las rodillas empezaron a temblarme y temí que se escuchara un pequeño taconeo en el suelo por la vibración.

Sus ojos estaban fijos en mí, sin disimulo. No sonreía, me escrutaba con fijeza.

De reojo vi a mi madre levantar la cabeza de su móvil y observar la escena, ni siquiera se movió, supongo que intuía que iba a haber un pequeño choque de trenes.

Entonces ocurrió, llegó hasta mi mesa y se detuvo. Elevó la comisura de sus labios en una sonrisa bonita. Los ojos se le iluminaron y yo, literalmente, me derretí. Quise parecer profesional, pero supe que me ruboricé por el calor que me desprendieron de pronto las mejillas, y sonreí tímida. Por dentro estaba como un flan.

—Hola, Daniela, ¿cómo estás? —dijo con esa voz que me llegaba hasta el útero y removía mis entrañas.

—Bien, muy bien... No te esperaba.

El tiempo se detuvo. Ninguno de los dos se movió y nos estudiamos con los ojos. Ni yo estaba bien ni él tampoco, no podíamos engañar a nadie, pero era mejor disimularlo.

Por el rabillo del ojo noté movimiento, él también lo captó. Desvió la vista y se percató de que había alguien más. Casi me doy un tortazo en la frente, me había olvidado por completo de mi madre. Ella se había levantado de su asiento y estaba bastante cerca de nosotros. Él la miró y, tras un largo segundo, sonrió.

—Hola, soy Oskar Müller —se presentó—. No creo equivocarme, usted es la madre de Dani, no hay duda. Ella tiene sus mismos ojos.

Estiró su mano para saludarla y ella se la estrechó. Mi madre se sintió halagada con la frase y le correspondió con una sonrisa sincera.

—Pues sí, soy su madre. No hay mucha gente que capte ese detalle.

Me colgué el bolso y Oskar me contempló con sorpresa.

—¿Te vas ya?

—Sí, no sabía que regresabas —me justificué—. Boris me ha dado permiso. Voy con mi madre a un sitio.

—Si es problema, yo puedo esperar en la cafetería de abajo —intervino mi madre y lo interpreté como una forma de escabullirse—. Tal vez tienes que hablar con tu jefe.

—No, señora Ramos, no hay problema —contestó él y la miró a la cara—. Dani puede marcharse. —Se giró de nuevo hacia mí y añadió—: Si necesitas más tiempo mañana puedes tomártelo.

—Eva, mi nombre es Eva —puntualizó mi madre y la vi muy cómoda en la situación—. Creo que Dani no aguantaría otra tarde más como la que nos espera. Vamos de compras —y se rio.

—Creí que te gustaba pasear e ir de tiendas —dijo haciendo alusión a nuestro paseo en Zúrich. Sentí un pinchazo en el corazón al recordarlo.

—Y me gusta, pero es que no conoces a mi madre. No encontrará nada que le guste... a mi padre. Si por ella fuera iba de moderna, siempre.

Las dos nos echamos a reír de nuestra broma de familia. A mi madre le gustaba ir muy a la moda. A la hora de arreglarse tenía problemas porque a mi padre nada le gustaba, él era muy clásico, y ella quería ir al gusto de él, pero en su estilo. Darle ese capricho decía siempre. Una combinación extraña.

Mi madre, entusiasmada con la conversación, le contó que se iban de crucero. Como si eso lo explicara todo.

—Bueno, nosotras nos vamos —interrumpí de golpe—. Se nos hará tarde al final, mamá.

Oskar me cedió el paso y al cruzar por su lado su aroma me dio en toda la cara y lo único que pensé era en las ganas que tenía de besarlo. Trastabillé de los nervios y se me dobló un pie, por el tacón. Él fue rápido y me sostuvo.

—¿Estás bien? —preguntó con un susurro en mi oído. Me reflejé en sus ojos, esos aguamarinas que me encantaban y me incorporé rápido, su tacto me afectaba demasiado.

—Sí, sí... son los tacones. Vamos, mamá.

Agarré a mi madre del brazo y salimos de allí, con paso ligero.

Recorrimos algunas tiendas de Diagonal, pero al final fuimos a lo seguro y entramos en El Corte Inglés de *Francesc Macià*. A cada vestido que se probaba, me pedía que le hiciera una foto y se la enviara a mi padre. Al principio refunfuñé, pero fue un acierto porque así él pudo opinar y en dos horas tenía los tres trajes que buscaba, uno largo y dos de cóctel. ¡Increíble! Bendito *Whats Apps*.

Al salir fuimos a tomar algo. Creí que me había librado de la charla, pero nada más sentarnos en la mesa y que el camarero nos sirviera unos té con hielo, empezó con un comentario inocente.

—Se ve buena persona. ¿Habéis hablado?

—No, mamá. No creo que haya mucho de lo que hablar —respondí abatida—. Será mejor dejar las cosas como están. Es mi jefe y yo su asistente y pronto ni eso, se marchará a Zúrich, ocupará el puesto que lo espera y se olvidará de todo.

—No tiene mucho acento —señaló como si no hubiera escuchado nada de lo que acababa de decir—. ¿Cuándo se va?

—No sé —contesté molesta, me fastidiaba el tema, me entraban ganas de llorar—. ¿Podemos dejar de hablar de él? Necesito apartarlo de mi cabeza, mañana será un día duro.

—Tiene muy buena planta. La verdad es que no tiene comparación con Rubén. ¡Uf! —rio y continuó con su discurso—. No te mira como jefe. Te mira como un hombre mira a una mujer que le gusta —concluyó—. Si tu padre estuviera aquí y lo hubiera visto, te diría lo mismo. Además, ese hombre estaba deseando abrazarte, por no decir otra cosa. Si hasta yo he captado la tensión en el aire.

Se abanicó con su propia mano e hizo una mueca descarada de calor.

—¡Mamá! —exclamé y ella se carcajeó de nuevo y asintió tapándose la boca para no soltar la carcajada—. ¿No deberías decirme que es mi jefe y que me olvide del tema?

—¿Por qué? —preguntó con guasa—. Tú no quieres que te diga eso.

—No insistas, la historia está terminada.

—No creo, pero eres mayor para tomar tus decisiones. Yo solo quiero decirte que te apoyo en lo que decidas, tal vez me precipité en lo que te dije por teléfono. No estuve muy acertada y sé que lo estás pasando mal.

La conversación fue muriendo porque yo no estaba muy predispuesta a seguirla. Se hacía tarde y mi madre tenía que regresar a Sant Celoni, la acompañé al parking dónde había dejado el coche. Me acercó a casa y nos despedimos, pero antes me hizo prometerle que el domingo iría a comer con ellos, era su aniversario.

Capítulo 12

Ir de compras debería ser deporte olímpico. Agota tanto como hacer de turista.

Me metí en la ducha y no sé el tiempo que estuve bajo el chorro de agua. Salí con los músculos relajados y la cabeza más despejada, pero las mariposas que se habían despertado, al ver a Oskar, seguían pululando en mi estómago.

Me puse una camiseta de tirantes de la pantera rosa y unos pantalones muy cortos para dormir y me senté en el sofá a revisar el móvil. No encontré lo que buscaba.

No sabía qué pensar acerca de lo que me ocurría con Oskar. Me había sentido muy mal con su actitud distante y la forma que tuvo de decirme que yo era como las otras mujeres que podían pasar por su cama. Estaba dolida con su conducta y, sin embargo, me moría de ganas por saber de él. Su sonrisa me había vuelto a cautivar. Me reproché ser tan débil y me propuse ser más fuerte, no caer en sus brazos, nunca más.

Me preparé una ensalada de queso blanco y tomate, con orégano, para cenar. Si mi madre me viera me echaría bronca, pero el caso es que desde hacía días no tenía hambre; en cambio parecía adicta a la Coca-Cola Zero. Me alimentaba prácticamente con ella. Acabé rápido y me tumbé en el sofá a ver la tele. No me interesaba nada en particular, solo necesitaba algo que me hipnotizara y, si era posible, me adormilara, para que pudiera llegar el día siguiente e ir a trabajar. Allí lo vería y quizás la ansiedad que sentía disminuiría. Suponía que, si lo veía un día sí y otro también, poco a poco me iría desilusionando, porque cada día quedaría uno menos para que se marchara definitivamente y la inquietud que me perturbaba desaparecería.

El pitido de un mensaje me sacó de un sueño de angustia. Al final me había dormido y mi cuello se resentía por la mala posición. Cogí el móvil de la

mesa de centro y abrí los ojos de golpe al ver que era de Oskar. Me preguntaba si estaba sola y si podía venir.

El corazón me dio un salto, más bien hizo un triple mortal. Apagué el televisor. Me debatí durante un largo segundo si debía ignorarlo. No pude y respondí, nerviosa.

Sí y sí.

No había dejado el teléfono en la mesa otra vez cuando sonó el interfono. Era él. Abrí el portal y quise correr al baño para ver la pinta que tenía, pero en vez de eso retiré el plato y la lata de mi cena y lo llevé a la cocina. A los dos minutos picó con los nudillos en la puerta. Abrí y ahí estaba, vestido con tejanos, una camisa oscura y una americana, oscura también.

—No podía dormir —dijo a modo de saludo.

Me hice a un lado para que entrara y cerré la puerta. Me cedió el paso y me siguió hasta el salón.

—¿Qué hacías?

—Nada especial, me había quedado dormida en el sofá.

—Qué suerte —dijo con una mueca.

Le pedí que se sentara y le ofrecí algo de beber, aceptó una cerveza. Fui a la nevera y saqué la bebida, cogí una Coca-Cola para mí. Miré el reloj. Eran las doce y media, así que rechacé la idea de bebérmela, no quería que me quitara el sueño. Regresé al salón. Le di una copa y el botellín, pero bebió a morro. Me senté a su lado, sobre una pierna y él se recostó en los cojines. Observé que tenía una barba incipiente y su aspecto casando se había agravado.

—¿Desde cuándo no duermes? —pregunté en tono bajo.

—No sé, creo que desde hace bastante no consigo hacerlo más de tres o cuatro horas seguidas —respondió serio y dejó la botella sobre la mesa.

Eso no era nada bueno.

—¿Por qué no tomas algo? Un ansiolítico te iría bien.

—No, ya sé qué necesito. —Me miró a los ojos y sus aguamarinas se veían

sin brillo—. Lo siento, Dani, siento cómo me porté... me asusté.

Otra vez estábamos en ese punto en el que él me pedía disculpas por su comportamiento y yo acabaría perdonándolo.

—No entiendo qué pasó, yo... yo... —Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero las retuve. Tenía que decírselo, si se iba a marchar yo tenía que poder soltar lastre—. Ya sé que era solo sexo y que no había promesas ni exclusividad entre nosotros, pero yo rompí las normas.

—No, no, tú no hiciste nada —se inclinó hacia mí y preguntó con duda—. ¿Qué normas?

—Las de enrollarse con el jefe, la de no enamorarse —confesé como una niña—. Yo me enamoré, Oskar, y ahora tú te vas a marchar y estás aquí, no sé por qué. No entiendo nada.

Una lágrima traicionera se me escapó del lagrimal y él la limpió con su dedo y sonrió.

—Yo también te quiero, Dani. Eso es lo que descubrí aquel domingo. Me asusté de lo que me hacías sentir y quise alejarme.

Su confesión me pilló desprevenida y me dejó atónita.

—Ya puedes cerrar la boca, porque como te la cierre con la mía no voy a poder parar de besarte y tenemos que hablar.

No pude contenerme y me lancé a sus brazos que me recibieron encantados. Reía de felicidad y a la vez las lágrimas me picaban en los ojos. Al final fue mi boca la que cerró la suya y nos unimos en un beso catártico.

Me acurruqué en sus brazos y él estiró las piernas y las posó sobre la mesita de centro, cruzando sus pies.

—Lo primero que quiero que sepas es que no ocurrió nada de lo que has pensado con Úrsula —dijo muy serio, levantó mi cara con dos dedos y me miró a los ojos para que supiera que era verdad lo que decía, me dio un beso fugaz en los labios y continuó—. Ella me telefoneó el domingo, justo cuando te dejé en casa, y propuso adelantar la reunión. Fue insistente. Yo no estaba muy centrado y no seguí mi instinto de no precipitarme. Hablé con Boris y dijo que

podíamos hacer el acuerdo con condiciones y Raúl montó la reunión. Llegamos juntos porque me esperaba en el vestíbulo del edificio. Me propuso ir después a celebrarlo y le dije que no podría, que tenía que aclarar unos asuntos contigo. Creo que sumó dos y dos y por eso te provocó. Aquella noche cuando viniste a mi casa y la encontraste —dijo avergonzado—, fue la última vez que estuve con ella.

—Gracias —susurré—. Necesitaba saberlo para dejar de sentirme una mierda. ¿Pero entonces por qué me dijiste aquellas cosas? Me hiciste creer que estabas con ella.

—Me resistía a aceptar lo que sentía por ti, y pensé que siendo frío te alejaba de mí —confesó en voz baja—. Pero estos días he comprendido que estoy mejor contigo que sin ti.

Mi mente empezó a hilar ideas demasiado deprisa.

—¿Es que no vas a marcharte? —pregunté esperanzada.

—De eso quiero hablarte. Boris se empieza a hacer cargo de mis asuntos, sé que lo estás ayudando, pero vamos por partes. Antes de aclarar eso, quiero explicarte algunas cosas. Necesito que entiendas por qué he de irme.

Noté que no estaba muy cómodo, iba a ser una conversación difícil y yo no estaba muy preparada para abordarla. No sabía cómo íbamos a hacerlo si se iba. Me levanté y tiré de su mano, me pareció que bostezaba. Lo llevé a mi dormitorio, lo senté en la cama y se sacó los zapatos y los calcetines.

—Me encanta tu pijamita —dijo con burla y metió una mano por una de las amplias perneras y me manoseó el culo.

Se quitó la camisa y el pantalón y se estiró a mi lado. Se acomodó en el cabezal y yo me acurruqué entre sus brazos de nuevo y nos besamos con ternura.

—¿Sabes que aquella primera noche, cuando te acompañé a casa, me moría de ganas de ver tu habitación?

Miré a mi alrededor, no tenía nada especial. Muebles de madera de cedro y una cama con cabezal de forja blanca.

—Y yo me moría por otra cosa, pero ya sabemos que los dos nos quedamos con las ganas.

Nos reímos, me encerró en sus brazos y besó mi coronilla.

Empezó a contarme su historia, por alguna razón tenía la necesidad de explicarse. Su padre y su madre se conocieron en el negocio de su abuelo. En el Banco Müller que ya no existía. Se casaron y con el tiempo diversificaron los negocios, por lo visto su padre era hábil en eso. Invirtieron en tecnología y la empresa que crearon se convirtió en una de las más importantes del país. *Müller Technologie*. Al acabar la universidad él quería viajar, pero su padre le exigía dedicación a la empresa, empezaron a tener desencuentros y su padre lo amenazó con cortarle el grifo si no hacía lo que él pedía. Entonces se vino a España. Unos amigos de la universidad, Boris y Raúl, que conoció en un máster, querían montar algo y él participó en el proyecto. Su abuelo le prestó el dinero que necesitaba y se convirtió en el máximo accionista. Puso la condición de que una rama sería la competencia de la empresa de su padre. Al padre no le gustó nada y menos que usara su propio nombre. Al año, cuando empezaban a despuntar y tener su hueco en el mercado, su abuelo murió y su padre se deprimió mucho. Dividió su tiempo entre las dos empresas, viajaba cada mes de un lado a otro. Así llevaba ocho años.

—Es aburrido lo de la empresa, pero creo que mis problemas de sueño nacieron ahí —explicó—. Echo de menos a mi abuelo, mucho, pero más a mi padre. De lo único que me alegro es de que mucho antes de que muriera hice las paces con él. Me dijo que estaba orgulloso de mí porque por coraje levanté una empresa desde cero.

—Y Hilda, ¿qué pintó en tu vida? —pregunté curiosa.

—¿Hilda? —repitió, lo miré con las cejas levantadas y sonrió—. No se te escapa nada, ¿eh, pequeño duende? Fuimos novios después de la universidad, pero yo siempre estaba muy ocupado para llevarla a los sitios bonitos que ella quería y me pegaba unas broncas impresionantes. Me abandonó por otro, más rico que yo por aquel entonces y con más ganas de juerga, y ahora se están divorciando. Y Roger me enseñó que uno podía tener a la mujer que quisiera

sin tener que aguantarla.

—Vaya.

—No me entiendas mal, íbamos de juerga juntos y si alguna nos gustaba, pues... ya sabes, y después no solíamos repetir. Nada de novias.

Me acurruqué mejor y noté que él estaba más relajado. Incluso se le habían escapado más bostezos mientras hablaba. El reloj marcaba casi las dos. Era bastante tarde.

—¿Te importa si apago la luz? —le pregunté, intuía que si lo hacía él acabaría dormido.

Hizo un sonido gutural de asentir y se acomodó mejor en la almohada, me colocó de espaldas a él y se abrazó a mí. Nos tapé con la sábana y apagué la luz.

—No imaginas las ganas que te tengo —dijo y pegó su erección a mi trasero.

Agarré una de sus manos y la apreté contra mi pecho. Me quedé en silencio y al momento empecé a escuchar el sonido, cada vez más pausado, de su respiración. Solo cuando estuve segura de que se había dormido me dejé vencer, yo también, por el sueño.

Desperté unos minutos antes de las siete. Apagué el despertador para que no hiciera ruido. Oskar dormía junto a mí, muy pegado y se le veía tranquilo y relajado. Conseguí salir de la cama sin que se diera cuenta y me metí en el baño. Me duché con el menor ruido posible y me vestí en el salón. Le escribí una nota en la que le decía que me había ido a trabajar, que se sintiera como en su casa y que en la cocina encontraría café y otras cosas para desayunar. La dejé sobre mi almohada y salí de casa con una sonrisa tonta pintada en la cara.

Tomé un café con leche antes de subir a las oficinas y a las nueve en punto estaba en mi mesa con el ordenador encendido. Boris apareció diez minutos después.

—¿Está Oskar?

—No, no ha llegado aún.

—Qué raro. —Sacó su móvil e intuí que iba a llamarlo.

—¡No lo llames! —exclamé casi en un suspiro.

Él me miró sorprendido y alejó el dedo de la pantalla de su teléfono.

—¿Sabes algo que yo no sé? —preguntó con guasa.

—No, es que... Tiene problemas de sueño y tal vez no ha dormido bien y...

—Entiendo —dijo al borde de la carcajada—. ¿En tu casa o en la suya?

Lo miré extrañada, pero él levantó las cejas y supe que era absurdo ocultarlo, solté resignada.

—En la mía... pero no ha pasado nada, solo duerme.

Boris hizo algo que no me esperaba. Se me acercó y besó mi frente.

—Gracias por dejarlo entrar. Espero que ahora podamos descansar todos.

Me extrañó el comentario y más cuando dijo que llevaba unos días insoportables cargando de tareas a Luisa por email y que no había permitido que me dijeran nada.

A las nueve y media recibí un mensaje de Oskar:

He dormido muy bien, la cama es muy comfortable.

Me hizo reír, era más o menos lo mismo que yo le dije en su casa, en Zúrich. Me hacía un guiño a aquella ocasión.

Un segundo mensaje:

Estaré ahí en una hora, he de pasar por casa a cambiarme y coger una muda. Esta noche pienso repetir.

Acompañaba ese mensaje de un *emoticono* con una cara y un beso de amor.

No pude evitar sonreírme y quise compartir mi emoción con Anabel. Le escribí un mensaje en el que le pedía que se escapara y viniera a verme.

Al cabo de quince minutos la tenía allí.

—Ayer regresó Oskar —le dije con una amplia sonrisa—. Ha pasado la noche en mi casa.

—¿Me haces venir para contarme que has echado un polvo con el jefe? —

preguntó con burla—. ¿Pero has hablado antes con él?

—No ha habido polvo y sí charla.

Anabel puso cara de sorpresa y yo no pude esperar y le conté todo, estaba emocionada. Ella me abrazó, pero me dio qué pensar. Dijo que las relaciones a distancias son muy duras y acaban rompiéndose. Ese tema me tenía preocupada. Entendía que él tuviera que marchar y hacerse cargo de su empresa, pero iba a dolerme mucho estar separados. No quise pensar cómo lo íbamos a hacer, aunque si él viajaba a menudo, yo también estaba dispuesta a hacerlo y así, tal vez, podríamos seguir con la relación. Pretender que la distancia no nos afectará era auto engañarme, ahora lo sé, pero entonces estaba en mi nube de color rosa y no podía verlo.

Anabel se alegró por mí, pero intuí que algo le pasaba, su cara la delataba.

—¿Y tú? ¿Tienes algo que quieras compartir?

La mueca que me puso fue de puro asco.

—¿Compartir? No quiero contagiarte mi mala leche —dijo, pero rápido su expresión se tornó risueña—. Te juro que cuando estemos en Ibiza me voy a pegar unas fiestas que harán historia en la isla.

—¡Ibiza! —Era el momento de decir algo al respecto—. Verás, no sé si mis vacaciones coincidirán con las tuyas y...

—No digas más —me cortó—, quieres ir con el raro.

—No te pases —le di un empujón y me reí—. Me gustaría hablarlo con él, se va a ir pronto y quiero pasar la mayor parte del tiempo con él. ¿Y Pablo?

—¿Qué pasa con él?

—No sé, parecía que la cosa pintaba bien, ¿no?

—Tú lo has dicho, parecía —confesó resignada—. Viaja bastante y no lo veo lo que quisiera. Este *finde* está en Madrid.

Bueno, eso era una pista, la cosa iba por ahí.

—¿Quieres hablar del tema?

—En otro momento, ahora estoy ocupada y tú también —declaró y miró hacia las personas que se acercaban y exclamó —: ¡Joder, debería estar

prohibido estar tan bueno!

Me reí por su comentario. Boris y Raúl venían en dirección a nosotras, pero no supe a cuál de los dos se refería. Lo cierto es que parecían sacados de un anuncio de trajes caros. Preguntaron por Oskar, les aclaré que estaría en media hora y Raúl dijo que mientras llegaba iría adelantando algunos asuntos y se fue de nuevo, pero Boris se quedó con nosotras.

—Te presento a Anabel, Boris, es amiga mía. Trabaja en administración — comenté risueña ante la mirada que le dedicó. Me dirigí a ella—. Él es el socio que estaba en Madrid.

Anabel no se cortó, le dio un repaso descarado, como él había hecho con ella, y dijo que se tenía que marchar. Ni siquiera le dio opción a Boris a decir nada.

—Vaya con tu amiga, ¿de qué va?

—De nada, es un encanto —dije extrañada.

Se fue en dirección a su despacho algo desconcertado, creo que no estaba muy acostumbrado a que lo dejaran con la palabra en la boca.

No sé qué hacía, pero tecleaba algo en el ordenador, muy concentrada, cuando el ambiente se llenó de él.

Levanté la vista y allí estaba Oskar. Se acercaba despacio como un depredador acechando a su presa. Vestía impresionante, con un traje gris plata y camisa blanca con una corbata en gris claro. No tenía rastro de las ojeras del día anterior y su cara lucía relajada, con una sonrisa pícaro en los labios. Me hubiera lanzado a sus brazos, pero me contuve. Lo acompañaba Raúl, que le mostraba unos papeles. Sin embargo, él solo me prestaba atención a mí.

Se detuvo frente a mi mesa y Raúl chocó con él.

—Hola —articuló con voz profunda.

—Hola, buenos días. —Sonreí y él me dedicó una mirada intensa.

Ninguno dijo nada más y Raúl nos observó con extrañeza, mientras nos devorábamos con los ojos.

—Ahora vuelvo —se excusó el amigo. No sé si quería dejarnos solos o

había olvidado algo, pero salió casi disparado en dirección al pasillo de su despacho. A mitad de camino se detuvo y alzó la voz—. Iré a por Boris. Tienes diez minutos, Müller.

La risa de Raúl resonó en el pasillo.

Oskar sonrió con malicia y tiró de mí hacia su despacho. Me aprisionó tras la puerta y se apoderó de mis labios. Fue un beso apasionado, incendiario e indecente. Su lengua atrapó la mía con hambre y yo respondí con las mismas ganas. Al separarnos los dos jadeábamos.

—Te he echado de menos al despertar —susurró y me besó el cuello—. He dormido muy bien, de tirón.

—Será el efecto del colchón —dije con burla y él me mordió en la clavícula y solté un gritito.

Sus manos recorrieron mi cuerpo y se pegó más a mí.

—Tengo ganas de ti —susurró en mi oído y me hizo gemir al chupar el lóbulo.

Su lengua lamía mi cuello y buscó con desespero de nuevo mi boca y yo no pude resistirme a sus besos. Me colgué de su cuello y me dejé llevar. De pronto sentí sus dedos en la cara interna de mis muslos y no tuve duda de lo que buscaba.

—Oskar, no —detuve su avance—. Estamos en tu despacho —gemí al notar que cruzó la barrera de mis braguitas y recorría con descaro mis pliegues—... Pu...pueden entrar.

—¿Y eso te excita?

—No... me excitas tú.

—Eso me gusta porque tengo planes.

—¿Qué planes? —suspiré al notar que un dedo resbalaba en mi interior.

—Esta noche en tu cama y el resto del fin de semana en la mía —dijo sobre mis labios sin dejar de hacer fricción en mi sexo. Movié los dedos una y otra vez dentro de mí. Era placentero y muy excitante y deseé estar tumbada en el *chester* con él encima y hundido dentro de mí. Se pegó a mi cadera y pude

notar su erección que palpitaba—. Quiero esa boca de pecado y follarte mil veces, de mil maneras distintas. Quiero que sea mi lengua la que te haga gritar.

—Oskar...

—Lo sé, pequeña, te encanta.

Sus palabras me volvían loca y su mano experta me hacía gemir cada vez más alto. Me tapé la boca con una mano y él sonrió.

—Dámelo —dijo a la vez que yo dejaba libre mis labios para estrellarme en su boca. Se comió los gemidos de mi placer, al estallar.

Sacó su mano de entre mis muslos y me sujetó. Las rodillas me temblaban y mis piernas parecían de gelatina. Lo miré extasiada.

Entonces volvió a besarme. Despacio, sin prisa, lleno de ternura e intimidad. Fue el broche perfecto para un orgasmo.

—Va a ser un día largo —alegó con humor al separarse de mí. Miré hacia el bulto de sus pantalones y se lo acaricié con descaro. Pero él soltó con una musiquilla—. No me ayudas.

Nos metimos en el baño, se lavó las manos y salió. Yo necesité recomponerme un poco. No sé qué fijación me había entrado con el maldito sofá, pero nos imaginé allí, tumbados, prodigándonos mimos y haciendo planes de futuro. De pronto me atraganté. ¿Qué futuro teníamos? Él se marchaba y ni siquiera sabía cuándo.

Al salir escuché que hablaba por teléfono, en alemán, y miraba por los ventanales. Me dirigí a su mesa y encendí el ordenador. Revisé su agenda. Tenía un día muy completo, casi todo eran reuniones entre los tres. Al colgar se me acercó y se sentó en su sillón.

—Señorita Ramos, no vuelva a provocarme en todo el día —propuso muy serio y yo exploté en una carcajada.

Me senté en el sillón que había tras su escritorio, era mejor poner algo de distancia entre él y yo para no acabar sentada en su regazo. Me dijo que hiciera una lista con todas las funciones que yo hacía y los proyectos que teníamos abiertos, así como todo lo que había pendiente. Aquella demanda

parecía una auditoria del puesto.

Alguien picó en la puerta y abrió de repente.

Raúl y Boris entraron, hablaban entre ellos, y al vernos sentados uno a cada lado del escritorio y yo tomando notas, se dirigieron hacia la mesa de reuniones que había en un lateral y se sentaron. Oskar se les acercó y me hizo un gesto. Entendí que quería quedarse a solas con ellos. Les sonreí y les comuniqué que estaría en mi puesto.

Capítulo 13

Fue un día largo y extraño. Al salir me fui directamente a casa y él no se hizo esperar. Cuando abrí la puerta, Oskar me sonrió con una mezcla de mueca tensa y canalla. Me atropelló con su cuerpo, rodeó mi cintura con un brazo y me levantó para besarme, a la vez que soltaba en el suelo la bolsa que llevaba en la otra mano. Cerró la puerta de un puntapié y me besó, desesperado. Llenó mi boca con demanda y apremio al tiempo que me inmovilizaba entre sus brazos. Había un punto salvaje en aquel beso y supe que sería el prelude de algo intenso.

Nuestras lenguas se enzarzaron en un baile sensual, húmedo, picante. Caminó conmigo enredada en su cintura. Empezó a molestarme la ropa interior, igual que la falda y la blusa. Oscar tenía ese efecto en mí, hacía que me sobrase la ropa que llevaba. Los zapatos cayeron al suelo en un sonoro golpe. No tuve que indicarle nada, me llevaba al dormitorio, pero se detuvo en el pasillo y me apoyó contra la pared. Sus labios reptaron por mi cuello y bajaron a mis pechos, los chupó por encima de la tela y sentí cómo se rozaban mis pezones con el encaje del sujetador. Me movió sobre él, me frotó con su erección palpitante y gemí al darme justo en el centro de mi placer.

Lo que siguió a aquel momento fue apresurado. Me dejó en el suelo y me dio la vuelta con brusquedad. Colocó la palma de mis manos en la pared, tiró de mis caderas hacia él y se pegó a mí. Besó la nuca, apartó el pelo y lamió mi cuello con urgencia. Acarició mi espalda y llevó sus manos grandes hacia mis pechos, que lo esperaban hinchados. Los apretó con ganas, al tiempo que restregaba su bragueta en mi trasero. Aventuré una mano entre nuestros cuerpos, lo encontré duro como una piedra. Recorrí con mis dedos su longitud que se apretaba bajo los pantalones.

—Me tienes loco, solo pienso en estar dentro de ti —susurró en mi oído y me hizo gemir solo de escucharlo—. No te vas de mi cabeza ni de día ni de

noche.

Subió mi falda hacia arriba y sentí cómo tiraba de mis braguitas hacia abajo, me moví un poco para que cayeran al suelo. Apenas tuve tiempo de salir de ellas cuando ya se había abierto el pantalón y rozaba su dura erección contra mis nalgas.

—No aguanto más, Dani. Me tienes encendido desde esta mañana — murmuró y su voz delataba ese deseo que nombraba—. El primero de la noche va a ser aquí.

Se deshizo de su americana, que tiró al suelo de cualquier forma, y yo me quité con rapidez la blusa. Giré mi cara buscando su boca y mordió mis labios. Su lengua volvió a invadirme y a arrasarme todos los rincones. Me arqueé para facilitarle el acceso. Mi piel ardía al sentir sus dedos acariciarme, gruñó al notarme húmeda y preparada. Sus manos se agarraron a mis caderas y me levantó un poco, lo justo para poder encajarse, y me penetró de golpe. En un instante me sentí llena. Estaba tan mojada que se coló en mi interior con facilidad.

Noté todo su cuerpo pegado al mío y sus manos ancladas en mis caderas como garras. Sus penetraciones fueron duras, exigentes, casi animales. Tuve que agarrarme a la mesa decorativa para no caer al suelo. Empecé a gemir y a respirar fuerte y eso lo incitó más. Dominó mi cuerpo como quiso. Yo respondía a sus envites y lo buscaba para fundirme en él. Era consciente de toda la pasión que nos estaba arrastrando a aquel momento de desesperación en el que nos entregábamos el uno al otro. Me flexioné y arqueé para darle mejor acceso y noté más profundidad, le animé a seguir entre gritos lujuriosos. Era un polvo salvaje.

Sus inspiraciones aceleradas lo hacían jadear en mi oído y sentirlo así, tan excitado, me removió las entrañas.

—¿Te gusta?

Un quejido lastimero salió de mí. Me encantaba aquella forma que tenía de poseerme. Nunca lo había hecho así, con aquel desespero. Como si fuese la última vez en nuestras vidas.

Besó mi cuello y repartió pequeños mordisquitos por la fina zona debajo del lóbulo que me erizó la piel. Era incapaz de controlar los suspiros sensuales que cada vez se me escapaban más altos.

—Sí, joder —susurró morboso—. Me encanta escucharte. Siénteme. ¿Sientes cómo me tienes?

Nos precipitábamos al abismo. Nuestros jadeos llenaban el pasillo y retumbaban en las paredes en una cacofonía sensual que creaba una música especial, al unirse el choque de nuestros cuerpos.

Era un polvo rápido, los dos lo sabíamos y lo necesitábamos. Grité al sentir que el orgasmo me atravesaba.

—Eso es, Dani, dame lo que quiero.

Gemí como una loca, como en esas películas porno en las que la mujer grita y parece que la están matando. Él dijo cosas incoherentes en mi oído y se dejó ir en un alarido de placer que retumbó en los altos techos de toda la casa. Estoy convencida de que lo escuchó medio vecindario.

Caímos exhaustos al suelo y entonces me retorcí sobre él y lo besé con toda el ansia que tenía.

—Primer asalto, pequeña —dijo al recuperar la respiración.

Se colocó el pantalón y fuimos al baño. Acabamos metidos en la ducha entre miradas cómplices y besos húmedos, pero a pesar de sus quejas y de que me tenía cardíaca con sus besos y sus caricias, no repetimos. Estaba exhausta y quería reservarme para una larga noche. Nos vestimos con ropa cómoda, yo un camisón corto y él unos tejanos que sacó de su bolsa.

Fuimos a la cocina. Le propuse algo de cenar, carne o pescado a la plancha con verduras, pero prefirió una pizza que vio en el congelador. Encendí el horno y le ofrecí algo de beber. Registró la nevera y sacó dos cervezas, pero yo dije que no con el dedo y me cogí una Coca-Cola Zero.

Se apoyó en la encimera y me observó mientras desembalaba la pizza y la colocaba en una bandeja del horno. Era de champiñones. Lo miré de reojo un par de veces. No se me iba de la cabeza que teníamos una conversación pendiente y temía ese momento.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema —contesté con la voz baja y sin mirarlo.

Dejó pasar unos segundos en los que no fui capaz de dejar de hacer lo que hacía, como si aquello, romper la caja de cartón y meterla en la basura, fuese lo más importante del mundo.

—Lo sé. Tenemos que hablar —dijo al final.

De pronto me asusté. Lo que no se dice no existe, ¿no? Y en aquel instante no quería que nada enturbiara el momento entre nosotros.

—Mañana, ¿vale?

Me miró serio y asintió. Estiró su mano para que se la tomara y al hacerlo dio un tirón seco y caí en su pecho. Me quitó la pinza que llevaba en el pelo y lo recogía en un moñete y hundió sus manos entre los mechones. Dijo que le gustaba suelto.

—Hoy no te he dicho todavía que te quiero —susurró y sus aguamarinas se clavaron en mis ojos marrones—. He descubierto que me gusta decírtelo.

—Y a mí escucharlo.

Nos besamos una y otra vez como si nos probásemos. Sabía a cerveza fresca. Enredé mis brazos por detrás de su cuello y él rodeó mi cintura con los suyos. Nos pegamos y rozamos y acabamos suspirando.

—Tengo hambre —susurró travieso.

—No seas impaciente —le reñí—. La pizza estará en cinco minutos.

—De ti. Tengo hambre de ti —replicó con una sonrisa pícaro.

—Voy a tener que enseñarle la primera lección, señor Müller.

—Enséñame lo que quieras, aprendo rápido. Pero dime, ¿cómo te gusta más?

Besó la punta de mi nariz y me hizo reír.

Me tenía sujeta por la cintura y me miraba con fijeza, sus ojos brillaban y se oscurecían. Me pensé la respuesta y me miró impaciente.

—Me gusta como lo hemos hecho, con frenesí y un punto salvaje —dije pícaro y me rocé con él, me besó el cuello y me apretó a su cuerpo—. Pero

también me gusta como me lo hiciste en tu casa, lentito, sin prisa.

—Quería dártelo todo, hacerlo lento, muy lento, para que me sintieras.

Nuestras bocas se buscaron y compartimos un beso íntimo que nos fue encendiendo. El timbre del horno nos avisó de que la cena estaba lista.

—Salvada por la campana — murmuró sobre mis labios y me soltó —. Ya sabía yo que eras una dulce fierecilla.

Me hizo reír, me volteé y me acerqué al horno. Saqué la pizza, la corté en unos triángulos pequeños y la puse en una bandeja redonda y rocié un poco de aceite de oliva por encima. Cogí el servilletero y él, nuestras bebidas. Lo colocamos todo en la mesa de centro del salón, frente al sofá y el televisor.

Le pregunté cómo le había ido el día. El mío había sido intenso con las tareas que me había encomendado. Me reí al decírselo, porque me escribía e-mails o mensajes desde las reuniones en las que estaba, cargados de doble sentido, en algunas ocasiones, pero me sorprendió al decir que no quería hablar de trabajo. Era nuestro tiempo. Aunque fue inevitable comentar algunas cosas.

Estaba sentada sobre una pierna y apoyada con mi hombro en el respaldo del sofá, él en la esquina apoyaba su brazo sobre los cojines y sus dedos jugaban con un mechón de mi pelo. Con su pie descalzo tocaba el mío. Eran gestos inconscientes, caricias sin darnos cuenta.

—No tengo postre —dije de pronto—. Pero puedo ofrecerte una copa, si quieres.

—Me encantará lo que me ofrezcas —respondió seductor.

Me levanté muy coqueta y dispuesta y fui hasta el mueble bar. Saqué dos copas balón que me había traído de El Ruedo y una botella de *Bombay Sapphire*

—Te voy a preparar un *gin tonic*, clásico, sin pijadas.

Me siguió hasta la cocina y se apoyó en la encimera a observarme. Saqué unos hielos del congelador, de esos grandes y cuadrados que venden en el súper, y unas limas. Llené las copas con bastantes cubitos y las giré sobre sí

mismas para que se enfriaran las paredes internas. Al ver que ya se notaba la condensación en el cristal me aseguré de que el hielo no había soltado agua. Regué los hielos de cada copa con la Bombay y fui generosa, pero sin pasarme. No quería echar a perder el combinado por excederme. Corté cuatro pedazos de piel de la lima, en tiras, y ante su atenta mirada, dejé caer dentro unas y exprimí las otras sobre el hielo. Luego las pasé por el borde de cada copa.

Me hubiera gustado tener otra tónica que aportara toques cítricos, pero me conformé con la *Schweppes* que tenía. Saqué una cucharilla de espiral del cajón de los cubiertos y la clavé con suavidad en el hielo de una de las copas. Fui vertiendo la tónica por ella, dejando que resbalase como si fuera un tobogán. Luego repetí la misma operación con la otra copa.

Cuando las tuve servidas, le entregué una. Fue a probarla y lo detuve, le pedí que la dejara reposar unos segundos. Tiré de su mano y lo llevé de nuevo al sofá, y allí sentados probamos el *gin tónico* a la vez.

—¡Perfecto! —exclamó orgulloso—. Me has impresionado.

Lo fuimos bebiendo entre arrumacos, palabras susurradas y besos cortos. La televisión estaba encendida, pero ninguno le hacía caso. Oskar la apagó cuando la música de los anuncios se hizo estridente. Tras esa primera copa, preparé otras dos, pero más suaves. Acabamos bebiendo los dos de la misma.

—No sabes cuánto me pone verte servirme un copazo como este con ese camión tan corto y escotado —dijo y hundió su lengua húmeda del gin en mis pechos.

—¿Ah, sí? —respondí seductora y con ganas de ser mala—. Pues a mí me pone mucho verte desnudo.

Me miró provocador, se levantó, se deslizó los tejanos por las piernas y se los quitó. No llevaba ropa interior debajo. Se quedó delante de mí como el David de Miguel Ángel, pero con la bandera levantada. Se acarició sin dejar de mirarme y un espasmo me recorrió la entrepierna.

—Eso me pone más. —Bebí un gran sorbo de la copa y se la pasé, él también bebió.

Cogí el otro *gin* de la mesita y vertí un poco sobre su miembro erecto, lo miré provocadora y paseé mi lengua por su longitud, lamí el *gin tonic* que empezaba a gotear y repetí la acción, después de dejar la copa en la mesa. Soltó un suspiro, se agarró la erección y la acercó a mis labios. La tanteé con la punta de la lengua y dejé que resbalara hacia el interior de mi boca. Entonces succioné, lamí y chupé con ganas. De pronto era lo que más me apetecía en el mundo.

Inicié un ritmo lento, la entraba y sacaba y la envolvía con mi lengua jugando. Él retiró el pelo de mi cara y se balanceó un poco embistiendo mi boca en un movimiento controlado. Sus gemidos iban en aumento y me animaba escucharlo. La acaricié con mis manos, la metía muy profundo y la sacaba para poder respirar.

—Sigue así, no pares.

Alcé mis ojos hasta él y vi que tenía los suyos cerrados, con la cabeza un poco hacia atrás y el labio inferior atrapado entre sus dientes. Era la viva imagen del placer y eso me avivó. Me esmeré en mi tarea, di pequeños mordisquitos a la fina piel y empezó a jadear alto.

—Joder, más...

Repetí sin dejar de meterla en mi boca, succionar, acariciarla y envolverla con mi lengua lujuriosa. Su respiración se aceleró y me preparé para sentir su orgasmo. Entonces salió de mí, se la agarró con prisa y la friccionó con rapidez con la mano sin dejar de mirarme. El líquido blanco salió disparado e hizo un charco en el suelo. Ese gesto me encendió por completo. Nunca había presenciado algo igual.

Me levanté de un salto del sofá y él me agarró por la cintura y me besó con fuerza. Caímos los dos otra vez sobre los cojines, sin dejar de besarnos.

—Siento la guarrada —dijo con una sonrisa traviesa—. No quería ensuciar tu sofá.

Solté una carcajada y caí sobre su pecho y él mordió mi cuello en represalia.

Se quedó relajado, apoyado en los cojines y entrecerró los ojos.

—Hora de dormir —dije y tiré de él.

Refunfuñó mientras íbamos hacia el dormitorio. Nos tumbamos uno junto al otro y cayó dormido en cero coma tres segundos. Yo tardé un poco más.

Cuando me desperté dormía plácido y relajado. En la madrugada habíamos tenido otra sesión de sexo alucinante en la que caímos vencidos y saciados. Pero ahora tenía hambre y pensé en hacer unas tostadas y un buen café cargado. Busqué mi camisón en el suelo y me lo puse. Salí sin hacer ruido del dormitorio y me asecé en el baño del pasillo.

Antes de preparar el desayuno, limpié en el salón los restos de la noche, y llevé las copas al fregadero. Cuando tuve los cafés, los coloqué junto a unas tostadas con mantequilla y mermelada en una bandeja y la llevé al dormitorio. Oskar continuaba dormido, pero al dejarla sobre la mesita se despertó.

—¿Eso que traes es café? —preguntó adormilado—. Me muero por uno bien fuerte.

Me senté a su lado. Se acomodó en el cabezal y le pasé una taza y una tostada preparada. Negó a la tostada y dio un buen sorbo al café mientras yo lo miraba como una boba.

—Ahora ya soy persona —dijo y me atrajo hacia él. Yo me bebí rápido mi café con leche y me acurruqué entre sus brazos. Le ofrecí un mordisco de una tostada que tenía en la mano y entre los dos la comimos—. ¿Qué prefieres primero: charla o sexo?

Solté una carcajada.

—¡Qué pregunta! Está claro que sexo.

Oskar no se saciaba nunca y, al parecer, yo tampoco, porque no puse ningún impedimento a sus planes. En un segundo me tenía bajo su cuerpo y su boca se perdía entre mis pechos y me llevaba con él al paraíso.

Compartimos una ducha casta. Mientras se afeitaba yo me sequé el pelo. Me gustó aquella sincronía en nuestros movimientos, como si hubiéramos compartido el espacio íntimo toda la vida. Pensé en mis padres, el domingo celebraban su treinta aniversario de bodas. Todo un reto.

Nos vestimos cómodos, tejanos y camisetas, y ambos nos quedamos descalzos. Cambié las sábanas de la cama y para mi sorpresa me ayudó, aunque cuando estaba casi hecha se tumbó encima y me atrajo con él.

—Tenemos una charla, señorita.

Asentí, me daba cierto temor nombrar lo que iba a pasar entre nosotros, pero así podría mentalizarme mejor.

—Tú primero —le dije con una sonrisa forzada—. Yo no tengo mucho que decir.

—Claro que sí, lo que tú digas es muy importante, pero es cierto, empezaré yo. —Se recolocó y me miró a los ojos, yo me senté sobre mis piernas, de costado y me apoyé en el cabezal—. Ya sabes que tengo que regresar a Zúrich. Mi madre se ocupa de la dirección con otros directivos y ahora Heidi, pero he de volver y asumir mi responsabilidad al cien por cien. Cuando nos vio juntos en mi casa entendió por qué yo aún no había cedido la dirección a Raúl y Boris. Después de lo que pasó, regresé para pedirle más tiempo, pero solo puedo quedarme dos semanas más. El cuatro de julio debo asumir la dirección de la empresa porque ella se jubila.

Tragué saliva al escucharlo, teníamos muy poco tiempo. Iba a decir algo, pero él me puso los dedos en los labios y me pidió que le dejara continuar.

—Sé que podrás dirigir el departamento, Boris y Raúl también lo saben y confían en ti tanto como yo.

—¿Quieres que ocupe tu lugar?

Me miró serio y en mi estómago los nervios se me retorcieron como un pellizco.

—No. Lo que yo quiero es hacerte otra oferta. Has puesto mi mundo al revés. Quiero que vengas conmigo a Zúrich, que vivamos juntos. Allí podrás trabajar en Müller, si quieres, o en otro lugar, pero estaremos juntos. Sé que no entraba en tus planes y es precipitado, tienes dos semanas para pensarlo. Pero mientras tanto quiero que te quedes en mi casa. No me quiero separar de ti.

No supe qué decir, me impactaron sus palabras. Pero sentí alivio porque él tampoco quería una relación en la distancia.

—¿No sabes qué decir o no tienes nada que decir?

—Oskar... no me esperaba algo así. Me pides que lo deje todo por ti.

—Soy egoísta —confesó—. No quiero dejarte aquí y que aparezca el tipo aquel de la moto o cualquier otro y te seduzca. Te quiero conmigo, has hecho que te necesite. Mírame, ya no soy capaz de dormir solo —bromeó y rompió la tensión que se había creado.

—Tú también has puesto mi vida al revés y sé que eres el amor de mi vida, contigo soy feliz.

Me miró como si no existiera nadie más para él y me besó con suavidad en los labios. Cuando me dedicaba una mirada de aquellas mi cuerpo temblaba del amor que sentía.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté con vacilación y él me dedicó una sonrisa resignada—. Entiéndelo, Oskar, mis padres están aquí, lo dejaría todo, pero no quiero perderte. Tal vez yo podría viajar a verte y tú, también.

—Sí, es cierto, ¿pero eso hasta cuándo? No quiero una relación a distancia y creo que tú tampoco —me abrazó y dijo con cariño—. Pequeña, piénsalo, danos la oportunidad.

—Te prometo que lo voy a pensar, yo también quiero estar contigo.

Nos quedamos allí abrazados, cada uno inmerso en sus pensamientos, hasta que el sonido de su móvil rompió el silencio incómodo que se había creado.

Se levantó, al tiempo que lo cogía de la mesita. Lo escuché hablar con Boris y reír sobre algo que su amigo le decía y eso me animó. La tensión se había roto, pero una brecha se había abierto en mi corazón. No quería elegir y alejarme de mis padres, mis amigos, Anabel. Pero tampoco quería estar lejos de él. Estaba hecha un lío.

Me levanté de la cama y me hice una cola alta frente al espejo de la cómoda. Oskar se me acercó con el teléfono pegado en su pecho, como si así tapara el micrófono y me preguntó bajito.

—Boris nos invita a salir esta noche, dice que si llamas a tu amiga.

—¿A Anabel? —me sonreí, Boris iba directo—. Vale, si tú quieres salir.

—Pienso devorarte al llegar a mi casa, no creas que romperé mis planes — murmuró en un susurro y me mordió el cuello, algo dijo su amigo y él respondió—. Eres un cabrón, Boris, eso no te incumbe... Sí, pesado, la llama en un momento... De acuerdo, allí nos vemos.

—¿Le interesa Anabel?

—Eso parece.

—Pues ella sale con Pablo.

—No creo que Boris sea celoso —dijo y solté una carcajada.

Llamé a Anabel y le propuse salir con los amigos de Oskar. Estaba bastante aburrida y aceptó muy rápido.

—Mañana es el aniversario de mis padres —comenté al colgar, me sentí en la obligación de decírselo. No pasaríamos el domingo juntos—. He de ir a comer con ellos.

—¿Puedo ir yo también?

—¿Quieres venir?

—Cariño, te acabo de pedir que vengas a vivir conmigo, ¿no crees que debería conocerlos y ellos a mí?

Me atraganté por lo que acababa de decir.

—Vale —levantó las manos en un gesto defensivo—. Si no quieres, no voy.

—No es eso, claro que quiero —confesé sonriente—. Es que no me acostumbro a que me llames cariño.

—Cariño, acostúmbrate.

—Señor Müller, así no ganará puntos.

—Ya sé cómo ganarlos y esta noche me suplicarás que tenga piedad de ti.

Levantó las cejas en una mueca traviesa y se abalanzó sobre mí en un claro intento de devorarme la boca. Yo se la ofrecí gustosa.

Preparé una bolsa con un par de mudas y la ropa que iba a ponerme a la noche. Un vestido negro, ajustado y seductor, que me traía muy buenos recuerdos de Madrid, con unos súper tacones. Luego salimos de casa, de la mano, en dirección a la suya.

Comimos en un restaurante del puerto y dimos un largo paseo por la zona del *Maremágnum*. Me contó que Heidi había demandado a Klaus y se estaba revisando el proceso por la ocultación de las acciones y propiedades. Pero el exmarido le había pedido que no siguiera adelante con la denuncia y le había cedido, en señal de buena voluntad, la casa de Múnich. Por lo visto reconocía su error y estuvo conforme con revisar lo económico. Ella quería aceptar el trato. Su hermana estaba tramitando la venta de aquella casa. No quería regresar a Alemania, sino vivir en Zúrich, cerca de él y de su madre, y le había pedido que no hundiera a Klaus ni a su empresa. Heidi tenía buen corazón, pero él no tanto. No olvidaba lo que le había hecho a su hermana.

—No puedes luchar las batallas de otros —repliqué.

—Es mi hermana, por su culpa perdió a su hijo y la dejó sin nada, la humilló.

—Pero si ella te pide que lo dejes en paz, deberías escucharla, su razón tendrá.

—La venganza es un plato que se sirve frío —dijo con rabia—. No sabes las ganas que le tengo, casi la pierdo por su culpa.

—El rencor no sirve de nada —afirmé y lo creía así—. Rubén se llevó mi dinero y se lo gastó en coca y no lo denuncié, nunca iba a recuperarlo. Además, salió algo bueno de aquello, te conocí a ti. Por cierto, ¿dónde vamos esta noche? He de quedar con Anabel.

—Podemos recogerla, hemos quedado en El Ruedo, una discoteca del *Eixample*, pero podemos cenar antes.

—¿El Ruedo? —pregunté casi asustada—. Pero allí... yo... era allí dónde yo trabajaba.

Me miró con cara de sorpresa y tardó unos segundos en comprender.

—Llamaré a Boris y le diré que no vamos —cogió su móvil y cuando iba a marcar lo detuve.

—No, está bien, no pasa nada.

Capítulo 14

Oskar me había dejado sola durante un par de horas, dijo que tenía que resolver unos asuntos y me quedé en su casa, merodeando más que descansando. Sabía muy bien cómo iba a vestir esa noche. Me vestía para mí y para mi chico, pero no podía quitarme de la cabeza aquella frase: *La venganza es un plato que se sirve frío*.

«Te vas a enterar si nos vemos, Rubén».

Cuando Oskar llegó me encontró tumbada en su inmenso sofá blanco, adormilada.

—Cariño, ¿estabas dormida?

—Casi, cariño —contesté entre risas. Él se tumbó encima de mí y hundió su cara en mis pechos.

—Te he echado de menos, ¿y tú a mí?

—Un poco. Me he aburrido

—¿Solo un poco? —Se acomodó y pude sentir cómo se excitaba—. ¿Seguro que no has registrado en mis cajones? Podrías haberte entretenido en eso. Lo que hay es nuevo, lo compré para ti.

Me ruboricé en el acto, él esbozó una sonrisa pícara y se incorporó. Me sentí vacía de su tacto. Me gustaba mucho este nuevo Oskar, cercano y que buscaba siempre tocarme.

—Como quiero ganar puntos contigo, te he comprado una cosa.

Abrí mucho los ojos y él me besó el cuello.

—Pequeña, quiero darte una cosa que solo tú y yo sepamos qué significa —dijo y se levantó. Cogió un paquete que había sobre la mesa del salón y regresó al sofá—. Eres algo así como mi primera vez. —Eso me hizo reír—. Nunca he sentido lo que tú has despertado en mí. Te quiero y me quieres. No sé qué pasará con nosotros, pero hoy, ahora, esta noche, estamos juntos y esto es solo una prueba de mi amor.

Me dio una caja cuadrada, roja. Lo miré nerviosa, aquello tenía pinta de ser algo muy caro. Para mi tranquilidad no parecía un anillo, pero así y todo iba a necesitar un seguro para llevar lo que había allí dentro.

—No seas cobarde, ábrelo de una vez.

Levanté la tapa con temor, como si de dentro fuera a salir una serpiente y cuando la caja estuvo totalmente abierta me quedé sin palabras. Era un brazalete de oro rosa.

—Por Dios, Oskar, ¿estás loco? Esto es demasiado —exclamé y mis manos cubrieron mi boca.

—¿Pero te gusta? —preguntó tan tranquilo, como si fuera una baratija.

—Claro que me gusta, pero yo jamás he llevado algo así... Es... es impresionante. Nada menos que de Cartier.

Lo abracé emocionada y él me besó con tanta dulzura y ternura que me derretí en sus manos y sin darme cuenta estaba debajo de su cuerpo.

Nos encontramos con Raúl, Boris y Anabel en un italiano. Raúl resultó ser muy divertido cuando estaba fuera de la presión del trabajo. Boris y Anabel al inicio de la noche parecían distantes entre ellos, pero al final él se ganó a mi amiga con las atenciones y el carácter. Sobre todo, cuando ella habló de un lugar al que había ido a escuchar una *jam session de blues y jazz* y Boris le dijo que él solía ir a tocar con su saxo. Fue toda una sorpresa para ella.

A las doce de la noche estábamos en la puerta de El Ruedo. Oskar sujetaba mi mano, pero en el momento de entrar me solté y sujeté bien la de Anabel. De reojo vi que a Oskar ese gesto no le gustó, sin embargo, no dijo nada. Rubén estaba en su puesto. Se había dejado barba de perilla, por lo demás parecía el mismo. Cedía el paso a la gente y saludaba a los conocidos con alguna de sus frases hechas. Me sentía nerviosa por volver a verlo, pero Anabel me susurró al oído que quien me acompañaba le daba cien vueltas al musculitos y eso me hizo soltar una carcajada que atrajo la atención del portero hacia nosotras.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó al segundo portero, Juanjo, que me saludó levantando dos dedos como si fuera un saludo de militar. Yo le correspondí. Rubén me miró de arriba abajo y supe que le había sorprendido

mi apariencia, luego miró a mi amiga y su expresión cambió—. Vaya, tú también vienes.

—Sí, vaya. Veo que sigues tan simpático y capullo.

Juanjo se acercó ante las miradas que nos echábamos y dijo de forma muy discreta que no quería jaleos y tiró del brazo de Rubén para que pudiéramos entrar.

Los chicos entraron y nosotras les seguimos, pero, al pasar, Rubén se me acercó y susurró en mi oído.

—Estás muy guapa. Luego te busco y hablamos.

Su voz quiso sonar grave, pero le faltó coraje.

—Ni se te ocurra —respondí segura y miré hacia Oskar que me esperaba—. No tengo nada que decirte.

—Vamos cariño, nos esperan —murmuró Oskar. Rodeó mi cintura con su brazo en un claro gesto posesivo y supe que pretendía irritar a mi ex. Me dio la seguridad que me faltaba y yo le devolví una sonrisa traviesa.

Raúl nos condujo hacia un reservado en el que dos chicas esperaban. Las presentó como Verónica, su hermana, y la amiga de esta, Esther. Ambas eran médicos del Hospital Clínico.

La hermana de Raúl saludó con afecto a Boris y Oskar y tonteó un poco con ellos. Mis alarmas se pusieron a funcionar y mi radar de celos se encendió. Pero para mi sorpresa no detecté nada extraño, aparte de cariño y amistad. Me recriminé la paranoia que me había entrado. Desde que me había puesto el brazalete, un desconocido sentimiento de pertenencia me dominaba.

Tomamos asiento y Oskar me preguntó al oído si estaba bien, no pude mentirle, me sentía genial con él a mi lado. La música estaba muy alta y tenía que acercarse mucho para hablar, me besó el cuello y sonrió travieso.

—No he podido evitarlo, quería que supiera que eras mía —susurró en clara referencia al encuentro con Rubén—. ¿Me perdonas?

—Perdonado —contesté con una sonrisa—. Tú también eres mío, no lo olvides.

Me besó con ganas y con la anticipación de una promesa para el resto de la noche. Anabel se metió con nosotros. Dijo que ya tendríamos tiempo de hacer manitas en casa y nos animó a salir a la pista. Verónica y Esther se sumaron. Nos fuimos las cuatro, ante la atenta mirada de los chicos, que decían algo así como que éramos unas locas.

Bailamos como adolescentes. Brazos en alto y cuerpo electrizado. Con gran desafino, coreamos las canciones, como si nos fuera la vida en ello. Al mirar hacia el reservado me encontré los ojos de Oskar y pretendí seducirlo con un sugerente meneo de caderas. Inicié un baile sensual para él, pero pronto me encontré rodeada por las chicas que me aplaudían y todo mi intento de seducción se acabó. Él me lanzó un beso desde lejos y ese simple gesto me hizo feliz.

A las tres canciones estaba sedienta. Anabel me acompañó a la barra. Mauro hablaba con un chico, pero al levantar la cabeza me vio y lo dejó con la palabra en la boca y se acercó a saludarme. Me dio un abrazo sentido.

—Estás preciosa, niña. ¿Quién te ha hecho cambiar así?

—El amor, Mauro, la tiene loca —soltó Anabel entre risas y yo asentí como una tonta.

—Te lo dije, encontrarías quién te valorara —respondió él—. Esos siguen juntos, pero eso a ti ya no te importa, ¿verdad?

—Verdad, verdadera —dije y me reí con ganas—. Que se lo quede y lo disfrute, yo estoy mucho mejor ahora.

—Vamos a fastidiarla un poco —sonrió malvado y en tono de maricono dijo—. Desde que sé lo que te hizo no la soporto nada, nada.

Con gestos llamó la atención de Mari, que estaba en la otra punta de la barra y la hizo acercarse. Le pedí que la dejara estar, no me apetecía verla ni hablar con ella, pero él insistió y Anabel también. Al verme le cambió la cara. Podría decir que hasta la noté tragar saliva. Dudó en venir, pero Mauro la apremió con exigencia. Cuando quería sabía imponerse y le salía el genio de reinona mala, como él decía.

—Mariquilla —le dijo y sonrió de medio lado. Yo sabía que ella odiaba

que la llamara así, pero tragó y no dijo nada—. Son mis invitadas, sírveles lo que quieran y no se te ocurra ponerles las copas cortas.

—Dos *gin tonics* —pidió Anabel—... con ginebra de la buena.

—Si quieres los pones tú —contestó a la vez que me dedicaba una mirada de asco y me dio un buen repaso—. Pierdes el tiempo si vienes a buscarlo.

Su voz sonó chulesca. Entonces me di cuenta de que la cara con la que me miraba era de inseguridad. Se pensaría que venía para conquistar a Rubén. Solté una carcajada irónica.

—Para ti, enterito.

Me miró con duda. Pero al segundo su expresión cambió y casi pude ver cómo babeaba.

Noté unas manos fuertes posarse en mi cintura y no tuve que girarme para saber quién era. Ese olor lo reconocería en cualquier parte, mi cuerpo se impregnaba de él cuando me hacía el amor. Su aroma y su voz en mi oído hicieron que me estremeciera.

—¿Sedienta, cariño?

Me sujeté en su mano y la anclé en mi vientre, a la vez que dejaba que me diera un suave beso. Boris lo acompañaba.

Mauro les dedicó una mirada de asombro que decía que le gustaría perderse con ellos en una isla desierta. A Anabel y a mí nos entró la risa.

—Mauro —llamó su atención Anabel—... Los verás, pero no los catarás.

—Tú debes de ser el responsable de la sonrisa de Dani.

—Oskar, su novio —se presentó seguro y me sentí orgullosa de escucharlo. Mi amiga me hizo un gesto y ambas miramos a Mari de reojo que abría los ojos como platos y no ocultaba su cara de asombro.

«Sí, guapa, esto sí es un hombre y al musculitos te lo puedes quedar».

Oskar estiró su mano para saludar a mi ex jefe, pero Mauro se las ingenió para darle dos besos, uno en cada mejilla.

—Perdona, pero yo no me privo de acercarme a un espécimen así —dijo y todos reímos al ver la cara de Boris cuando le plantó dos besos a él también y

le preguntó—. ¿Y tú también estás ocupado?

—Ocupadísimo —contestó y le dedicó a Anabel una mirada atrevida que sugería muchas cosas. Pude ver cómo ella se ruborizaba y bajaba la cara al suelo.

Mari nos trajo las copas y su mirada osciló entre los chicos, esperaba que se los presentara, la muy zorra. Pero se quedó con las ganas.

—¿Quieres uno? —le ofrecí a Oskar, él dio un sorbo y se acercó a mi oído.

—No, a mí solo me los sirves tú, pequeña —susurró solo para mí y me hizo estremecer. Elevó la voz y pidió—: Whisky, *Macallan*, por favor.

—Que sean dos, con hielo —replicó Boris.

Conversamos un poco más con Mauro y después se despidió de una forma muy teatral. Busqué a Mari con la mirada y se había escabullido tras servirnos las copas, incluso le había cambiado el puesto a otra chica, una nueva que no tenía muchos ardiles. Ya aprendería o se la comerían.

Al terminarnos las bebidas nos dirigimos los cuatro a la pista. Oskar dijo que no se le daba bien bailar, pero sabía moverse con ritmo. No me soltó en ninguna canción y con disimulo acarició en más de una ocasión mi piel por debajo del brazalete, otras veces me agarraba por él y me acercaba a sus labios. Boris se movía con sensualidad y me di cuenta de que era el centro de muchas miradas femeninas, pero él no hacía caso a ninguna. Agarró a Anabel y se marcaron un bailecito que rompió las esperanzas de muchas.

—Bailas bien —gritó Anabel para hacerse oír.

—Es la compañía —contestó él, caballero.

—Sí, venga, Fred Astaire —cortó Oskar—. Vamos a sentarnos un rato.

Al llegar al reservado, Verónica no estaba. Raúl dijo que se había encontrado con alguien. Pareció que le habíamos cortado un poco el rollo a él y a la amiga de su hermana. Estaban muy acaramelados, aunque disimularon muy bien.

—No te cortes, Raúl. Aquí cada uno hace lo que puede —soltó Boris con guasa y señaló con la barbilla hacia el reservado de al lado—. Esos dos no

han podido aguantar el calentón.

Todos miramos al lugar que señalaba. Una pareja estaba a lo suyo, como si no hubiera nadie a su alrededor. Tampoco parecía que les preocupara mucho que los vieran. El chico tenía los pantalones medio bajados y mostraba un culo blanco, azulado, por el efecto de las luces. Se movió al escuchar rumor a su lado y nos dedicó una mirada extraña. Entre el clímax y el cabreo. Supongo que fue consciente del espectáculo que protagonizaba. Tapó con la mano la boca de la chica que parecía algo escandalosa y concluyó su tarea.

Anabel rio con ganas, pero poco a poco su expresión cambió y se quedó muda de golpe. Hasta que explotó.

—¿Pablo?!

El corazón se me encogió y miré con asombro a Oskar, que rápido me entendió y se colocó junto a Anabel. El chico de al lado, extenuado por el esfuerzo, se incorporó y nos mandó a la mierda, pero se quedó perplejo ante la expectación que había despertado. La chica soltó una risilla tonta y simuló una timidez que nadie creyó. De pronto él fue consciente de cómo le mirábamos todos y sus ojos se clavaron en mi amiga, que lo observaba con una mezcla de asco e incredulidad.

—A... Anabel —soltó a la vez que se abrochaba los pantalones. Una escena muy poco digna.

—Ya veo cómo trabajas en Madrid. ¡De puta madre! —le gritó.

Él saltó por encima de los sofás y llegó hasta Anabel, pero ella lo empujó con desprecio y se dio la vuelta sin fijarse en el culetazo que se dio. Trató de seguirla, pero Boris se puso en medio y se lo impidió.

—Será mejor que no, amigo.

Su voz sonó amenazante y Pablo desistió. Se quedó desconcertado mientras Anabel salía del reservado. Corrí tras ella, me agarré a su mano y la dirigí al lavabo.

—¡¡Joder!! No pienso llorar. No, no voy a hacerlo.

Y no lo hizo, pero el grito que pegó asustó a las tres chicas que había frente

al espejo y que salieron corriendo. Por extraño que parezca nos quedamos solas en el baño.

—No pasa nada si lo haces —repliqué y la cogí por los hombros.

—Quería darme una oportunidad con él, me creí sus mentiras. Me dije: Anabel, deja de ir de flor en flor. Es un tipo serio, con trabajo estable, no busques más y joder, lo bordé —decía en voz alta como si hablara consigo misma a la vez que daba vueltas.

La puerta se abrió y ante nuestra cara de asombro la chica que estaba con Pablo entró como si nada. No nos reconoció. Se rio sola y se quitó las bragas, las tiró a la papelera y se metió en el cubículo con un montón de papel mojado en la mano.

A Anabel casi le da una arcada. La puerta volvió a abrirse y entró Verónica con cara de preocupación.

—Chicas, os buscaba. ¿Estás bien, Anabel? Ya me han contado.

Nos acercamos a ella y entre susurros y mímica le dijimos que la chica estaba metida en el váter. Con cierto morbo esperamos a que saliera. Miré a mi amiga, su expresión era de rabia, y no dudé que alguien fuera a recibir esa noche. Pobre Pablo si se le aparecía.

La chica salió recompuesta y se lavó las manos ante nuestras miradas, que la evaluaban. Ella debió captar algo y nos preguntó si nos conocíamos, negamos a la vez.

—Oye —soltó Anabel y miró a Verónica con los ojos muy abiertos—, el rubiales aquel que viste en urgencias, con el herpes genital, es Pablo. ¿Hasta cuándo puede estar sin sacar el pajarito? Con lo que le gusta hacerlo está que se sube por las paredes.

—Sí, el mismo —respondió Verónica con vacilación, pero se animó—. Ya le dije que tenía que estar en seco un tiempo. Eso se contagia.

—¿Te refieres al tipo de publicidad? —me sumé al teatrillo—. Si parecía un encanto.

—Ya ves. De cabrones está el mundo lleno.

Miramos a la chica de reojo y se había quedado blanca. Llevó su mano hacia su entrepierna y se rascó con disimulo. Pareció que iba a decir algo, pero la puerta se abrió de golpe y Pablo, quien menos debía aparecer, se presentó.

—No sé qué me pasó, nena, lo juro —se excusó al ver a Anabel apoyada en el lavamanos. Se le acercó y pretendió coger sus manos, pero ella lo apartó—. Fue tan rápido... No significa nada.

Ella lo miró con decepción y desprecio y le dijo que no intentara justificarse. No quería volver a verlo.

La furia se instaló en la cara de la mujer al ser testigo de aquella discusión. Se giró con brusquedad y, antes de que Pablo advirtiera que también estaba allí, le dio un sonoro bofetón.

—Pienso publicarlo en *Facebook*. Como vaya al médico y me diga que me has pegado algo raro te vas a enterar.

Él la miró anonadado mientras la chica, muy digna, salió del baño. Y nosotras tras ella, pero Anabel no fue capaz de dejarlo ahí y se volvió hacia él. Le pegó un rodillazo en las pelotas que hizo que Pablo se doblara sobre sí mismo.

—A ver si así te olvidas hasta de mi nombre.

Fuera encontramos a Oskar y Boris, nos esperaban. Verónica dijo que se marchaba y la vimos reunirse con unas chicas al final del pasillo.

—¿A casa, pequeña? —preguntó Oskar en mi oído.

En ese momento Pablo salió del baño con una expresión de dolor en la cara y una cojera sospechosa. Anabel ni lo miró y él pasó por su lado con una actitud de derrota increíble. Hasta sentí pena por él.

Oskar nos condujo a la salida, mientras Boris iba a despedirse de Raúl. Rubén hablaba con Juanjo y Mauro y nos vio salir, pero no dijo nada. Mi ex jefe se despidió de nosotras con un abrazo y un saludo cordial a mi chico.

Nos alejamos un poco de la entrada y Oskar propuso que lo esperáramos allí.

—Traeré el coche —sugirió, lo agradecí porque los tacones me estaban matando.

Anabel se abrazó a mí y se lamentó por lo ocurrido. Había puesto esperanzas en aquella relación. Entendía bien su situación. A veces hay señales que nos empeñamos en no ver hasta que nos atropella el tren. Pero quien no se arriesga no gana y podía conocer a alguien bueno. Un hombre para quien ella fuera única y especial.

—¿Tienes mi bolso?

—No, creí que lo llevabas tú. Yo no he traído.

—¡Mierda! Lo dejé en el reservado. Ahora vuelvo —dijo y caminó hacia la puerta.

Me quedé sola y no muy tranquila, Rubén me observaba desde la distancia. Al momento lo tenía a mi lado. Escuché la voz de Mauro que, molesto, le advertía que no quería problemas, pero él lo ignoró.

—Parece que te han abandonado.

—Déjame tranquila. —Me alejé unos pasos, pero me siguió.

—¿Así que tienes nuevo novio? —preguntó con sarcasmo y añadió con rabia—: ¿Aún no ha descubierto lo frígida que eres?

—Yo no soy frígida —respondí ofendida y me mordí la lengua por caer en su provocación. Se me pegó con atrevimiento y pude oler su aliento a ron. Con los tacones, le sobrepasaba en altura. Lo vi bajo frente a mí. Todo lo atractivo y guapo que me había parecido, tiempo atrás, se convirtió en fealdad. Le di un codazo y me alejé, pero era en vano, me siguió—. Será mejor que me dejes si no quieres problemas. Aún puedo denunciarte.

—Si no lo has hecho ya es que no puedes —contestó crecido y enredó un dedo en mi pelo.

—¡No me toques, imbécil! —solté con una valentía que no sentía, se me estaba haciendo eterna la llegada de Oskar, de Anabel o de quien fuera. Él intentó besarme y lo empujé—. ¡No me oyes! ¿O es que tienes el cerebro tan pequeño como tu polla?

No lo pensé y le di un rodillazo al estilo Anabel.

—Serás...

Levantó su brazo para pegarme, pero el puño de alguien se estampó en su cara y lo tambaleó.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —gritó Oskar descompuesto y se interpuso entre Rubén y yo.

—¡Cabrón! Me has roto la nariz —bramó con las manos llenas de sangre, un reguero le caía, bajaba por su perilla y manchó su camisa—. La has jodido, tío... ¡Juanjo!

Juanjo no pudo hacerse el desentendido y se acercó. Agarró a Rubén por el brazo y tiró de él que gritaba que llamara a la policía porque le habían agredido.

—Hazlo y no sabrás por dónde te dan —pidió Oskar con rabia—. Seguro que llevas coca en los bolsillos y a ver cómo justificas el dinero que le robaste.

—¿Le robaste a Dani? —preguntó Juanjo con incredulidad.

Rubén se soltó de su agarre y trató de darle un puñetazo a Oskar que lo repelió y le devolvió el gancho. El jaleo hizo acercarse a más gente. Entre ellas Mauro, que venía con Boris y Anabel.

—Te has buscado un buen macarra, puta —escupió Rubén a la vez que se tambaleaba y se cayó al suelo.

—Si no quieres volver a recibir, ni te levantes —amenazó Oskar—. Ya ves que ni uno solo de tus amigos mueve un dedo para ayudarte.

—Alguien que levanta la mano a una mujer no merece que le ayuden — señaló Mauro, irritado y con un gesto de cabeza ordenó a Juanjo que volviera a su puesto.

Me sujeté a mi chico, que me acercó a su cuerpo y pude abrazarme a él. Me sentí segura entre sus brazos. Me miró desde su altura y en un susurro lleno de preocupación me preguntó si estaba bien, asentí con una sonrisa tensa.

—Vaya por Dios, me he perdido lo mejor de la noche —se burló Boris.

Rubén se levantó y nos miró con odio a la vez que decía entre dientes que se las pagaríamos. Pero recibió una colleja de Mauro, era su manera de llamarlo al orden, solía hacerlo en la discoteca. No se andaba con bromas cuando algo no le agradaba. De malas podía joderte todo lo que quisiera y Rubén se había jugado el puesto por su chulería. Antes de marcharse hacia el interior, Mauro se despidió de nosotros con amabilidad, pero por su mirada supe que estaba molesto por la situación.

—Creo que no vamos a poder volver —dijo Anabel muy seria.

—Anda, vámonos, que tenéis un peligro las dos juntas —añadió Oskar con sorna.

Boris se ofreció a llevar Anabel y nosotros nos montamos en el *Porsche* que estaba muy cerca, con la puerta abierta de par en par. Oskar se quedó pensativo al sentarse al volante y me miró con cara de preocupación.

—¿Estás bien, de verdad?

—Sí, no ha sido agradable, pero estoy bien. ¿Y tu mano? Tiene la cara dura.

—Cierto, pero se me curará con mimos. —Se miró los nudillos enrojecidos—. Muchos mimos.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

—¿Me dejas conducir?

Me escrutó con cara de alucinado y preguntó, incrédulo.

—¿Quieres conducir... mi *Porsche*?

Asentí varias veces con la cabeza, con cara de niña emocionada.

Se quedó callado y pasó las manos por el volante, acariciándolo, me miró como si me analizara y al final dijo.

—De acuerdo, con una condición —se me acercó y besó mi cuello, metió su lengua en mi oreja y susurró—. Esta noche tengo carta blanca.

El arrullo de su voz me llenó de emoción por la perspectiva sobre lo que aquellas palabras podían significar.

—Soy toda tuya —acepté y extendí mi palma hacia arriba frente a su cara.

Sonrió y dejó caer las llaves en mi mano abierta. Salió del coche con elegancia y yo también. Al cruzarnos me agarró por la cintura y dijo amenazante.

—Me cobraré cada uno de los arañazos que le hagas.

—¿Y si no le hago ninguno?

—Entonces te llevaré al cielo, pequeña.

Me senté en su lugar y me tomé mi tiempo para colocar el asiento a mi altura y los retrovisores. Agarré el volante como él había hecho y susurré ilusionada.

—Me encanta.

Cuando arranqué, el rugido del motor me emocionó. Era un modelo *Panamera* de los últimos y estaba muy bien equipado, con todas las pijadas que alguien con dinero se podía permitir y era una gozada conducirlo. Me uní a la circulación con prudencia, pero aceleré más de la cuenta y él me dijo que no quería ninguna multa por exceso de velocidad.

Conducir aquella maravilla me excitó, la atmósfera se cargó de aquel deseo y las expectativas de su promesa. Al llegar al parking y apagar el motor, Oskar me atrajo hacia sus brazos y me besó con pasión.

—No sabía que conducías tan bien.

—Hay muchas cosas de mí que no sabe, señor Müller.

—Eres una caja de sorpresas, pero voy a averiguarlas todas.

Salimos del coche, pero no pudimos dejar de tocarnos. Casi me aplastó contra la puerta y nos enredamos en otro beso desesperado.

—Voy a hacerte el amor encima del capó y prometo comprarte uno del color que elijas, si vienes conmigo.

Sus besos se volvieron castigadores y mi cuerpo languidecía pegado al suyo a la vez que mi voluntad se anulaba.

—Oskar...

No pensé si alguien podía vernos, aunque creo que en aquel momento era lo

que menos me importaba. Me bajó las bragas despacio y se las metió en un bolsillo. Me desplazó hasta el capó y me estiró en él a la vez que mordisqueaba mis pechos por encima del vestido. No era muy cómodo, pero era excitante. Me sujetó por los muslos y la falda se me subió. Con ansia abrí la cremallera del pantalón y saqué su erección. Me anclé a su cuerpo al rodearle la cintura con mis piernas. Eso lo enloqueció. Me agarró con fuerza y me inmovilizó para penetrarme de golpe y juntos nos dejamos arrastrar por la pasión y el deseo.

Fue un polvo rápido que saboreamos con ganas. Al terminar me acurruqué en sus brazos y pensé que si lo perdía no sabría vivir sin él. Aquella idea me entristeció y afectó, pero Oskar no estaba dispuesto a que me distrajera en pensamientos oscuros.

—¿Estás cansada? —preguntó y negué con la cabeza. Me dedicó una sonrisa abierta y pícar—. Perfecto, porque aún no he terminado contigo.

Tiró de mi mano y nos metimos en el ascensor.

Capítulo 15

Desperté enredada en las piernas de Oskar. Él estaba de costado hacia mí, tenía un brazo bajo la almohada y el otro sobre mi cintura. Me deshice de su abrazo y apenas se movió. Me senté en el borde del colchón y contemplé, entre ruborizada y sofocada, el vibrador y el pañuelo rojo que había sobre la mesita. Sus palabras resonaron en mi pecho: ¿Te atreves a jugar? A la vez que las imágenes de la noche pasada me invadieron, mi corazón latió a un ritmo descompasado.

El recuerdo de su voz ronca en mi oído, después de atar mis muñecas con el pañuelo al cabecero, me llevó a revivir aquella experiencia.

—Voy a estimularte con el dildo y cuando estés loca de placer, te haré mía.

Reconozco que la noche de carta blanca que me había pedido me había extasiado y quería repetirla, aunque me sentía avergonzada ahora que ya había pasado la pasión y la lujuria.

Mi vida sexual se había enriquecido con Oskar, mi vida en general. Simplemente era feliz. Más feliz y segura de mí misma que nunca, y eso se lo debía a él.

Me levanté de un salto al darme cuenta de la hora que era. Las doce del mediodía. A las dos debíamos estar en casa de mis padres y necesitábamos casi una hora para llegar. Había avisado el día anterior a mi madre de que iría acompañada y le faltó tiempo para gritarle a mi padre: «la niña viene con su novio nuevo». En mi fuero interno esperaba que también le hubiera dicho que, además, era mi jefe porque así no tenía que hacerlo yo. Quería encontrar un momento a solas con ella para explicarle lo que Oskar me había pedido. Estaba confusa porque por un lado temía la decisión y por otro sabía lo que quería hacer, pero necesitaba saber qué opinaban mis padres.

Dejé las elucubraciones al lado y decidí darme una ducha, antes de despertarlo. Seguro que iría más rápida. Sin embargo, mis expectativas se

rompieron cuando la mampara se abrió y entró con una sonrisa traviesa.

—No me estarás evitando, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar algo así?

Nos entró la risa, me rodeó con sus fuertes brazos y me pegó a su cuerpo que rápido respondió a mi contacto. Llevó su mano a mi entrepierna y al rozarme se me escapó un quejido y me aparté.

—Creo que lo tengo irritado, de anoche —me lamenté con burla. Después de nuestra noche de pasión era lo más normal.

—Lo dejaremos descansar, yo estoy igual. —Sonrió y me dedicó una mirada pícaro.

No pude evitar sentirme avergonzada. No fue difícil deducir qué pensaba y bajé los ojos a mis pies. Debió entender lo que pasaba por mi cabeza, porque me levantó la barbilla con dos dedos y me inclinó hacia él.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Nada —intenté disimular.

—No sentirás vergüenza, ¿verdad?

No quería hablar del tema, notaba que me ruborizaba a pesar del agua que caía como lluvia fina sobre nuestras cabezas.

—Deberíamos darnos prisa. Llegaremos tarde a comer —intenté distraerlo, pero él no se dejó.

—Si no te gustó no lo repetiremos, pero me pareció que sí —continuó, enmarcó mi cara con sus manos y me besó en los labios—. Ha sido una noche muy íntima, nuestra, alocada y divertida. ¿O es que hubo algo que no te gustó?

—No, no es eso.

—¿Te gustó, entonces?

En mi vida había disfrutado tanto, no podía mentirle.

—Sí, claro que me gustó... Eres muy bueno en esa materia.

Estalló en una carcajada que me hizo reír a mí también.

—¿Qué es lo que más te gustó? —quiso saber provocador. Sus labios descendieron por mi cuello y me besó justo donde mi pulso se desbocaba.

—Todo, sobre todo esa forma de dominar y conocer mi cuerpo.

—Ay, qué día más largo nos espera. —Hizo casi un puchero y le di un cachete en la nalga. Me miró simulando enojo—. Deja de provocarme y démonos prisa, tengo que conocer a mis suegros.

Nos lavamos entre risas cómplices y salimos envueltos en toallas blancas a la habitación. Tras vestarnos cómodos, tomamos un café rápido en la cocina y a la una salíamos de casa. Quise conducir, pero esta vez no me dejó. Anotó la dirección en el GPS y condujo hacia Sant Celoni.

Mis padres vivían en una urbanización con casas a cuatro vientos. Era el pequeño paraíso de mi infancia. Mientras él conducía posaba de vez en cuando su mano en mi rodilla y me daba un pequeño apretón. Yo inicié un monólogo sobre mis padres. Le expliqué que él era profesor de matemáticas en un instituto del pueblo y desde hacía algunos años, mi madre era la directora. Supongo que hablar sobre ellos hizo que dejara de pensar cómo les iba a decir que me quería marchar a Suiza porque Oskar me había pedido que viviera con él.

Casi sin darme cuenta entramos en la urbanización y señalé una casa al final del camino. La verja estaba abierta y le dije que aparcara a la sombra de un llorón.

—¿Me dejarás conducirlo a la vuelta? —pregunté zalamera al acercarme a él al salir del coche.

—¿Qué me das a cambio? —respondió provocador. Yo le dediqué una sonrisa traviesa con la que declaraba unas intenciones maliciosas.

Entramos en la casa y encontramos a mi madre en la cocina. Estaba haciendo un gazpacho en la batidora. Me abracé a ella y la llené de besos a la vez que la felicitaba por su aniversario. Habíamos parado por el camino en una pastelería para comprar lionesas que sabía que le gustaban mucho y se las ofrecí con una gran sonrisa

—Seguro que la mitad son de trufa y para ti —afirmó a la vez que las guardaba en la nevera.

—Parece que te conoce bien —bromeó Oskar—. Felicidades, señora

Ramos. Gracias por invitarme.

—Eva, recuérdalo —respondió mi madre con una mueca de advertencia. Eso de señora no le gustaba nada.

—¿Dónde está papá? —pregunté, me extrañaba que no estuviera por allí.

—Está detrás, en la barbacoa —contestó y vertió el líquido rojo de la batidora en una jarra de cristal—. Se ha empeñado en estrenarla.

Mi padre era un manitas. Hacía un mes había realizado reformas en el jardín y había construido una barbacoa de obra. Mi madre nos animó a ir a saludarlo mientras ella terminaba unas ensaladas.

Papá estaba muy concentrado en su tarea y no se dio cuenta de que llegábamos hasta que estuvimos encima. Miró a Oskar con cara de sorpresa. No supe qué pensar: si era porque mi madre le había dicho que era mi novio o si sabría ya que era mi jefe.

—¡Ya estáis aquí! —saludó mi padre con entusiasmo, le di un abrazo y él tendió una mano a Oskar, se presentó—. Soy Félix.

Se saludaron con un apretón de manos y Oskar, rápido, empezó a hablar de la barbacoa y quedó impresionado con lo que mi padre le explicaba. Por lo visto era muy importante el tiro de la chimenea para que el aire circulara bien y no se llenara de humo. Me sorprendió la forma tan natural con la que iniciaron una conversación, se reían y hacían bromas como si se conocieran de toda la vida. Mi madre me llamó desde la cocina y me dijo que les llevara unas cervezas. Regresé con dos botellines, una Coca-Cola Zero para mí y una bandeja para colocar la carne.

Al cabo de la media hora estábamos sentados bajo la pérgola de rayas azules y blancas, en una mesa de *teka* que también había construido mi padre. La conversación se centró en el crucero que mis padres realizarían en poco más de un mes por las islas griegas.

Mi madre se levantó a preparar café y fui a la cocina para ayudarla.

—Se le ve muy agradable, Dani, y a ti muy contenta —dijo sincera y me miró con esa cara que ponen las madres cuando saben algo que tú crees que no—. ¿Y esa esclava?

Miró el brazalete y levantó mi brazo para observarlo mejor.

—Parece una joya muy cara.

—Me la ha regalado para que sepa que lo que siente es verdadero.

—¿Cuándo se marcha? —Y esa pregunta rompió el momento. Tuve miedo de pronto.

—En dos semanas —respondí y me giré para sacar las lionesas de la nevera. Las dejé junto a la bandeja con las tazas. No sé por qué no quería que viera que me había emocionado, pero no pude evitarlo—. Me ha pedido que vaya a vivir con él.

Durante un momento el único sonido que se escuchó fue el del café que se vertía de la *Nespresso* en la taza.

—¿A Zúrich? —preguntó al fin—. ¿Te quieres ir con él?

Asentí despacio a la espera de que me dijera alguna de las suyas, como que estaba loca y que era demasiado pronto.

—Dos semanas pasan rápido. ¿Trabajarás allí?

Mi madre se puso nerviosa, empezó a bombardearme a preguntas y acabó vertiendo el café de una de las tazas. Cogió una bayeta amarilla y lo limpió con brío.

—Mamá —intenté calmarla, la cogí por los hombros —... No me hagas esto. No tengo todas las respuestas. Le he dicho que lo pensaría.

—Antes funcionábamos con otros tiempos, pero no hay garantías para el amor —dijo más serena, soltó la *Bayerina* y me cogió de la mano—. A veces te sorprende de golpe y hay que vivirlo y otras uno cree una cosa y es otra. Una relación se construye día a día. Tú ya viviste tu decepción y ahora se te ve feliz. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Ya sé que llevamos poco tiempo, pero nunca he sentido nada parecido. Sé que lo quiero como no quise a nadie antes que a él.

—Entonces vive tu vida, mi niña. —Se abrazó a mí y me sorprendió cómo me dio su aprobación de una manera tan sencilla, aunque en mi fuero interno sabía que le había causado un gran dolor—. Yo conocí a tu padre en un viaje y

no dudé en venir a Barcelona desde Almería porque era aquí donde él vivía y trabajaba. Parece que la historia se repite.

Se limpió las lágrimas que amenazaban con rebosar sus ojos y me animó a coger las lionesas, mientras ella llevaba la bandeja con el café. Me dijo que hablaría con mi padre, pero que en unos días me tocaría decírselo a mí. Mi madre siempre cuidaba ese aspecto. Ella era como la vanguardia para todas las cosas que yo hacía y me preparaba el terreno con mi padre. Siempre pensé que era su manera, no de protegerme a mí, sino de cuidarlo a él.

Al final de la tarde nos despedimos y mi madre lloró, para sorpresa de todos, cuando me besó. En un susurro, solo para mí, me dijo que estaba orgullosa de mí. Mi padre la agarró por la cintura y ella dijo emocionada.

—Es mi niña.

Oskar se despidió amable y agradecí el abrazo que le dio a mi padre y los besos de cariño a mi madre. Cuando nos dirigíamos al coche me lanzó las llaves con una sonrisa pícaro.

Al entrar en casa su teléfono sonó, miró la pantalla y frunció el ceño. En silencio me dijo que iba al despacho a atender. Yo aproveché y me di una ducha rápida. Busqué una de sus camisas en el vestidor y me la coloqué con un tanga debajo. Preparé la ropa del día siguiente, pero no tenía gran cosa. No me gustaba repetir el modelo del viernes. Tendría que pasar por casa antes de ir a trabajar.

—¿Qué pasa? —preguntó Oskar al entrar en la habitación y verme descartar las prendas. Aun así, me dio un repaso. Se fijó en mis piernas desnudas y mis pies descalzos.

—Tengo que ir a casa. Aquí no tengo ropa.

—Mañana, ¿vale? Ahora estoy cansado —dijo en un tono enojado.

Se desnudó y se fue hacia el baño. Parecía tenso. No sé con quién sería la conversación, pero no lo había dejado de muy buen humor. Me senté a los pies de la cama y esperé a que saliera. Lo hizo al cabo de diez minutos con una toalla alrededor de la cintura. Cogió un pantalón deportivo de un cajón y se lo colocó. Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —se quejó.

—Pareces enfadado —sonreí—. ¿Problemas?

—Líos en Müller. Ya resolveré mañana. —Se acercó zalamero y su humor ya había cambiado. Pero intuí que lo apremiaban para que regresara a casa.

Bajamos al salón, me propuso si quería picar algo y negué. Me había pasado con las costillas de cordero y las patatas a la brasa. Nos tumbamos en el sofá y encendió la tele. Era el fin de domingo perfecto.

Mi cuerpo reposaba sobre el suyo y con languidez su mano me acariciaba el costado y la espalda en un movimiento rítmico que me adormecía. Yo también empecé a acariciarle el pecho y de pronto, sin pensarlo, susurré.

—Iré contigo a Zúrich.

El movimiento de su mano se detuvo y, por inercia, el mío. Los dos nos quedamos inmóviles durante unos segundos.

—Repítelo —pidió y me inclinó hacia él para verme la cara.

—Iré a vivir contigo.

Me obsequió una sonrisa, de esas que me derretían, antes de besarme y perderse en mi boca.

Nuestras lenguas se abrazaron en un baile sensual y lánguido mientras sus brazos me encerraban contra su cuerpo y pude sentir cómo su corazón se aceleraba de la emoción.

—No sabes lo feliz que me haces. Me siento incapaz de separarme de ti.

Sonreí porque eso era justo lo que me ocurría a mí, pero me asustaba ser un lastre para él y que le condicionara la vida.

—¿Podría trabajar allí como tu asistente o en otro lugar de tu empresa?

—Puedes elegir no trabajar. Yo cuidaré de ti.

Levanté una ceja y él sonrió con suficiencia, pero mi cara de pocos amigos le hizo rectificar la mueca.

—De acuerdo, podrás hacer lo que quieras —respondió resignado—. Soy egoísta, te necesito y te quiero a mi lado. Yo soy feliz solo estando contigo. Me gusta dormir abrazados, y despertarme con tu cuerpo pegado al mío, y

admiro cómo soportas mis cambios de humor y me haces salir de ellos con una sonrisa. Sin reproches. Quiero que llegues y te adaptes al lugar, que hagas tuya la casa, te sientas cómoda y no te arrepientas de elegirme...Ya nos adaptaremos a todo lo demás.

Su declaración me impresionó, pero la inseguridad me apretaba. Temía dejarlo todo por él y que me perdiera en el intento.

—Pero no te olvidarás de mí y te centrarás solo en el trabajo, ¿verdad?

—Cariño, tú llenas mi vida. No pienso dejarte sola por allí.

Me entró la risa cuando comenzó a hacerme cosquillas y yo quise provocarlo.

Me miró con cara de asombro y abrió mucho los ojos cuando mi mano se posó sobre el bulto que tenía en los pantalones. Le acaricié con descaro y se mordió el labio.

Mi mano siguió con caricias sobre su erección, cada vez más dura, y él echó la cabeza hacia atrás y se recolocó en el sofá en una clara invitación. No lo dude, repté por su cuerpo y le bajé el deportivo. Paseé mi lengua por la punta de su erección y me la introduje despacio en la boca, a la vez que él sujetaba mi cabeza con ambas manos y guiaba mis movimientos. Sus gemidos no se hicieron esperar y escuchar cómo disfrutaba me excitó.

—Ven.

Me ayudó a colocarme sobre él y sentí cómo movía a un lado mi tanga y se introducía poco a poco. Con un gesto brusco abrió la camisa y los botones volaron por los aires. Se inclinó y succionó mis pechos y yo no pude evitar gemir alto por el placer que me causaba. Me encantaba esa manera que tenía de poseerme, como si no hubiera un mañana. Me agarró del culo y me pegó más a él haciendo sus movimientos profundos. Nuestros corazones galopaban acelerados al igual que mis caderas sobre él. Se agarró con fuerza y me clavó los dedos en las nalgas marcando un ritmo frenético a nuestros cuerpos. Me tensé a la espera del inminente orgasmo y él se arqueó.

—¡Dani! Dámelo, Dani. Juntos, venga...

Y no pude retener más la explosión en mis entrañas y grité su nombre al

sentir cómo me llenaba y se abrazaba a mí.

Tras ese asalto en el sofá subimos, entre arrumacos, a la habitación y nos metimos en la cama. Estábamos cansados y nos acurrucamos el uno en el otro con las manos entrelazadas.

—A mi madre le ha gustado tu esclava.

—¿Qué esclava?

Le señalé el brazalete que me había regalado.

—¿Así que esclava? —dijo con burla—. Mientras no te la quites sabré que eres mía.

—Soy tuya y tú mío, no lo olvides.

Me acurruqué más en sus brazos y apagó la luz. El sueño no tardó en atraparme.

Capítulo 16

La mañana nos sorprendió perezosos. Nos dormimos y tuvimos que ir muy deprisa para no llegar demasiado tarde a la oficina. Oskar tenía reuniones importantes. Insistí en que me dejara en mi casa y ya llegaría después. Lo hizo a regañadientes.

Al entrar en mi salón me parecía que hacía un siglo que no iba. Las cosas se precipitaban unas sobre otras y apenas podía analizarlas bien. Prácticamente mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados en un fin de semana. Oskar iba a preparar su mudanza y me dijo que, en unos días, yo también debería organizarme. Mandaría transportar su coche en un camión, propuso que podía llevarme el mío, si quería. Aunque él pensaba cumplir su promesa de comprarme uno como el suyo, si me iba a vivir con él. Creí que se burlaba, pero lo dijo muy serio. Me animó a llevarme lo que quisiera. Él se llevaría la ropa y algunas cosas personales, pero dejaría el dúplex tal cual. Para cuando viniéramos. Me prometió que sería con frecuencia, así yo podría visitar a mis padres. Estaba tan emocionada con el traslado y mi nueva vida con él que ni siquiera me dio pena dejar mi piso. Ese por el que me había movido en el trabajo para no perderlo. Empecé a hacerme listas mentales de lo que me llevaría y de pronto me di cuenta de que el tiempo se me había echado encima.

Metí en una bolsa de viaje ropa para unos cuantos días, me cambié y salí disparada para la oficina. Tuve un susto al ir a coger un taxi, un coche pasó tan cerca de mí que casi me atropella. No le di importancia. Al llegar envié un mensajito a Anabel y le pedí que cuando pudiera se escapara y viniera a verme.

Raúl me esperaba en mi despacho y me felicitó por las nuevas noticias.

—Has hecho de él otro hombre, Dani —dijo sonriente—. Le ha faltado tiempo para decirnos que te vas con él. Nunca lo he visto tan feliz. Hasta creo

que siento envidia por él.

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañada.

—Ha luchado contra lo que sentía, porque se iba a marchar y no quería hacerte daño —explicó con semblante serio—. Pero se dio cuenta a tiempo de que no quería vivir sin ti. Hace tiempo yo dejé pasar mi oportunidad con alguien especial para mí.

—Nunca es tarde para volver a intentarlo —respondí.

Por un momento, Raúl, mostró su cara más romántica. Por cómo hablaba de la chica intuí que aún estaba enamorado de ella. Pero ella se había casado y, aunque ahora estaba libre, él salía con alguien. Dejó un silencio en el que recondujo sus pensamientos y canalizó la conversación de nuevo a temas laborales.

—Tenemos pocos días para reorganizarnos, contábamos contigo para dirigir el departamento. Boris y yo necesitaremos a alguien que nos centre, como hiciste con Oskar. Aunque no necesariamente igual.

Me hizo reír con su indirecta.

—Podría formar a alguien —propuse.

—Sí, eso he pensado. Quería pedirte que te encargaras tú de ser el enlace desde Zúrich, ya conoces cómo funcionamos y sería más práctico para todos. Si quieres, claro.

—Me parece bien, lo hablaré con Oskar. No sé qué tendrá pensado para mí.

—Como le dejes, te encierra en casa —soltó con una carcajada que me contagió.

Raúl se fue y al momento apareció Anabel, toda sonriente, con dos cafés.

Le conté los nuevos planes. No le gustó que me marchara y me mostró su enfado, hasta que pensó lo positivo que podría resultarle que viviera allí. Ya se imaginaba yendo a esquiar a los Alpes y con casa en la ciudad. Me gustaba lo optimista que era en algunas ocasiones, siempre encontraba el lado bueno de las cosas.

Mientras ella hablaba de lo fabuloso que sería vivir junto al lago en

invierno con una chimenea de leños, se me ocurrió que ella podría ser quien ocupara mi puesto.

—Tengo que formar a alguien para que me sustituya y pienso que podrías ser tú —solté tan pronto formé esa idea en mi cabeza—. ¿Qué te parece?

—Yo no tengo idea de lo que haces por aquí.

—Si te soy sincera yo tampoco la tenía cuando llegué. Era un departamento fantasma, no sé ni cómo funcionaba.

—Pero tenías un jefe virtual con el que soñabas por la noche y tenías sueños lujuriosos, seguro.

—Tú también lo tendrás, aunque no virtual. Boris o Raúl, no sé.

La cara de asco que puso no se la creía ni ella.

Me costó un poco convencerla, pero le dije que Raúl y Boris eran geniales y dejaría de estar rodeada de sapientines que no le movían ni una pestaña. La hice reír y acabó aceptando al decirle que lo más probable era que yo sería su enlace con la sede central.

Comenté con los jefes si les parecía buena idea. Boris disimuló, pero por la sonrisilla que le vi en la cara supe que le encantaba, y Raúl respiró aliviado porque no le tocaba a él cargar con el trabajo. Pasé el resto de la mañana enseñando a Anabel las cosas principales y sumé a Luisa en las explicaciones, así ella también podría asumir algunas funciones más. Resultó ser bastante eficiente. Casi a las dos, dimos por finalizada la tarea. Boris, llamó a mi amiga a su despacho, Luisa bajó a comer y yo entré a hablar con Oskar.

—Señor Müller, ¿está muy ocupado?

Levantó la cara de unos papeles y me miró con ojos alegres. Me hizo un gesto con el dedo para que me acercara.

—Para usted, nunca, Daniela.

La manera en la que pronunció mi nombre me estremeció y sentí un cosquilleo en el estómago. Me sentó en su escritorio y se metió entre mis piernas. Nos fundimos en un beso.

—No sabes las ganas que tenía de hacerlo.

El teléfono interno sonó y atendí la llamada.

—Despacho del señor Müller, habla Daniela... Ah, hola Boris... Sí, te lo paso.

Mientras escuchaba lo que le decía, Oskar enredó un dedo en mi pelo sin dejar de mirarme.

—Sí, sé dónde dices. Vete a comer, ya iré yo a buscarlo... nos vemos a la tarde. —Colgó y me dijo—. Recoge tus cosas, tengo que ir cerca de *l'Ílla*, comeremos por allí.

Bajamos al parking y le di la bolsa que había traído de casa para guardarla en el maletero.

Aparcó el coche en el lateral de la Diagonal y me llevó de la mano hasta un edificio de oficinas. Me explicó que habían decidido contratar una nueva empresa que se ocupara de la imagen de Telecomunicaciones Müller e íbamos a recoger un presupuesto. Subimos al tercer piso y una secretaria nos esperaba. Nos dijo que nos habíamos retrasado y el encargado no estaba, pero Oskar le dedicó una sonrisa de esas suyas, matadoras, y a la mujer casi se le caen las bragas. Levanté las cejas en una mueca de sorpresa y él disimuló con otra de indiferencia. Parecíamos adolescentes. Revisó los papeles y le dijo que ya se pondrían en contacto con ellos y concertarían una reunión menos precipitada.

Al salir, decidimos dar un paseo hasta el centro comercial de *L'Ílla*, que estaba justo enfrente, al otro lado de la Diagonal. Había muchos restaurantes y elegimos un italiano. Nos atendieron rápido. Elegimos un *Chardonnay* para combinar con la pasta a base de pescado y marisco que pedimos. Oskar cogió mi mano sobre la mesa y jugó con el brazalete, cuando nos sirvieron el vino brindamos con cara de tontos.

Mientras comíamos, comentamos las cosas que nos quedaban por hacer. No eran muchas, organizar el traslado y cerrar algunos temas laborales. Aunque eso último era lo que menos me preocupaba. Estaba convencida de que Anabel se adaptaría bien al trabajo. Oskar quería acabar cuanto antes y así tener unos días para nosotros solos, antes de incorporarnos a las nuevas oficinas. Ya

había hablado con su madre y estaba emocionada con la idea de que yo también fuera. Eso me llenaba de deseo y de temor a partes iguales, por si la decepcionaba.

—¿Y si no le caigo bien a tu madre y hermana?

—Están deseando que llegues y eso es imposible, Dani.

—Tú me ves con buenos ojos.

—Te querrán nada más conocerte. Además, ya les gustaste cuando te vieron.

Se sonrió al recordar el momento y yo le di un pequeño apretón en la mano.

—Sé que eres la mujer de mi vida, Dani —confesó de pronto—. Te colaste bajo mi piel en el instante en que te vi por primera vez. Haces que mi corazón lata como nunca lo ha hecho y, si no me echas de tu vida, sé que no voy a separarme de ti, nunca. Prometo hacerte feliz todos los días.

Consiguió emocionarme con sus palabras. Oskar era una persona muy romántica cuando quería.

—Yo también te quiero, cariño.

—Estoy tan emocionado por empezar mi vida contigo que me vuelvo hasta cursi —dijo con burla.

—A mí me encantas cursi, serio, sexy y cuando te pones mandón y dominante —bajé la voz y continué—. Y cuando me haces todas esas cosas que me vuelven loca.

—¿Has terminado? —preguntó con esa voz que se me metía en el cuerpo y lo electrizaba—. Me ha entrado prisa.

Me hizo reír, pero él no movió ni una pestaña. Pidió la cuenta y, al salir, me cogió la mano y susurró en mi oído.

—Tenemos un sofá en el despacho y aún no habrá nadie por allí.

No necesitó mucho más para tenerme dispuesta y anhelante. Mi fantasía con el *chester* se iba a hacer realidad.

Recorrimos el camino inverso hacia el coche. Al llegar al semáforo para cruzar la Diagonal me entró un mensaje. Mi padre me decía que lo llamara.

Eso solo podía significar que mi madre había hablado con él.

—Mi padre ya sabe que me iré contigo.

—Ya lo sé —dijo tan tranquilo—. Hablé con él. Le dije quién soy y que quería que vinieras a Zúrich y casarme contigo en unos meses.

Su confesión me dejó bloqueada. El semáforo se puso en verde y él empezó a caminar mientras que yo no podía moverme del sitio, me costó reaccionar. Se detuvo en mitad de la calzada y me guiñó un ojo. Estiró su mano hacia mí y me apremió a que lo siguiera. Vocalizó en silencio un te quiero que hizo que me pusiera en marcha, con una sonrisa.

Algo se movió en mi visión lateral y los pitidos de algunos vehículos me sacaron de mi ensoñación. De pronto, un coche en una pirueta imposible, apareció. Sorteó a los otros y se dirigía hacia nosotros, a gran velocidad. Todo pasó a cámara lenta. Él me miraba, dichoso, con una sonrisa en la boca. Corrí hacia él con un grito despavorido en mi garganta. Lo empujé y cayó al suelo en el momento en el que el coche impactó en mi cuerpo y me desplazó unos metros.

Escuché la voz de Oskar que me suplicaba, sus brazos me agarraron y gritaba mi nombre. Un nombre que cada vez escuchaba más lejano y hueco. Esa voz que me había despertado tantas cosas, que había conseguido sacar de mí a la nueva Daniela, dejó de sonar. De repente el silencio y la oscuridad se apoderaron de mí.

Un pitido constante y monótono me atrajo hacia él. Abrí los párpados, despacio y con dificultad. Lo primero que pude percibir fue una habitación en penumbra y varias máquinas a las que estaba conectada.

Desorientada, contemplé lo que había a mi alrededor hasta que clavé la vista en alguien que hablaba por teléfono, de espaldas a mí.

Sus hombros eran anchos y estaban enfundados en una camisa blanca. Hablaba casi en un murmullo, pero le escuché decir que todo seguía igual. Intenté carraspear, aunque lo que salió de mi garganta apenas fue un sonido gutural. Me irritó el poco caso que me hizo mi acompañante y lo desesperada

que estaba por saber qué me había ocurrido. Por fin se despidió de quien lo entretuviera y se giró hacia mí. Nuestros ojos se encontraron y su rictus, serio y cansado, esbozó una sonrisa.

—¿Qué me ha pasado? —conseguí articular, tenía la garganta seca y la notaba pastosa e irritada.

—No hables —dijo con voz profunda y cargada de tensión. Me apretó una mano y acarició mi frente en un gesto que parecía afectivo—. Has despertado por fin. Te pondrás bien.

Me besó la frente y yo alterada rechacé su contacto.

—¿Mamá? —sollocé—. ¿Han avisado a mis padres? ¿A mi novio?

A partir de ahí todo fue caótico y rápido. No obtuve respuesta. El hombre, con expresión taciturna, abrió la puerta y gritó.

—¡Enfermera, un médico!

Al momento un montón de gente entró, en tropel. Alguien encendió las luces y me hizo cerrar los ojos de golpe. Otro modificó la intensidad y ya pude abrirlos mejor, hasta que se adaptaron a la claridad. Hicieron salir al hombre, que se resistía a dejarme sola. Una enfermera lo acompañó. Antes de abandonar la habitación me miró con una expresión de dolor que no pude entender.

—¿Qué me ha pasado? —balbuceé mientras varias auxiliares trasteaban con los aparatos que había a mi alrededor y me liberaban de las ligaduras a los cables.

—Ahora te lo explicará el doctor.

—¿Era quien estaba conmigo?

Las enfermeras se miraron con extrañeza y una preguntó a la otra quién había.

—No sé, su novio.

—Ese no era mi novio. Él no es tan... tan...

Iba a decir alto, seguro, pero las enfermeras rieron y dijeron si no era tan guapo y atractivo y me sacaron una sonrisa.

—Estás desorientada. Ese hombre no se ha separado de ti ni un momento en toda la semana.

Esa frase me inquietó, llevaba allí una semana y mis padres no estaban conmigo. ¿Por qué ese hombre era el único que me esperaba? Muchas preguntas empezaron a agolparse en mi mente y empecé a hiperventilar.

—Tranquila, te vas a recuperar —me calmó una de las mujeres.

El médico hizo su entrada, le seguía una doctora que me sonrió como si me conociera. Dijo que era la hermana de uno de mis jefes, Raúl, y yo me encogí de hombros. Como si hubiera dicho que era la reina de Inglaterra. Pregunté por mis padres, eran los únicos a los que quería ver. Me dijeron que estaban fuera y que los vería en unos minutos.

El médico me hizo mirar un punto de luz de una linternita que pasó por mis ojos y luego me hizo un montón de preguntas sobre si sabía mi nombre, dónde estaba, qué me había ocurrido y qué día era.

—Por lo que parece estoy en un hospital, pero no sé por qué. Me llamo Daniela Ramos Martín. Me duele la cabeza. Estoy confusa, no sé muy bien qué día es.

En ese momento la puerta se abrió y una enfermera dio paso a mis padres. Mi madre se abrazó a mí con una llantina y mi padre se unió a nosotras. Pude ver que el hombre que estaba cuando desperté se colocó a los pies de la cama y me miraba con tensión. La doctora le dijo algo y él cerró los ojos por un instante, eran de un azul muy bonito, pero estaban apagados y tristes.

El médico empezó a hablar.

—Hace una semana que sufriste un accidente de tráfico, te atropellaron y quedaste en coma tras recibir un fuerte impacto en la cabeza. Despertaste hace un par de días, pero hasta hoy no has tomado conciencia del todo. —El médico me miró a los ojos, supongo que quería saber si entendía lo que decía y yo asentí con la cabeza y esperé a que continuara, aunque a cada palabra suya me ponía más nerviosa—. Milagrosamente no hay nada roto, aunque sí tuviste una hemorragia interna que se controló rápido y aún te dolerá el cuerpo por el golpe sufrido. En unas semanas estarás como nueva. Sin embargo, el golpe en

la cabeza puede ocasionarte problemas de memoria. Intenta relajarte y los recuerdos vendrán a ti —concluyó y esperó alguna pregunta por mi parte, pero yo no supe qué decir y él dijo que necesitaba tiempo para asimilar lo ocurrido. Se despidió con amabilidad. Antes de salir le dijo algo a la doctora en voz baja.

Las caras de todos me miraban con expectación. Notaba cómo la angustia se apoderaba de mí y no era capaz de calmarme. Sentí que mi corazón se desbocaba y perdía el control. Mi madre, agarrada a mi mano, no dejaba de decir que estaba viva y pronto estaría bien. Pero yo no podía dejar de mirar al hombre que desde los pies de la cama me observaba en silencio y su expresión era tan triste.

—Disculpa. ¿Quién eres?

Se hizo un silencio en la habitación y no pude obviar un cruce de miradas.

—¿No sabes quién soy?

Me clavó una mirada desapacible y noté nerviosismo en su voz. Me resultó familiar, pero no la ubicaba. Me sentí desolada por ver la angustia en los ojos de aquel desconocido y no entendía por qué.

—Soy Oskar, Oskar Müller.

Como si eso me aclarara algo, pero aquel apellido me sonaba.

—¿Müller? ¿Es uno de mis jefes? —pregunté con vacilación.

Él se pasó las manos por el pelo, cansado. Le costaba hablar.

—Dani —dijo mi padre con cariño—. ¿De verdad no sabes quién es?

Negué y de pronto me asusté. ¿Por qué nadie hablaba de Rubén? ¿Dónde estaba?

—Y... ¿Y Rubén? ¿Por qué no está aquí?

—¿Ese maldito! —gritó mi madre y mi padre la hizo callar y miró al desconocido, él negó con la cabeza.

—No sabe qué te ha pasado —aclaró mi padre.

—¿Por qué nadie le ha avisado? —sollocé.

Mi padre me abrazó y me dijo que tenía que relajarme. Yo no entendía

nada. No comprendía por qué mi novio no estaba allí y sin embargo aquel hombre, mi jefe, tenía derecho a estar en mi habitación y mis padres le miraban e incluso parecía que tenían consideración con él. Su presencia empezó a incomodarme.

Él se acercó hasta mi lado y mis padres le cedieron el lugar, trató de cogerme la mano a la vez que me nombraba con un susurro, como si tratara de no asustarme. Sus ojos estaban vidriosos, como cuando alguien esconde un dolor que no quiere que el otro vea, pero algo lo delata. Sentí su piel en contacto con la mía y percibí una sensación extraña. Proyecté en él todo mi miedo.

—¡No me toques! —grité asustada y él abrió mucho los ojos, parecía aterrado.

—Soy yo, cariño —murmuró en voz baja y su voz me zarandeó por dentro.

—Ese es el problema, que eres tú y no otro el que está aquí —dije con enojo. Él me miró del mismo modo que si me evaluara y eso me enfadó más—. Necesito estar con mi familia, mi novio y mi amiga Anabel. ¿Por qué no están ellos y tú sí? Vete, vete por favor, no te conozco.

—¡Daniela! —gritó mi madre para reprenderme por mis duras palabras, pero yo estaba asustada. Sin embargo, el hombre dio un paso atrás con expresión dolida.

Empecé a llorar y mi cuerpo se agitó de la angustia. La doctora dijo que me tranquilizara o tendrían que ponerme un calmante, pero yo no podía dejar de hipar cada vez más angustiada.

— Sí lo conoces, mi niña, pero no lo recuerdas —insistió mi madre con afecto.

—Déjala, Eva —pidió él, miró a mi madre y luego a mí—. No llores, pequeña. Me voy, me marchó si eso hace que te calmes —dijo casi con una súplica. No sé por qué su voz me tranquilizó y sin dejar de mirarlo y los ojos llenos de lágrimas, asentí—. Regresaré mañana.

La doctora le colocó una mano sobre el hombro y salieron de la habitación, juntos. Mi madre se abrazó a mí y me dijo que yo había salvado la vida de ese

hombre y él la mía.

Capítulo 17

Me hicieron varias pruebas que revelaron que estaba bien. No tenía lesiones neurológicas, pero, según palabras del médico, padecía amnesia retrógrada. Un tipo de pérdida de memoria que hacía que no recordara los sucesos previos al accidente. Mi mente había retrocedido a varios meses atrás. Era difícil de predecir cuándo podría recordar. Días, semanas, meses. Incluso podían pasar años para recuperar aquel tiempo perdido en el fondo de mi mente. La amnesia tenía diferentes efectos en la gente. Algunos pacientes no lograban recuperar los recuerdos, nunca.

Pero estaba bien. Según mis padres me repondría con la ayuda de todos. Sin embargo, estar bien no significaba para mí lo mismo que para ellos. Yo me sentía triste, incompleta. Como si alguien me hubiera robado algo muy íntimo de mi ser y no fuera capaz de recuperarlo. Estaba rota, agobiada, perdida y cansada. Asustada de ese agujero que había en mi mente y que me llenaba de desconfianza el corazón y el alma. Había olvidado algunas referencias de mi vida. Mi pasado seguía ahí, pero las coordenadas habían cambiado y era como un barco a la deriva, aunque no era capaz de decírselo a nadie, porque estaba bien.

Desperté a una realidad de la que era ajena. Ya no servía copas los fines de semana en El Ruedo y había ascendido al departamento de dirección de la empresa. Pero la amnesia no era lo peor. Eso solo fue un daño colateral. Tras la noticia de mi estado, las que siguieron no fueron mejores. Por lo visto mi vida era muy distinta a lo que yo recordaba. Rubén ya no formaba parte de ella y estaba a punto de irme a vivir a Zúrich con aquel desconocido que sí, era mi jefe y mi novio. Estábamos profundamente enamorados. Escuchar aquello de boca de mis padres y corroborado después por Anabel me hizo daño. ¿Cómo podía ser cierto y no sentir absolutamente nada por él?

Mi padre fue quien me explicó que tenía planes de futuro con Oskar, un

proyecto de vida que ahora se había derrumbado. Pregunté, asustada, si tenía que irme con él. No soportaba la idea de separarme de mis padres, el único asidero al que podía agarrarme. Me aseguró que no. Ellos no permitirían que hiciera algo sin estar segura del todo. Me contó que lo encontraron destrozado cuando llegaron, tras el aviso del accidente, y les relató que había evitado que lo atropellaran a él al interponer mi cuerpo. Intuí que mi padre sentía simpatía por aquel hombre, por cómo hablaba de él supe que le caía bien. Demasiado bien.

Sin embargo, aunque la mayoría de cosas que me explicaban eran nuevas para mí, una me llenó de ansiedad y miedo. El accidente que había sufrido no había sido un atropello fortuito, porque alguien se saltaba un semáforo, sino que habían tratado de acabar con nuestra vida. El coche se había dado a la fuga, pero estaban detrás del culpable.

Durante los dos siguientes días recibí bastantes visitas. Ninguna de ese novio al que no recordaba y del que nadie hablaba. Supongo que mi malhumor cuando lo habían mencionado había hecho que no lo mentaran. Me negué a verlo y el médico dijo que me dieran espacio para adaptarme a las nuevas circunstancias.

Del trabajo me visitaron compañeros de administración y facturación. También una chica, Luisa, que dijo que éramos compañeras en el departamento de dirección. Anabel apareció acompañada por dos jefes. Raúl y Boris. Los dos eran agradables y me trataban con mucho afecto. No tenía muchos temas de conversación con ellos, así que con un poco de humor les pedí que me explicaran qué hacía yo en dirección porque no tenía ni idea de cómo iba a ser útil en mi vuelta. Eso generó un silencio y deduje que había algo que todos callaban.

Mis viejos amigos vinieron a verme en grupo. Manu, Carmen y Marga, embarazada. Esteban explicó que Sonia estaba en Madagascar y por lo visto muy feliz. Se habían separado. Rafa me llamó por teléfono desde Londres. Fue el único que nombró a Oskar y dijo que le diera una oportunidad. Que por lo menos lo escuchara.

—Para mí es un desconocido, ¿no crees que si tan enamorada estaba lo recordaría?

—Creo que estás siendo muy tozuda, tú no eres así —me riñó—. No has pensado que él debe estar mal y sufrir mucho porque no sabes quién es. Yo lo estaría.

Eso me hizo reflexionar. Debía darle esa oportunidad y además sentía curiosidad por saber por qué alguien quería hacernos daño.

Encontré un libro en la mesita, *Olvidado Rey Gudú*, con curiosidad lo abrí y empecé a leer. Era una novela de Ana María Matute llena de fantasía y aventuras en el Reino de Olar que había leído de niña. Mi madre entró y me encontró sumergida en la lectura, comentó que Oskar me lo leía mientras estaba inconsciente. Ella se lo dio porque sabía que me gustaba. Lo aparté de mí como si el libro pudiera contagiarme algo y ella me reprendió, dijo que estaba siendo injusta con él.

Como todas las tardes, Anabel vino a verme. Tuve la necesidad de preguntarle por el jefe, pero no sabía cómo iniciar la conversación. Había sido tan vehemente los días anteriores para que no lo nombraran que me avergonzaba de mi comportamiento. Creo que pagué con él mi enfado por lo que me había ocurrido.

—Tú que me conoces, ¿de verdad crees que yo amaba a Oskar Müller? —pregunté con vacilación

—Sí —contestó sin ningún indicio de duda.

—Es todo tan surrealista —añadí con tristeza—. Despertar y descubrir que eres una persona distinta de la que creías ser en un primer instante.

—Si te hubieras visto hace unos días —dijo mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja—. Lo mirabas como si fuera lo más importante en tu vida, y él... No creo que él haya sido antes tan feliz como cuando estabas a su lado. Ahora parece perdido, está cabreado todo el tiempo, no hay quien lo aguante. Debe tener un cuadro de esos, depresivo ansioso. Está insoportable. Han venido su madre y su hermana para estar con él estos días.

—¿Tan mal está?

—Sí, Dani —respondió Anabel, se acercó a mí y bajó la voz como si no quisiera que la descubrieran contando un secretillo—... sobre todo al descubrir que fue por su culpa por lo que ocurrió todo.

—¿Su culpa? —pregunté indignada.

—La persona que te atropelló era una ex suya —dijo en confidencia—. Iban a comprar su empresa, pero tú descubriste que había falsificado las cuentas y el negocio no se hizo. Por lo visto os seguía para haceros daño a los dos, pero tú lo empujaste a él y recibiste el golpe.

Me quedé sin palabras. Mi amiga agachó la cabeza y supe que había algo que ocultaba.

—¿Hay algo más? ¿Qué más pasó?

Dudó, se levantó y me miró con culpa. Necesitó unos minutos para decidir si me lo contaba o no. Al final lo hizo.

—La mujer no iba sola. Rubén iba con ella. Alguien hizo una foto al coche en su huida y así la pillaron. La muy bruja confesó a la primera.

No podía ser cierto. Anabel me explicó que una noche en El Ruedo tuvimos problemas con Rubén. Por lo visto hubo más que palabras porque intentó propasarse conmigo. La mujer, que nos seguía, lo presencié y contactó con mi ex novio e idearon un plan para vengarse. A él lo habían despedido por una pelea con Oskar.

Con cada noticia nueva que descubría, más confusa estaba. Mi vida se había convertido en una novela. Y Oskar Müller parecía ese elemento que da tensión a la trama. Me presionaba para recordar cualquier pequeño detalle que me diera pistas de algo. El sabor de sus besos, sus caricias, pero nada. Mi mente había borrado los últimos meses y no tenía intención de recuperarlos.

La puerta se abrió y entró quien menos esperaba: Oskar. Hacía unos minutos que Anabel se había marchado y mis padres no regresarían hasta el día siguiente. Así que estaba sola para enfrentarlo. No quise ser grosera, pero las cosas que me había contado mi amiga sobre lo sucedido me sobrepasaron y vertí en él mi miedo y mi rabia. Me dedicó una mirada tierna y salté.

—¡No me mires así!

—¿Así, cómo?

—Como si estuviera obligada a amarte.

No dijo nada, se pasó una mano por el pelo y sacó algo de un bolsillo. Me entregó una bolsita de terciopelo. Al abrirlo me sorprendió encontrar una pulsera de oro rosa.

—¿Qué significa esto?

—Es importante para nosotros... Es la prueba de mi amor —contestó en voz baja—. No puedo obligarte a que me ames, aunque yo no pueda quererte más de lo que siento.

—No puedo aceptarla —intenté entregársela, pero él la rechazó.

—Es tuya —dijo con calma—. Búscame en tus recuerdos, Dani. No me alejes de ti. Eres mi vida.

Se acercó a mí y yo reulé. Levanté las manos en señal defensiva. Él se detuvo y me miró con los ojos llenos de decepción y dolor.

—Yo... yo no puedo. No puedo vivir una vida que no reconozco como mía.

—Yo muero por abrazarte, por sentir tu cuerpo pegado al mío para que mi corazón vuelva a latir —murmuró. Sus ojos estaban cada vez más acuosos y sonaba desesperado—. Si me das la oportunidad sé que podría volver a enamorarte. Sé que tu piel reconocerá la mía y sabrás que mis noches son largas sin ti, que tú me das la calma que necesito. No soporto este silencio entre nosotros, ese amor que se ha quedado atascado en los sentidos. Búscame en tus sueños, pequeña, y sabrás que nuestro amor es verdadero.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo hacer eso que me pides y seguir como si nada hubiera ocurrido —confesé—. Me han contado qué pasó. Que tu ex y el mío intentaron matarnos. Es demasiado, yo no puedo con esto. Necesito estar sola, conocerme, saber quién soy.

—Dani... Daniela...

Volvió a acercarse. Dijo que yo había hecho que él me quisiera y que no podía dejarlo ahora, a la deriva. Acunó mi cara con sus manos y con lentitud, para no asustarme, se aproximó a mis labios. No me retiré, quería saber cómo

respondía mi cuerpo, mi mente. Dejé que me besara, que su lengua se apoderara de mi boca. Quería sentir. Mi corazón empezó a latir acelerado, con una fuerza desatada y mi cuerpo se tensó. Me llené de angustia y temor y sentí que estaba prisionera en unos brazos que no reconocía. Lo aparté de un empujón y empecé a llorar.

—¡No! ¡Vete, déjame!

Me miró aterrado y yo me abracé a mí misma buscando seguridad.

—Cariño, no te asustes de mí.

—¡No soy tu cariño! ¡No me llames así!

La doctora entró. Supongo que mis gritos la alertaron.

—¿Qué ocurre, Dani? —preguntó.

No pude responder.

—La he asustado, Verónica. Lo siento. No sé qué me ha pasado, solo quiero que me recuerde.

—Oskar, dale tiempo. No se pueden forzar los recuerdos —explicó—. Si está tranquila, si le hablan de cómo era su vida, entonces ella podrá asociar ideas y su mente se abrirá. ¿Por qué no regresas mañana? Necesita descansar.

—Sí, está bien —sonó nervioso—. Hasta mañana, Dani. Que descanses.

Intentó acercarse de nuevo, pero yo di un paso atrás y él se detuvo. Me dedicó una mirada resignada y salió por la puerta, derrotado. Con todo el peso del mundo sobre sus hombros.

—Yo no puedo darle lo que quiere. Ni siquiera sé si creer lo que dice de nosotros.

La doctora me miró con ojos de censura.

—Sé que lo que te pide es dar un salto al vacío, como un acto de fe. Pero os he visto juntos y te aseguro que se queda corto con lo que dice. Daba verdadera envidia veros. El amor flotaba en el aire —rió al decirlo y me hizo sonreír—. Pero debes estar segura de lo que quieres. Porque no importa lo que te digamos los demás. Es una decisión solitaria. Si vuelves con él sin tenerlo claro, siempre tendrás miedo y desconfianza.

Dijo que descansara y si necesitaba hablar o cualquier cosa, ella estaba de guardia. Me informó que con toda seguridad me darían el alta en un par de días y que debía tomarme las cosas con calma y normalizar mi vida.

Pasé una noche intranquila. Me desperté varias veces. Soñé que me atropellaban y quedaba tendida en la carretera, casi sin vida. Tenía mucho frío. Rubén reía y bailaba junto a mí, pero desapareció y me quedé sola. En un acto desesperado grité y alguien sin rostro me respondió, se acercó sigiloso y me rodeó con sus brazos, me dio calor con su cuerpo. Un cuerpo grande y fuerte. Desperté envuelta en sudor y unas palabras acudieron a mi mente: «Búscame en tus sueños».

Apenas conseguí conciliar el sueño el resto de la noche. Me levanté temprano y me duché. Me vestí con un camisón y una bata de satén, verde claro, que mi madre me había traído. Cuando sirvieron el desayuno yo estaba sentada en la cama. No lo había terminado y la puerta se abrió. Creí que el médico hacía la ronda y pasaba a visitarme, pero era Oskar.

Vestía un traje gris claro. El perfecto jefe. Se le veía impresionante, aunque unas feas ojeras le estropeaban la cara. Así y todo no podía negar que era guapo.

—No es mi intención incomodarte —dijo a modo de saludo—. Solo quiero comentarte un par de cosas, después me iré y no volveré a molestarte.

—No me molestas —respondí. Me levanté y separé la mesita auxiliar donde estaba el desayuno.

—No lo recuerdas, pero el día cuatro debo hacerme cargo de la dirección de *Müller Technologie*, en Zúrich. Es la sede central —aclaró—. Mi madre me concedió más tiempo, dadas las circunstancias, pero no tiene caso alargarlo más —explicó y empecé a entender lo que trataba de decirme. Se marchaba—. No soporto estar cerca de ti y no poder tocarte. Una vez me dijiste que buscabas amor y encontrabas sexo. Yo te dije que el sexo no era amor y que no podía darte otra cosa, pero era mentira, porque te habías colado bajo mi piel. Luché contra el sentimiento que me provocabas y desconocía. Solo encontré paz cuando acepté que te quería Y fui el hombre más feliz de la

tierra al saber que tú también me querías. Pero eso ha durado poco. El sentimiento de culpa me mata. Me salvaste, pero tú... Tú me has perdido en tu memoria. Y yo te he perdido a ti.

Hizo una pausa y yo no supe qué decir. Él continuó.

—He dejado instrucciones para que cuando estés preparada, si quieres, puedas regresar a tu puesto. No te preocupes, no tendrás ninguna relación conmigo. Raúl se encargará de ello. Regreso a Zúrich.

—Lo siento, Oskar, pero no sé ser quien tú quieres que sea —dije y fingí una seguridad que no tenía.

—Lo sé, cariño —contestó y cerró los ojos—. Perdona, se me escapa sin querer... Yo tampoco quiero que seas alguien que no eres. Si has de quererme es porque lo sientes, no porque yo te lo pida, por mucho que lo desee.

—No creo que vuelva al trabajo, buscaré otra cosa —dije convencida.

—No dejes que el orgullo te pueda. El trabajo te gusta, lo haces bien. Solo tienes que confiar en ti para realizar la tarea.

Me miró como si eso fuera todo lo que tenía que decirme, aunque en su expresión podía leer que se quedaba con las ganas de decir más, mucho más. Recorrió mi cuerpo con la vista, como si quisiera grabar en su mente la imagen y se dio la vuelta con lentitud.

De pronto mi corazón dio un vuelco. Sentí la necesidad de abrazarlo. Me daba tanto dolor verlo marchar que no lo entendía. Pero no me moví del sitio y contuve la emoción que me embargaba, todo lo que pude.

—¡Oskar! —sollocé al final y él se giró. Me dedicó una sonrisa forzada— Yo...

—No llores, pequeña —dijo y una lágrima escapó de sus ojos aguamarina, dejó que recorriera su mejilla y añadió—: Solo deseo que me encuentres en el fondo de tu mente y regreses a mí.

Salió por la puerta y la cerró despacio, casi sin hacer ruido y yo sin saber por qué me derrumbé sobre la cama y lloré como no lo había hecho en todos aquellos días.

No fue la única visita inesperada aquel día. Antes de comer, al regresar de un paseo por la planta, encontré a una mujer en la habitación.

—Hola —saludé con extrañeza.

—Hola, Daniela. Soy Heidi —respondió con una sonrisa—. La hermana de Oskar.

—Lo siento, no sabía que tenía una hermana —dije con cierta vergüenza. Eso de no recordar a la gente es algo embarazoso—. ¿Nos conocemos mucho?

—No, en realidad apenas nos hemos visto una vez —confesó y en su voz se adivinaba simpatía—. Pero no voy a recordártela, aún no tenemos la confianza para hablar de eso.

—¡Vaya! Espero que no me pillaras en bragas.

Las dos réimos del comentario y la tensión que había en el aire se difuminó. Me senté en un pequeño sillón y le pedí que se sentara a mi lado.

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mi visita —afirmó y se retorció los dedos en señal de nerviosismo—. No pretendo convencerte de nada. Solo quería venir a verte. Sé que hubiéramos sido amigas si las cosas fuesen de otra manera. Yo quiero mucho a mi hermano y está roto por dentro, pero sé que con el tiempo se recuperará. Puede que nunca sepas lo que significas para él y lo feliz que lo hacías. Jamás lo vi así antes. Estamos muy unidos y me hablaba mucho de ti. Rompiste sus esquemas. Pero te repito que no vengo a reprocharte nada. Ahora tu prioridad es recuperarte. —Sonaba sincera y la creí. No supe qué decir y le dediqué una sonrisa abierta. Ella continuó—: Solo me gustaría darte esto.

Me entregó una pequeña tarjeta de visita con una dirección y unos teléfonos. La miré extrañada y me devolvió la sonrisa.

—Quizás algún día te apetezca hablar, saber de él... no sé. Puedes llamarme.

Con esa explicación se levantó, por inercia la imité y me dio un abrazo. Se despidió y me quedé sola en mitad de la habitación con la vista clavada en aquel pequeño papel.

Capítulo 18

Al salir del hospital me sentí perdida, sin saber qué rumbo tomar. Mis padres insistieron en que pasara con ellos un tiempo, por lo menos hasta tener el alta completa y pensé que unos pocos más de mimos no me vendrían mal.

Fueron días de paseos en bici, horas bajo el sol, nadando en la piscina y charlas en el porche. Era como volver a ser niña y no tener responsabilidades. Mis padres estaban contentos de tenerme allí, pero se acercaba un viaje que tenían programado y no quería que se sintieran en la obligación de cuidarme.

Poco a poco retomé las riendas de mi vida y regresé a Barcelona cuando me dieron el alta definitiva.

Dudé mucho si volver a Telecomunicaciones Müller. Anabel me dijo que me esperaban cuando yo estuviera preparada. Una mañana, después de darle algunas vueltas a los pros y los contras, decidí que no tenía nada mejor que hacer que trabajar.

Me presenté en las oficinas en la Avenida Diagonal y Luisa me acompañó al despacho de uno de los jefes. Durante el trayecto estuve nerviosa por si era Oskar quien me recibía.

No había tenido noticias tuyas desde que viniera a despedirse y de eso hacía un mes. A mis padres, incluso a Anabel, se les escapaba en ocasiones algo acerca de él. Tardé en descubrir que cuando eso ocurría me ponía de mal humor. Porque, aunque lo callaba, no había podido quitármelo de la cabeza. Ese hecho me llenaba de irritación, no entendía cómo un desconocido podía tener tanto poder en mi mente para no querer irse. Mi subconsciente me traicionaba y más de una vez había soñado con él. Incluso algunas noches creí escuchar su voz que me llamaba. El recuerdo de su voz me inquietaba, era como un canto de sirena para mí.

Terminé de leer su libro y juraría que algunos pasajes y escenas se repetían en mi cabeza como algo ya vivido. No supe qué pensar. Parecía una especie de

metáfora sobre mi vida y Oskar trataba de decirme algo. Me dolió encontrar en sus páginas una verdad: que los sentimientos relativos al amor hacen tanto daño como una piedra horadada en el pecho y que el dolor y la tristeza que provoca el olvido no deja indiferente a nadie. Para dejar de sentirme mal, preferí creer que había sido fruto del azar lo que lo llevó a leerme aquel bonito cuento sobre el amor, los sueños, las dudas, los miedos y los anhelos. Menos mal que sabía que fue mi madre quien lo escogió, porque la mente puede jugarte malas pasadas y creer una película que solo una se inventa.

Me sentía vulnerable y la nostalgia ausente de lo que fue aquel hombre no me dejaba avanzar. Aunque, si quería ser sincera y honesta conmigo misma, me daba miedo que nadie me quisiera como, por lo visto, él me había amado. La duda me machacaba y solía preguntarme si yo también lo había querido con la misma intensidad. Si era así, no entendía cómo se podía olvidar un amor.

—¡Qué alegría, Daniela! —me saludó Raúl con efusividad—. Te ves muy bien. Te ha dado el sol.

—Muchas gracias —contesté con vacilación. Él me trataba más como a una amiga que como a una empleada y eso me hacía sentir rara.

—Déjame avisar a Boris, le gustará verte.

Durante unos segundos me quedé perpleja, hasta que reaccioné, y él llamó por el teléfono interior, cuando sonreí. La ansiedad empezaba a apoderarse de mí y me reprendí mentalmente. Debía comportarme con naturalidad, no tenía motivos para desconfiar.

No tardó en hacer su entrada el otro socio. Me dio un abrazo afectuoso y se interesó por cómo estaba. Casi sin darme cuenta estábamos hablando de trabajo. Ninguno mencionó a Oskar y eso me relajó. Dijeron que en una semana las oficinas se cerrarían por vacaciones hasta septiembre. Habían decidido que era lo mejor teniendo en cuenta todos los cambios. Desde que yo no estaba, Anabel se había hecho cargo de muchas cosas, pero estaban convencidos de que yo podría ponerme al día en poco tiempo. Mi amiga se había quedado con mi despacho y con mucho tacto me dijeron si no me importaba ocupar el de Oskar. Negué con la cabeza y con humor les dije que

para mí sería un espacio nuevo.

—He estado revisando algunos papeles en casa y he descubierto que mi sueldo es muy elevado. ¿Es porque estaba con el jefe? —pregunté curiosa.

Los dos se echaron a reír.

—Va a quedar muy mal cuando te digamos la razón, pero es cierta —respondió Raúl—. Cuando accediste al puesto, Oskar estaba insoportable.

—Vamos, en su línea —interrumpió Boris.

—Las asistentes no aguantaban y doblé el sueldo a la que lo hiciera. Él tenía horarios intempestivos y no respetaba ni fiestas ni noches. Así que esa era la compensación.

—Tal vez no sea necesario, se podría revisar —comenté, no me sentía muy cómoda.

Ellos compartieron algunas miradas y Boris añadió.

—En todo caso ahora no vamos a mover nada. En septiembre lo hablamos. Si te parece te acompaño a tu despacho y te vas poniendo al día.

Salí de allí un poco confusa, pero estaba deseando ocuparme con lo que fuera. Si me hubieran dicho que les llevara el café lo habría hecho. Estaba desesperada por hacer algo que no fuera perder el tiempo y no me di cuenta hasta que pisé aquellas oficinas.

Anabel me recibió con un gran abrazo y me dijo que no me preocupara por nada, porque lo sabía hacer todo. Por lo visto yo había organizado el departamento, me aseguró que reconocería mi forma de hacer. Tuve la sensación que entre Boris y ella había una proximidad sospechosa, pero quién era yo para decir nada. Aunque tarde o temprano mi amiga cantaría.

Al entrar en el despacho esperé sentir algo especial, pero ninguna sensación recorrió mi cuerpo. Era una situación extraña, Boris y Anabel se pusieron a conversar sobre unas llamadas que había que hacer, antes de finalizar la mañana. Les dije que no se preocuparan por mí y se despidieron enfrascados en sus tareas.

Me acerqué al escritorio y encendí el ordenador y casi por instinto me

descalcé. Merodeé un poco. Era grande y tenía un baño privado. Me iba a gustar estar allí, sobre todo por el sofá.

El teléfono sonó y lo obvié, pero insistía y no parecía que la llamada la atendiera nadie. Descolgué y dije muy profesional.

—Despacho del señor Müller... Disculpe, soy Daniela Ramos. ¿En qué puedo ayudarle?

Un silencio se hizo al otro extremo. Solo pude escuchar el sonido de una respiración agitarse.

—¿Hola?

—Hola, Daniela. —Su voz se rompió. Supe de inmediato quién era. No esperé respuesta y se recompuso. Explicó distante—. Ha debido saltar la línea. Necesito hablar con Raúl o con Boris. Que me llamen.

Colgó y me quedé como una tonta mirando el auricular.

Escuchar aquella voz, sin esperarla, me zarandeó el interior. Me quedé tan sorprendida que colgué aturdida y reulé, topé con el sofá y caí en el asiento. No había sido buena idea regresar. Aquello me afectaba más de lo que yo creía y estaba dispuesta a reconocer.

Raúl entró y me encontró con la cara escondida entre las manos e inclinada sobre mis rodillas.

—¿Qué tienes, Dani? ¿No te sientes bien? —preguntó con preocupación. Creo que se asustó al verme.

Lo miré a la cara, avergonzada.

—Sí, bueno, yo —balbuceé—... sonó el teléfono y atendí. Era... era Oskar y colgó.

—¡Joder! —exclamó, dejó la carpeta que llevaba en las manos sobre el sofá y se acuclilló frente a mí.

—No es buena idea que me quede.

—Ni se te ocurra pensar en renunciar. Lo has cogido por sorpresa, eso es todo. No volverá a pasar.

Me hizo un gesto afectuoso y se levantó, yo lo imité. Dijo que me

necesitaba, venía a darme tarea. Me pidió que le preparara en *Power Point* una documentación. Así, la información, se vería mucho mejor, cuando la presentara. Pensar en trabajo me dio ánimos. Raúl me tranquilizó y pude apreciar que me trataba con respeto y cariño, ese cariño con el que te relacionas con los amigos. Me hizo sentir bien.

Al marcharse entró Anabel y entre las dos acordamos de qué temas se encargaba cada una. Por lo visto quien más saturado estaba era Raúl y me propuse ayudarlo. Me pareció que ella y Boris se manejaban bien.

La mañana pasó rápido y al estar entretenida no pensé demasiado. A la hora de comer salí con mi amiga. Había algo que me rondaba la cabeza y le pregunté.

—¿Estas llaves son tuyas? —le mostré dos llaves especiales que tenía junto a las mías, en mi llavero de casa.

Las miró y luego a mí, al final aclaró.

—Son de casa de Oskar.

Me explicó por qué las tenía y me preguntó si quería ir a echarle un vistazo. Me negué al principio, pero dijo que tal vez allí encontraba algo que me hacía recordar, porque había pasado algún tiempo en su casa. Esa idea me animó y quedamos en ir al salir del trabajo.

Era un edificio de viviendas de lujo. El conserje me saludó amable y supe que me conocía. Yo le sonreí y subimos al último piso. Anabel se había enterado de la dirección a través de Boris.

La llave encajó en la cerradura y sentí mi corazón acelerarse al abrir la puerta. Nos recibió el silencio y la oscuridad. Encendimos las luces, los ventanales estaban cerrados con las persianas, pero debía ser bastante luminoso. Al divisar el salón lo primero que pensé fue que me gustaban los sofás que tenía Oskar. Este era de color blanco, en piel y bastante grande. El piso era un dúplex. Entramos en todas y cada una de las habitaciones hasta encontrar la suya, en la planta de arriba. Era grande. También tenía las persianas bajadas. Anabel fue hacia el vestidor y yo, no sé porqué, me quedé mirando aquella cama enorme que no me decía nada. En un gesto inconsciente

abrí un cajón de la mesita derecha. Estaba vacío. Anabel me llamó y fui a su encuentro. En el vestidor había algunas ropas: un traje, camisas, a una de ellas le faltaban todos los botones, varios tejanos de hombre y ropa de mujer. Mi amiga aseguró que era mía e insistió en que me la llevara, pero yo no quería tocar nada. Sentí que invadía su intimidad y quise salir de allí con rapidez.

Cuando llegué a casa estaba mareada. Había sido un día pesado, pero me sentí orgullosa porque había ido mejor de lo que esperaba. Eso me animó. Me preparé una tortilla francesa con pan con tomate para cenar, y vi una serie de la tele. Disfruté del momento. La tranquilidad me invadió, aunque experimenté una sensación de vacío que no comprendía. Era como que algo me faltaba, pero no sabía qué.

Los siguientes días en la oficina fueron intensos, pero, sobre todo, tensos.

El jueves cuando llegué encontré todo muy silencioso. La mayoría del personal ya estaba de vacaciones. Solo funcionaba el departamento de dirección y porque con los cambios de gerencia, de última hora, algunas cosas se habían precipitado y había que supervisar para no tener sorpresas a la vuelta.

No había decidido qué hacer con ese tiempo libre que temía que llegara, ahora que empezaba a sentirme útil, pero era algo inevitable. Las vacaciones estaban al caer. Anabel se marchaba a Jaén con su madre, su abuela estaba casi en las últimas, y decidió acompañarla. Pretendía que fuera con ella, pero no logró convencerme. Mis padres estaban a punto de iniciar su crucero y yo había prometido ir a Sant Celoni a su regreso, pero para eso faltaban poco más de veinte días. No sabía qué iba a hacer en esas tres semanas.

Como todas las mañanas desde mi regreso, entré en el despacho de Raúl. Discutía con alguien al teléfono. Quise marcharme y le hice un gesto, pero él me hizo otro para que me quedara. Sus ojos no me dieron opción.

—Eres muy considerada, pero podías haberme avisado antes —dijo a su interlocutora—. No, no pienso cambiar mis planes. Eres muy libre de hacer lo que quieras y yo también.

Su expresión mostraba fastidio, pero no levantó ni tan siquiera la voz.

—No te molestes en llamarme a tu vuelta.

Colgó y dejó el teléfono sobre su mesa con desgana. Se pasó las manos por el pelo y soltó con enfado.

—Pásalo bien, nena. Yo haré lo mismo.

Le di un momento para que se calmara, pero cuando levantó los ojos del teléfono su cara había cambiado y por su rostro no pasaba ninguna emoción de disgusto.

—¿Todo bien? —se me ocurrió preguntar.

—¿Cómo? —pareció que no sabía a qué me refería, pero sonrió travieso—. Ella se lo pierde. Otros planes surgirán.

Me hizo reír el comentario. Por lo que Anabel me había contado de Raúl, salía con una amiga de su hermana, pero no parecía estar dispuesto a darle ninguna tregua. Si la chica le había cambiado los planes, él había resuelto no esperarla.

No estuve mucho tiempo con él, me pidió que incluyera en la agenda unas reuniones para septiembre, me pasó unos papeles para archivar y me despidió con una sonrisa. Me marché a mi despacho con la impresión de que aquella tarea debía mantenerme ocupada mucho rato si no quería morirme de aburrimiento.

A las once y media ya hacía rato que estaba sin hacer nada, salí en busca de Anabel para escaparnos a la cafetería, pero no estaba en su sitio. Fui a ver a Luisa, tal vez podríamos charlar, pero no la encontré. Raúl y Boris tampoco estaban en sus despachos y me empecé a mosquear. ¿Dónde se había metido todo el mundo? Un murmullo que provenía de la sala de reuniones me alertó y me dirigí hasta allí. Pude ver, a través de los grandes cristales, que era allí donde se escondían. Parecía que mantenían una reunión por videoconferencia. Tres personas aparecían en pantalla, alrededor de una mesa, pero dos se levantaron y se despidieron. La tercera se giró hacia su portátil y revisó unos datos sin levantar la cabeza de la pequeña pantalla.

La voz sonó grave, profunda y, como otras veces que la había escuchado, algo se movió en mi interior. No fui capaz de cruzar las puertas y entrar. Me

quedé allí fuera, sin hacer ruido para no interrumpir, ni delatar mi presencia. No era tan tonta como para no saber por qué no me habían avisado.

Desde mi posición, sin ser vista, pude observar al hombre que todos decían que me amaba y del que yo me había olvidado. No podía dejar de reconocer que era atractivo, pero estaba muy serio. Su expresión había cambiado desde la última vez que lo vi. Pude apreciar que estaba más delgado.

De pronto levantó los ojos y miró fijo a la cámara. Esbozó una pequeña sonrisa.

—¡Vaya, Raúl! Has presentado muy bien los datos. Muy creativo. ¿No decías que no tenías tiempo? —preguntó con burla.

—Y no lo tenía. Me han ayudado un poco.

Hubo algunos cruces de miradas y Oskar respondió.

—Ya me lo parecía... ¿Cómo está?

Me sentí incómoda al saber que hablaban de mí y yo estaba allí, como una espía en la sombra.

—Bien, se ha adaptado muy bien —respondió Raúl.

—Pero todo va igual en su cabeza, amigo —intervino Boris y pude ver que Anabel le daba un codazo.

Oskar los miró y asintió con la cabeza, sus ojos se tornaron más tristes. No me gustó nada aquella expresión, me hacía sentir mala persona. Estaba así por mi culpa.

—Yo solo digo que no tiene pinta de recordarte y deberías pasar página —aclaró Boris.

—No puedo.

—No puedes esperarla toda la vida. —Boris seguía con el dedo en la llaga —. Lo siento, amigo, soy duro. Sé que para ti es la mujer de tu vida, pero ella ni siquiera te recuerda un poquito.

Me dio un vuelco el corazón. Tenían razón. Tal vez nunca me acordara de lo que hubo entre nosotros y no podía hacer que lo quería si en mi corazón no sentía nada.

—Oskar, ella intenta recordar —intervino mi amiga—, pero es difícil. Fuimos a tu casa, descubrió que tenía tus llaves.

La mirada del hombre se iluminó y preguntó con esperanza.

—¿Las reconoció?

—No... Quería saber si eran mías.

No quise escuchar más. Todo aquello me hacía mucho daño. Era cobarde, lo más sensato hubiera sido entrar y decirle a Oskar que se olvidara de mí de una vez por todas y siguiera con su vida, pero creo que algo en mi interior tenía la esperanza de reencontrar lo que había olvidado. Necesitaba que me esperara. Sé que no tenía mucho sentido, pero las personas somos muy egoístas en ocasiones.

Noté que mis ojos se tornaban líquidos y me fui al despacho que ocupaba. Entré en el baño y traté de reparar los daños, antes de que se estropeará mi maquillaje y salí. Me senté en el sofá y me descalcé. Mi vida era un auténtico caos. Quería recuperar mis recuerdos, quería dejar de sentirme como si fuese discapacitada, quería no volver a preguntarme por qué. Necesitaba que todos dejaran de verme como la pobrecita que había perdido la memoria. Pero no sabía cómo conseguir aquellas cosas.

Cogí la *tablet* que estaba sobre el asiento y revisé algunos documentos.

Al rato, Anabel entró con Boris, él me dedicó una sonrisa, pero yo no se la devolví. Me dolían sus palabras. Me levanté y dije de malhumor.

—La próxima vez que tengáis una reunión como la de hoy, no hace falta que me lo ocultéis. No voy a romperme. —Miré a mi jefe y no pude morderme la lengua—. Las personas con amnesia captamos muy bien cuándo sobramos.

—No sobras —dijo Anabel en un intento de salvar la situación—. Ha sido para que él no lo pase mal.

—No hace falta que lo defiendas.

Boris me miró tenso y dijo en un tono seco y cortante.

—Tienes razón. Esto es una oficina, no un consultorio sentimental. Aquí se viene a trabajar. Así que cálzate, no quiero ver esos pies descalzos.

Anabel fue a decir algo, pero se calló de golpe al verme tambalear. Sentí que se me iba la cabeza, necesité girarme. Un extraño sentimiento me recorrió. En mi cerebro algo se movió. Cerré los ojos para retener una imagen, pero no fui capaz. Alguna idea había cruzado mi mente con la velocidad del cometa y ya se había esfumado.

—¿Qué ocurre, Dani?

Boris se me acercó y yo levanté las manos para que no me tocara.

—Nada... solo que... —Me recompuse, metí los pies en los zapatos y dije más tranquila—... No me pasa nada, estoy bien.

Boris se disculpó con una mueca inquieta, pero yo le dediqué una sonrisa sincera para que supiera que no le guardaba rencor. No podía reprocharle sus palabras. Se despidió con un seco hasta luego y salió.

Me dirigí al ordenador de sobremesa y abrí el correo, lo miré como si estuviera muy ocupada. Anabel se sentó en una esquina del escritorio.

—Ha preguntado por ti.

—Ya lo sé —respondí sin mirarla, no quería que adivinara que eso me afectaba. Yo no quería que él sufriera por mí—. Boris tiene razón. Debería pasar página.

—Dani...

—No era mi intención espiar, no os encontraba y de pronto escuché voces.

—Boris no entiende por qué no le diste una oportunidad.

—Parece que nadie comprende que en mi cabeza y mi corazón hay un agujero donde él no está. No hay nada, un vacío absoluto y no siento lo que se supone que debería sentir.

Estaba cansada de dar las mismas explicaciones una y otra vez. Con ganas de acabar la conversación añadí.

—¿Por qué no sales con mi vecino el bombero?

—Está bueno, pero no lo conozco —respondió extrañada.

—Pues eso justo es lo que me pasa a mí con Oskar.

Me hizo un gesto en el que podía leerse que me entendía, pero así y todo

añadió que no era lo mismo porque entre Oskar y yo había una historia.

Traté de decirle que mi madre me había enseñado fotos que hicieron el día de su aniversario, pero no se puede mandar sobre el corazón. Es algo muy extraño, uno no se enamora de quien quiere.

—Todavía estoy intentando comprender por qué Rubén intentó matarnos.

—Iba colocado de coca y la loca de Úrsula, también.

—Pero tuvieron la sangre fría de seguirnos y jugarse la vida por hacernos daño. Sabían muy bien lo que hacían —respondí con dolor.

No pude continuar, el llanto se apoderó de mí y salí disparada hacia el baño. Estaba cansada de todo: de dar explicaciones, de buscar respuestas y de no encontrarlas.

Al salir, Anabel cambió de tercio. Me propuso ir con ella y su madre a Jaén y allí despejarnos la mente. Pero decliné su oferta. Su abuela estaba grave y era una situación familiar, íntima. No quería vivir lo que tenía pinta de ocurrir. Ella lo entendió, creo que si hubiera podido elegir también se habría escaqueado. Aproveché el momento y le pregunté qué había entre ella y Boris. Me aseguró que no había nada, solo amistad. No la creí demasiado y pensé en lo que me contó en el hospital, sobre un chico con el que salía y lo pilló con otra, una escena desagradable y sobre todo si había más público. Sospecho que esperaba alguna prueba de amor. No iba a volver a arriesgar su corazón, después de aquello.

El día siguiente fue extraño. Era el último antes de las vacaciones y pasé casi toda la mañana organizando la agenda y el trabajo para la vuelta. Lo más probable sería que nadie se acordara cómo habían quedado las cosas.

Comí con los jefes, Anabel y Luisa. Supe que la recepcionista tenía un novio con el que se iba a Cuba. Raúl viajaría a Suiza y supuse que se iría con Oskar, Boris no concretó y por cómo miraba a mi amiga tuve la seguridad de que haría una escapada al sur. Yo solo dije que estaría por Barcelona. Por lo visto era la única que no tenía planes con nadie. Después de comer, Raúl nos sorprendió con la idea de no regresar a las oficinas.

Empezaban oficialmente las vacaciones.

Capítulo 19

El día que mis padres marchaban de crucero, los acompañé al aeropuerto. Un avión los llevaría a Atenas y allí cogían el barco. Tuve unas ganas terribles de irme con ellos, como cuando era una niña. Pero me quedé en tierra.

La primera semana fue tranquila. Agosto es un buen mes para estar en Barcelona, está muy vacía. Aunque la zona de turistas mejor no pisarla.

Anabel me llamó y me dijo que su abuela había muerto, rodeada de sus dos hijas. Pareció que se dormía y ya no despertó. Después del dolor que la había atormentado, la enfermedad le dio esa tregua. Su madre y su tía estaban serenas y habían decidido organizar las cosas de la casa y pasar allí algunos días.

Intuí que mi amiga estaba animada y no necesité interrogarla demasiado para que me dijera que Boris se había dejado caer por allí y había sido un gran apoyo para ella. Se iban a ir juntos a las playas de Cádiz.

Yo también tuve una visita inesperada. Rafa apareció una tarde por casa. Me sentí muy bien en su compañía, era alguien seguro para mí. Tenía unos días libres y había venido a visitar a su familia. No habló de Londres muy bien, pero estaba contento porque desde allí había entrado en el proceso de selección de una multinacional con sede en Barcelona y ya había superado dos entrevistas. Con probabilidad empezaría en octubre en el departamento de comunicación y regresaría a la ciudad. Fuimos a tomar unas cervezas y decidimos que al día siguiente iríamos a la playa.

Amaneció un día soleado y caluroso. Rafa me esperó en el portal, subido en su moto, pero antes de que yo le dijera nada dijo que no pensaba dejarme conducir. Me pasó un casco y subí detrás, empujé hacia mi espalda la bolsa de playa.

Sentir la velocidad y el viento rozando mi cara y mi cuerpo me generaba un sentimiento de libertad, me expandía el pecho, pero nunca me había acabado

de decidir por comprar una moto para mí. Era más seguro el coche, decía mi padre cada vez que sacaba el tema y creo que esa era la razón por la que tenía un Citroën Cactus que llevaba demasiado tiempo sin conducir porque estaba en Sant Celoni desde el accidente. Mi madre se había servido de él para ir y venir de su casa al hospital. Y yo no tenía demasiada prisa en volver a cogerlo.

El aire me rozaba las piernas y sentí la mano de Rafa acariciar mi muslo, dijo algo así como que no tuviera miedo de pegarme a él, incliné mi pecho sobre su espalda y, en un gesto exagerado, ceñí mis manos a su cintura con fuerza.

Rafa y yo habíamos tenido nuestros momentos, intenté buscar en mi interior un sentimiento por él. Le tenía mucho cariño y eso me bastaba.

—¿Dónde vamos? —grité para que me escuchara.

—¡Sitges! —exclamó y apreté su cintura en señal de que me agradaba la idea.

Era una playa que nos gustó siempre y el pueblo era encantador. Me pareció bien la idea de regresar a lugares conocidos y que significaban algo para los dos.

Aparcó la moto en el paseo y guardó los cascos, tiró de mi mano y llegamos hasta la arena, entre risas. Estiramos las toallas y me quité los shorts que llevaba, a la vez que él se deshacía de su camiseta y el pantalón tejano, corto. Tenía un cuerpo escultural, me fijé en su bíceps derecho.

—¿Ese tatuaje es nuevo?

Él se lo miró y sonrió.

—Es de hace tiempo, pero sí, para ti es nuevo. Lo hice en Nueva Zelanda, cuando fui el verano pasado. Es una greca tribal y combina bien con los demás.

Rafa tenía varios tatuajes en el cuerpo, fue él quien me convenció para hacerme el mío. Tenía veinte años y un duende me pareció algo mágico. Sobresalía del bikini y acomodé la prenda para taparlo un poco. Lo miró y me dedicó una sonrisa cómplice. Acercó su mano para tocarlo y yo, por instinto,

me retiré.

—Perdona, no pretendía molestarte.

—No pasa nada —le quité hierro al asunto, ni siquiera sabía por qué había tenido aquella reacción—. ¿Nos bañamos? Hace calor.

Él asintió y cogió mi mano. Estábamos relativamente cerca de la orilla, pero cabía la posibilidad de que a la vuelta se hubieran llevado nuestras cosas. Así y todo, nos arriesgamos.

Al cabo de cinco minutos yo estaba de vuelta, recogí mi pelo en un moñete y me estiré en la toalla a secarme.

—¿No tienes crema? Puedes quemarte —escuché de pronto, al tiempo que unas gotas de agua refrescaban mi torso. Abrí los ojos y Rafa estaba de pie junto a mí, como un dios romano.

Le pasé el bote y me di la vuelta. Con delicadeza estiró la crema líquida por mis hombros y espalda. Era una sensación cálida, pero a la vez me sentí un poco incómoda. Le dije que ya estaba bien. Me pidió que le pusiera un poco y lo hice, después me puse yo en la parte de delante y nos estiramos como dos lagartijas al sol.

Al cabo de un par de horas y un baño, decidimos ir a comer. Nos vestimos y recogimos las cosas. Empezamos a caminar por el paseo y Rafa, de una forma natural, colocó su brazo sobre mis hombros. Era una sensación que conocía, su cuerpo pegado al mío y su charla tranquila. Dijo que quería comer paella y a mí me entró la risa.

—No me seas *guiiri* —dije en una carcajada.

—Venga, con su marisquito y sus gambas.

—Si me dejas conducir a la vuelta.

—El golpe de la cabeza te dejó mal —soltó con burla y se puso serio de golpe. Pensé que era por lo que había dicho, pero me di cuenta de que no, cuando añadió—: Todavía no sé cómo te dejé conducir aquella noche. Total, me dejaste plantado por el jefe.

Lo miré con extrañeza y su rostro se tensó.

—¿Qué noche?

—Dani —me dedicó una mirada resignada— es vergonzoso recordar que me rechazaste.

Me detuve de golpe y pregunté casi asustada.

—¿Tú y yo...?

Él negó con la cabeza y dijo que quiso intentarlo, pero yo no estaba por la labor, en mi mente había otra persona. Aunque él se arriesgó y me dijo lo que sentía.

Me disculpé. Me sentí fatal. Cada vez que alguien me decía alguna cosa que no recordaba me nacía un sentimiento de desamparo raro y creía que estaba en deuda.

—Dani, no te sientas mal —dijo sincero—. A veces nos aferramos a lo conocido cuando la verdadera aventura es lanzarse al vacío. Conocer a alguien nuevo y ver dónde nos lleva eso. Es más fácil agarrarse a lo que tenemos que estar solo. Pensé que tú y yo podíamos retomar lo nuestro, pero creo que funcionamos mejor como amigos que como pareja.

No pude evitar abrazarlo, sus palabras me habían liberado. Pero mi corazón estaba dividido, por un lado había nacido una pequeña esperanza de que algo surgiera entre él y yo y por otro me sentía aliviada.

—¿Dani...? ¿Daniela? —escuché decir a alguien a mi espalda.

Me giré despacio y encontré cuatro pares de ojos clavados en nosotros. Me solté del cuello de Rafa. No esperaba encontrarme a nadie conocido allí, y menos a uno de mis jefes y mi doctora.

—Hola —contesté con timidez—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué haces tú? —preguntó Raúl con cara de pocos amigos.

—Es evidente —respondí algo molesta por su tono—. Hemos venido a la playa y ahora vamos a comer.

—Una paella —soltó mi acompañante, con burla—. Hola, soy Rafa, un amigo.

Estiró su mano hacia Raúl, a modo de saludo, que la estrechó. Luego

dedicó una sonrisa a Verónica. Se inclinó un poco hacia ella y se dieron dos besos.

—Aquí la hacen muy buena —comentó mi doctora y señaló hacia dentro del restaurante en cuya puerta estábamos parados—. ¿Entramos?

Ella empujó la puerta y Rafa la siguió. El muy descarado se olvidó de mí. El aire fresco del local me hizo reaccionar, Raúl me cedió el paso y entré. Un camarero se hacía seguir por Verónica y Rafa, por lo visto habían decidido compartir mesa. Me dirigí hacia ellos con la esperanza de que no fuera así. Ella le hablaba con una sonrisa coqueta en los labios y él se dejaba seducir. Lo conocía y estaba encantado con el efecto que había causado en la chica.

De repente la mano de Raúl agarró mi brazo y me detuvo.

—¿Sales con él? —preguntó sin disimular la molestia.

Yo miré su mano y él me soltó.

—Es un amigo, pero no creo que sea de tu incumbencia —respondí, también, mostrando mi enojo.

Él se pasó la mano por el pelo y se disculpó.

—Lo siento, es que Oskar está tan mal. No es capaz de superar tu olvido —dijo apenado y a mí me causó un dolor en el pecho. Que alguien sufriera por mi culpa no me gustaba—. Se le partirá el corazón cuando lo sepa. Es muy pronto.

—Raúl, espero que lo entiendas. Tú y todos. Él debe seguir con su vida, y yo también.

Traté de decirlo seria, pero creo que más bien me salió con resignación.

Miré hacia el fondo del local y Rafa levantó una mano, estaba sentado junto a Verónica. Le sonreí al ver cómo se encogía de hombros.

—Será mejor que lo cuides o mi hermana te hace el salto —soltó Raúl con burla.

—Es solo un amigo —me obligué a reconocer.

Llegamos a la mesa y nos sentamos.

—Nosotros habíamos encargado una paella —aclaró la doctora—. Así que

le he dicho al camarero que seremos cuatro.

Raúl asintió y yo dije que me parecía bien.

Raúl pidió un vino blanco bien fresco y mientras lo servían contó que tenía un apartamento por allí cerca. Verónica le había insistido para pasar unos días en la playa, antes de que él se marchara a Zúrich. Al decirlo me miraron los dos y yo me limité a sonreír. Supe que el veintiuno de agosto era el cumpleaños de Oskar y Heidi pensaba organizarle una fiesta, aunque por lo visto él quería irse a navegar y estar solo. Raúl iba para estar con él.

Después de toda esa información, de la que me hubiera gustado prescindir, Verónica quiso saber cómo me sentía y si había recordado alguna cosa.

—Nada, alguna vez tengo pequeños presentimientos de que algo me suena o una impresión rara. Empiezo a acostumbrarme a ese vacío en mi vida.

—La mente es compleja, pero cualquier sentimiento, palabra, incluso un olor puede despertar tu memoria —continuó—. No te desanimes.

Rafa explicó que vivía en Londres y Verónica pareció muy interesada. Raúl me miró con una sonrisa de «te lo dije» y yo me encogí de hombros. Los dos acapararon casi toda la conversación. Después de comer volvimos todos a la playa, y esta vez nos sentamos cerca del chiringuito que tenía una sombra sugerente y apetecible.

Acabamos en una partida de *voley* que me dejó molida. Al final de la tarde decidimos regresar a Barcelona. Verónica insistió en que nos quedáramos a cenar y luego salir de copas. Pero declinamos la invitación, Rafa había quedado. Pensé que era una pequeña excusa para no hacerme sentir incómoda, porque cuando llegamos a mi portal revisó su móvil y sonrió de manera maliciosa. Por las prisas con las que se despidió creo que se lo pensó.

Al subir a mi piso me entró la risa. A mi alrededor había mucho movimiento. Mis amigos se emparejaban y desemparejaban con bastante rapidez.

Me di una ducha relajante, me embadurné de crema *after sun* y encendí el aire acondicionado. Me tumbé en el sofá y puse la tele. Había sido una tarde agradable y me arrepentí de no haber quedado para otro día. Casi sin darme

cuenta los párpados empezaron a cerrarse y no opuse resistencia.

Me quedé dormida y soñé con Oskar. Fue un sueño extraño. Me hablaba desde una pantalla, como por videoconferencia, mientras los dos tomábamos café. Al momento estábamos en la oficina, tumbados en el sofá *chester* y él me besaba mientras su mano se metía bajo mi falda y jugaba con mi sexo. Yo me retorcí y gemía a la vez que abría mis piernas para que él se acomodara. Hacíamos el amor despacio. Era un sueño, pero parecía muy real. Podía notar cómo me penetraba y mi cuerpo se aceleraba con sus embestidas, a la vez que su voz soltaba palabras amorosas en mi oído y me hacía estremecer.

—Yo también tiemblo por ti —dijo y me desperté.

Me sentí desorientada. Era como un *dèjà vu*. Estaba en mi sofá, acalorada, sin entender muy bien qué había pasado. Casi había llegado al clímax y mi cuerpo estaba agitado por las sensaciones que el sueño había provocado. Al ser consciente de que el hombre de mi sueño era Oskar me llevé las manos a la cara con angustia.

Me levanté y fui al baño, necesité mojarme con agua fría, la cara y la nuca, para calmar la tensión que se negaba a marcharse de mi cuerpo. Una sensación incómoda en mi entrepierna me desconcertó. Me toqué y estaba húmeda. No me lo podía creer. Jamás había tenido un sueño así, o por lo menos no lo recordaba.

Necesité un buen rato para serenarme. Me acerqué a la cocina y me hice un sándwich de pavo. Lo comí de pie, sin dejar de pensar qué había originado aquel sueño, pero tras varios minutos sin obtener respuesta dejé de analizar. Tal vez no me agradaría lo que podía encontrar.

Decidí meterme en la cama y leer en el iPad, pero no me concentraba, seguía inquieta. Me levanté y abrí el cajón donde guardaba la ropa interior, rebusqué bajo algunas prendas hasta localizar lo que buscaba.

Saqué la pequeña bolsa de terciopelo y me senté de nuevo en la cama. La abrí y vacié el contenido sobre el colchón. Cogí el brazalete de oro rosa y vi que junto a él había guardado la tarjeta que Heidi me dio en el hospital. La dejé sobre la mesilla y, sin pensar si era buena idea, me coloqué aquella

pulsera que tenía un significado oculto en mi mente. Volví a estirarme en la cama y me acurruqué. Me sorprendí pensando en unos ojos aguamarina y así, sin rechazar aquella imagen, dejé que el sueño me atrapara de nuevo.

Los días pasaban lentos. Unos eran más difíciles que otros, pero al principio no supe reconocer el porqué. Había una ausencia que no comprendía y me producía un gran desasosiego. ¿Cómo se puede echar de menos a alguien que no se recuerda?

Desde que tuve aquel sueño, me despertaba en mitad de la noche con la sensación de que su voz me llamaba y hacía grandes esfuerzos por sacarlo de mi cabeza.

Apenas dormía y empecé a tener un importante problema. Se había movido mi ritmo circadiano. Pasaba gran parte de la noche insomne y luego me despertaba muy tarde. Todo esto afectó mi estado de ánimo y humor. En más de una ocasión, cuando mis padres me llamaron desde algún lugar de ensueño y percibía que estaban contentos, respondía enfadada. Con Anabel también me ocurrió. Creo que no soportaba la felicidad en los demás. Necesitaba ocuparme en algo con urgencia y casi rezaba para que las vacaciones se acabaran y retomar el trabajo. Eso me distraería y daría normalidad a mi vida. Me olvidaría de él.

Una de aquellas noches fue especialmente dura. Por mi mente vagaban ideas inconexas, sin sentido. Cuando por fin me quedé dormida tuve un sueño absurdo. Una casa flotaba en un lago, había unas escaleras que bajaban al agua oscura y yo me sumergía en ella, buscaba algo. Algo que no lograba encontrar y me empezó a faltar el aire en los pulmones. Tuve que abandonar la búsqueda. Trataba de salir a la superficie, pero parecía que no iba a llegar nunca.

Mi cerebro se colapsó de imágenes que no sabía descifrar, por palabras sueltas que no lograba entender. Escenas de sexo desenfrenado y la sensación de un corazón, que no era el mío, que latía desbocado. Por fin la calma y mi cuerpo en busca del calor de unos brazos, seguros y fuertes, que me abrazaban.

Me desperté inquieta, con una frase en la punta de la lengua: *Regresa a mí.*

De repente algo se abrió paso en mi cabeza. Cerré los párpados con fuerza. Quería borrar todo aquello confuso que me atormentaba, pero una idea hilvanaba otra y me superaba todo lo que mi mente podía reproducir. Abrí los ojos de golpe, como si alguna cosa que no comprendía me obligara. Respiré con dificultad. Parecía que todo el aire de la habitación había desaparecido.

Me incorporé impulsada por un resorte imaginario y llevé la mano a mi corazón que palpitaba tan fuerte que temí que se me saliera por la boca. De pronto todo se colocó en su lugar. Un grito se escapó de mi garganta y explotó en llanto.

—¡¡Oskar!!

Un llanto desolador, brutal. Toda la tensión y la frustración acumulada se disolvieron con el agua de mis ojos que salía a borbotones y no podía parar.

El llanto que me asaltó era catártico porque lo recordé todo. Absolutamente todo de mi amor.

La luz del día me encontró hecha un ovillo en la cama. Me dolía el cuerpo de tanto llorar.

Al shock primero de sentir que me inundaban todas y cada una de las escenas vividas con Oskar, en pocos segundos, se sumó la culpa por cómo lo traté en el hospital y cómo me miró la última vez que le vi.

«Búscame en tus sueños, pequeña, y sabrás que nuestro amor es verdadero», me había dicho y esa frase me perseguía porque no le creí.

«Te encontré en mis sueños».

Vislumbré el miedo al pensar que él hubiera pasado página, como Boris le aconsejó. Idea que yo también llegué a verbalizar y me odié por no darle la oportunidad que me pidió. Por no haber sabido reconocerlo como el amor de mi vida y el temor a perderlo me paralizó el corazón. De pronto me sentí a millones de kilómetros, cuando lo único que deseaba era refugiarme en sus brazos y decirle cuánto lo quería.

Como una loca busqué mi teléfono, entré en la agenda y localicé su nombre en los contactos. No lo dudé un segundo, di a la tecla de llamada y esperé. No me atrevía ni a respirar. Un tono, dos, tres... No respondió. Lo intenté otra vez

y otra y me derrumbé de nuevo al pensar que tal vez no quería hablar conmigo.

Necesitaba hablar con alguien. Llamé a mis padres, pero «no estaban disponibles», con seguridad no tenían cobertura, así que envié un mensaje y ya lo leerían cuando se conectaran a Internet. Fui escueta y solo escribí: «Recuerdo».

Mi tercera llamada fue a Anabel y estaba «apagado o fuera de cobertura». No sé si fueron los astros, la naturaleza que te protege o simple mala suerte, pero me sentí muy sola en aquel momento. ¡Maldita ley de *Murphy*!

Pensé en Rafa, pero me evité el bochorno de llamarlo y decirle que era a otro a quien recordaba.

Entré en la ducha con la sensación de que no estaba mucho mejor que el día anterior. Me apoyé en las baldosas y no pude evitar volver a llorar. Mis lágrimas se confundían con el agua que caía como lluvia y me resbalé hacia el suelo. Me abracé a las rodillas y apoyé la frente en ellas. Dejé salir mi dolor. No sabía qué hacer.

No sé el rato que pasé allí, pero salí con las manos arrugadas como pasas, aunque había tomado una determinación. Tenía que dejar de pensar en él si no quería enloquecer.

Capítulo 20

Tenía los nervios a flor de piel. El avión estaba a punto de aterrizar y mi cabeza parecía un hervidero. Llevaba cinco horas de vuelo y había hecho una escala en Madrid.

Dos días atrás, con manos temblorosas, marqué el número de teléfono de Heidi. Ella, al principio, no me entendió, hasta que descubrí que le hablaba en castellano. Me pasé al alemán y pregunté por Oskar. Le dije que me acordaba de ella y de todo. Empezó a gritar y gritar de alegría. Llamó a su madre y entre las dos planearon mi viaje.

Al salir por la puerta con la maleta a rastras y mi bolso colgado del brazo, me quedé sorprendida al ver una pancarta con mi nombre. Ni que fuera tenista famosa y me recibía mi club de fans.

Dos mujeres, muy bien vestidas y arregladas, me miraban con cara de asombro y yo les dediqué una sonrisa. Tras ellas, un señor muy serio con traje negro era el que aguantaba la pancarta. Podía parecer ridículo, pero su expresión era muy profesional.

—Soy Daniela —me presenté al llegar a su altura. El hombre me miró sin saber qué había dicho y las mujeres se miraron entre ellas. Así que intenté pronunciar lo mejor que podía en alemán—. *Hallo, ich bin... Daniela.*

El hombre asintió y bajó la cartulina con mi nombre a la vez que la madre de Oskar se me acercó y me dio un sentido abrazo.

—Va a ser el mejor cumpleaños de su vida —susurró en mi oído.

No recordaba que era su cumpleaños. Raúl lo había comentado, pero con tantas emociones lo había olvidado. Después de besos y abrazos y decirme lo contentas que estaban porque me hubiera recuperado, cada una se me colgó de un brazo y seguimos al hombre que llevaba mi equipaje y me presentaron como Hugo, el chófer de Marianne.

En el coche me enteré de que Heidi se compró una casa cerca de su

hermano con lo que sacó con la venta de la de Múnich y había organizado una pequeña fiesta en honor a Oskar, por su treinta y tres cumpleaños. Llegábamos muy justas a la cena, dijeron, y yo miré mi reloj sorprendida. Eran las seis y veinte de la tarde. Algo ligero, añadió Marianne al ver mi cara de susto. Oskar y Raúl habían salido a navegar por la mañana, junto a Roger, otro amigo, y ellas se escaparon para ir a buscarme. En ese momento comprendí por qué estaban tan elegantes.

Me sentí un poco tonta al preocuparme por la ropa que llevaba. Un vestido tejano, cómodo para viajar, unas sandalias planas y una coleta alta. Heidi debió intuir mi incomodidad y me dijo con cariño.

—Es una reunión de amigos —me apretó la mano para darme confianza—. Vas guapa y perfecta para el momento.

Al entrar en la casa la reunión de amigos me pareció más bien una convención. Los hombres iban de traje y corbata y las mujeres con vestidos de cóctel y algunas, largo. Varios camareros y camareras se mezclaban con la gente del salón con bandejas en alto, sirviendo copas. Marianne nos dijo que ella controlaba la situación.

—Me haré ver para que no sospeche —dijo con una sonrisa cargada de emoción.

Heidi me llevó a su habitación en el piso superior. Allí decidí darme una ducha súper rápida, sin mojarme el pelo, y me cambié de ropa. Elegí un vestido azul oscuro, de cuello en pico y por encima de las rodillas, que había echado en el último momento y unas sandalias de tacón. Quería estar guapa para él. Me maquillé muy suave, mi piel estaba dorada por el sol. Toqué el brazalete que no me había vuelto a quitar y me di ánimos.

Nerviosa, bajé y encontré a Heidi esperándome junto a Raúl. Él me abrazó con mucho cariño y me dijo con burla que ya podía olvidarme de Rafa porque había caído, no se había resistido al encanto de su hermana. Me hizo reír. Heidi nos miró con gesto de interrogación y él le aclaró que era una broma nuestra, que luego le explicaba. La cogió de la mano y se la besó en un gesto tan teatrero que a mí me pareció que allí se cocía algo. Lo miré con una

sonrisa divertida y él me guiñó un ojo. Me dijo en un murmullo que las segundas oportunidades no debían desaprovecharse, nunca.

—Por lo visto, Oskar estaba molesto porque no nos encontraba. Roger ha tenido que distraerlo, lo ha llevado al jardín —me explicó ella—. Es un buen amigo, mira es aquel —señaló a un hombre que reconocí, él levantó su copa y brindó en el aire. Le sonreí agradecida—. Búscalos y dale la alegría de su vida.

Crucé el salón y sorteé algunas personas que me miraban. Unos, me saludaban como si me conocieran. Otros, sonreían y me observaban extrañados, supongo que porque no tenían idea de quién era. Marianne llegó hasta mí y me dijo al oído que estaba al final del jardín.

Salí y la brisa hizo que mi corazón se relajara, pero en cuanto lo divisé tuve que detenerme y coger aire. Mis pulmones lo necesitaban. Estaba apoyado en un banco y hablaba con una mujer. Un camarero me ofreció una copa, cogí una de champán y di unos sorbos. Miré la escena y dudé si era buen momento para acercarme. Me pareció que él miraba hacia la casa y creí que me había descubierto, pero apartó la vista enseguida y se giró sobre sí mismo. Con un gesto despidió a la mujer, que se alejó. Al pasar por mi lado se volteó a mirarme. Me sonaba, pero estaba tan nerviosa que no sé si la saludé. Mis ojos estaban clavados en él. Oskar tenía las manos apoyadas en el respaldo del banco y miraba hacia el lago que se veía a lo lejos. Reanudé mi camino y me coloqué a su espalda.

—Déjalo, es demasiado tarde —dijo con la voz cansada al notar mi presencia—. No siento nada.

—Sin embargo, yo estoy abrumada —contesté un poco aturdida por sus palabras.

Oskar se volteó a cámara lenta y al verme parpadeó, varias veces, como si no creyera lo que sus ojos le mostraban.

—¿Qué...?

No pude disimular los nervios que me recorrían el cuerpo. Él tenía todo el

derecho del mundo a rechazarme, a no sentir ya nada por mí. Noté que mi labio empezó a temblar y retuve todo lo que pude las lágrimas que se agolpaban en mis ojos.

En un gesto que no esperaba, me quitó la copa que llevaba, se la bebió de un trago y la tiró al suelo. No supe qué hacer entonces con mis manos. Metí un dedo de la mano izquierda entre el brazalete y mi muñeca derecha, como si eso me sostuviera.

—Dijiste que te buscara en mis sueños y eso hice —confesé emocionada ante su mirada atónita—. Si todavía sientes algo por mí, hoy puede ser un buen día para continuar con lo que teníamos.

Me acerqué hacia él, un poco más, con paso indeciso.

—Te dije que me habías hecho adicta a ti. No mentí. —Esboqué una sonrisa lo más sincera que pude. Me jugaba mucho—. Te dije que eras el amor de mi vida porque te quiero.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó con vacilación y me preocupé por si no entendía lo que le había dicho. Por si era realmente tarde para nosotros.

—Cada segundo, cada minuto, cada hora que pasamos juntos. Todo, lo recuerdo todo —respondí—. Puede que durante un tiempo los recuerdos se esfumaran de aquí. —Me señalé la sien con el dedo—. Fui dura y tuve miedo de creer lo que me decían. Te eché de mi lado porque me aterraba no ser quien tú querías que fuese, que buscaras en mí a alguien que no era.

—Daniela, yo...

—Me culparé toda la vida por no haber reconocido, ni recordado, al hombre del que estoy locamente enamorada —expliqué sincera y noté cómo una lágrima se deslizaba por mi rostro y la retiré con el dorso de la mano—. Pero estoy aquí, hoy, y te pido una segunda oportunidad porque quiero que estemos juntos y construir nuevos recuerdos.

Sus ojos me miraban como si me analizara y yo esperaba que dijera algo, pero no lo hizo. Los nervios me hacían hablar.

—Regresa a mí, me pediste, y aquí estoy. Vuelve tú conmigo —supliqué.

De pronto él se movió, y con lentitud, levantó la mano derecha y retiró otra lágrima traicionera.

—Yo no puedo volver contigo.

Mi corazón se resquebrajó. Era tan grande el dolor que sentí ante aquella confesión que necesité unos segundos para reponerme y continuar con mis suplicas.

—Sé que no tengo ningún derecho, pero...

Con cuidado, su mano se posó en mi cintura y me atrajo hacia él. Me dejé llevar, seducida por su mirada.

—No puedo volver contigo, porque no puedo irme de esta ciudad. No puedo abandonar el trabajo mucho tiempo.

—Yo... yo puedo venir.

Esbozó una mueca insegura que me pareció lo más tierno del mundo. Fui a decir algo, pero me puso dos dedos sobre los labios.

—Calla de una vez y deja que te bese.

Me abracé a él con todas las ganas, sus brazos me recibieron ardientes y nuestras bocas se encontraron con un deseo desesperado.

—Creí que te había perdido. No me dejes nunca, Dani. Cásate conmigo y no vuelvas a alejarme de ti —dijo con mi cara enmarcada por sus manos y sus ojos, humedecidos, clavados en los míos.

Mis lágrimas brotaron otra vez y él las retiró con sus pulgares, a la vez que yo asentía.

—Sí, me casaré contigo y... feliz cumpleaños.

Me dio muchos besos seguidos, en los que absorbía mis labios, hasta que nos fundimos en un abrazo y en un beso apasionado.

—Qué suerte tengo, eres el mejor regalo de cumpleaños de mi vida —agradeció con una gran sonrisa—. ¿Cómo lo sabías?

—He tenido un poco de ayuda.

Me giré porque estaba segura de que tendríamos espectadores y ahí estaban, en la puerta de la casa observando desde lejos. Supongo que nuestros

gestos les indicaron lo que ocurría porque Marianne, Heidi, Raúl y Roger levantaron sus copas hacia nosotros. Con una mueca divertida, Oskar comentó que Roger le había dicho que iba a por algo más fuerte que el champán para emborracharse, por eso estaba en el jardín, pero le había gustado mucho más lo que llegó en su lugar.

—Bueno, creo que antes te acompañaba alguien —reclamé.

—Nadie, no tenía ninguna posibilidad. Me dejaste inútil para las demás mujeres, pequeña.

Me estrechó por la cintura a su cuerpo y susurró en un tono seductor y profundo, en mi oído.

—Voy a tatuarte mi nombre en tu cuerpo para que jamás vuelvas a olvidarme —su voz me llegó a lo más hondo.

—El médico dice que lo mejor para mi estado es repetir cosas que hacía, sobre todo las emociones placenteras —expliqué como si diera un diagnóstico severo—. ¿Se te ocurre alguna idea?

Oskar soltó una carcajada y creo que hacía tanto tiempo que no lo escuchaba reír que yo también lo hice emocionada y enamorada. Anhelé quedarnos a solas, pero para eso faltaba un buen rato. Se abalanzó sobre mí y me mordió el labio inferior con morbo y susurró en mi oído, a la vez que apretaba su cuerpo contra el mío, para que sintiera que él estaba tan desesperado como yo.

—Se me ocurren unas cuantas —y añadió—. Va ser una cena larga porque lo que más deseo es devorarte a ti.

—Oskar, nos están mirando...

—Pues que miren, soy el chico de la fiesta —concluyó y me besó de nuevo. Tiró de mi mano y yo me sujeté fuerte para no soltarlo nunca.

Era mediodía cuando desperté. Oskar no estaba en la cama y no me gustó la sensación al no sentirlo, ni verlo junto a mí al abrir los ojos.

Me levanté y me metí en la gran ducha. Necesitaba reactivar mi cuerpo después de la noche de sexo que habíamos tenido. A mi mente vinieron las

escenas y la piel se me erizó al recordarlas. La pasión no nos dio tregua y con él, ese fuego que nos nacía en el cuerpo, que no iba a apagarse nunca. Me enjaboné sintiendo sus manos sobre mi piel y al pasar por mis costillas me detuve. Me entró la risa al ver en ellas, bajo mi pecho izquierdo, su nombre escrito en rotulador negro. Tuve cuidado de que no se borrara y se me ocurrió que podría tatuarme una O y una D enlazadas, justo ahí, donde él me había marcado.

Me sequé el pelo y no supe qué ponerme. Mi maleta se había quedado en el piso de abajo. Vi su camisa que seguía en el suelo y la cogí. Me la puse, aún olía a él.

Bajé a la cocina y encontré una nota suya, en la cafetera. Me decía que volvía enseguida y que lo esperara desnuda. Me hizo reír su petición. Me serví un café y fui hasta los ventanales, la vista del lago era preciosa y me tenía seducida. Pensé en mis padres, no conocían Suiza. Cuando les diera las nuevas noticias no se lo creerían. Se van de crucero con una hija amnésica y a su regreso no solo recuerda todo, sino que decide casarse con su jefe y quedarse en Zúrich.

La idea de casarme nunca me había atraído, pero ser la esposa de Oskar me encantaba. Era mío y quería que todas las mujeres de Zúrich lo supieran y que Hilda no se le acercara nunca más. Aunque por cómo salió de la casa, al vernos aparecer de la mano, creo que se dio por aludida.

Busqué el móvil y escribí un mensaje a mi madre. Le dije que estaba con Oskar y que todo se había arreglado entre nosotros. Cuando pude contactar con ella, después de recuperar la memoria, no paraba de llorar y decirme que tenía que hablar con él. La llamaría en otro momento, para contarle los nuevos planes.

Al levantar la vista de la pantalla, el hombre que me robaba el sueño, me miraba embobado desde la puerta del salón. Mi corazón palpitó emocionado al verlo.

—¿No has leído mi nota? —preguntó divertido.

—Sí, señor Müller, leí su nota —afirmé—. Pero no iba a estar con las

domingas al aire, aquí sola. ¿Dónde estabas?

—Había quedado con Raúl. Íbamos a navegar —explicó—. Hemos tomado algo y ha entendido mi cambio de planes. Creo que ha dicho que saldría con Heidi.

—Ajá, Heidi... ¿Dónde ha dormido?

—En su casa, no le di opción cuando apareciste.

—No creo que le hayas estropeado los planes. Estará encantado.

Me miró con cara de asociar lo que le decía y suspiró.

—¿Heidi y Raúl? —meditó—. Bueno, mientras no le haga daño.

Empezó a dar pasos cortos hacia mí con una intención muy clara. Escondió su cara en el hueco de mi cuello y repartió montones de besos en esa piel tan suave. Me provocaba con su lengua y mil sensaciones se abrían paso en mi estómago. Nuestras bocas se buscaron y nos fundimos en un ardiente beso, mientras sus manos me acariciaban las nalgas y me pegaban a él.

—Dani, te necesito tanto que no estoy dispuesto a dejarte marchar. No sé tus planes, los míos te los dije ayer —estaba emocionado. Se metió una mano en el bolsillo y sacó una cajita negra—. Son estos. ¿Te casas conmigo?

Escuchar de nuevo su propuesta hizo que mi corazón brincara ilusionado.

—Sabes que sí... cuando quieras.

Abrió la cajita y me mostró su contenido. Era un solitario, un brillante engarzado en oro blanco. Sencillo y elegante.

—Lo he comprado esta mañana —me explicó a la vez que lo sacaba de la caja y cogía mi mano izquierda—. No quiero perder tiempo.

Lo colocó en mi dedo anular y luego besó mis dedos y el anillo. Yo repetí su acción.

—Te quiero, Dani, y ayer me devolviste la vida.

—La mía no tenía sentido sin ti. Algo en mi interior siempre supo que te quiero, aunque mi mente no reconociera que eras tú a quien echaba de menos.

Volvimos a besarnos y nuestros corazones se llenaron de promesas, se aceleraron y aquel beso se convirtió en algo más intenso, más carnal.

—Te deseo tanto, no imaginas cuánto —susurró sobre mis labios.

Me agarró por la cintura, alzándome, y me enredé en sus caderas. Me llevó como un monito y subió conmigo las escaleras, mientras yo repartía miles de besos por su cuello, su mandíbula y su cara.

Llegamos al dormitorio y me depositó en la cama, despacio. Abrió los cuatro botones de la camisa que tenía abrochados y su boca se apoderó de uno de mis pechos. Me hizo gemir al succionar y sentí como sonreía pegado a mi piel. Como una respuesta refleja, al suave tacto de sus labios, me arqueé deseosa de más caricias. Rozó sus dedos sobre su nombre y luego sobre el pequeño duende de mi pelvis.

—Me tatuaré una O y un D justo donde has escrito tu nombre.

—Iremos juntos, y yo también.

Se levantó de mi lado y se desvistió para mí. El regalo de la visión de su cuerpo desnudo me estremeció y no necesité más para excitarme. La atmósfera de la habitación se impregnó de la tensión que sentíamos. Con prisa me deshice de su camisa, a la vez que él se cernía sobre mí y me dedicaba una sonrisa.

Se apoyó en sus antebrazos, me miró a los ojos y me penetró despacio para que sintiera toda su longitud. Salió de mí, igual de lento, y volvió a entrar. Sus embestidas eran pausadas y mis manos acariciaban la piel de su espalda.

—Oskar...

Se me agitó el corazón, necesitaba que fuera más rápido. Rodamos el uno sobre el otro, me subió sobre él, a horcajadas. Conocía mi cuerpo mejor que yo, embistió desde abajo con fuerza, hundiéndose en mi sexo con fervor. Seguí el ritmo que marcó. Lo cabalgué con ganas, a la vez que él me devoraba los pechos y me sujetaba las manos a la espalda, para que no lo tocara. Me encantaba que me hiciera aquello. Un delicioso temblor me recorrió el vientre. De pronto, en un movimiento muy rápido, me dejó bajo su cuerpo. Tomó de nuevo el control. Continuó con sus acometidas fuertes y rápidas, a la vez que se apoderaba de mi boca. Sujetó mis manos sobre mi cabeza y me inmovilizó con su cuerpo.

Todo se aceleró y nos movimos desenfrenados hacia una liberación. Ceñí mis piernas a su cintura y la profundidad que sentí me hizo jadear y gritar, mientras él se movía con frenesí y los gemidos, que dejaba ir en mi oído, me acercaban cada vez más al éxtasis. Me tensé sin poder frenar el estallido en mi cerebro que ardía y él se arqueó. Me regaló un orgasmo intenso y solo después de que yo gritara extasiada, se vertió en mi interior.

—Esto sí es estar en casa —dijo aún con la respiración entrecortada—. Te quiero tanto...

Me movió hasta caer en su pecho, se acomodó en los almohadones y me abrazó. De pronto una emoción intensa me atravesó y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Enjuagué las lágrimas que, tímidas, cayeron por mis mejillas y me agarré a su cuerpo. Él me sostuvo y me encerró con más fuerza, entre sus brazos, como si no quisiera soltarme.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—Tuve mucho miedo de que no quisieras saber de mí —tenía la necesidad de explicarme—. Me porté mal en el hospital, te eché de mi vida.

—Yo también tenía miedo de que no me recordaras —señaló—. Que me hubieras convertido en otra persona y me dejaras atrás, sin importarte. Salir por aquella puerta del hospital fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Pero has vuelto. Estás aquí conmigo y no pienso dejarte ir nunca más.

—Tu recuerdo vino a mí como una noche de tormenta, de pronto las nubes se despejaron y apareciste. Todas nuestras vivencias me impactaron y me sentí tremendamente sola —lo miré a los ojos y él también los tenía húmedos—. Te busqué en mi móvil, fue lo primero que hice. Te llamé un montón de veces, pero no contestaste.

Él rio y fue una risa catártica.

—Aquí tengo otro número, no me sirve el teléfono español.

Volvió a apretarme contra su cuerpo y me sentí en casa, como él había dicho. Porque sus brazos eran mi hogar.

Permanecimos así mucho rato. Dijo que no pretendía salir de la cama en todo el día y si al siguiente nos apetecía, saldríamos a navegar por el lago.

Decidimos posponer todas las decisiones que teníamos que tomar, pero no pudimos evitar hablar del futuro. Una boda en invierno, compartir el día a día en el trabajo, la casa. Hijos. Con él lo quería todo y teníamos toda una vida por delante.

Sin darme cuenta mi mano acariciaba su pecho y bajó hasta su abdomen en pequeños círculos.

—Estás jugando con fuego y puedes quemarte —me advirtió con voz traviesa.

Levanté mi barbilla y lo besé. Fue un beso tierno, cargado de promesas y del amor que compartíamos. Él no necesitó más invitación. Me reí cuando se colocó sobre mí y aseguró que tenía que recuperar el tiempo perdido. Todo quedó en espera. En aquel instante no había nada más importante que nosotros dos.

Sus manos se movieron con urgencia sobre mi cuerpo y le pedí que me lo hiciera, lento. Muy lento. Con aquella manera de hacer el amor lo sentía tan dentro de mí que formábamos un todo. Nuestras almas se unían de tal modo que ambos sabíamos que ya nunca podríamos estar completos, el uno sin el otro.

FIN

Nota de la Autora

Los hechos y personajes que se relatan en esta novela son fruto de la imaginación de su autora. No están basados en ninguna historia real y son ficticios.

Agradecimientos

En primer lugar, a Ediciones B, al grupo de Selección BdB, a Lola Gude, Ilu Vilchez y a todo el equipo que hay detrás. Gracias por hacer de un lunes un día especial.

A M.A. De Miquel por sus enseñanzas y sus críticas. Por dedicar su tiempo a que seamos mejores escritores y lectores cada día. A Juan Antonio Oliva y Susana Vázquez, por acompañarme en el viaje.

A mis amigas y colegas. Por el cava y los donuts. Gracias por aguantar mis dudas e indecisiones, por dejarme hablar tanto de mi novela. Por ayudarme a vencer las escenas difíciles. Por estar ahí.

Gracias a Ana por ser mi lectora cero. Agradezco de corazón sus comentarios y sugerencias. Por todos, incluso por los que no seguí.

A mi hermana, que de adolescente leía historias de amor y me inspiró a escribirlas. Eres la voz de mi conciencia y mi persona favorita.

A mi familia (hermanos, cuñado, cuñadas, sobrinos), por soportar mi ausencia en reuniones y salidas. Por aceptar que parte de mi tiempo era para mi mundo imaginario. A Carolina, que no vivirá ninguna gran historia romántica, pero yo le sueño todas.

Gracias a mis padres, que ya no están, pero que me enseñaron que los sueños hay que perseguirlos.

A Gabriel, por estar siempre a mi lado y animarme a tocar las estrellas.

Y por último y, no menos importante, gracias a ti lector, lectora. Por darle una oportunidad a la historia de Daniela y Oskar. Espero que te guste.

Si te ha gustado

El destino tiene otros planes

te recomendamos comenzar a leer

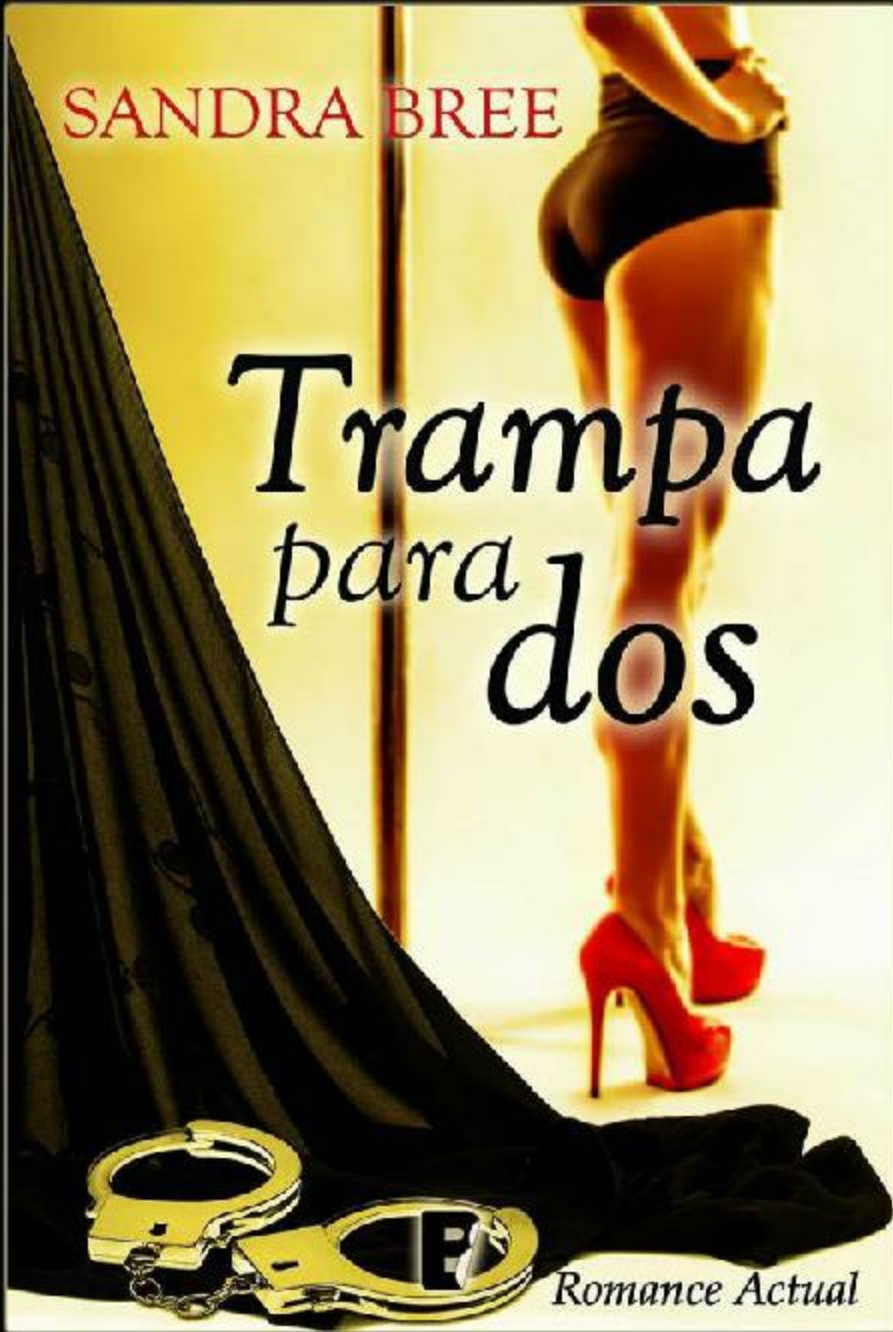
Trampa para dos

de Sandra Bree

Selección RNR

SANDRA BREE

Trampa
para
dos



Romance Actual

Prólogo

El año anterior, el gobierno español había inaugurado un nuevo centro de investigación que consistía en una universidad experimental para estudiar el comportamiento en seres racionales. Lo que dicho en otras palabras, venía siendo un montón de alumnos donde solo y exclusivamente respiraban oxígeno artificial, veían la luz del sol a través de los cristales y se alimentaban con las provisiones de las que el gobierno les abastecía.

Tomando un enorme solar, habían levantado grandes edificios dedicados a la enseñanza. Una impresionante mole de hormigón y vidrio que se elevaba hacia el cielo como un gigante llegado del universo más desconocido. Una construcción demoledora similar a una nave nodriza extraterrestre con la que tanto bombardeaban últimamente los televisores.

La estructura consistía en cuatro parcelas unidas entre sí por anchos corredores con jardines interiores, todo diseñado de modo que los estudiantes tuviesen lo necesario para sobrevivir durante el año. Un edén donde solo unos pocos privilegiados iban a tener el honor, si no de instruirse, por lo menos de demostrar que era un lugar habitable.

No se podía decir que el ensayo de este experimento fuese un fracaso a pesar de que muchos de los sujetos habían causado baja voluntaria durante ese primer año. Prueba de ello era que otra vez volvían a repetirlo. Pero esta vez iban a infiltrar a algún policía para que investigase sobre la desaparición de varios alumnos de los que sus familias habían hecho llegar la denuncia por no saber dónde se encontraban en la fecha actual, y algunos especulaban con la posibilidad de que estuviera pasando algo siniestro —quién dice siniestro, dice sospechoso— en su interior.

Los estudiantes que podían acceder a la universidad habían sido elegidos por sorteo, y alrededor de trescientas personas ya habían pasado su primer año con éxito. En el caso del infiltrado que iban a mandar, obviamente su entrada estaba amañada y pocos eran los que sabían que él iba a estar allí. La investigación que llevaría a cabo debía cumplirla con la mayor discreción posible para no poner en riesgo todo el experimento.

El sargento en cuestión se maldecía por no haber pensado bien en la

propuesta de su comisario y haberse ofrecido alegremente a ello, pues, precisamente él, era un hombre que estaba acostumbrado a estar solo y no sabía cómo iba a llevar eso de convivir con más gente. Desde luego iba a ser una dura prueba a superar. Sabía que si se hubiera tomado su tiempo para cavilar y hacer planes, sin duda habría enviado a su subordinado y amigo Diego. Pero ya era muy tarde para cambiar de opinión.

Cuando esa mañana entró en comisaría, caminaba un poco nervioso. Saludó a los guardias de la entrada con prisa y pasó directo hacia su escritorio. Diego ya estaba allí, ocupando la silla adyacente a la suya.

—¡Has madrugado! —le señaló, haciéndose el sorprendido.

—¡Vaya, pensaba que no iba a verte antes de que te infiltrases! —dijo Diego moviendo su asiento giratorio de un lado a otro—. ¿Ya tienes la maleta preparada?

—Lo tengo todo listo —respondió asintiendo con la cabeza—. Me vas a echar de menos, lo sé.

—Tienes razón —admitió Diego—. Esto va a ser muy aburrido sin ti.

El sargento sabía que iba a ser así. Llevaban muchos años conociéndose y trabajando juntos y nunca se habían separado durante tanto tiempo.

—Muy aburrido —repitió—. ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó con un leve tono sarcástico—. ¡Aburrido va a ser pasar unos meses allí dentro rodeado de niños por todas partes! Me siento como si me estuviese adentrando en el mundo de los frikis. De solo pensarlo siento que me asfixio.

—Totalmente cierto. En cuanto te vayas he pensado anunciar una apuesta.

—¿Qué clase de apuesta?

—A ver cuánto tiempo tardas en pedir el relevo.

Las carcajadas de Diego no le hicieron ni pizca de gracia. Varios compañeros volvieron las cabezas a mirarlos. ¡Perfecto! La frase ideal para terminar de desmotivar a cualquiera por completo.

—Ja, ja, qué gracia —respondió con cinismo. Se ajustó su arma reglamentaria, una HK 9 mm Parabellum, en la funda—. Ríete lo que quieras,

pero serás tú el que estés bajo mis órdenes aquí fuera. —Le guiñó un ojo con diversión—. Espero que te portes bien en mi ausencia.

Diego curvó una ceja.

—No lo dudes. Es posible que me haya apoderado completamente de tu mesa de trabajo para cuando quieras volver.

Por la manera de decirlo, cualquiera habría pensado que Diego envidiaba su rango de sargento, pero no era así. Él era un conformista y no aspiraba a ascender mucho más.

—Hazlo y eres hombre muerto. Por cierto, podías aprovechar que no voy a estar para colocar un poco todo esto. —Le señaló la pila de documentos que había esparcidos—. No sé cómo puedes convivir entre tanto desorden.

Diego miró hacia los otros policías, y él también lo hizo. Habían vuelto a sus cosas.

—Me había olvidado por completo que tu segundo nombre era pulcritud. ¡Madre mía donde te vas a meter! Te recuerdo que el sitio al que vas no es ningún hotel y que tendrás compañeros de habitación.

El sargento no pudo evitar soltar un gruñido. Diego lo conocía al dedillo.

—Deja de machacarme, tío.

—Venga, puede que no esté tan mal como crees.

—Ya —respondió agitando la cabeza—. ¿Estás seguro de que no te apetece vivir esta experiencia?

Diego se espigó negando con la cabeza repetidas veces.

—Olvidalo, jefe. Aquí se está genial.

—Asegúrate de estar comunicado las veinticuatro horas del día.

—No te preocupes, siempre que me necesites estaré al otro lado de la línea.

—Eso espero porque de lo contrario, como me hagas salir a buscarte, ya te puedes esconder muy bien.

—Descuida, yo estaré cubriéndote las espaldas desde aquí. Anímate, quizá no tengas ninguna pista que seguir y cierran la investigación antes de lo que

piensas.

—Tú que eres creyente reza por ello, porque yo no las tengo todas conmigo.

Capítulo 1

Chantal Damasco depositó sus maletas en la misma habitación que ya tuviera el curso pasado y soltó un suspiro. Lo primero que hizo fue mirar al techo para descubrir con decepción que alguien había borrado un enorme corazón rojo que ella misma dibujó con carmín. Era desmoralizante estar de nuevo entre esas cuatro paredes blancas, aunque esperaba que aquel curso fuese más ligero que el otro, y eso que tampoco podía quejarse mucho. Había tenido sus momentos divertidos.

Se recordó una vez más que estaba allí por la promesa que le había hecho a su padre y porque de ese modo no se separaba de su querida amiga de la infancia, Itziar Vélez. Si Ichi no hubiera entrado en esa universidad, ella tampoco lo habría hecho. Pero por supuesto, su padre se había encargado de que ambas estuviesen juntas tras depositar un importante donativo y falsear los nombres en el sorteo.

El dinero podía con todo.

—¡Pero bueno! ¡Si han quitado tus corazoncitos! —exclamó Itziar, entrando en ese momento en el cuarto, con su sonrisa aniñada.

Chantal se volvió a ella eufórica, emocionada de escuchar su voz, y la abrazó entre gritos de alegría.

—¡A por Dios, Ichi! Estaba empezando a pensar que no vendrías y que me habías dejado plantada.

—¡Cómo crees que iba a hacer eso! Estaba deseando verte después de tanto

tiempo. Te he echado mucho de menos, tengo tantas cosas que contarte.

—Y yo a ti, no te creas. Ni siquiera sé por dónde empezar.

En el dormitorio había tres camas, dos escritorios y un impresionante armario ropero empotrado en la pared. Los suelos eran de madera clara y brillante. En conjunto todo era bastante elegante pero simplón. También había que decir que en ese momento aún no habían desembalado el equipaje; una vez que lo hicieran, la decoración cambiaba completamente.

—Recordaba esto mucho más cálido y acogedor —murmuró Itziar recorriéndolo con la vista.

Chantal la imitó reprimiendo una sonrisa.

—Yo ni siquiera lo recordaba. No he pensado en este sitio más del necesario. —Al decir eso, las dos observaron irremediabilmente la tercera cama con cierta nostalgia.

—¿Has sabido algo de ella? —Quiso saber Itziar pasando la mano sobre la colcha—. Lo pasamos tan bien juntas, las tres, el año pasado. No comprendo qué fue lo que le dio para abandonar el curso cuando ya casi lo teníamos acabado. Aunque no lo parezca, la echo de menos.

—Se ha puesto en contacto conmigo en varias ocasiones. Quería saber cómo nos va y esas cosas.

Itziar frunció el ceño con sorpresa.

—Yo la llamé varias veces, pero me ha sido imposible comunicarme. Su madre me dijo que no sabía nada de ella.

—Bueno, sí, eso es cierto. Me contó que no quiso volver a casa. Al parecer tenía algún problema con ella. —Chantal puso una de sus maletas sobre la cama y comenzó a abrir los cierres sin dejar de hablar—. Pero la verdadera razón es que conoció a alguien al poco de salir de aquí y decidió tomarse un año sabático. Yo le aconsejé que al menos pasase por casa para ver cómo estaban las cosas, pero ya sabes cómo es.

—Es una cabra loca —corroboró Itziar—. También te advierto que no parecía que su familia estuviese muy preocupada.

—Es una pena. A mí me cae fenomenal, eso sí, si ignoro su rareza. Es la típica tía que no puede estar ni un día sin un tío.

—Dilo, no te cortes, es una perra.

Chantal soltó una carcajada.

—Una gran perra.

—Si te digo la verdad, lo que en este momento me preocupa más es saber quién va a ocupar este año la cama. Rocío lo debe estar pasando maravillosamente bien en cualquier lugar y seguro que ni piensa en nosotras.

Chantal dejó escapar un profundo suspiro. En ese momento ella también podía estar aprovechándose de los últimos días de septiembre en la casa de la playa que tenía su padre y, sin embargo, estaba allí, resignada a terminar lo que había empezado.

—Es verdad, no había pensado que ahora nos tendrán que meter a alguien en el cuarto —dijo encogiéndose de hombros—. Puede que tengamos suerte y se olviden de que hay hueco en nuestra habitación.

—Sí, tú sigue soñando.

Con una chispa de emoción, Chantal se apresuró a colocar la cantidad de ropa que llevaba. Sus maravillosas maletas se encontraban muy bien surtidas, como siempre que llegaba el verano y salía de compras, fundiéndose un dineral en la última moda, sobre todo en accesorios, zapatos, cinturones, adornos de pelo... le chiflaban todas esas cositas. Aparte que podía permitírselo. Su padre, uno de los hombres más ricos e influyentes de todo el mediterráneo, era escandalosamente multimillonario y dueño de varias empresas. Aun así, ella no era una persona que le diera mucha importancia. Apreciaba el valor del dinero al máximo y el esfuerzo que se empleaba en conseguirlo, pero si él le pasaba una sustanciosa paga, ¿por qué no podía gastarla en aquello que tanto le gustaba? Además, hablaba a su favor que no fuese la típica mujer engreída y soberbia que miraba a los demás sobre el hombro. No, ella no era de las que iban de divas por la vida, todo lo contrario. Aborrecía las discriminaciones en toda la extensión de la palabra.

Itziar la miró y se acercó a ella con curiosidad.

—¿Te has comprado algo nuevo?

—¿Algo? —Rio divertida—. ¡Tanto que no sabía qué escoger para venir aquí! El curso pasado fue una autentica tortura para mí. ¿Sabes lo que es estar un año sin ir de tiendas? Es el único vicio que me puede. Quizá deba ir a terapia.

Itziar agitó la cabeza comprimiendo los labios en una mueca.

—No sé lo que es eso. Soy pobre. ¿Recuerdas?

Chantal soltó una carcajada áspera.

—No empieces otra vez con eso. Parece que disfrutas recordándomelo. — Sacó un precioso vestido rosa palo y lo extendió sobre la cama. La tela de seda era una maravilla, las trazas, el escote en forma de V, todo ello gritaba a los cuatro vientos que había costado una pequeña fortuna. Un vestido exclusivo para la cena de gala.

—¿Te gusta?

Itziar se acercó como una autómata, maravillada.

—¡Qué pasada! ¡Es alucinante de bonito que es! —Acarició la prenda con cuidadoso esmero—. ¿Desde cuándo vistes de rosa? Este color no te va muy bien, te hace parecer enferma.

Chantal curvó los labios en un mohín.

—Ya lo sé, tonta. No lo he comprado para mí, es tuyo. Este año no te pude regalar nada para tu cumpleaños. —Cogió el vestido y se lo puso en las manos. Se giró y siguió metiendo la ropa en el armario, sin mucho cuidado. Aquella era una tarea que no le gustaba hacer en absoluto—. Por cierto, aún estoy un poco molesta contigo. No pensaba decirte nada, pero ya sabes cómo soy. No puedo evitarlo.

—¿Por lo de las vacaciones? Me hubiera gustado mucho ir contigo, tenía todo preparado para hacerlo, pero a última hora mi familia...

Chantal la interrumpió:

—Son unos egoístas contigo. —La miró. No tenía motivos para echarle nada en cara y se arrepintió en seguida de ello—. Lo siento mucho, Ichi, es

que me molesta que se aprovechen de ti. —Conocía más que de sobra a la panda de delincuentes que tenía Itziar por familia. Una vez habían poseído dinero, pero en cuanto el padre murió, el primogénito comenzó a despilfarrar la fortuna como si los billetes crecieran de los árboles. Ahora vivían los seis miembros de la familia en un piso pequeño y, para colmo, los dos únicos varones consumían drogas—. Si no te quisiera como si fueses mi hermana, te habría mandado a la mierda hace tiempo. Lo sabes, ¿verdad?

—Mira que eres boba. —Itziar la encerró en sus brazos con cariño—. Tenía tantas ganas de verte y estar contigo otra vez...

—Yo también.

—¿Ya no estás enfadada?

—No, ya no. —Ambas se separaron. Chantal terminó con su ropa y cerró la puerta de su parte del armario. Itziar comenzó a colocar la suya. Mientras tanto, ella esperó sentada en la cama, observando cómo doblaba las prendas con destreza.

—Te ayudaría con eso, pero seguro que no quieres que lo haga.

—¡No! Tú lo haces a lo bruto, y yo no tengo dinero para ir pagando a alguna de las chicas para que me planche.

—Cómo te gusta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

—Me divierte, sí. De todas formas, yo no tengo tantas cosas que guardar. Ya no tardo ni cinco minutos. ¡Ojalá este año volvamos a coincidir en las clases! ¿Sabes algo?

—No, qué va. Hasta ahí no llega la influencia de mi padre, aunque yo confío que si la dirección no ha cambiado, y conociéndonos como nos conocemos, hayan pensado en eso.

—Mucha confianza tienes.

Chantal se encogió de hombros.

—¿Crees que este año habrá chicos guapos y potentes?

—¡Caray, nena! Mucho tienen que cambiar las cosas para que entren hombres así. La mayoría son cerebritos. ¿Qué ocurre, que este verano no has

tenido éxito?

—Poco, mi padre andaba siempre muy cerca. Estaba empeñado en que debíamos pasar mucho tiempo juntos para compensar el resto del año. Y cambiando de tema, puede existir un cerebritito guapo. El año pasado había uno que te hacía perder las bragas.

Itziar enrojeció de repente.

—¿A mí?

—Sí, ¿cómo se llamaba?

—No sé de quién hablas.

—¿Cómo puedes ser tan falsa?

Itziar cerró el ropero y se volvió a enfrentarla. Chantal se puso en pie, comprobó la hora y vio que faltaba poco para la presentación.

—Me encanta tomarte el pelo, pero ahora no tenemos tiempo de discutir. Seguro que la gente ya está esperando para ver las listas —le dijo. Al abrir la puerta, lanzó un grito y, con pánico, se llevó una mano al pecho. Al calmarse observó el motivo de su susto. En el quicio estaba una mujer con unas largas y puntiagudas uñas negras que hacían juego con sus ropas azabaches. Su rostro era blanquecino, de rasgos marcados, que contrastaban con el maquillaje oscuro que usaba y que le confería un aspecto sobrenatural, algo parecido a una mezcla de una vampiresa siniestra y un ángel malévolo.

—Siento haberte asustado —murmuró la recién llegada con aire severo—. Me llamo Yolanda Torres. De secretaria me han enviado a este dormitorio. Por lo visto soy vuestra nueva compañera de cuarto.

Chantal tomó aliento profundamente e intercambió una mirada nerviosa con su amiga. Con rapidez se apartó de la puerta para dejarla pasar.

Itziar se dirigió a la nueva con una sonrisa calma.

—Hola, bienvenida, Yolanda. Yo me llamo Itziar y mi amiga es Chantal. Tu cama es esta, y la parte del armario que te corresponde es la de la derecha, eso si te queda algo libre. —La gótica frunció el ceño, e Itziar se echó a reír—. ¡Es una broma!

Con aire de extrema suficiencia, como si no le hubiese hecho ni pizca de gracia, Yolanda fue hasta su cama observando el dormitorio al tiempo que las otras dos la seguían con la mirada.

—No tenéis por qué esperarme, podéis ir bajando vosotras.

Itziar, con una mirada, le preguntó a Chantal si era buena idea dejarla sola en el cuarto. Chantal negó con la cabeza.

—No tenemos ninguna prisa. ¿De dónde eres, Yolanda? —preguntó Itziar.

Chantal no podía decir que no le gustase la nueva. Nunca se dejaba llevar por las primeras impresiones, aunque esa muchacha tenía aspecto de ser un poco borde y... extraña. Le recordaba a la tétrica hija de *La familia Adams*.

—De Madrid.

—¡Ah, de la capital! ¿Y qué te gustaría estudiar?

Yolanda se volvió a Itziar con semblante serio.

—Oye, mira, de verdad que aprecio que quieras entablar conversación conmigo, pero no suelo caer muy bien a la gente. Si no te importa, ahora quiero colocar mis cosas.

Chantal se cruzó de brazos en actitud chulesca. No iba a dejar que nadie hablase a su amiga así. Nunca lo había hecho y no iba a empezar en aquel momento.

—Supongo que serás capaz de hacer las dos cosas a la vez, al menos eso es lo que se suele decir de nosotras las mujeres. Lo que Ichi, al igual que yo, queremos tener es una ligera idea de con quién vamos a compartir dormitorio. Además da igual lo que digas, ella va a seguir insistiendo y a final de curso se sabrá tu vida entera. Más vale que le digas lo quiere saber ahora y te verás libre enseguida de nosotras.

La gótica se mordió el labio inferior, de mal humor, y comenzó a guardar y a colocar sus pertenencias de forma ordenada.

—No estoy muy acostumbrada a las personas amables y mucho menos a las muestras de afecto.

—Eso es bueno saberlo. Cuando sienta la necesidad de dar un abrazo a

alguien, sé que no podré contar contigo.

—¡Chantal!

—¡No he dicho nada! —resopló—. No hace falta que me mires enfadada, Ichi, solo he dicho que es bueno saberlo, por si alguna vez siento ganas de abrazarla, no hacerlo.

Itziar arrugó el entrecejo. No recordaba nunca haber visto a su amiga ir abrazando a la gente sin ton ni son.

—¿Sois nuevas este año? —preguntó Yolanda.

Chantal agitó la cabeza. Itziar fue quien habló:

—Es nuestro segundo año. ¿Tú tenías ganas de venir o te han obligado? Verás, aquí encontrarás que a muchos, sus papis los metieron en el bombo del sorteo.

—Yo quería venir. Voy a estudiar arquitectura.

Mientras Yolanda terminaba de colocar, Itziar siguió intentado sacarle conversación, cosa que no surtió mucho efecto. Por suerte, las sirenas comenzaron a sonar, como aviso de que la presentación iba a comenzar.

Las tres conformaban un grupo muy interesante y peculiar en su camino al salón principal. Chantal, con una camiseta de canalé blanca y una falda celeste por encima de sus rodillas, calcetines blancos y cortos, y deportivas a juego con la falda, llevaba el cabello largo y dorado cayendo en ondas hasta su cintura. Sobre la cabeza lucía una cinta azul en forma de diadema. Sus ojos eran grandes y grises, ligeramente rasgados y hermosos, la nariz graciosa y respingona, y su boca se asemejaba a un capullo de rosa, tanto en el color como en su forma, ya que en ese momento los fruncía. Quizá ella era la que parecía más delicada de las tres, aunque Chantal era una persona fuerte, muy llena de vivacidad y energía.

Itziar vestía uno tejanos desgastados y una camisa de cuadros escoceses. Llevaba el cabello negro recogido en una alta coleta y andaba con zancadas largas y firmes. Sus ojos pardos eran una mezcla de tonos verdes y dorados, y sobre la nariz se dibujaban una multitud de diminutas pecas.

Yolanda iba de riguroso negro de la cabeza a los pies, incluidos dos enormes anillos y las vastas botas del ejército.

El trío despertaba curiosidad al conjuntar tanto, como comer sopa con un tenedor. Era difícil no reparar en ellas cuando cruzaron el vestíbulo.

—Las listas están allí —indicó Chantal al llegar al salón. Para alcanzar al tablón donde habían puesto con chinchetas los folios que contenían la disposición de las clases, se había formado una larga fila en la que nadie estaba colocado perfectamente. Aquello era un alboroto general; voces, risas, bromas, saludos...

Ella se abrió paso hacia la multitud seguida de las otras dos, pero se detuvo al descubrir a uno de los muchachos que el año anterior no había parado de perseguirla. Luis no la caía mal del todo, sin embargo, en ese momento no tenía ganas de saludarlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Itziar.

Ella negó con la cabeza.

—No, pasa tú primera. —Se echó a un lado dando varios pasos atrás. Su espalda chocó con algo duro. Se giró con una mueca y, al hacerlo, propinó un pisotón a un hombre que, con rostro frío, le devolvió la mirada con los labios comprimidos, molesto con ella.

—Lo lamento... —comenzó a decir ella, en cambio, se atragantó con sus propias palabras cuando lo observó con fijeza, horrorizada y admirada a un tiempo. No pudo evitar recorrerlo con la vista, desde los pantalones tejanos ajustados hasta la cazadora de cuero llena de cremalleras y tachuelas. Sin duda, era un tipo increíblemente alto, y lo primero que llamó su atención cuando llegó a su rostro fue un pequeño pendiente de brillantes en su oreja. Seguidamente reparó en su cabello largo, sobre los hombros, espeso y negro como el carbón, que enmarcaba un perfil hermoso y duro. Por último, su mirada azul zafiro; helada como el hielo, preciosa como una joya.

Los latidos de su corazón se aceleraron. En absoluto era la clase de hombre que a ella le gustase, sin embargo, ese macarra era endemoniadamente apuesto, alto, fuerte, guapo, duro, guapo —se volvió a repetir. Pero sobre

todo... era enorme, con aspecto de ser muy, pero que muy peligroso.

—¿Chantal?

Ella se volvió a Itziar, soltando el aliento que sin darse cuenta había retenido, y avanzó hasta ponerse a su lado. Seguía sintiendo la gélida mirada del hombre en la espalda, pero no pudo ver la sonrisa divertida que hizo que los ojos azules se suavizaran. De haberlo visto, ella se habría escabullido a un lugar más lejano y seguro.

—¿Quién es? —susurró Itziar. La mayoría de las mujeres se habían vuelto a mirarlo con fascinación y curiosidad—. No parece que sea un alumno, ¿verdad? Quizá, un nuevo profesor, aunque es bastante amenazador por su aspecto.

—No lo sé.

—Es muy guapo.

Chantal se encogió de hombros fingiendo desinterés.

—No me he fijado —mintió—. Puede que si no llevara esa ropa tan cutre, me habría dado cuenta. Me parece un chico del montón. —Itziar la miró como si estuviese loca. Y debía de ser así al no admitir que ese tipo era hermosamente atractivo. Se puso colorada—. Tiene unos ojos muy bonitos, creo.

—¿Lo crees? —Itziar volvió la cabeza a él, pero en seguida Chantal le clavó el codo en el estómago.

—No seas descarada. Tiene unas fachas que lo mejor es mantenerse alejada de él — susurró.

Itziar se encogió de hombros.

—Me parece majo. —Miró a Yolanda con una ceja arqueada. Esta asintió.

—El chaval esta bueno.

Chantal volvió a espiarlo por el rabillo del ojo. No había duda de que estaba más que bueno. Era espectacular, y todas las chicas de alrededor no hacían más que mirarlo y murmurar, sin embargo, él aparentaba no advertir la presencia de nadie y parecía concentrado en mirar las listas.

—¡Estamos en las mismas clases, Chantal! —gritó Itziar, sobresaltándola. De repente quedó todo en silencio.

Chantal enrojeció al darse cuenta de que muchos las miraban con atención.

—¡Genial! —farfulló.

—¿Qué te pasa?

La gente pareció despertar y siguieron con sus cosas.

—Nada, es solo que me has asustado con tu grito. ¿Yolanda también está con nosotras? —preguntó, observando a su nueva siniestra compañera que miraba las listas. Esperaron a que ella se diese la vuelta.

—Creo que sí.

Itziar lo comprobó y asintió.

—Estamos juntas. ¡Esto va a ser la caña de España!

Salieron de entre la gente esquivando a los alumnos, aunque algunos del año anterior las paraban para saludarlas.

—Yo, si no os importa, me voy al dormitorio —dijo Yolanda en cuanto se vio libre de la gente—. He pasado casi toda la mañana en el andén de tren y estoy cansada.

—¿Tan pronto?

—Déjala, Ichi —susurró Chantal.

—De acuerdo, nos vemos más tarde.

Itziar miró a Chantal, y esta se encogió de hombros una vez que se fue.

—Creo que se sentía incomoda por tantas presentaciones.

—Es bastante rara —admitió Itziar—. Mientras no sea una escandalosa de esas a las que les gusta poner música extraña a tope, la cosa puede funcionar.

Sonriendo, Chantal agitó la cabeza.

—¡Por poco me da un ataque en cuanto he abierto la puerta! Te prometo que me ha faltado el pelo de un calvo para echarla del dormitorio.

—¡No seas tonta! —dijo Itziar, riendo—. Es un pelín extraña, eso es todo. Tú has conocido gente peor.

Chantal frunció el ceño.

—Sí, bueno, pero nunca he compartido habitación con un vampiro. Vamos, que me la encuentre en un sitio oscuro y me oyen gritar hasta en la China. No sé si cubrirme el cuello, o colgarme una ristra de ajos, o... llevar un crucifijo.

Itziar soltó gigantescas carcajadas.

—¿Cómo haces para hacerme reír tanto? ¡Eres la persona más divertida que conozco!

Chantal la miró simulando no encontrar gracioso el tema.

—No estoy hablando en broma. ¿No tienes la sensación de que se ha escapado de alguna *pele* de terror?

Itziar rio más fuerte todavía.

—Ya te imagino contratando a un cura para que nos bendiga el agua.

—No se me había pasado por la cabeza, pero tendré que ir dándole vueltas al asunto.

Itziar aspiró profundamente para acallar las risas y la cogió del brazo con afecto.

—No dejaré que te pase nada. Si me faltas no me servirían buenas comidas ni me tratarían tan bien en el comedor. Te prometo que me guardaré un par de estacas bajo la cama por si acaso.

—Espero que sea cierto. —Le regaló una cariñosa sonrisa—. Sabes que me encanta verte sonreír, Ichi. Hace mucho que no lo haces.

—No puedo hacerlo. No sabes lo que es esperar de un momento a otro que alguien llame a mi casa para avisar que alguno de mis hermanos se ha muerto de sobredosis. Si no fuese por mi madre, hubiese mandado todo a la mierda hace tiempo.

—¿Y cómo está ella?

—Hecha polvo. No hace más que llorar o discutir con ellos. Solo parece que está a gusto cuando no hay ninguno en casa. Suerte que Alicia ha recibido una beca para estudiar en Nueva York y que Menchu se va a vivir con el novio. En cuanto regrese, me llevo a mi madre a vivir a cualquier lado que esté lejos de mis hermanos, donde ya no puedan hacerle más daño.

—¿Crees que ella querrá?

Itziar agitó la cabeza.

—¡Claro que no va a querer! Y seguro que buscará mil excusas, pero tiene que comprender que no puede seguir así. Un día de estos me la matan de un disgusto.

—Ella terminará convenciéndote de que no puede dejarlos solos.

—Lo sé —respondió entre dientes—. Pero esta vez tendrá que elegir Chantal. Las cosas están muy mal en este momento. Mis hermanos ya no piensan más que en sí mismos y en conseguir su dosis. Por sus venas ya no corre sangre, solo veneno. O mi madre se queda en casa con mis hermanos o se viene conmigo.

Chantal la miró compadecida.

—¿Serás capaz de hacerlo cuando llegue el momento?

—Si no hay más remedio lo haré. Estoy muy cansada de vivir así.